Leopold Infeld

El elegido de los dioses

La historia de Évariste Galois








Traducción de
ROBERTO BIXIO

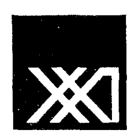
Revisión técnica de
CORA SADOSKY

El elegido de los dioses

La historia de Evariste Galois

por
Leopold Infeld





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA

portada de anhelo hernández

primera edición en español, 1974
segunda edición en español, 1978

ISBN 968-23-0045-2
título original: whom the gods love

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN CASTELLANA

El sugerir la edición de este libro en español nos interesó compartir lo más posible la pasión que la personalidad extraordinaria de Galois despierta en todos aquellos que han tenido acceso a su obra matemática o al relato de su vida, tan peculiar para un científico. El libro de L. Infeld, físico polaco conocido especialmente como colaborador de Einstein, colma un vacío que inexplicablemente los matemáticos, y en especial los matemáticos franceses, no han sabido llenar. Tras la caída de Francia en 1940, Infeld intentó hacer profesión de fe y de esperanza en el renacimiento francés narrando la excepcional historia de Evariste Galois.

El hecho singular que alguien muerto a los veinte años luego de vivir acosado por incomprensiones profesionales, desgracias personales y persecuciones políticas, deje tras de sí un nombre que, por una parte, no sólo es el de una gran teoría matemática en pleno florecimiento, sino que está ligado de manera fundamental a toda la llamada álgebra moderna y que, por otra parte, significa algo aún tan ardiente como para que más de un siglo después de su muerte fuera levantado como bandera revolucionaria por los estudiantes de París en 1968, sigue encendiendo imaginaciones y esperanzas.

La breve y densísima obra que Galois llegó a escribir no deja de despertar en los matemáticos la nostalgia por lo que pudo haber llegado a ser. Esto se debe no sólo a la riqueza de sus resultados y al enorme campo que éstos contribuyeron a abrir, sino a la sensación —expresada por primera vez por el eminente Émile Picard en su Introducción a la edición de 1897 de las *Obras Matemáticas* de Galois— que el joven estaba ya en posesión de resultados a los que la comunidad científica llegó varias décadas más tarde. Así, no puede extrañar que, subyacente a los elogios, aparezca, apenas velada por los años transcurridos, la crítica a la impetuosidad juvenil que llevó al genio a dedicar

sus mejores esfuerzos a la política; crítica formulada por aquellos que no dudan que el fervor revolucionario es algo que se cura con los años, el éxito y el dinero. Son aquellos que piensan que si a Galois no lo hubieran perseguido no hubiera sido un resentido social, no se hubiera convertido en un revolucionario y no se hubiera hecho matar, y ¡cuánto hubiera ganado la ciencia!

Quienes creen esto se equivocan. La actividad política de Galois como republicano y como miembro de la Sociedad de Amigos del Pueblo, asociación de extrema izquierda, no fue el fruto marginal de un resentimiento, fue principal en su vida y en esto se destaca como el único gran científico que actuó primordialmente como un militante revolucionario. Mirada la cuestión superficialmente, llama la atención que los científicos, salvo los honrosos ejemplos de compromiso asumido a partir del ejercicio de la propia actividad, sean tan reacios a participar activamente en las luchas sociales y políticas de su tiempo. Sin embargo no sorprende que los miembros de un grupo criado como una casta sacerdotal, a quienes se les imprime muy tempranamente la idea de la superioridad de la ciencia y de su alejamiento de las otras actividades humanas no lleguen nunca a desprenderse totalmente de esas ataduras. Este no fue el caso de Galois. Y es muy hermoso ver la consecuencia de su convicción revolucionaria en su pensamiento científico.

Galois no sólo fue precursor de los resultados sobre integrales abelianas y elípticas, además de haber sentado los fundamentos del álgebra moderna con el uso del concepto de grupo, sino que fue también precursor de la posición más avanzada en las actuales polémicas sobre ciencia y sociedad.

Han quedado sólo cuatro o cinco grandes hojas llenas de tachaduras para dar cuenta histórica de sus preocupaciones en ese campo. Pero nada en ellas permite sustentar la tesis de que hubo una dicotomía en su personalidad de matemático y de revolucionario. Todo lo contrario: son un puente permanente, la profunda convicción de quien subraya en forma reiterada la necesidad —en plena explosión del individualismo científico del siglo XIX— de la solidaridad y la cooperación en el trabajo intelectual, de la "asociación". ¡No es sino el miembro de la So-

ciedad de Amigos del Pueblo quien llama a la cooperación y contra la competencia!

Pero no se trata de puro lirismo. El extraordinario algebrista, preocupado por el desorden en que encuentra la matemática de su tiempo y por la necesidad de ubicar a sus propios resultados dentro de estructuras claramente definidas, al margen de los detalles computacionales y los ejemplos prácticos, tiene verdadero interés por desentrañar la naturaleza y el modo de desarrollo de la ciencia.

Así leemos en los borradores escritos un par de meses antes de su muerte la descripción del proceso de desarrollo científico en términos de actividad *humana* y *colectiva.*

Quiero señalar la importancia del hecho que Galois alrededor de 1830 indicara, entre otras ideas originales, que "en todas las ciencias cada época tiene en cierto modo sus problemas del momento. Hay problemas vivos que atraen a su vez a los espíritus más esclarecidos, aun a pesar de ellos. Resulta a menudo que las mismas ideas se les ocurren a varios como una revelación. Si buscamos la causa es fácil encontrarla en las obras de quienes nos han precedido, en las cuales esas ideas están presentes en germen, aún cuando sus autores lo ignoren." Comparemos estas palabras con el célebre fragmento que Marx escribiera en 1859: "La humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su resolución."

Consecuente con sus ideas políticas, y no como mero utopista, Galois observaba que "la ciencia no ha sacado hasta el presente gran provecho de esta coincidencia observada tan a menudo en las investigaciones de los sabios. (. . .) *No es difícil sin embargo reconocer en ese hecho la prueba de que los sabios, al igual que los otros hombres, no están hechos para el aislamiento, que ellos también pertenecen a su época y que tarde o temprano decuplicarán sus fuerzas por la asociación. ¡Cuánto tiempo ganará la ciencia entonces!*"

CORA SADOSKY

Buenos Aires, abril de 1974.

Muere joven el elegido de los dioses.

MENANDRO

Evariste Galois apenas tenía por entonces veintitrés o veinticuatro años; era uno de los más vehementes republicanos.

ALEXANDER DUMAS (Padre)

Alrededor de 1830 apareció en Francia una nueva estrella de inimaginable brillo en los cielos de la matemática pura: Evariste Galois.

FELIX KLEIN

A MIS LECTORES

Ocurrió en una pequeña pero famosa ciudad universitaria norteamericana, poco después de la caída de Francia; estaba con amigos, y tratábamos de aliviar nuestra melancolía bebiendo mesuradamente y repitiendo en variaciones semánticas las noticias periodísticas y las consignas churchillianas. Lo que decíamos era en realidad (si bien más modestamente enunciado) que "la libertad no puede morir en el país de su nacimiento", o que "Francia había sido traicionada", o (si bien hubiese sido muy embarazoso que alguien lo dijera de ese modo) que "Francia, como el Ave Fénix, resurgiría de sus cenizas". Luego hablamos de los científicos franceses y su destino. Mencioné el nombre de Galois. Uno de mis amigos, un escritor, preguntó quién era Galois. Le conté la historia de la vida de Galois. Dijo: "Es una historia asombrosa. Debe escribirla. Escriba un libro sobre él". Contesté que estábamos en guerra y que tenía muchas ocupaciones. Pero tenía una respuesta a mi objeción: "Si está ocupado, necesita descanso. El único placer que procura el escribir consiste en hacerlo para descansar". Argüí que hay muy pocas fuentes y que es mucho lo que ha quedado inexplicado acerca de Galois. Mi amigo se mostró aun más entusiasta: "Eso es excelente. Ningún profesor que viva de notas al pie de página podrá decir que está equivocado. Puede inventar según le antoje".

Luego pensé en todo esto mientras me encaminaba a la Biblioteca de nuestra Universidad en busca de material de lectura para el fin de semana. En el catálogo encontré el ensayo de Dupuy sobre Galois, citado siempre que se menciona la vida de éste, y luego el ensayo de Bertrand, escrito seis años después y que contiene algún material nuevo que, cosa extraña, nunca vi utilizado o citado en ninguna parte; luego encontré en nuestra biblioteca un libro en dos volúmenes sobre el liceo Louis-le-Grand, el colegio a que asistió Galois. Me llevé estos libros a

casa junto con *L'Histoire de Dix Ans* de Louis Blanc y las *Mémoires* de Dumas.

Durante los fines de semana siguientes me ocurrió algo que es casi imposible explicar a quien no le haya ocurrido, pero que le parece natural a quien sí le ha ocurrido. Me enamoré de la Francia del siglo XIX. Durante los años de guerra el pensar en Francia y en Galois fue para mí y para mi mujer una evasión necesaria en tiempos de temores, dudas, adversidades. Dediqué todo mi tiempo libre a estudiar la vida y la época de Galois. Y por cierto, en la historia de Galois hay dos figuras centrales, ambas igualmente importantes: Galois y el pueblo de Francia.

Después de haber leído todas las fuentes asequibles en las ricas bibliotecas de este continente, me enteré por el profesor Synge (que a su vez lo supo de labios del profesor Courant) que Mr. William Marshall Bullitt, de Louisville, Kentucky, había coleccionado durante años copias fotográficas de todos los documentos referentes a Galois y tenía una colección de todo cuanto se había escrito sobre él. Mr. Bullitt puso gentilmente a mi disposición su colección y su tiempo. Esta colección contiene inclusive datos que él o su equipo de investigación descubrieron, datos desconocidos y no publicados antes. Por extraño que parezca, cualquiera que desee escribir sobre Galois en París deberá viajar a Louisville, Kentucky. Por cierto, los documentos adicionales no añaden nada esencial a su historia, pero es bueno que se sepa que vi todo el material hoy disponible. Desde luego, es posible que alguna memoria no descubierta o no publicada arroje alguna luz adicional sobre la vida de Galois, pero esto me parece muy dudoso.

Sin embargo, todas estas fuentes conocidas explican sólo fragmentos de la vida de Galois. Son como cortos segmentos que pueden articularse en diferentes líneas de vida. El resto ha de llenarse con pensamientos, imaginación o presunciones.

El lector de una biografía desea saber de antemano si la historia que se le presenta es verdadera. Algunos consideran la biografía de ficción una forma bastarda de la biografía que debería ser prohibida por ley. Pero la palabra "ficción" se emplea por lo menos en dos sentidos distintos. Una biografía es de fic-

ción si el autor se coloca por encima de los hechos, si utiliza la prerrogativa de cambiar su orden o deformarlos conscientemente con miras a la obtención de un efecto artístico. En este sentido, mi historia no es de ficción, pues no me tomé la libertad de cambiar hechos bien establecidos relacionados con la historia o la vida de Galois.

Pero hay otro uso de la palabra "ficción". Denomínase así a una biografía en la cual se relacionan acontecimientos conocidos con acontecimientos desconocidos que él autor ha inventado a fin de ofrecer un cuadro más pleno v congruente de la vida de su héroe; y en donde los personajes emplean palabras que la historia no dejó registradas. En este sentido, esta biografía es de ficción. Pero cuando la historia alcanza un punto dramático en escenas especialmente significativas, no hay casi nada en ellas que no sea del registro de la historia. Creo tener razón al decir que en todos sus rasgos esenciales la historia aquí narrada es una historia verdadera. Al final del libro explicaré brevemente la relación entre verdad y ficción (en el sentido de invención cuando la historia calla).

Éste es quizás un lugar apropiado para agradecer al menos a algunos de quienes me ayudaron: a Mr. Bullitt, cuya bondad ya he mencionado; a los profesores Coburn, Coxeter y Schlauch, que leyeron el manuscrito e hicieron valiosos comentarios; a mi amigo S. Chugerman y a los bibliotecarios de mi Universidad que me ayudaron en la investigación. Michel Gram, un joven soldado y poeta polaco, condenado a muerte por su enfermedad, murió en un hospital de Toronto. Lo visité regularmente y llegamos a ser íntimos amigos. Nuestras interminables discusiones sobre Galois me ayudaron a esclarecer la historia. Parecía más interesado por el destino de Galois que por su propia vida en consunción.

No agradezco a mi esposa porque sería como agradecerme a mí mismo. Este libro es tanto de ella como mío.

LEOPOLD INFELD

I. REYES Y MÁTEMATICOS

1: 1811

El Rey de Roma, el hijo tan largamente esperado de Napoleón Bonaparte, nació finalmente en 1811, y ese mismo año nació en Bourg-la-Reine, un hijo largamente esperado de Nicolas Gabriel Galois. Los ciento un cañonazos que comunicaron al ansioso París el nacimiento del Rey de Roma fueron repetidos a lo largo y a lo ancho del Imperio. En los archivos de Bourg-la-Reine un documento nos dice que Nicolas Gabriel Galois, de treinta y seis años, director de una escuela de pupilos, se presentó a la una del veintiséis de octubre ante el alcalde de la ciudad y que, mostrándole un niño de un día, le aseguró que él y su mujer, Adélaïde-Marie Demante Galois, eran los padres y deseaban dar al niño el nombre de Evariste. El Rey de Roma creció con los ojos de Francia y del mundo puestos sobre él; Evariste Galois creció sólo con los ojos de su familia puestos sobre él.

En 1811 la dorada superficie del Imperio de Napoleón resplandecía deslumbradoramente sobre Europa. En la corte, las damas estaban cubiertas de flores, joyas y ondulantes plumas; los oficiales de la casa imperial, los generales, los mariscales, los consejeros de estado, los ministros extranjeros brillaban con condecoraciones ofrecidas por el Emperador victorioso o los reyes conquistados. Desde el trono el Emperador vigilaba con ojo de águila el emplumado y enjoyado círculo de su clan corso la nueva aristocracia que él había creado y la vieja aristocracia que el esplendor de su corte había vuelto a traer del exilio.

Cuanto más brillaba el Imperio por fuera, más podrido estaba por dentro. España y Portugal no habían sido vencidas. Rusia violaba el bloqueo continental contra Inglaterra. Diariamente el Emperador leía los informes de sus espías, contraespías y contra-contraespías. Sus mariscales se volvían cada vez más ricos,

gordos y flojos. Las líneas del Imperio estaban extendidas hasta el punto de ruptura. Viejos reinos eran reemplazados por reinos indolentes puestos bajo su clan corso. El Imperio estaba maduro para el desastre.

Aparecían, por su parte, otras fuerzas, que habían de moldear el destino de Evariste Galois, acaso el más grande genio matemático que nunca haya vivido.

¿Cuáles eran esas fuerzas?

En Francia florecía una vieja tradición matemática. Lagrange, Legendre, Laplace y Monge crearon la atmósfera matemática no sólo para Francia sino para el mundo entero. Habían de influir sobre Cauchy, Galois y las futuras generaciones de matemáticos. Pero ésta no fue la única fuerza ni ésos fueron los únicos hombres que influyeron sobre la vida de Galois. Habría nuevos gobernantes en Francia, hombres pequeños, fanáticos, que obstruirían y asfixiarían el genio de Galois.

En toda Europa había franceses a quienes afligían las crecientes glorias del Imperio. Su rey legal, hermano de Luis XVI, era víctima del mismo terror que había abolido la nobleza y llevado a la flor de Francia a concertar alianzas con potencias extranjeras. Para ellos, la tierra de su nacimiento y sus posesiones era ahora una tierra hostil puesta bajo el yugo del bandido corso. Pero algún día los verdaderos hijos de Francia, protegidos por las bayonetas de soldados extranjeros, volverían a la vieja Francia de Enrique IV y Luis XIV.

Luis XVIII tenía su corte en Hartwell, a unas cincuenta millas de Londres. Andaba con dificultad, pues sus débiles piernas no podían sostener su voluminoso cuerpo. Sus maneras eran graciosas; su elocuencia, cultivada; su notable memoria estaba repleta de versos de Horacio y del recuerdo de injusticias e insultos padecidos. El infortunio no lo había aplastado nunca porque una rígida armadura regia se interponía entre él y el destino. Le placía verse rodeado de cortesanos aduladores. "Era un rey siempre y en cualquier parte, así como Dios es siempre y está en todas partes". De este hombre enfermo dimanaba un orgullo, una dignidad, una majestad que le daban poder sobre las almas

humanas. Más adelante, inclusive los generales de Bonaparte confesaron que se sentían más intimidados por el corpulento y grotesco Luis XVIII que por el corso que los había conducido a victorias y desastres.

El conde de Artois, hermano menor de Luis XVIII y futuro Carlos X, era un hombre necio, intrigante, un anciano que se paseaba los días dilapidando su dinero en Inglaterra. Este cumplido caballero entre la nobleza francesa exiliada, famoso en su juventud por su elegancia y sus aventuras galantes, era un tonto irreflexivo, ignorante, que daba rienda libre a sus deseos y pasiones. Se sentía superior a otros porque la sangre regia de los Borbones fluía por sus venas. En Londres, confesó a un amigo inglés: "Preferiría ser cochero antes que rey de Inglaterra. No aceptaré la corona de Francia al precio de una constitución o una carta de cualquier índole que sea."

¿En qué consistía la superioridad de Napoleón sobre los dos Borbones, Luis y Carlos? La gran superioridad de Napoleón estribaba en la comprensión de lo obvio, que muy a menudo se le veda a mentes torcidas que nacieron para la púrpura y a las que se les enseñó desde la infancia que las naciones giran en torno del eje de sus propias vidas.

Napoleón era mezquino, arrogante, deshonesto con los otros y aun más deshonesto consigo mismo, incapaz de autocrítica, amor, lealtad o devoción. Pero fue el primero de los gobernantes que comprendió la sencilla verdad de que la ciencia no es un lujo que hace brillar al Imperio ante el mundo exterior; ¡sabía que la ciencia gana también guerras! Quería que la Escuela Politécnica, orgullo de su Imperio, creciera y floreciera, no sólo en tiempo de paz sino también en tiempo de guerra, porque "no debemos matar la gallina que pone los huevos de oro". Hizo a los príncipes del reino de la matemática, duques del Imperio y amigos del Emperador.

Napoleón dijo: "El avance y progreso de la matemática están íntimamente relacionados con la prosperidad del estado." La historia de la matemática y la historia de los matemáticos es sólo un sector de cualquier historia. Los reyes y los matemáticos no

viven en el aislamiento. Los matemáticos han sido hechos y deshechos por reyes. Las lecciones que nos enseña la historia son obvias. Pero, ¿cuántos gobernantes supieron o saben que "el avance y perfección de la matemática está íntimamente relacionado con la prosperidad del estado?"

Si miramos el legado de Euclides y Newton desde la perspectiva de principios del siglo XIX, vemos este legado en su mayor esplendor y gloria. Sin embargo, visto desde la perspectiva de nuestros días, advertimos que este legado, como el Imperio, maduraba para un nuevo orden, para nuevas ideas que cambiarían nuestro cuadro del mundo exterior. ¡Lagrange y Laplace! Estos dos nombres simbolizan mejor que otros cualesquiera la perfección y la finalidad de la filosofía mecanicista que intentó revelar el pasado y el futuro de nuestro universo.

El año 1811 vio al viejo Lagrange acercarse a la tumba. El anciano se mostraba sereno, solitario, comprensivo y escéptico. Escuchaba con una sonrisa a medias amistosa, a medias irónica, los juicios de Napoleón sobre matemática, historia y estado. Sabía que los gobernantes del mundo raras veces tienen dudas; que triunfaron sólo porque su ignorancia está mezclada con una arrogancia aun mayor. Su propia vida le había enseñado que, contrariamente a un rey, un matemático sólo triunfa si tiene dudas, si procura humilde e incesantemente disminuir la inmensa extensión de lo desconocido.

La celebrada obra de Lagrange *Mecánique analytique* corona la mecánica clásica de Newton, la erige formalmente en una estructura tan bella y rigurosa como la geometría. Lagrange dijo que Newton no sólo fue el más grande sino el más afortunado de los sabios porque sólo cabe crear una vez la ciencia de nuestro mundo ¡y Newton la creó!

El mismo año, Laplace, hijo de un campesino, tenía sesenta y dos años y se había convertido en el conde Pierre Simon de Laplace. La gran Revolución le había dado distinciones y honores; el Consulado lo había hecho ministro del Interior; el Imperio lo había hecho conde; la Restauración había de hacerlo marqués. Laplace, el hombre pequeño y el gran *snob,* era un

sabio ilustre, y a ello se debe el que su *Mecánique céleste* sea un testimonio eterno.

Napoleón creó un imperio; Laplace creó un consecuente cuadro mecánico de todo el universo. En él una maquinaria gigantesca opera eternamente y en ella el movimiento está prescrito para siempre. El universo de Laplace es determinista. Por cierto, si conocemos hoy el estado del universo, en este momento, es decir, si conocemos las posiciones y velocidades de todas las partículas, todos los planetas, todas las estrellas, y si además de eso conocemos las leyes de la naturaleza, tenemos en nuestras manos todo el conocimiento mediante el cual podemos determinar el futuro y el pasado de nuestro universo. Lo que *ocurrió* y lo que *ocurrirá* están determinados por lo que *es* ahora y por lo que *son* las leyes que gobiernan los hechos. Si las conocemos, el futuro y el pasado se vuelven un libro abierto. Nada hay que deba quedar oculto por siempre a la mente humana. La finalidad de la ciencia está claramente delineada ante nosotros: aprender más y más acerca de las condiciones iniciales; conocer cada vez mejor las leyes de la naturaleza; penetrar cada vez más profundamente en el formalismo matemático: éstas son las llaves que abrirán el pasado y el futuro de nuestro universo.

La arrogancia dominaba en el imperio de la ciencia. El soberbio conocimiento de que el mundo está gobernado por leyes deterministas había de ser destruido recién cien años después por el advenimiento de la teoría cuántica.

Pero en 1811 tanto el Imperio como la visión determinista parecían estar en el pináculo de su poder.

Hasta el Emperador había hojeado la *Mecánique céleste* de Laplace. Se había sentido especialmente fascinado por su tercer volumen, es decir por su dedicatoria a "Bonaparte, el pacificador de Europa, el héroe a quien Francia debe su prosperidad, su grandeza y la época más resplandeciente de su historia".

En vano buscó Napoleón una dedicatoria similar en el cuarto volumen. Impacientemente volvió las páginas llenas de fórmulas y cálculos. Cerró el libro, seguro de que había visto lo bastante de él para exponer sus propias opiniones sobre el universo cuando se le ocurriese hacerlo. Esta ocasión se presentó pronto en un

baile en las Tullerías, donde vio a un círculo de sabios reunidos en torno de Laplace, que estaba exhibiendo todos los esplendores de la Gran Cruz de la Legión de Honor y de la Orden de la Reunión.

—Sí, conde de Laplace. Acabo de echar otra ojeada a sus volúmenes sobre el universo. Hay algo que se echa de menos en su importante obra.

—¿Sire?

—Olvidó mencionar al Hacedor del universo.

El conde se inclinó y por su rostro pasó una disimulada sonrisa.

—Sire, no necesitaba esa hipótesis.

El Emperador miró orgullosamente al sabio. No había placer en atormentar a hombres que cedían fácilmente. Volvió una mirada escrutadora hacia el vecino de Laplace, un anciano de mejillas hundidas y gran nariz.

—Y usted, Monsieur Lagrange, ¿qué dice a eso?

Los cansados ojos del anciano se iluminaron y dijo:

—Sire, es una buena hipótesis. Explica muchísimas cosas.

Oyóse una voz poderosa:

—El universo de Laplace es tan preciso y eficiente como un buen reloj. Si discutimos sobre relojes, no necesitamos discutir sobre los relojeros, especialmente porque nada sabemos sobre ellos.

Napoleón se volvió hacia el hombre que había hablado y lo miró como si quisiera taladrar dos agujeros en el ancho y feo rostro con una desfigurada nariz chata. Pero los pequeños ojos de la gran faz devolvieron fijamente la mirada.

—¡Ah, Monsieur Monge! Debería saber que usted no se contiene cuando se trata de religión. De modo, Monsieur Monge, que usted piensa que el relojero no debe ser mencionado. Infortunadamente, estoy seguro de que muchos de sus estudiantes de mi Escuela Politécnica estarán de acuerdo con su amado maestro.

Apartó los ojos del inventor de la geometría descriptiva y les dijo a todos en general:

—Yo, como cabeza del gran Imperio, deseo que ustedes, caballeros, que gozan de mi estima y amistad, dejen de una vez por

todas de lado su pasado ateo, que no todos ustedes parecen haber olvidado. La época de la revolución ha quedado atrás.

Colocando una mano bajo su chaqueta blanca y la otra a su espalda, se rascó suavemente los dos lados de su cuerpo e instruyó a su audiencia:

—He restaurado a los *sacerdotes,* si bien no al clero. Quiero que ellos enseñen la palabra de Dios de modo tal que no se la olvide. Tengan la bondad de recordar, caballeros, que una religión moderada tiene y tendrá un lugar en mi Imperio.

No esperó ni respuesta ni reacción y se apartó bruscamente para ir a provocar al resto de sus invitados y recibir las adulaciones de éstos.

Lagrange, Laplace, Monge. Eran ancianos. Quienes habían pronto de echar los nuevos cimientos de la matemática eran aún desconocidos en Francia. Ellos eran: Augustin Louis Cauchy y Evariste Galois.

En la costa atlántica se estaba construyendo un muro en previsión de un posible desembarco británico, así como instalaciones portuarias para lanzar la invasión a Inglaterra, que debía seguir a la derrota del zar ruso. Una de las pequeñas ruedas de la maquinaria de defensa era Augustin Louis Cauchy, que en los años siguientes rompería el hechizo del legado de Newton y establecería vínculos con la matemática moderna. En 1811 Cauchy, de veintidós años, trabajaba desde temprano por la mañana hasta la noche en las fortificaciones de Cherburgo, al servicio del Emperador, a quien pronto habría de odiar y despreciar.

Tenía las noches libres. Casi todas las tardes Cauchy escribía a su madre cartas llenas de amor y devoción. Después de terminar la carta, se volvía hacia los libros que estaban en su mesita: *Mecánique céleste* de Laplace, *Traité des fonctions analytiques* de Lagrange, e *Imitatio Christi* de Thomas de Kempis. Sabía que sería un gran matemático. ¿Acaso no era el mejor estudiante de esa materia en la Escuela Politécnica y acaso Monsieur Lagrange no había predicho que algún día superaría a los más grandes matemáticos entonces vivos? No defraudaría a Monsieur Lagrange. Volvería a pensarlo todo de nuevo, desde el principio; haría

métodos de demostración y razonamiento sencillos, claros y convincentes.

En Cherburgo Cauchy escribió su primera monografía sobre el tema de los puentes de piedra. Se perdió en el bolsillo del secretario de la Academia y se perdió para la posteridad, puesto que Cauchy no tenía copia. Así, cuando joven, Cauchy aprendió que es consistente con las leyes de la naturaleza en lo relativo a las monografías científicas el que éstas se desvanezcan en el aire y nunca se las vuelve a ver. Pero Cauchy tenía confianza en Dios y en sí mismo. De los puentes de piedra volvió a la matemática y pocos años después sería el más grande matemático de Francia y de todo el mundo de los matemáticos vivos, superado sólo por Gauss.

Volveremos a hablar más adelante de Cauchy. Veremos cómo su vida estuvo ligada a las de los reyes Borbones Luis XVIII y Carlos X.

En 1811 y después, la historia registró cabalmente el nacimiento del Rey de Roma, su paso al ducado de Reichstadt, los odios, temores e intrigas de reyes, así como su viaje hacia la muerte.

La historia de Evariste Galois, su odio a un rey, su viaje hacia la muerte y la fama están registrados sólo en fagmentos inconexos y contradictorios.

2: 1812-1823

En 1812, el famoso boletín vigesimonoveno de Napoleón comunicó a los parisienses que por primera vez el gran ejército había sido aniquilado por el frío de Rusia, aunque no por los soldados rusos. Los franceses se enteraron así con estupefacción y cólera de que su Emperador no era invencible.

Una inundación de soldados rusos, prusianos y austríacos avanzó por Europa, hacia el Elba, hacia el Rin, hacia el Sena, ahogando en el camino las tiranías napoleónicas y restaurando las tiranías de los antiguos reyes.

En 1813 Lagrange murió a los setenta y siete años. Es difícil imaginar que durante esos sombríos días Napoleón, que había visto la muerte miles de veces, llorara la de un apacible anciano. Pero, si hemos de creer a la duquesa d'Abrantes, el Emperador quedó "profundamente afectado". Supónese que dijo: "No puedo vencer mi pesar. No puedo explicarme el efecto melancólico que me produjo la muerte de Lagrange. Parece haber en mi aflicción una suerte de presentimiento."

Las últimas palabras de Lagrange, dirigidas a Monge, están registradas por la historia:

"La muerte no es de temer. Cuando llega sin dolor, no es desagradable. Dentro de pocos momentos mi cuerpo dejará de vivir y la muerte estará en todas partes. Sí, deseo morir y lo hallo agradable. He vivido mi vida. He alcanzado cierta fama como matemático. Nunca odié a nadie. No hice nada malo, y será bueno morir."

Las naciones deberían alzar monumentos a los hombres capaces de pronunciar esas palabras en el umbral de esa experiencia que es común a todos pero que nadie imagina.

El Emperador sobrevivió sólo un año a la muerte de Lagrange. Dos veces intentó Napoleón durante ese tiempo detener la arrolladora inundación y las dos veces fracasó. Francia estaba enferma y cansada de sangre y promesas no cumplidas, de un espectáculo que había sido excitante pero que se había vuelto fastidioso. Los parisienses se sintieron casi aliviados cuando Napoleón los dejó solos y cuando los ejércitos ruso, austríaco y prusiano entraron en su ciudad. Abriéronse entonces las tiendas, en las que se apiñaron oficiales extranjeros; los rusos bebieron *punch* en los cafés; los cosacos levantaron chozas en los Campos Elíseos. El general Blücher lucía diecisiete medallas en el pecho y a los parisienses les causaba impresión tanta evidencia de su genio militar. Los parisienses miraron el nuevo escenario y lo aceptaron con escaso remordimiento o pena.

Francia quedaba abierta a los Borbones. Napoleón abdicó y Luis XVIII y toda la familia Borbón volvieron a Francia. Los gobernantes largo tiempo olvidados fueron saludados con ruidosas manifestaciones de lealtad. El blanco, color de la bandera

borbónica, fue entonces el color de París; flores de lis borbónicas adornaban a las mujeres francesas y hasta en los suburbios el pueblo colgaba sábanas sucias de las ventanas.

Cuando el 3 de mayo de 1814 Luis XVIII entró en París, el Quai des Orfèvres desde el Pont Neuf hasta Notre Dame estaba flanqueado por un regimiento de la vieja guardia a fin de ocultar a la vista del rey a los soldados extranjeros. Estos granaderos, que hedían a fuego y pólvora, y para quienes Napoleón era un héroe casi divino, se vieron obligados a presentar saludo a un rey cuyas enfermedades eran debidas a la edad y al nacimiento, y no a la guerra. Algunos de ellos se las arreglaron, arrugando la frente, para echar los largos cabellos sobre los ojos, a fin de no ver; otros, a través de los bigotes, mostraban los dientes como tigres. Presentaron armas con un movimiento de furia que llevó miedo a los corazones de hombres y mujeres alineados detrás de los granaderos para agitar su pañuelos blancos y exclamar: *Vive le roi! Vive notre père!*

Cuando Luis XVIII llegó a las Tullerías, exclamó, chasqueando los labios ante la inesperada suntuosidad y esplendor: "No era mal inquilino ese Napoleón".

Poco después de haber entronizado al rey, la inundación de soldados extranjeros retrocedió y Luis XVIII convocó a las cámaras a fin de otorgar la carta paternal a sus hijos. Estaba vestido con un uniforme que era su propia invención artística, concebido para cubrir sus enfermedades y añadir dignidad a su cuerpo obesísimo. La chaqueta de tela azul era algo entre una levita y un traje de corte. Las dos charreteras de oro la convertían en algo entre un traje de corte y un uniforme de mariscal. Los calzones de raso terminaban en zapatos de terciopelo rojo que le subían hasta las rodillas. Su gota no le permitía llevar cuero y el rey ponía siempre especial cuidado en sus zapatos. Creía que le daban la apariencia de que en cualquier momento podía montar a un caballo y rechazar al invasor. Si las botas no eran lo bastante convincentes, una espada colgaba a su costado. Tenía el rostro empolvado y el pelo cuidadosamente rizado sobre las orejas. Así vestido y contra un telón de fondo de estatuas romanas, el rey leyó su discurso con voz sonora y suave mientras le

temblaba la papada y sus ojos azules erraban pausadamente desde el documento hasta el auditorio.

Dijo que estaba muy satisfecho consigo mismo; se felicitaba por ser el dispensador de los beneficios que la Divina Providencia había decidido conceder a su pueblo. Se congratulaba por los tratados de paz suscritos con las potencias europeas, por las glorias del ejército de Francia y por el dichoso futuro de Francia que su ojos preveían. No había ya nubes; ¡hosanna por el nuevo gobernante, cuya única ambición era realizar los deseos de su hermano, Luis XVI, expresados en el testamento inmortal dictado antes de que su cabeza cayera! Tales eran, aseguró a sus oyentes, sus paternales intenciones.

Cuando el rey finalizó, Monsieur Dambray, el canciller, leyó un comentario a la carta, la nueva constitución de Francia.

"El soplo de Dios ha abatido al formidable coloso de poder que era una carga para toda Europa, pero bajo las ruinas de esa gigantesca estructura Francia ha descubierto los cimientos inamovibles de su antigua monarquía. El rey, en posesión plena de sus derechos hereditarios sobre su noble reino, sólo ejercerá la autoridad que tiene de Dios y de su padre, dentro de los límites que él mismo ha fijado."

De modo que no era la nación la que obtenía la carta del rey; era el rey quien la concedía llevado por el amor paternal a su pueblo.

Contra el mismo telón de fondo de estatuas romanas, los mismos actores representaron una escena muy diferente un año después. Fue el día en que el nuevo trono de los Borbones tembló ante el ritmo de los soldados de Napoleón en marcha. Los mariscales, generales y la vieja guardia quebrantaron el juramento a su rey, incapaces de resistir al viejo encantador que, después de desembarcar en suelo francés, volvió a sumir en sangre a su país. El desdichado Luis apareció en el Palais Bourbon rodeado de dignatarios de su corte y de todos los príncipes de su casa. El astuto anciano sabía que la carta que él odiaba, pero que se había visto obligado a suscribir, era su único naipe de triunfo. De suerte, dijo el rey, que Napoleón volvió para arrebatar al pueblo francés la carta y las libertades, "esa carta que es tan

cara al corazón de todo francés y que yo juro, aquí y ahora, mantener. ¡Apretemos filas en torno de ella! Hagamos de ella nuestro estandarte sagrado."

En la cámara resonaron gritos:

"¡Viva el rey! ¡Moriremos por el rey! ¡El rey por siempre!"

Entonces el conde de Artois avanzó hacia su hermano el rey, se volvió luego hacia los pares y diputados y dijo:

—Juramos vivir y morir fieles al rey y a la carta, que asegura la felicidad de nuestros compatriotas.

Los dos hermanos se abrazaron mientras los espectadores lloraban y exclamaban: "*Vive la charte!*"

Quince años después oiremos resonar el mismo grito en toda Francia y veremos morir a gente en París porque un rey quebrantó su juramento.

Luis habló de morir en el campo de batalla, pero cuando Napoleón avanzaba arrolladoramente en Francia el rey y su hermano huyeron a Bélgica. Volvieron una vez más a un París lleno de soldados extranjeros después que Napoleón hubo perdido su última batalla en Waterloo y con ella su corona y libertad de cien días.

Entonces los Borbones vieron cuán tambaleante era su trono y cuán poco los franceses se preocupaban por su regio padre. ¿Cómo fijar el trono borbónico al suelo movedizo de Francia? El rey y sus cortesanos tenían la respuesta: los muros de las cárceles y la sangre. Comenzó entonces el terror de la Restauración.

Ni siquiera se perdonó a los matemáticos.

Gaspard Monge, hijo de un buhonero y afilador ambulante, había abrazado la causa de la Revolución y fue el salvador de la Francia republicana cuando, junto con Berthollet, organizó la manufactura de la pólvora. Monge amaba a la República, pero amaba más a César. Cuando llegó a ser conde de Péluse olvidó cuán ruidosamente había abogado por la abolición de la nobleza antes de que César llegase a ser César.

Gaspard Monge era un gran matemático y un gran maestro. Era el inventor de la geometría descriptiva y fue el hombre que organizó la Escuela Politécnica y echó las bases de su gran tra-

dición. Es el padre de la enseñanza moderna de la matemática en todo el mundo civilizado. Los libros de texto modernos tienen su origen en las conferencias que diera en esa famosa escuela, la primera gran escuela de matemática del mundo; una escuela que educó a futuros oficiales, sabios, estadistas, rebeldes; una escuela admirada por los hombres de ciencia y temida por los reyes.

Pero Monge había cometido un crimen: durante los cien días había sido fiel a Napoleón. En 1816 Monge tenía setenta años de edad. Se había retirado de la Escuela Politécnica porque sus manos habían quedado parcialmente paralíticas; luego, mientras leía el trágico boletín vigesimonoveno, sufrió un ataque del que nunca se recuperó totalmente. Quizás habría sido misericordioso matar al anciano. Pero el rey no hizo esto, sino que lo expulsó de la Academia. Bajo este golpe, Monge, llevado por el miedo, vivió oculto y, enfermo y desamparado, murió dos años después ensalzando a César y maldiciendo a los Borbones. Pero la venganza de los reyes va más allá de la muerte. A los alumnos de la Escuela Politécnica, para quienes el nombre de Monge se había convertido en una leyenda, se les prohibió asistir al funeral de su gran maestro.

Monge había sido expulsado de la Academia y su sitial estaba vacante. ¿Había en Francia algún matemático tan poco decente que aceptara el sitial de Monge?

En 1811 vimos a Cauchy en Cherburgo. Cinco años después, y por entonces el más grande matemático de Francia, se le ofreció el sitial de Monge en la Academia. Lo aceptó inmediatamente; el mismo año fue profesor de la Escuela Politécnica. Fue ése un buen año para Cauchy. El rey era bondadoso con el gran matemático y Cauchy había de mostrar a la posteridad algunos años después que también los Borbones pueden ser amados y admirados por un ilustre sabio.

Si es deber de los reyes el castigar la lealtad a los poderosos caídos, su privilegio es recompensar la traición. En el mismo año en que Cauchy llegó a ser miembro de la Academia, al gran matemático y astrónomo, Laplace, el rey le confió la tarea de reorganizar la Escuela Politécnica a fin de hacer inclinar a los

estudiantes díscolos ante la voluntad de la corona. Laplace mereció la confianza del rey. Ofreció sus servicios a los Borbones; como senador firmó el decreto que condenaba al destierro a Napoleón. Incluso llegó a pagar personalmente los gastos del cambio de dedicatoria de sus volúmenes no vendidos sobre el cálculo de probabilidades de "Napoleón el Grande", a "Luis XVIII". Pero, ¿logró Laplace hacer que los jóvenes estudiantes de la Escuela Politécnica amaran a los Borbones? Veremos —catorce años después— que fracasó lamentablemente. Las olas de la historia, ascendentes o descendentes, elevaron a Laplace, el hijo de un campesino, hasta que lo llevaron a la Cámara de Senadores con la dignidad de marqués de Laplace. Sus viejos ojos habían visto el *ancien régime,* la República, el terror rojo, el Consulado, la gloria y miseria del Imperio, el terror blanco, la aparición de cinco volúmenes de su *Mécanique céleste,* y el retorno al poder de la aristocracia, los "ultras", bajo los dos últimos reyes borbónicos.

Los ultras, esto es los sostenedores ultra-aristocráticos del rey y los ultra-celosos defensores de la Iglesia, eran odiados por el pueblo y por la aún poderosa burguesía. Inclusive el rey los odiaba en el comienzo de su reinado. Pero, a medida que el impotente rey envejecía e iba debilitándose, el hermano, *Monsieur,* y los ultras que lo rodeaban se volvieron más inescrupulosos y tuvieron más éxito. Es posible señalar casi el día exacto en que los ultras tomaron el poder y el acontecimiento que los llevó a él.

El rey no tenía hijos. *Monsieur,* su hermano, el futuro Carlos X, tenía dos hijos. Uno de ellos, el duque de Berry, era un joven rudo, disoluto, falto de educación, que intrigaba con su padre contra el rey y que, en accesos de furia, arrancaba las charreteras de los uniformes de sus oficiales. El otro, el duque de Angoulême, era débil, feo, tímido, pero no estaba desprovisto de instintos nobles. Ambos estaban casados; ninguno de ellos tenía hijos legítimos. Si morían, el árbol de los Borbones quedaría desarraigado del suelo de Francia.

El 13 de febrero de 1820, en el teatro de la ópera de la calle Richelieu se representaba *Le Carnaval de Vénise* y *Les Noces de Gemache* con nuevos bailarines. El duque y la duquesa de Berry

estaban presentes, pero la duquesa no se sintió bien y deseó abandonar la sala antes de finalizar la representación. Mientras el duque conducía a Su Alteza Real al carruaje, un hombre chocó violentamente con él y echó a correr sin disculparse.

—Qué rufián.

Luego, con una extraña mezcla de estupor y terror, el duque exclamó:

—¡Me apuñalaron!

Lo llevaron a la antecámara de su palco y luego, como la herida parecía grave, al despacho del director. Pronto llegaron la duquesa, *Monsieur*, los cortesanos, ministros, médicos, el asesino apresado atado de pies y manos, la escolta policial, el obispo.

La duquesa profería gritos histéricos, mezclando el francés con su italiano natal. A través de intervalos de calma entre sus chillidos, se oía la música ejecutada por la orquesta de la ópera, débiles voces que cantaban y el aplauso del auditorio. Estos sonidos irregulares fueron luego cubiertos por la voz del obispo, que recitaba monótonamente plegarias en latín.

En el rincón de la habitación, *Monsieur* y el primer ministro discutían sobre si llamaban al rey. El padre del hombre moribundo dijo que la etiqueta de la corte no consentía que el rey fuera al despacho de un director. El gimiente duque dijo a su padre:

—Quiero ver al rey. —Y luego a la llorosa duquesa—: Ten calma, querida. Piensa en nuestro hijo.

Ante las últimas palabras, los rostros se levantaron y los ojos brillaron.

El obispo perdonó al duque sus pecados.

—Quiero ver al rey. Tengo dos hijas. Quiero ver a mis dos hijas. Ustedes nada saben. Busquen a su madre, Madame Brown.

Balbuceó el nombre y la dirección, conocidos por lo demás por todos. Enviáronse mensajeros que reaparecieron con dos niñas asustadas, las cuales avanzaron a través de la multitud que llenaba el cuarto. El duque les sonrió y no protestó cuando pronto las hicieron retirarse. Perdía rápidamente fuerzas y sólo repetía en forma mecánica:

—Quiero ver al rey.

A las cinco de la mañana, la silla de ruedas del rey fue empujada con gran dificultad por las estrechas escaleras que llevaban a la oficina del director. Los portadores gemían y suspiraban bajo la pesada carga. Cuando el rey fue dejado cerca de su sobrino, el duque adquirió súbitamente conciencia y sus palabras fueron claras.

—Perdóname tío, te ruego que me perdones.

El cansado rey respiraba con dificultad.

—No hay prisa. Hablaremos de ello después, hijo mío.

La última chispa de vida y terror iluminó los ojos del duque.

—El rey no me perdona... no alivia... mis últimos momentos con el perdón.

Tales fueron las últimas palabras del duque de Berry. El médico pidió un espejo. Luis le alcanzó una caja de rapé y el médico la acercó a las fosas nasales y labios del duque.

—Todo ha acabado —susurró el médico.

—Ayúdeme, hijo mío —dijo el rey al médico—. Tengo que hacerle un último servicio.

El anciano tullido se apoyó en el brazo del médico, cerró los ojos del cadáver que había sido el impetuoso duque de Berry y todos los presentes cayeron de rodillas.

El desdichado hombre que asesinó al duque nada había logrado. Toda la oposición fue injuriada como cómplice del asesino. Los ultras derramaron lágrimas y propalaron calumnias hasta que lograron el poder.

Siete meses después, a la duquesa de Berry, le nacía un hijo. El París elegante repetía gozosamente: "Ha nacido el hijo de un milagro, el heredero de la sangre de un mártir".

El recuerdo de este hijo perturbará París diez años después. Pero nunca será rey de Francia.

En mayo de 1821 los vendedores de periódicos gritaban en las calles de París:

"¡La muerte de Napoleón y sus últimas palabras al general Bertrand!"

Había poco interés. Desde 1815 el antiguo Emperador había sido olvidado por el pueblo francés. Pero al cabo de pocos años habría de vivir de nuevo. Se estaba gestando un nuevo Napoleón: un Napoleón vestido con su sencilla chaqueta gris, que charlaba con sus soldados en torno del fuego del vivac; un Napoleón amante de la paz y de su pueblo francés, pero obligado a luchar debido a las intrigas de la pérfida Albion; un Napoleón asesinado en Santa Elena por la oligarquía inglesa, cuyo último deseo fue que "mis cenizas descansen a orillas del Sena, en medio del pueblo francés al que tanto amé." La leyenda de Napoleón estaba en marcha.

Uno de los aspectos más sorprendentes de la época de la Restauración es la influencia de una sociedad que oficialmente había sido desterrada de Francia: la Sociedad de Jesús. Su densa y bien trenzada red cubría la vida política y educacional del país. Los jesuitas, o quienes los apoyaban, figuraban en el clero, entre los diputados y pares, en el Faubourg St. Germain, entre los ministros de gabinete y los cortesanos de *Monsieur*. Estos simpatizantes laicos, "los jesuitas de hábito corto", estaban en todas partes, o al menos así lo creían quienes sentían desagrado por los ultras. Se nos dice que espías que trabajaban para los jesuitas estaban infiltrados entre los *valets*, los conserjes, las mucamas y en la fuerza policial; que bajo la guía de esta orden, se presentaron nuevas leyes a las cámaras; que hasta el rey en los últimos años de su reinado llegó a ser un instrumento en sus manos. Se supone que esto ocurrió no por azar sino por obra de una intriga cuidadosamente planeada.

Hasta el asesinato del duque de Berry, el rey había estado bajo la influencia de favoritos, siempre uno por vez. El último, Décazes, era el primer ministro de Luis y el hombre más odiado por los ultras. El rey se vio obligado a destituir a su favorito cuando llovieron sobre éste calumnias, maldiciones y acusaciones después de la muerte del duque de Berry. Y, por primera vez en la vida del rey, fue una mujer quien consoló al afligido anciano.

El padre Liautard, miembro de la Sociedad de Jesús, fue quien atrajo la atención del rey sobre Madame du Cayla. No necesitamos hacer adivinanzas acerca de las opiniones sociales del padre Liautard, éstas fueron enunciadas lo bastante claramente en un ensayo, *El Trono y el Altar.* Allí nos persuade que la prensa pública debe ser abolida; que sólo debería haber un diario único, patrocinado por el rey y editado por el jefe de policía, conteniendo noticias útiles e interesantes, como las variaciones de la temperatura y los precios del trigo, el café, el azúcar. Esto, nos asegura el padre Liautard, satisfaría todas las necesidades razonables. Al mismo tiempo debían ser quemados los ponzoñosos libros de Rousseau y Voltaire.

En 1821 la influencia de Madame du Cayla sobre el rey estaba bien establecida. Habiendo sido cuidadosamente instruida por el padre Liautard, sabía cómo divertir e interesar al rey De buena gana aceptaba órdenes de *Monsieur,* el clero y la aristocracia del Faubourg St. Germain. La red fue apretándose cada vez más hasta que el rey llegó a ser un instrumento en manos de su hermano.

Pronto la red comenzó a cubrir las escuelas de Francia para expulsar de ellas el espíritu de rebelión. La Escuela Politécnica fue la primera. Había sido reorganizada y se había reemplazado en ella al ateo Monge por el piadoso Cauchy. La Escuela Normal era también hija de la Revolución y su finalidad consistía en preparar maestros y profesores para los colegios reales. Se la cerró en 1822 y, de este modo simple, fue desarraigado un posible vivero de ideas republicanas y bonapartistas. Luego la red comenzó a tejerse en torno de los colegios reales. Entre ellos el mayor y más importante era el Colegio Louis-le-Grand. Su finalidad era educar hombres cultos versados en latín y griego y, por sobre todo, súbditos leales al rey y defensores de la Iglesia. ¿Alcanzó este fin la escuela? A modo de respuesta, veamos los nombres de sus tres estudiantes más brillantes.

Por el Louis-le-Grand había pasado el "incorruptible" Robespierre, que ofreció a la guillotina la cabeza de Luis Capeto, el ex rey Luis XVI.

Por el Louis-le-Grand había pasado Víctor Hugo, que luego

combatió la tiranía de Napoleón III, a quien bautizó para la posteridad "Napoleón el Pequeño".

En 1823 Evariste Galois, después de haber sido cuidadosamente preparado por su madre, aprobó el examen de ingreso al Louis-le-Grand y fue inscrito en la cuarta clase. También él odió y combatió a un rey de los franceses.

II. LA REBELIÓN EN EL LOUIS-LE-GRAND

1: DOMINGO 25 DE ENERO DE 1824

Un hombre delgado de labios apretados avanzó silenciosamente a través del despacho hacia el escritorio de Monsieur Berthot. Con una mano Monsieur Berthot señaló una silla de madera y con la otra se acarició nerviosamente su encanecida barba roja.

—Buena idea la de haber venido, Monsieur Lavoyer, muy buena por cierto. Sabía que usted era uno de los pocos padres con que podía contar.

Tomó una pulgarada de rapé, lo introdujo en sus grandes fosas nasales y se volvió confiadamente hacia su visitante.

—Tenemos ahora un cuadro bastante completo, y sabemos qué debemos hacer con la ayuda de padres leales. Desgraciadamente, hay muy pocos con quienes podemos contar. Sí, señor Lavoyer, usted sabe cómo debe tratarse una conspiración. Por favor, cuénteme su historia.

Monsieur Lavoyer miró el suelo y su voz era humilde.

—Habrá una rebelión el martes, pasado mañana, a las seis de la tarde.

Monsieur Berthot se recostó en la silla de cuero negro y suspiró profundamente.

—Sí, lo sé. —Luego, apretando los puños:

—¡Los dirigentes! Debemos saber quiénes son los dirigentes. Todos ellos.

Golpeó los puños cerrados sobre el escritorio.

Monsieur Lavoyer extrajo un prolijo sobre de su bolsillo y lo colocó silenciosamente sobre el escritorio. Con sus dedos cortos y gruesos Monsieur Berthot sacó una hoja de papel del sobre y la puso junto a otra que había sobre el escritorio. Sus ojos sal-

taron rápidamente de una página a otra mientras escribía notas y marcas.

—¡Ja! Lo pensaba. Sí, muy bien. Les mostraré quién soy. Ya veremos, ya veremos. —Luego se volvió hacia su visitante: —Hemos logrado algo. Otras listas, junto con la suya, nos dan unos cuarenta nombres. ¡Ahora tenemos todos los dirigentes! ¡Y qué nombres! Los mejores estudiantes del Louis-le-Grand. Estudiantes a quienes hemos otorgado premios y por los que mucho hemos hecho. Han sido envenenados por intrusos, y han traído el veneno a esta escuela. Querrían resucitar a Napoleón. Pero esto no es lo peor. ¡Algunos de ellos querrían sacar a Robespierre de su tumba!

Monsieur Lavoyer movió la cabeza con simpatía hacia atrás y hacia adelante.

—Ahora, entremos en detalles. Le dijimos a su hijo que necesitaba descanso cuando lo enviamos a su casa. ¿Cómo obtuvo usted esta información de él?

El hombre delgado se endureció.

—¡Señor! No quiero discutir eso. Mi hijo no sabe que estoy aquí.

—No se preocupe por su hijo, Monsieur Lavoyer. Es un buen muchacho, un buen estudiante, y trabaja con aplicación. Le aseguro que obtendrá una beca el año próximo. Recibirá la mejor educación que se imparte en Francia sin que a usted le cueste nada, absolutamente nada. Se lo puedo prometer mientras yo ocupe este puesto.

Permaneció caviloso unos segundos y luego estalló colérico:

—¿Qué tienen contra el Louis-le-Grand? Eso es lo que querría saber.

—Señor, es un tema penoso; preferiría no decirlo.

—Pero usted debe decírmelo. Debo saber. ¡Insisto!

Los ojos inyectados en sangre de Berthot se clavaron en el rígido rostro que estaba frente a él.

—Dicen que usted, señor, traerá de nuevo a los jesuitas y le dará la escuela a su orden.

—¡Oh! Otra vez esa vieja historia. —Habló con amargura y

compadeciéndose a sí mismo—. Yo, que no puede designar a un profesor ni expulsar a un alumno sin la firma del ministro, se supone que yo entregaré la escuela a los jesuitas. Sí, lo sé. Para estos bonapartistas y republicanos, todo el que es leal a nuestro rey es un jesuita. Querrían aterrorizar a todos con los jesuitas. ¿Qué más dicen?

La suave y monótona voz contestó: —dicen que la comida es mala.

—Otra vieja historia. Se quejan de la comida. Me gustaría poner las manos sobre esos intrusos que están perturbando el Louis-le-Grand. ¡Mala comida, por cierto! ¿Hay algo más?

Su voz intensa tenía un tono de temor:

—Hay algo más, pero no deseo decirlo.

—Sepámoslo todo. Sé que esta conversación no es muy agradable para ninguno de los dos.

Monsieur Berthot abrió y cerró el mismo botón de su chaqueta negra, descolorida. Los ojos de Monsieur Lavoyer se iluminaron súbitamente al tiempo que recitaba:

—Quieren que lo destituyan a usted, señor, porque, según dicen, su manera de vestir y modales insultan a la escuela.

Un rojo purpúreo se extendió sobre el rostro de Monsieur Berthot, más subido en el cuello donde el rojo contrastaba con el negro de su corbata ajada. Cesó de desabotonar la chaqueta e intentó calmar sus dedos temblorosos haciéndolos tamborilear sobre el escritorio.

—¡Les haré ver! ¡Les haré ver!

Con antipatía y vergüenza miró a la figura de cera que estaba delante de él, a la que ahora odiaba casi tanto como a sus alumnos.

—Su colaboración ha sido valiosa, M. Lavoyer, muy valiosa por cierto. Se la agradezco mucho.

De la voz de Monsieur Berthot, había desaparecido toda entonación. Se puso en pie, apartó la silla de su escritorio y le tendió la mano a Monsieur Lavoyer. El hombre delgado se inclinó y sin hacer ruido cerró la puerta tras de él.

El Louis-le-Grand estaba silencioso a las nueve y media de esa noche. Un celador estaba frente a cada una de las grandes habitaciones en que dormían los estudiantes. Con la oreja pegada a la puerta, cada uno de ellos intentaba oír las quedas voces que conspiraban. Esta era la ocasión de probar su lealtad, de proporcionar información, de aumentar su salario de mil doscientos a mil quinientos francos por año y de preparar el camino para una futura carrera de maestro o hasta de profesor en el Louis-le-Grand.

Todos los celadores que en ese momento no tenían obligaciones, todos los profesores, subdirectores y el regente estaban reunidos en la gran sala de conferencias donde el aire olía a rapé y tabaco. M. Berthot estaba sentado en la cabecera de la mesa, cuya carpeta verde se veía manchada por tinta y cera. En torno de él el primer grupo estaba formado por unos cuarenta profesores; el segundo, a una respetuosa distancia, por unos cuarenta celadores.

El director hizo sonar una campanilla con sus dedos manchados de rapé y habló con su voz gruesa, sonora, escupiendo pequeñas gotas de saliva sobre la mesa y sus vecinos. ("No te acerques al director sin un paraguas", era un chiste común entre los celadores.)

—¡Caballeros! Es ésta una hora grave en la historia de nuestra escuela. Hay el peligro muy grave de que los acontecimientos de los días terribles de 1819 vuelvan a presentarse en el Louis-le-Grand. ¡Y debemos impedirlo a toda costa! Ustedes difícilmente me creerán, pero les digo, caballeros, que es cierto. Hay proyectadas cosas terribles y ustedes tienen la fortuna, caballeros, de que yo las haya descubierto a tiempo.

Los ojos de los profesores y celadores, que estaban vueltos hacia el director, vieron con estupor que ahora éste lucía su mejor chaqueta azul, una limpia camisa blanca v una ancha corbata negra recién estrenada.

El director señaló el segundo grupo formado por los celadores.

—Los estudiantes planean golpearlos, arrojarlos por las ventanas y hacer pedazos los muebles.

El director señaló el primer grupo formado por los profesores.

—También a ustedes los echarán. Planean tomar posesión de toda la escuela y luego, eso piensan, podrán dictar las condiciones de la paz.

Su rostro brilló con el sentimiento de poder, capaz de agitar las olas del miedo. Ahora sería doblemente agradable calmar esas olas agitadas y hacer ver la firme roca de la autoridad.

—Pero incurrieron en un error. Olvidaron que la escuela tiene un director. Ahora sé quiénes son los dirigentes de la rebelión. Conozco a cada uno de ellos. ¡Tengo todos sus nombres! ¡Son cuarenta, caballeros!

Una débil y fea sonrisa se extendió por su rostro.

—Les puedo asegurar, caballeros, que sé qué hacer con esos rebeldes. Lo sabrán a su debido tiempo. Con la ayuda de ustedes salvaré el colegio de nuestro amado rey.

El director se volvió con un gesto de disgusto e impaciencia hacia su vecino de la derecha. Nunca le había gustado aquel Monsieur de Guerle, y nunca le gustaría. El hombre parecía viejo, cansado y débil, pero la calma de su obstinación era inquebrantable. ¿Cómo había sobrevivido en el Louis-le-Grand esta reliquia de los tiempos napoleónicos? ¿En una escuela que otrora estaba orgullosa de pertenecer a la orden jesuítica? Debería haber sabido que un maestro admirado por los estudiantes es malo y peligroso. Debía desprenderse de los rebeldes; debía desprenderse de Monsieur de Guerle.

—Nuestro regente, Monsieur de Guerle, que me sigue en autoridad en el Louis-le-Grand, me pidió autorización para hacer un anuncio en su propio nombre. Consentí, pero debo decirles que en mi condición de director no apruebo lo que dirá.

Monsieur de Guerle se puso en pie y comenzó a hablar despaciosamente, casi en un susurro.

—Este es mi decimoquinto año como regente del Louis-le-Grand. Viví los terribles días de 1819. Vi a nuestra escuela cerrada, disuelta; vi por doquier extenderse el odio y la desconfianza. No olvidaré nunca aquellos terribles días. ¡No! No creo que los estudiantes tengan el derecho de intervenir en la administración de la escuela. Pero tampoco creo en el uso de la fuerza. Lo que hoy estamos viviendo es resultado de haber empleado

hace cinco años la fuerza. Quizá mañana pensemos que hemos tenido éxito. Pero algunos años después descubriremos que lo que realmente hicimos fue sembrar las simientes de la rebelión futura.

Hablaba con calma, sin que lo perturbara el intento del director de raer con la uña una mancha de cera que se veía sobre la carpeta verde.

—El grito actual de los estudiantes reza: "¡afuera los jesuitas!" Convengo en que su grito es irrazonable y convengo en que, desdichadamente, nuestros estudiantes muestran muy poco espíritu religioso. Llegaría hasta a convenir en que alguien quizá les haya puesto peligrosas ideas republicanas en la cabeza. Pero, ¿cómo ocurrió que estas influencias externas pudieron organizar a todos los estudiantes? ¿No muestra esto que se sienten desdichados y descontentos aquí, en el Louis-le-Grand? Su desdicha y descontento pueden brotar de su imaginación, convengo en ello. Pero entonces, ¿qué es lo que logramos por medio de la fuerza y el terror?

Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar su voz era aun más calma.

—Me temo que esté defendiendo una causa perdida. Si es así, éste es mi último año en el Louis-le-Grand. Pero me agradaría sugerir algo. Tenemos aquí los nombres de cuarenta dirigentes. ¿Por qué no reunirlos mañana por la mañana para oír sus exigencias y persuadirlos a ser razonables? Podemos llegar a una transacción y salvar la escuela, y a nosotros mismos, de la ignominia. Caballeros, sé que mis palabras les sonarán extrañas. Pero no podemos ganar esta lucha. No podemos ganar una batalla contra novecientos estudiantes. Quizá parezca que alcanzamos la victoria. Pero cuanto mayor nos parezca a nosotros la victoria, mayor será nuestra derrota final.

El director había estado tamborileando sobre la mesa y, antes de que Monsieur de Guerle se sentara, comenzó violentamente:

—Si lo comprendo a usted correctamente, Monsieur de Guerle, usted desea que negociemos con los rebeldes, que los tratemos como a iguales de los profesores y celadores. Si ellos dicen que no quieren a M. Berthot, o que no quieren a estos profesores

o estos celadores, usted les dirá: "Muy bien, muchachos, será como ustedes quieran. Mañana cambiaremos al director, cambiaremos a los profesores, cambiaremos a los celadores que a ustedes no les gusta." O si piden champaña todos los días para la comida, pues entonces, muy bien, que tengan champaña. Debemos saber que cuanto más se cede ante los estudiantes, éstos más exigen y más irrazonables se vuelven. Nuestra escuela debe enseñar obediencia y disciplina y, si sólo podemos lograrlo por la fuerza, que sea pues por la fuerza.

Luego abordó el aspecto práctico de la cuestión:

—En una reunión del consejo directivo preparamos un plan detallado de acción. Les explicaré ahora nuestro plan y haré a cada uno de ustedes responsables del modo en que se lleve a cabo. Siento decir que no podemos contar con Monsieur de Guerle; sus opiniones, como acaban de oír, son muy distintas de las nuestras.

El director se acercó a la pared de la que colgaba un gran plano enmarcado del Louis-le-Grand, iluminado desde ambos lados por velas. Se sentía como un general pasando revista a su ejército de profesores y celadores. Con un puntero señaló el plano de su campo de batalla. Allí debía batir al ejército de rebeldes. Y por la gracia de Dios y en nombre del rey ganaría la batalla.

2: MARTES, 27 DE ENERO DE 1824

Las campanas del Louis-le-Grand repicaron repetidamente a las cinco y media de la mañana.

Era aún oscuro cuando se despertó Evariste Galois. Vio el rostro familiar del celador que estaba encendiendo unas pocas velas en los candeleros puestos en las paredes.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Todos arriba! —Vio cómo el celador sacudía los cobertores de las camas de quienes aún estaban en ellas.

Evariste comenzó a vestirse. Conocía todos los detalles de la habitación y todos los rostros que había en ella. Había treinta

y seis camas, algunas de hierro, otras de madera, colocadas a tres pies una de otra. Si esas camas desaparecieran, sólo quedaría el frío piso de baldosas y los pequeños armarios alineados a lo largo de las paredes.

Alzó la mirada hacia las ventanas. Eran horribles. Estaban tan altas que nadie podía alcanzarlas. Cuando la luz entraba por ellas, podía ver la punta de una chimenea y el color deprimente del cielo invernal. ¡Y luego las barras de hierro cruzadas que formaban pequeños y compactos cuadrados! Cuando pensaba en el Louis-le-Grand, estas barras eran lo primero que se le aparecía ante sus ojos cerrados. En las noches de luna sus sombras se extendían sobre el piso, las camas y los rostros de sus compañeros de habitación. Mirando estas paredes todas las mañanas y todas las noches, pensaba en la prisión. ¿Se asemejaba una prisión a aquel dormitorio común? Debía de ser aun peor.

Los estudiantes se vistieron rápidamente en el cuarto frío, hablando de las chinches que los habían picado durante la noche, de las lecciones que habían o no habían preparado, y haciendo veladas alusiones a los sucesos que ocurrirían.

Después de vestirse, Evariste bajó la escalera hacia los retretes. Su hedor penetraba el edificio y crecía en intensidad a medida que disminuía la distancia, hasta que el aire era tan maloliente que el respirar se hacía difícil. En este aire fétido los estudiantes esperaban que se desocupara algún lugar, se empujaban unos a otros, los que estaban dentro de los retretes discutían con los que estaban fuera de ellos el avance de sus operaciones, el estado en que habían encontrado el lugar así como el estado en que probablemente lo dejarían.

Después de esto, Evariste volvió a su habitación, tomó una pequeña toalla y corrió con ella hacia la fuente que estaba en el centro del gran patio. Como otros muchachos, se frotó el rostro con la toalla seca, puso las manos bajo la fuente y las sacó rápidamente, volvió corriendo al dormitorio, puso la pequeña toalla en un gancho, tomó un gran diccionario latín-francés, *De Amicitia* de Cicerón, las *Metamorphoses* de Ovidio, un cuaderno de notas y se dirigió al aula de la cuarta clase. A las seis llegó un celador y los alumnos comenzaron a preparar sus lecciones.

Era éste un momento agradable para Evariste. Abría el libro de Ovidio, y movía ligeramente los labios para convencer al celador de que estaba memorizando. Con ojos soñolientos, aburridos, el celador buscaba apáticamente una víctima que intentara hablarle a su vecino. Evariste sabía exactamente qué ocurriría durante esta hora y media de intervalo de estudio. Lo mismo que cualquier otro día, se complacía en pensamientos y veía cuadros mil veces más reales que el mundo que lo rodeaba.

Durante esta hora de estudio no estaba nunca en el Louis-le-Grand. Erraba a unas pocas leguas de París, pero los dos mundos, Bourg-la-Reine y Louis-le-Grand, estaban tan lejos uno de otro como pueden estarlo dos mundos.

Evariste veía a su padre, tan cerca y tan distintamente que le parecía tocarlo. Sentía la mano de su padre deslizándose suavemente por su cabeza. Cuando Evariste pensaba en su padre, también pensaba en la luz, en el sol que irradia calor y derrite la nieve, o en un claro día en que el aire huele a heno y flores.

¡Los olores! Todo lo expresan. Las flores y el heno son Bourg-le-Reine. El penetrante olor a orina es Louis-le-Grand.

Su padre reía ruidosamente. Pero recientemente la risa a menudo moría de pronto, como si alguien la hubiera cortado con un cuchillo. La madre no trataba nunca de prolongar la risa del padre. Cuando Evariste pensaba en su madre, pensaba también en una diosa griega de pelo negro y resplandecientes ojos negros. Se sonrió.

—¡Galois! Parece divertirse mucho.

Oyó la voz del celador, pero no sus palabras, miró el libro de Ovidio y leyó mecánicamente:

Aurea prima sata est aetas, quae vindice nullo,
Sponte sua, sine lege fidem rectumque colebat. *

¡Qué bien sabía aquellos versos! Podía oír aun la voz cristalina, paciente, de su madre cuando le explicaba su significado. Podía permitirse pensar en Bourg-la-Reine porque su madre le

* La primera edad de oro fue aquella, en la que sin juez, espontáneamente, sin ley se practicaba la fidelidad y la rectitud.

había enseñado todo el latín y el griego que estaba estudiando ahora. ¿Por qué lo habían enviado al Louis-le-Grand? ¿Por qué no le enseñaban en casa? Su padre y su madre sabían más que sus maestros y profesores, que todos ellos tomados en conjunto. Sí, aquellos versos. Recordaba cuán orgullosa se sentía su madre cuando él los recitaba bien y suavemente en la casa de su abuelo, Monsieur Demante. El sabía que su madre estaba orgullosa, si bien su rostro nada dejaba traslucir. Pero el padre se acercaba a él, lo abrazaba y besaba. Luego la madre le susurraba algo al padre y el rostro de éste se ensombrecía.

Luego su abuelo le preguntaba:

—¡Evariste! ¿Qué quieres ser cuando seas grande?

A veces pensaba que le agradaría ser un juez importante, como su abuelo. A veces pensaba que le gustaría ser el alcalde de Bourg-la-Reine, como su padre. ¿Dónde querría estar ahora? Lejos del Louis-le-Grand. Pero no debía odiar al Louis-le-Grand. Su padre le había dicho:

—Puedes odiar las ideas, pero no a los hombres que las representan. Aun cuando pudieras destruir a esos hombres, no destruirías sus ideas.

Haría todo lo posible por no odiar la gorda cara roja de Monsieur Berthot o la larga nariz y la piel desagradable del celador.

Cuando había estado en casa unos días antes, les había dicho a su padre y madre que le desagradaba el Louis-le-Grand. Su madre había dicho:

—Sin una buena educación no llegarás a nada. Si quieres ser juez, o médico, u hombre de ciencia, debes ir a la escuela y obtener títulos, te guste o no te guste.

Evariste intentó discutir, imitó a sus profesores, al director y a los celadores hasta que el padre se echó a reír. Luego la madre había puesto fin a todo.

—Espero que no nos remedes en la escuela.

Abandonó el cuarto. Evariste hubiera llorado, a no ser por su padre que le habló como a un igual.

—Todo lo que te desagrada en la escuela es exterior. No tiene importancia si tú vives tu propia vida interior. —Sonrió débil-

mente y pareció incómodo cuando añadió—: Atiende más a lo tuyo propio y verás menos del Louis-le-Grand.

Muchas veces había oído que la capacidad no lo es todo, que hay algo más importante. Pero este "algo" tenía distintos significados para la gente. Ese algo significaba obediencia en el Louis-le-Grand. Significaba calma y fuerza para la madre. ¿Qué significaba para el padre? No era fácil decirlo. Pero estaba relacionado, lo sabía, con el significado de dos palabras que había oído a menudo: "libertad" y "tiranía". ¡Cuán singularmente sonaban esas dos palabras, cuán singularmente brillaban los ojos de su padre cuando las pronunciaba! Estaban tan alejadas una de otra como Bourg-la-Reine del Louis-le-Grand. La libertad era algo por lo cual uno luchaba valientemente y moría alegremente; la tiranía era una fuerza que, mediante el empleo de amenazas o un garrote, lo obligaba a uno a hacer cosas odiosas. La libertad era la luz y la tiranía la oscuridad. La libertad era Bourg-la-Reine y la tiranía era el Louis-le-Grand. Pero debía lucharse contra la tiranía y debía lucharse contra Louis-le-Grand. Ese día combatirían contra él.

¿Por qué "combatirían"? ¿Por qué no pensó: "Hoy combatiremos a la tiranía en el Louis-le-Grand"? Para ellos, era un recién llegado desconocido en el que no cabía tener confianza. A él no se le había asignado ninguna tarea peligrosa. Sólo tendría que hacer lo que toda la clase haría: romper libros, arrojarlos al fuego y apalear al celador. El pensar en ello lo horrorizó. El pensamiento de arrojar grandes diccionarios a los rostros de gente grande lo hizo estremecer. Deseaba que nunca llegara ese momento. ¿Qué diría su madre? ¿Entendería?

Oyó una campana que sonaba insistentemente. ¡Las campanas! Dulce era el sonido de las campanas de Bourg-la-Reine. El sonido de las campanas del Louis-le-Grand era anuncio de discordia y desasosiego.

Dos hombres entraron en la habitación. Llevaban una gran olla de sopa de cebolla. Cada estudiante tomó una cuchara y un cuenco del montón que se alzaba en un rincón del cuarto; luego el mozo vertió una cucharada de sopa en cada cuenco. Pocos minutos después habían tomado la sopa, apartados los

cuencos y limpiado con trapos sucios el líquido que se había derramado.

Los estudiantes que sólo eran medio pupilos comenzaron a llegar. En sus casas de pensión habían seguido la misma rutina que sus camaradas en la escuela. Luego, desde las ocho de la mañana hasta después de cenar, constituían una gran comunidad, y hoy una fuerza combativa.

A las ocho, cuando sonó la campana, Monsieur Guyot entró en la cuarta clase para hacer frente a setenta adversarios. Tenía la espalda ligeramente curvada y sus ojos aparecían inquietos y cansados. Abrió la puerta de madera del cercado que rodeaba la cátedra y se sentó en la silla; su cara era visible por debajo de un busto de piedra de Cicerón.

Aquel día la clase estaba tranquila. No se le gastaban bromas a Monsieur Guyot, a quien resultaba tan fácil gastárselas que ello había dejado de ser divertido. Dos semanas antes una rata había sido arrojada a la cátedra. Pero no hoy. A veces le arrojaban al busto de Cicerón bolitas de papel de modo tal que iban a caer sobre la cabeza calva de Monsieur Guyot. Pero no hoy.

Hoy los estudiantes se sometían dócilmente a todo. Recitaron versos, tradujeron, construyeron oraciones, analizaron, escribieron ejercicios; se acercaron un paso más a la meta fijada para ellos en el Louis-le-Grand: pensar y escribir en latín. Esto era lo que distinguía a un francés bien educado.

Pero la apatía exterior cubría una tensión interior que crecía de hora en hora. La cuarta clase tenía la orgullosa conciencia de ser la más joven en que se había organizado la rebelión. Los estudiantes de más edad habían depositado su confianza en ellos, y ellos no debían traicionarla.

A las doce finalizaron las clases matinales. Los estudiantes tenían una hora libre en la que comían una sopa de arroz y un plato de carne con legumbres, descansaban y reunían fuerzas para las tareas vespertinas.

Evariste estaba frente a la ventana que daba al gran patio. Vio el portón abierto y que por él entraba un carruaje tirado por dos caballos. Aquellas entradas no eran inhabituales, pero ésta sí lo resultó por la presencia del director y de unos pocos cela-

dores que le gritaron al conductor indicándole dónde debía ir y detener la marcha. Evariste cambió de ángulo de visión y vio un segundo y un tercer carruajes, y aun dos cabezas de caballo detrás de ellos.

Otros estudiantes lanzaron gozosas exclamaciones al ver la extraña procesión:

—¿Quiénes son los celadores y quiénes los caballos? Parecen iguales.

—No halagues a los celadores.

—¿Qué hacen aquí esos carruajes?

—Los celadores se disponen a huir.

—Están asustados.

—Saben que su hora ha llegado.

El profesor entró en el aula. Los estudiantes ocuparon sus puestos, después de avanzar lentamente hacia sus bancos, mirando impertinentemente al profesor de griego y diciéndole con los ojos: "¡Espera! ¡Sólo unas horas más! Ya verás."

Evariste se repitió a sí mismo: "¿Qué significan esos carruajes? ¿Qué están haciendo en el patio?"

Oyó voces distantes y luego el ruido chirriante del carruaje que abandonaba el patio.

"¿Qué significa esto?"

Media hora después volvieron a oírse las voces perturbadoras. Esta vez eran levemente distintas, quizás más violentas; y de nuevo volvió a oírse el chirrido de un carruaje que abandonaba el patio. Intentó decirle a su vecino lo que veía cuando oyó una voz imperiosa que se le dirigía desde la cátedra.

—¡Galois! Lea la siguiente oración.

Evariste no sabía cuál era la oración siguiente. Ni siquiera sabía si estaban leyendo Jenofonte o el Nuevo Testamento en griego. Se puso en pie sin decir una palabra. Se vecino trató de abrir el libro en el lugar adecuado. Sí, era Jenofonte. Pero Galois permaneció inmóvil.

El profesor obedeció entonces las órdenes del director: "¡Compórtense del modo habitual! Afecten no saber nada." Se volvió hacia Galois:

—¡Oh, ya veo! Estábamos soñando, ¿no es cierto? Usted tiene

sus pensamientos íntimos, mucho más importantes que lo que estamos haciendo aquí.

El profesor redondeaba pedantemente cada palabra.

—Sus pensamientos son muy importantes, estoy seguro de ello. Quizás haya resuelto usted algún gran problema universal. Díganos algo de ello. Permítanos compartir sus profundos y penetrantes pensamientos.

La voz suave e irónica se convirtió súbitamente en un grito de cólera:

—¿Qué estaba haciendo usted?

No hubo respuesta.

—¡De modo que somos obstinados! Lo recordaremos.

Escribió algo en su libreta de notas y dijo con autoridad:

—Usted es perezoso, desatento y conversador.

Luego se volvió hacia otro estudiante.

Las lecciones finalizaron a las cuatro y media de la tarde. Los estudiantes abandonaron el aula y fueron a la sala de estudio, donde los esperaba una colación: trozos de pan rancio rociados con agua. Con la boca llena murmuraban entre sí:

—Sólo una hora y media más.

—Comiencen en cuanto nosotros cuatro demos la señal.

—Estén atentos a la campana.

—Todo saldrá bien si nos mantenemos unidos.

Debían hablar en murmullos. El profesor estaba aún con ellos, esperando la llegada de su celador. ¡Ese celador! De sobra conocían su larga cara de caballo con su tremenda nariz; la humildad y sumisión con que hablaba a los profesores, evitando siempre los ojos de éstos. Pero el mismo rostro se volvía desdeñoso y arrogante cuando hablaba a los estudiantes. Los espiaba de noche, informaba toda vez que se violaba alguna regla, por mínima que fuese, pedantemente escribía el nombre de un estudiante cuando éste llegaba un minuto tarde el día de asueto, maltrataba y amenazaba a los alumnos con una voz dulce que nunca llegaba a la cólera o la indignación. Hoy, como todos los días, debía supervisar sus estudios hasta las seis de la tarde, pero luego estaría en poder de ellos. Sí, sería un placer darle una buena paliza.

Un celador entró en la sala de estudio, pero su rostro no era el que esperaban ver. ¿Dónde estaba la nariz larga y la cara granujienta?

Oyeron una voz enérgica que no permitía ninguna oposición:

—Hoy supervisaré sus estudios en lugar de Monsieur Ragon, que no puede venir. Harán sus dos últimos ejercicios de latín y griego. ¡Comiencen!

Alguien golpeó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta; era el portero de la escuela con un libro negro, el que entregó al celador.

—Foublon.

El estudiante se puso en pie.

—Vaya inmediatamente a la oficina del director.

Foublon vaciló; reinaba un silencio completo mientras los ojos de todos estaban fijos en él.

—¿Oyó lo que acabo de decir?

Foublon salió y el portero cerró la puerta detrás de él.

—Terrin.

El estudiante se puso en pie.

—Vaya inmediatamente a la oficina del director.

Abandonó el salón y el tenso silencio aumentó.

—Bouillier. Fargeau.

También se fueron los dos.

Los estudiantes se miraban entre sí sorprendidos y atemorizados. Había ocurrido algo inesperado. Eran exactamente los cuatro estudiantes que debían comenzar la rebelión. ¿Volverían antes de la seis?

La tensión iba en aumento. Los estudiantes intercambiaban notas.

—¿Quién comenzará?

—¿Qué hacemos con el nuevo celador?

—¿Cómo podemos atacarlo?

—¿Quién comenzará?

—¿Estarán de regreso a tiempo?

—Si no llegan a tiempo, ¿quién comenzará?

Los pensamientos de Evariste comenzaron a vagar a lo largo de una tangente que inevitablemente conducía a Bourg-la-Reine.

Pero comenzó a sentirse cada vez más desasosegado, cada vez más perturbado. Ahora, como todos los otros, esperaba que sonaran las campanas, la señal para apagar las velas colocadas entre cada muchacho y su vecino. La protectora oscuridad salvaría al individuo del castigo y arrojaría la responsabilidad sobre todo, volviendo anónimos tanto la culpa como el heroísmo.

Pero las campanas no sonaban. Los estudiantes, acostumbrados al horario, reaccionaron como relojes. Sabían en lo íntimo de sí mismos que ya habían pasado las seis.

—¿Quién comenzará?

—¿Cuándo comenzamos?

—¿Quién comenzará?

Evariste pensó: "No sonará la campana; naturalmente, no sonará. Creemos que a las campanas las hace sonar el mismo tiempo, que sus voces llegan a las aulas como el día y la noche llegan al mundo. Pero son manos humanas las que tocan las campanas y las manos humanas pueden ser detenidas. Las leyes del Louis-le-Grand son tan duras y rígidas como el acero. Si Napoleón saliera de su tumba, si París fuese incendiada hasta quedar reducida a cenizas, las campanas del Louis-le-Grand sonarían como sonaron ayer y hace cien años. Pero hoy las campanas guardan silencio. Su silencio siembra confusión; su silencio quebrará el espíritu de la rebelión; su silencio aumentará el temor y obligará al sometimiento."

Su cólera iba en aumento, sus mejillas ardían, sentía dolor en los ojos y oía el fuerte latido de su corazón. Se puso en pie. Todos los rostros se volvieron hacia Evariste. Tenía la cara roja y los ojos inflamados. Permaneció inmóvil, luego abrió la boca y la cerró en seguida. Su mano derecha recorrió la mesa hasta tocar un grueso y pesado libro. Aferró el diccionario griego-francés, levantó la mano derecha y arrojó el volumen contra la vela que ardía sobre la mesa del celador. De todos lados comenzaron a volar diccionarios. La mayor parte de las velas colocadas entre los estudiantes se apagaron. A lo largo de las paredes algunas velas aún ardían, arrojando sombras fantásticas en el aula en penumbra. El celador se levantó; con pasos vacilantes retrocedió hacia la pared mirando a la clase.

—¡Abajo los jesuitas!

—¡Abajo Berthot! —respondió otra voz.

—¡Abajo los jesuitas! ¡Abajo los jesúitas! ¡Abajo Berthot! —repitió en coro toda la clase.

Súbitamente la puerta se abrió de un golpe. Todos se volvieron y dejaron de gritar. El celador detuvo su retirada; los estudiantes que ocupaban los bancos permanecieron inmóviles.

Calma y majestuosamente, el subdirector, Monsieur Gustave Émond, avanzó hacia el frente del salón. No parecía ni sorprendido ni enojado.

—He venido a hacer un importante anuncio —dijo suavemente mirando a la clase.

Sólo entonces pareció advertir las bujías apagadas, a los estudiantes que estaban de pie en los bancos, los diccionarios desparramados por el suelo. Miró en torno cuidadosamente y dijo:

—Pueden sentarse.

Había algo mágico en sus palabras. Los estudiantes se sentaron, algunos de ellos saltando de los bancos, otros volviendo a los lugares que habían abandonado. Todos intentaron que la transición a su estado normal fuese tan silenciosa y rápida como fuera posible. Evariste se vio a sí mismo haciendo lo que los otros hacían: mirando fascinado al hombre que había entrado en el salón, obedeciendo sus órdenes, escuchando cada una de sus palabras.

—He venido a hacer un importante anuncio. Estoy seguro de que la mayor parte de ustedes, quizá todos ustedes, oirán con agrado lo que tengo que decirles.

Hizo una pausa y miró al silencioso auditorio fascinado por sus palabras.

—Hace mucho tiempo que sabemos que algunos de los estudiantes estaban haciendo todo lo posible para sembrar el descontento y la insatisfacción entre ustedes. Se comportaban inescrupulosamente, los engañaban, esparcían mentiras y falsos rumores. Difundían rumores de que la escuela sería devuelta a los jesuitas y de que tal es la intención de nuestro director, Monsieur Berthot. No necesito decirles que les mintieron, y les mintieron muy estúpidamente. Los estudiantes que esparcieron esos

rumores sabían perfectamente bien que eran mentiras. Pero contaban, estoy seguro que injustamente, con la estupidez de sus compañeros. Apelaban a la amistad de ustedes, a su sentimiento de lealtad. Procuraban persuadirlos, pero estaban dispuestos a emplear la fuerza y el terror si ello era necesario. Procuraban comprometerlos, y planearon sus actos de modo tal que ustedes, y no sólo ellos, fuesen castigados. Afortunadamente, puedo decirles algo que a ustedes les agradará oír.

Alzó la voz súbita y dramáticamente.

—Esos estudiantes, que suman cuarenta, fueron expulsados hoy del Louis-le-Grand.

Había tal silencio que, contra el negro telón de fondo de calma, el siseo de las pocas velas encendidas parecía intolerablemente ruidoso. Cuarenta estudiantes, los mejores estudiantes, fueron expulsados del Louis-le-Grand, arrancados de en medio de sus camaradas para ir a afrontar la cólera o la desesperación de sus padres. La dramática voz hizo una pausa lo bastante larga para que el estudiante más estúpido comprendiera lo que significaba la sentencia; que lo que había ocurrido aquí, en la cuarta clase, había ocurrido en todas las clases del Louis-le-Grand. Ahora los estudiantes recordaron los carruajes. Ahora sabían que los ruidos extraños significaban gritos de resistencia; cada rechinamiento significaba que un dirigente más de la planeada rebelión había abandonado la escuela para siempre.

La voz dominante continuó:

—Esos alumnos no volverán nunca al Louis-le-Grand. Probablemente se les cierre en Francia toda oportunidad de educación. Están ustedes ahora libres del terror que ellos sembraban. Pueden ahora proseguir pacíficamente sus estudios.

La voz descendió de los tonos altos del drama a una calma compuesta.

—Debemos considerar finalizado todo el incidente. Aun cuando algunos de ustedes sean culpables de negligencia, de no haber hecho saber a las autoridades el plan de la rebelión, deseamos olvidarlo todo y continuar con nuestro trabajo normal. Ustedes han sido enviados aquí para aprender, y nosotros somos responsables de enseñarles. Comprenderán que para hacerlo debemos

estar seguros de la lealtad de ustedes, debemos estar seguros de que ustedes no se sienten atados por ninguna promesa que hayan podido hacer a los estudiantes rebeldes. Porque de otro modo es obvio que si ustedes comparten opiniones de ellos, deben compartir su destino. Deben convenir conmigo en que esto es tan lógico como justo.

Miró en torno para ver si había alguien que juzgara la argumentación ilógica o injusta. Nadie rompió el silencio.

—Deseo, y estoy seguro de que todos ustedes lo desean, dar por terminado este penoso incidente y olvidarlo. Pero antes quiero que prometan lealtad a nuestra escuela; quiero que me digan que no se sienten atados por ninguna promesa que hayan podido hacer voluntaria o involuntariamente. Leeré los nombres de ustedes, uno después de otro, y quienes de ustedes estén a favor del orden, la disciplina y la lealtad a nuestra escuela darán fe de ello diciendo: "prometo". Desde luego, ustedes comprenden que no están en modo alguno obligados a hacerme su promesa. Deben hacerla por propia voluntad. De lo contrario, carecerá de valor. Leeré ahora la lista.

—Adelier.

Un muchacho delgado se puso en pie y con voz temblorosa susurró:

—Prometo.

—Debe decirlo más alto para que todos podamos oírlo. Y no lo diga a menos que lo quiera.

Una voz más alta mezclada con lágrimas repitió:

—Prometo.

—Así está mejor.

Evariste sintió un frío helado en los dedos y un ardiente calor en las mejillas y la frente. Susurró para sí mismo a través de labios rígidamente apretados: "¡Prometo! ¡Prometo! Prometo que nunca olvidaré esta gran lección de perfidia e hipocresía. ¡Lo odio a usted y a todos los hombres como usted! Usted que me ha enseñado a comprender qué significa el odio. Mi padre procuró enseñarme que podemos vivir sin odio. No aquí, no en el Louis-le-Grand. Siempre odiaré a los hombres como usted; hombres que eliminan a los débiles. Combatiré siempre a los hombres

como usted toda vez y dondequiera que los encuentre. ¡Lo prometo! Lo juro ante Dios y con todo mi corazón. Prometo..."

Evariste oyó una voz tranquila e indiferente.

—Galois.

Se levantó. Un grito henchido de sufrimiento, cólera y pasión cristalizó en las palabras:

—Sí, prometo.

Monsieur Edmond miró a Galois y vio una joven cara triangu-liar, amplia en la frente y que formaba un ángulo agudo en la barbilla. Los ojos estaban profundamente hundidos y su mirada parecía penetrar el interior de los objetos en que se posaba. Monsieur Edmond apartó la mirada con esfuerzo y, antes de pronunciar el próximo nombre, murmuró para sí mismo: "Es un muchacho muy extraño."

3: MIÉRCOLES 28 DE ENERO DE 1824

Todos los años el día de San Carlomagno los mejores estudiantes, elegidos desde mucho antes, asistían a un banquete durante el cual profesores y estudiantes derramaban torrentes de oratoria latina y francesa.

El banquete de San Carlomagno del miércoles 28 de enero de 1824 no se asemejó a ningún otro de la larga historia del Louis-le-Grand. Algunas semanas antes, ciento quince estudiantes habían sido seleccionados para el banquete, pero el día anterior cuarenta de esos mismos estudiantes habían sido enviados a sus casas.

El gran salón comedor estaba brillantemente iluminado. Lo adornaban helechos y flores. Banderas blancas con las flores de lis de los Borbones colgaban de la pared situada detrás de la tribuna de los profesores con su larga mesa. Las mesas de los alumnos ocupaban ángulos rectos a la mesa de los celadores, que estaba en una plataforma elevada.

Los setenta y cinco estudiantes entraron silenciosamente. Lucían sus uniformes azules de los domingos. Miraron los platos

que estaban ante ellos y los cuarenta lugares vacíos que había entre ellos. Cuando la procesión de celadores encabezada por Monsieur Berthot entró en el salón, se pusieron en pie, fijando respetuosamente los ojos en el suelo. Luego se sentaron humildemente, como perros apaleados que habían aprendido su lección.

El director miró triunfalmente a los estudiantes que estaban abajo. Algunos de los estudiantes alzaron los ojos y vieron al radiante director y a los cinco subdirectores sentados junto a él. Buscaron a Monsieur de Guerle, el regente, el hombre a quien amaban y en quien confiaban. Pero no estaba allí; no había querido presenciar la humillación de sus alumnos. Allí arriba no había ningún rostro amigo, ningún rostro suavizado por la simpatía o la piedad.

Ninguna palabra se pronunciaba en la tribuna en que estaban los profesores, ni ninguna palabra se pronunciaba entre los estudiantes. Interrumpía sólo el silencio el ruido de las cucharas, el choque de cuchillos y tenedores contra los platos mientras deshuesaban el pollo; hasta la masticación podía oírse en el silencio. La habitación parecía oscura y sombría aun cuando todas las velas estuvieran encendidas. El postre fue aceptado sin comentario y fue comido de prisa. Hasta el champaña fue recibido con apatía e indiferencia.

La atmósfera opresiva creaba el silencio, y el silencio adensaba el aire opresivo que alimentaba la tensión. Era peor que una atmósfera funeraria.

El director se puso en pie. Con su mano gorda tomó una copa de champaña y se alisó con la otra su corta barba.

—Brindo por la salud de nuestro amado rey, Luis XVIII.

¡Y ocurrió lo inesperado, lo fantástico!

Los estudiantes se miraron unos a otros. Sabían qué se esperaba de ellos. Podían reducir a cenizas la escuela,. podían zurrar a su celador, pero no podían negarse a beber por la salud del rey. No habían conspirado para rehusar ese brindis. Pero ninguno de ellos estaba dispuesto a ser el primero que se levantara.

Se miraron entre sí con una mirada desafiante, retando a cualquiera que se animara a levantarse. Pero ninguno se puso en pie. Todos permanecieron sentados, mientras el director y los pro-

fesores, de pie, miraban horrorizados y estupefactos las figuras de cera rígidamente clavadas a los bancos y que devolvían audazmente las miradas de los celadores. La humildad de su sumisión había desaparecido, la derrota se convertía en triunfo. Suya era ahora la venganza. Miraban el rostro escarlata del director. Este y los profesores volvieron a sentarse, tratando de aparecer distantes e indiferentes. El silencio volvió al salón, pero era ahora un silencio diferente. El sentimiento de triunfo había abandonado la mesa alta y descendido para ocupar su lugar entre los estudiantes. El sentimiento de humillación había ascendido a la tribuna para ocupar su lugar entre los profesores.

Monsieur Edmond miró interrogativamente a Monsieur Berthot, quien aprobó lentamente con un movimiento de su roja cabeza. Monsieur Edmond se puso en pie. Oiríase su mágica voz. Pero ahora algunas gotitas de transpiración se veían en su frente. De modo que aquel dios todopoderoso que había descendido del Olimpo al Louis-le-Grand estaba asustado y transpiraba. Alzó la copa.

—Brindo por nuestro director.

La voz mágica había perdido su magia. Ni uno de los estudiantes se movió. Sólo que sus ojos resplandecían aun más brillantes mientras miraban divertidos a las momias de la tribuna, demasiado orgullosas para mostrar su embarazo y demasiado incómodas para ocultar su desesperación. Como títeres repitieron un "viva", que ahora sonaba más como burla que como deseo.

Un joven profesor se sonrojó, se levantó y recitó rápidamente:

—Brindo por nuestro regente ausente, Monsieur de Guerle.

Esta vez hubo una explosión, un súbito estallido de energía largo tiempo reprimido.

—¡Viva Monsieur de Guerle!

Algunos estudiantes se pararon sobre los bancos y gritaron una y otra vez con toda su fuerza. Se pusieron histéricos. Repitieron las mismas palabras varias veces formando un coro:

—¡Viva Monsieur de Guerle!

Uno de ellos subió del banco a la mesa, arrojó al suelo de una patada algunos platos con sus trozos de pollo, pateó también algunas copas de champaña y, empuñadno un tenedor a mo-

do de batuta, dirigió el coro infundiendo ritmo, poder y uniformidad a la repetida frase. Otros estudiantes tomaron tenedores y cucharas para marcar el ritmo de su grito sobre los platos y copas, haciéndolos trizas y derramando vino en el suelo.

El director golpeó el puño sobre la mesa.

—Silencio; silencio. Quiero decirles algo.

Pero allí donde sus palabras se hacían audibles, el grito "¡Viva Monsieur de Guerle!" aumentaba hasta hacer desaparecer los alaridos del director. Eran visibles su boca agitada y el movimiento de sus puños, pero no se le oía sonido alguno.

Finalmente sus palabras irrumpieron a través de la armadura de ruido.

—¡Silencio! ¡Silencio! Quiero decirles algo. No son ya estudiantes de esta escuela. No son ya nuestros estudiantes; no los tenemos bajo nuestra responsabilidad. Están expulsados del Louis-le-Grand. Volverán a la casa de sus padres, todos ustedes. ¡Silencio! Repito...

Los gritos histéricos cesaron y hubo silencio. Nadie trató de repetir el grito; algo diferente debía seguir ahora. Aun cuando debieran abandonar la escuela, no serían vencidos. Esperaban que alguien asumiera el liderazgo, que alguien mostrara la fuerza que aquel día habían descubierto en sí mismos.

Interrumpió el silencio una voz clara que entonaba las primeras palabras de la prohibida Marsellesa. La canción fue aumentando en intensidad. Creció en volumen y en emoción. La canción de lucha de sus padres, sepultada en lo hondo de sus corazones, estaba de nuevo con ellos. Cantaron las palabras que habían iluminado los fuegos de la libertad, la melodía de lucha, victoria y una Francia gloriosa, las palabras y la melodía que algunos de ellos entonarían seis años después, luchando y muriendo en las calles de París.

4: SETIEMBRE DE 1824

La agonía de Luis XVIII, el último rey francés que murió en suelo francés, había durado tres días. La presenciaron una mul-

titud de cortesanos en el calor sofocante y el silencio interrumpido sólo por los quejidos del hombre doliente. Antes de morir, levantó la mano blanca con los dedos nudosos e inmóviles sobre la cabeza del duque de Bordeaux, criatura de tres años, y murmuró:

—Dios te bendiga. Ojalá mi hermano conserve tiernamente la corona para este niño.

Madame du Cayla se congració con sus protectores persuadiendo al rey agonizante que llamara a un confesor. Por ello recibió ochocientos mil francos.

El 16 de setiembre, hacia las cuatro de la mañana, el caballero que sostenía la cortina del lecho la dejó caer y anunció que el rey "había dejado de respirar".

Nueve días después, se bajó el ataúd de Luis XVIII a la bóveda de la Catedral de Saint Denis, y por última vez estos sombríos muros recibieron el cadáver de un rey de Francia.

Una fila de heraldos arrojó sobre el ataúd sus capas y chaquetas de armas, y cada vez este trágico ademán fue acompañado por gritos de: "¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto!"

Tres duques se adelantaron. Cada uno de ellos arrojó en la bóveda los colores de la Guardia Real que comandaba y cada vez los heraldos repitieron: "El rey ha muerto".

Luego se arrojaron la corona, el cetro, las espuelas, el peto, la espada, el escudo —todas las insignias guerreras de este rey nada batallador— y en la catedral resonaron el sonido del hierro y los gritos de los heraldos: "El rey ha muerto".

El gran chambelán, príncipe de Talleyrand, avanzó cojeando y colocó el estandarte de Francia sobre el ataúd.

Luego el maestro de ceremonias avanzó y golpeó su pesado bastón tres veces sobre el piso de piedra. Cuando el hueco sonido se extinguió, grito: "El rey ha muerto, el rey ha muerto, el rey ha muerto; roguemos por el alma del rey muerto."

Todas las cabezas se inclinaron silenciosamente.

El maestro de ceremonias volvió a golpear el bastón.

—¡Viva el rey!

Cerróse con estrépito la puerta del supulcro, redoblaron los tambores, sonaron las trompetas y el coro de heraldos recitó:

—Viva el rey Carlos, el décimo de su nombre, por la gracia de Dios rey de Francia y Navarra; cristianísimo, augustísimo, poderosísimo, nuestro honradísimo señor y buen amo, a quien quiera Dios concederle vida larguísima y felicísima. Gritemos todos: "¡Viva el rey!

Así comenzó el reinado de Carlos X, el último Borbón rey legítimo de Francia.

III. "SOY UN MATEMÁTICO"

1: 29 de mayo de 1825

En enero de 1825 el periódico *Moniteur* anunció que la coronación de Carlos X tendría lugar esa primavera en Reims. Los ciudadanos de Reims miraban con orgullo y gratitud las torres de su catedral desde las cuales una lluvia de oro descendería sobre la ciudad. No antes de mucho tiempo hasta un agujero oscuro, si contenía una cama, se alquilaría por sesenta francos por noche.

El embajador británico, lord Northumberland, envió a su mayordomo a buscar alojamiento en Reims. Este vio un cartel que decía: "En venta" ante una gran casa y preguntó al propietario:

—¿Cuánto?

—Diez mil francos.

—Sólo quiero alquilarla.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por los tres días de la coronación.

—Entonces le costará treinta mil francos.

Un mes antes de la coronación, un enjambre de albañiles hicieron pedazos todas las piezas flojas de la escultura de la catedral, por temor de que una de ellas cayera sobre la cabeza del rey. Fragmentos del rostro de Cristo y trozos de las alas de los ángeles fueron a parar a la basura.

En mayo el *Moniteur* anunciaba gozosamente que el rey sería ungido con el antiguo óleo sagrado que había traído desde el cielo una paloma. La preciosa vinajera había sido conservada en Reims durante siglos. Pero en el año terrible de 1793, el ciudadano Ruhl, representante del pueblo y comisario de la convención, arrebató la santa botella de la catedral, la rompió sobre la cabeza de la estatua de Luis XV y derramó el óleo sobre el

rey de piedra y el fango bajo él. Pero ocurrió un milagro, y algunos personajes dignos de confianza pero cuyo nombre no trascendió recogieron las gotas sagradas de la piedra y el fango y las conservaron cuidadosamente para el gran día en que un rey Borbón fuese nuevamente coronado en Reims.

La procesión entró en la catedral temprano en la mañana del día de la coronación. El rey lucía un traje de color cereza con rayas de oro, y los pares de Francia que rodeaban al rey llevaban largas mantas de terciopelo y armiño con encajes de oro.

Dentro, la austera catedral gótica ofrecía en la ocasión el aspecto de un teatro griego y la función tuvo lugar bajo un dosel hecho de satén carmesí. El arzobispo y el rey eran los principales actores de una comedia cuya representación llevó cinco horas y en la que el rey cambió de vestido seis veces. En esto lo ayudaba su primo, el primer príncipe de la sangre, Luis Felipe, duque de Orléans. En una escena el rey yació postrado en cojines, mientras su apuesto rostro y pelo gris tocaban la alfombra en que pisaba el arzobispo. El representante del Santo Padre pinchó la carne del rey con una aguja de oro a través de siete agujeros abiertos en las ropas de Carlos. En otra escena el rey se arrodilló ante el arzobispo, después de recibir el cetro en la mano derecha y los símbolos de la justicia en la izquierda. Y el arzobispo ungió la cabeza del rey con el santo óleo milagrosamente conservado para colocar luego la corona sobre ella.

Algunos de los presentes recordaban un espectáculo muy distinto, si bien igualmente colorido, que los había deleitado unos veinte años antes. Se representó no en Reims sino en la Catedral de Notre Dame de París. Entonces no fue el arzobispo sino el mismo papa quien viajó desde Roma para coronar al joven dios de la guerra. Y Napoleón no se prosternó ante el Santo Padre. ¡No! A Su Santidad ni siquiera se le permitió tocar la corona. Fue el propio Bonaparte quien aferró la corona de Carlomagno y con sus propias manos imperiales la colocó firmemente sobre su propia cabeza imperial.

Aquellos de los presentes que odiaban a los ultras miraban el espectáculo temerosos de que el rey prestara el antiguo jura-

mento de los reyes franceses: conservar los derechos de la Iglesia y exterminar a los herejes. Con alivio, oyeron las palabras nuevas en el antiguo rito: el rey juró obedecer la constitución.

Cuando al fin terminó la ceremonia y con todas sus insignias reales Carlos se sentó rígidamente en el trono, los cansados espectadores exclamaron: "*Vivat rex in aeternum.*"

¿La Revolución? ¿El Imperio? Eran sólo breves y oscuros episodios del glorioso pasado de Francia. Ahora, en que el linaje borbónico iba a reinar por siempre, las huellas de aquellos días debían desaparecer de la tierra y sus recuerdos debían morir en los corazones de los hombres.

La gran cortina que separaba el extremo de la catedral fue descorrida, la multitud entró precipitadamente, las campanas tañeron, el órgano rugió, las trompetas resonaron, los cañonazos contestaron al fuego de mosquetería y cientos de palomas fueron soltadas desde el techo abovedado; revolotearon en una nube de incienso, asustadas por el ruido de la multitud.

Así fue coronado en Reims el último rey francés.

2: 1825-1827

Aquellos eran los años en que la vencida burguesía francesa comenzó de nuevo a levantar la cabeza y en que acuñó dos gritos de combate para su lucha contra los ultras. El primero, *vive la charte,* tuvo poco efecto. El pueblo no deseaba preocuparse por la constitución, a la que el rey había jurado respetar. El segundo grito de combate apresó la imaginación de Francia e inflamó a la nación. A lo largo y lo ancho del país se repetía una y otra vez con palabras variables: "abajo los jesuitas", "abajo la congregación", "abajo los curas negros." Un diario liberal filosofaba: "Será difícil explicar nuestra época a nuestros hijos. La controversia teológica está a la orden del día y sólo oímos hablar de monjes y jesuitas."

La estupidez y ceguera de los ultras partidarios de Carlos y de los jesuitas era el mejor aliado de la oposición. Los liberales

repetían y volvían a repetir los mismos argumentos: Francia estaba gobernaba por el rey, pero el rey era un títere en manos de los jesuitas. Las cámaras aprobaron una ley en cuya virtud el robo de objetos sagrados de la Iglesia se castigaba con la muerte. Las mismas cámaras aprobaron una ley que castigaba la profanación de la hostia a la par que el parricidio. El rey se había postrado ante el arzobispo en Reims. ¿No mostraba esto que los jesuitas deseaban retrasar el reloj de la historia hasta la Edad Media y los tiempos de la Inquisición?

Pronto los tenderos y comerciantes de París fueron testigos de algo aun más alarmante. En la fiesta de la Iglesia, en la celebración del Jubileo de 1826, las procesiones religiosas marcharon por las calles de París y el rey apareció en todas ellas. En la última y más pomposa, se bendijo la piedra fundamental del monumento del rey mártir Luis XVI. Carlos X, miembros de la familia real, cardenales, obispos, dos mil sacerdotes, mariscales, generales, oficiales de estado mayor, pares, diputados, funcionarios civiles, magistrados, formaron una procesión que en longitud y magnificencia superó a todas las otras.

La artillería rugió al llegar la procesión a la Plaza Luis XV. El arzobispo de París subió los peldaños del gran altar. Tres veces pidió al cielo misericordia y perdón, mientras todos los presentes caían de rodillas. Entonces el rey, vestido con un traje violeta, el color del duelo real, se adelantó para colocar la piedra fundamental que el arzobispo había de bendecir. A los parisienses, dispuestos a observar cualquier acto colorido, estos dos trajes —el del rey y el del arzobispo— les parecían muy semejantes. Apenas había vuelto la procesión a Notre Dame entre el atronar de cañones, a través de calles en que estaban formadas tropas, cuando un nuevo rumor comenzó a propagarse desde París: el de que el rey había sido hecho obispo, que era miembro de la Orden Jesuística, que la procesión era una penitencia que le había impuesto la Iglesia en expiación de los errores de su juventud. Siguieron rumores cada vez más extravagantes a través de declaraciones orales y folletos impresos: que nadie podía obtener un cargo público a menos que fuese jesuita; que los sacerdotes podían formar un cuerpo combatiente de mil hombres

armados con dagas; que el papa podía deponer a un soberano si deseaba hacerlo. Decíase que el gobierno del fanatismo era más peligroso para el campo, el comercio y las fábricas que la anarquía de los más sangrientos revolucionarios. El gobierno trataba de detener estas argumentaciones llevando ante los tribunales a quienes "despreciaban a personas o cosas relacionadas con la religión". Pero en la mayor parte de los casos los acusados eran liberados por los jueces, después de lo cual su lenguaje se volvía más violento e injurioso. Los escaparates de las tiendas parisienses exhibían dibujos de sacerdotes con panzas prominentes y rostros obscenos, o cuadros de delgados monjes ascéticos que quemaban los libros de Voltaire. El espectro del jesuita real era llevado a dimensiones irreales hasta que llegó a arrojar una sombra de odio y temor sobre toda Francia.

En los cafés, los clubes, los despachos de bebidas la palabra que más se oía era "jesuitas". En los Colegios Reales los estudiantes repetían lo que habían oído de sus padres. El estado de ánimo que prevalecía en el Louis-le-Grand queda ilustrado por la triste carta que Monsieur Laborie, el nuevo director, escribió a su superior, el ministro de Educación:

> No hay espíritu religioso entre los alumnos. Los pocos que son piadosos se avergüenzan de hacer el signo de la cruz, temerosos de que otros les respondan con sarcasmos y risas. Para ellos nada es sagrado. Su espíritu y su corazón son salvajes. La maldad ha llegado aquí a su punto más alto, y hay poca esperanza de mejora. Hasta los profesores dan un mal ejemplo pues no van regularmente a la capilla. Los padres dan un mal ejemplo, ya que excitan la imaginación de sus hijos y los incitan a rebelarse hablándoles incesantemente de la famosa orden de los jesuitas y los peligros que entraña el dominio de la Iglesia. Los jesuitas son el tema más popular entre los estudiantes. ¿Cómo podemos tratar con estudiantes convencidos de que su acción rebelde tendrá la aprobación de sus padres?

Después de la rebelión en el Louis-le-Grand, Monsieur Berthot, el desdichado director, fue separado de su cargo. Había expulsado a ciento quince alumnos, la flor y nata de la escuela, todos los cuales habían ganado certámenes y hecho del Louis-le-Grand el más distinguido de los Colegios Reales. Sin embargo,

y esto no se perdonó, el espíritu de rebelión continuó vivo. De modo que a M. Berthot se lo separó del cargo y en su reemplazo se designó a Monsieur Laborie. Monsieur Berthot había sido brutal, cruel, torpe. Monsieur Laborie era un hombre de modales corteses, hábil en la intriga y amaba al rey. El mismo espíritu dirigiría el colegio, pero la mano llevaría ahora guantes para suavizar el dolor y ahogar el ruido cuando se sofocaban rebeliones de estudiantes.

Eran éstos los años en que Evariste Galois avanzaba paso a paso hasta que llegó a la clase de retórica. No olvidó nunca que sólo el hecho de que hubiera estado ausente del banquete de San Carlomagno lo había salvado de la suerte de los ciento quince estudiantes expulsados.

Eran éstos los años en que los maestros del Louis-le-Grand se quejaban de que el estudiante Evariste Galois se mostraba soñoliento, falto de disciplina y ambición. Puede tener capacidad, decían, inclusive una notable capacidad, pero es inmaduro y raro. El director le aconsejó vehementemente a Monsieur Nicolas Gabriel Galois que permitiera que su hijo Evariste repitiera la segunda clase. Pero Monsieur Galois no estuvo de acuerdo y así ocurrió que, en el otoño de 1826, Evariste entró en la clase de retórica y contó en días la distancia que lo separaba de la libertad.

3: FEBRERO DE 1827

Un sonoro "Adelante" contestó los golpecitos de Evariste; entró en el despacho y permaneció en la puerta mientras el director continuaba escribiendo. Miró las agudas facciones del director, los labios apretadamente cerrados y el delgado rostro ascético. Luego miró el escritorio, contó todos los objetos que había en él, miró todos los cuadros que colgaban de las paredes, y luego miró otra vez al director.

Evariste pensó: "Sabes muy bien que estoy esperando aquí. Ésta es una nueva clase de tortura inventada por el gran maestro

de la Inquisición, Monsieur Laborie, el director del Louis-le-Grand. Te recordaré mi presencia. Me acercaré a ti calmamente, muy calmamente, y luego de pronto te arrebataré la lapicera de tu mano, la romperé y diré: 'Todos nosotros te odiamos y despreciamos. Eres un jesuita, un jesuita, un jesuita de hábito corto. ¿Te darás cuenta entonces de que estoy aquí?"

El director levantó la vista.

—Oh, sí, Galois.

Hizo a un lado la lapicera, se echó hacia atrás y habló desde arriba, muy lenta y muy claramente.

—¡Galois! He leído y discutido el informe sobre usted. No es lo que todos esperábamos.

Galois contestó, pero sólo con sus pensamientos pues la escuela le había enseñado a guardar sus pensamientos para sí mismo: "Ello se debe a que no me agradas tú ni la escuela. Sabía que no me dejarías terminar este año la escuela, abstracción hecha de lo que hiciera o cómo trabajara. Estas son las órdenes que recibiste de los curas negros."

Monsieur Laborie esperaba una respuesta, pero ésta no llegó.

—Pensamos que era usted demasiado joven para la clase de retórica. Todavía no tiene dieciséis años. Pero creímos que podíamos estar equivocados y no quisimos insistir. Desgraciadamente para usted y contra nuestras esperanzas, el tiempo demostró que teníamos razón. Estamos seguros de que se sentirá mucho más feliz en la segunda clase. Estará en la división de un hombre excelente, monsieur Girardin, se hallará con muchachos de su misma edad, encontrará el trabajo mucho más fácil y su progreso será indudablemente mayor.

El director hizo una pausa, como si esperara una respuesta, y luego dejó caer sus bien elegidas palabras:

—Lo único que nos preocupa es el bien de nuestros estudiantes. Por ello, intentamos no sólo impartirles conocimientos y desarrollar sus espíritus sino y por sobre todo forjar sus caracteres. Esto lo podrá apreciar cuando tenga más edad. Sería mucho esperar que pudiera hacerlo ahora. Pero el pasar un año más en el Louis-le-Grand puede abrirle los ojos. No sólo adquirirá

conocimientos sino, lo que es mucho más importante, ganará en madurez y comprensión.

Tampoco esta vez hubo reacción. Monsieur Laborie fijó la vista en Evariste.

—¿Comprende lo que le estoy diciendo?

—Perfectamente, señor.

—¿De modo que está de acuerdo conmigo?

Galois no contestó.

El director repitió con una voz en la que no había la menor huella de impaciencia o fastidio:

—Le pregunto si está de acuerdo conmigo.

Evariste contuvo su creciente cólera y logró decir calmamente:

—No, señor.

El director lo miró con interés y la amistosa voz se suavizó aun más.

—Dígame entonces por qué no está de acuerdo conmigo. Quizá mediante la discusión lleguemos a una solución que nos satisfaga a ambos. Podemos encontrar esa solución fácilmente si sugiere qué es bueno para usted. Nuestros intereses no están en pugna y, por cierto, se fortalecen recíprocamente. Dígame, entonces, Galois, por qué mis argumentos no lo convencen.

Evariste sintió que la tormenta se acercaba, que las palabras de denuesto y violencia se agolpaban en su boca. Sabía que pronto no podría resistir su creciente presión. Saldrían a borbotones y golpearían los oídos de aquella cabeza delgada, ascética. Buscó desesperadamente pensamientos que pudieran calmar la tormenta y acallar las palabras.

Pensó en su padre. Debería repetir a su padre exactamente lo que el director había dicho y lo que él había replicado. Debía comportarse de modo tal que los ojos de su padre no se entristecieran ni anublaran. Algo le estaba ocurriendo a su padre. Hacía mucho tiempo que no lo veía alegre, escribiendo versos, imitando a sus amigos y riendo de un modo que a todos contagiaba, a todos excepto a su madre. Debía de haber alguna razón de ese súbito cambio. Cualquiera que ella fuese, no debía él añadir nuevas razones. Era ahora el portavoz de su padre. Evariste dijo humildemente:

—Señor, me pregunto si no sería mejor para mí permanecer en la clase de retórica. Espero que podré terminarla con éxito. Y si no es así, estoy dispuesto a repetir la clase de retórica el próximo año.

Monsieur Laborie miró a Galois como si éste hubiera expresado una idea excelente que al director no se le hubiera ocurrido antes.

—Consideremos su plan desapasionadamente y veamos cuál de los planes es mejor para la escuela y, por lo tanto, para usted. Deseamos que acabe nuestra escuela con una buena calificación. Queremos estar orgullosos de usted, pero también queremos estar orgullosos del Louis-le-Grand.

"Si vuelve a la clase segunda, en la que antes no andaba mal, tiene una buena posibilidad de tomar parte en la competición general y —quién sabe— puede ganar un premio. Entonces con esa preparación, tendrá igualmente una buena probabilidad el año próximo en retórica. Pero, si se queda en retórica, apenas si podrá pasar, y hasta esto lo dudo mucho. Estoy casi seguro de que tendrá que repetir su último año, que comenzó con una mala nota; mientras que, si vuelve a la segunda clase, comenzará su último año con una nota buena, quizá muy buena. Cuanto más pienso en usted, más veo que nuestro plan es mucho mejor tanto para la escuela como para usted. Sí, estoy ahora convencido de que nuestro plan es el mejor."

Se volvió luego hacia Evariste con un aire de decisión:

—Espero haberlo convencido.

"Debo acabar esta conversación, debo terminarla a toda costa. Si estoy aquí un segundo más, le escupiré a este rostro jesuítico. Debo terminarla, terminarla ahora mismo."

—Sí, estoy convencido —dijo Evariste mansamente.

Y se sintió como si hubiera escupido sobre sí mismo.

4: 1827

Evariste volvió a la segunda clase, a las viejas lecturas, al antiguo fastidio entre nuevos compañeros de clase.

Temiendo la monótona repetición de un conocido plan de estudios, Evariste decidió —por primera vez— estudiar matemática. Era una materia impopular entre los alumnos y las autoridades no la consideraban lo bastante importante para hacerla obligatoria. Como resultado de ello, un grupo heterogéneo de estudiantes de las clases tercera, segunda y retórica, se reunían cuatro horas por semana para estudiar los rudimentos de la geometría. Cuando Evariste se incorporó a esta clase en el tercer término, se les había expuesto a los estudiantes cerca de la mitad de *Eléments de géometrie,* escritos por el gran matemático Adrien Marie Legendre, libro que influiría sobre los manuales de texto en los años siguientes.

Durante la primera hora preparatoria Evariste abrió el volumen de Legendre y leyó las primeras frases:

I. El objeto de la Ciencia de la Geometría es la medición del espacio. El espacio tiene tres dimensiones: longitud, anchura y altura.

II. Una *línea* tiene longitud pero no anchura. Los extremos de una línea se llaman puntos; el punto no tiene extensión.

III. Una línea recta es el camino más corto entre dos puntos.

IV. Toda línea que no es recta, ni compuesta de líneas rectas, es una línea curva.

La frase siguiente se refería a un dibujo. Los dibujos no interrumpían el texto sino que estaban recogidos al final. Evariste desplegó la primera hoja de dibujos, leyó el texto y miró la correspondiente figura. Pasó luego rápidamente a través de muchas definiciones y llegó a la sección siguiente, que comenzaba así:

"Un axioma es una proposición que es evidente por sí misma".

Pensó: "¿Qué es evidente por sí mismo? Lo que es evidente por sí mismo para uno puede no serlo para otro. ¿Puede algo ser evidente por sí mismo para todos, siempre?" Leyó:

Un *teorema* es una verdad que se vuelve evidente por medio de razonamientos llamados *demostración.*

Pensó: "De modo que la geometría trata de la verdad. Hay teoremas que son verdades. Lo que logramos por el razonamiento

es volver evidente la verdad de esos teoremas. Pero, naturalmente, su verdad puede ser sólo tan evidente como los axiomas sobre los que se basa. Toda la estructura de la geometría se basa sobre axiomas. ¿Qué son estos axiomas?" Halló la respuesta cuando volvió la página:

Axiomas

1. Dos cantidades iguales a una tercera son iguales entre sí.
2. El todo es mayor que cualquiera de sus partes.
3. El todo es igual a la suma de las partes en que está dividido.
4. Sólo hay una recta que une dos puntos.
5. Dos rectas, superficies o sólidos son iguales si, cuando se los pone uno sobre otro, coinciden en todas sus dimensiones.

Mientras leía página tras página, veía levantarse el edificio de la geometría con la sencillez y belleza de un templo griego. Leyendo rápidamente, veía no sólo los teoremas particulares, sino su interrelación, la arquitectura del conjunto, así como la magnificencia de la estructura de la geometría. Se sorprendió anticipando y adivinando lo que luego seguiría; vio la estructura que crecía ante sus ojos. Pronto dejaron de existir para él el aula, sus alrededores, sus camaradas, los maestros, los ruidos, los olores. Los teoremas abstractos de la geometría le resultaban más reales que el mundo de la materia. El edificio de la geometría crecía en su cerebro. Mientras leía los teoremas, veía casi en un relámpago cómo demostrarlos y echaba luego una rápida mirada al texto y los dibujos en confirmación de sus pensamientos. Pronto pudo omitir las demostraciones; pronto anticipó muchos teoremas y sintió que sabía geometría desde hacía mucho, mucho tiempo. Pero este conocimiento había estado oculto a su conciencia por una cortina negra. La lectura del libro de Legendre rasgó la cortina y reveló el templo griego. Sintió como si una mano fuerte, amiga, lo hubiera empujado lejos del Louis-le-Grand; no se sentía ya desdichado porque el Louis-le-Grand había dejado de existir para él.

Durante otras clases, durante cada momento libre del día leía, absorbiendo los teoremas, haciéndolos evidentes con sus propias

demostraciones, con su propio razonamiento. El día en que comenzó a leer a Legendre, llegó al "Libro IV" sobre polígonos y círculos regulares y llegó al problema: Halle un círculo que difiera tan poco como se quiera de un polígono regular dado.

Pensó: "¿Qué clase de número es π?"

En busca de una respuesta se dirigió a las notas en letra pequeña destinadas a los estudiantes avanzados, y halló allí una demostración de que la razón de la circunferencia con respecto al diámetro, y también el cuadrado de esta razón, son números irracionales. Aquí la lectura se volvía más difícil. Halló nuevos símbolos como tg x, cuyo significado no sabía. Se volvió hacia la última parte del libro de Legendre, el *Traité de trigonométrie*, donde se definían este y otros símbolos trigonométricos.

Cuando las luces se apagaron en todos los dormitorios a las nueve y quince de la noche, Evariste yacía en la cama con los ojos abiertos, mirando el espacio. *Veía* todos los teoremas que había aprendido durante el día. Aparecían figuras geométricas, cruzadas por ecuaciones que se extendían en todas direcciones. Un nuevo teorema exigía que lo volviera evidente demostrando su verdad. El mundo del razonamiento y el mundo de los sueños formaban una mezcla fantástica de lógica e imaginación en que la gente se asemejaba a fórmulas y los teoremas se asemejaban a criaturas vivas. Evariste intentó mantener apartados ambos mundos, pero no pudo impedir su unión a lo largo de una noche alborozada e inquieta.

A la mañana siguiente volvió a leer a Legendre. Por primera vez desde que había llegado al Louis-le-Grand, no pensó en su padre, no sintió el olor del heno, ni oyó el tañido de las campanas de Bourg-la-Reine. Su mente ardía con una nueva llama que sólo la muerte podría extinguir. En dos días había terminado el libro de Legendre, destinado a dos años de estudio. Sabía todo su contenido y sabía que todo lo que había aprendido permanecería y crecería en su mente hasta el último día de su vida.

Durante la lección de matemática, el profesor Vernier se dirigió a Evariste:

—Usted es un alumno nuevo en esta clase.

Evariste se puso en pie. Los ojos de Monsieur Vernier aparecían cansados y amistosos.

—Es ésta una nueva materia para usted. Puede hallarla difícil al principio. Le llevará algún tiempo habituarse a ella. Le daré, digamos, un mes de tiempo antes de examinarlo.

Galois permanecía mirando silenciosamente el rostro del profesor, Monsieur Vernier lo miró ahora impacientemente.

—¿Piensa que podrá hacerlo en un mes?

—Sí, señor.

M. Vernier comenzó su lección. Versaba sobre polígonos regulares que pueden inscribirse en un círculo, o circunscribirse en torno de él. La mayor parte de los estudiantes parecían aburridos. La voz del maestro era apagada y descolorida. Repitió los teoremas en la misma forma en que aparecían en el libro de Legendre; los demostró empleando las mismas notaciones y los mismos argumentos. Aguó el razonamiento añadiendo nuevas frases y repitiéndolas muchas veces. El maestro copiaba en el pizarrón los dibujos del libro y los estudiantes los copiaban a su vez del pizarrón en sus cuadernos. Cuando se los interrogaba, repetían las frases que habían oído decir al maestro y que, a su vez, eran las mismas impresas en el manual de Legendre. La mayor parte de los alumnos aprendían estas proposiciones como uno aprende poemas latinos o griegos, repitiéndolas dogmáticamente sin tratar de develar su significado.

Evariste vio cómo el alma de la geometría era torturada allí hasta convertirse en un esqueleto sin vida, una colección de frases tediosas y faltas de sentido, memorizadas de un día para otro. Vio cómo en aquella escuela se convertía con insuperable habilidad la belleza en fastidio, la lógica y el razonamiento en dogma, un templo griego en un montón de piedras.

La biblioteca del colegio estaba en un estado de desintegración. Las ventanas no cerraban, la luz era mala, las paredes y los libros estaban húmedos y sólo unos pocos estudiantes hacían uso de la biblioteca que contenía muchos valiosos volúmenes de latín,

griego e historia, pero sólo un puñado de libros matemáticos. Cuando Evariste tomó *Résolution des équiations numériques* de Lagrange, el bibliotecario trató de ser gracioso.

—Usted conoce la regla; los libros sólo se prestan por ocho días. ¿Espera terminarlo en ocho días?

—Lo intentaré.

Leyó la definición de álgebra en la introducción:

El álgebra, tal como habitualmente se la entiende, es el arte de determinar cantidades desconocidas como funciones de cantidades conocidas o que se suponen conocidas; y también es el arte de hallar una solución general de ecuaciones. Tal solución consiste en hallar, para todas las ecuaciones del mismo grado, aquellas funciones de los coeficientes de las ecuaciones algebraicas que representan todas sus raíces.

Hasta ahora, este problema puede considerarse resuelto sólo para ecuaciones de primero, segundo, tercero y cuarto grados...

Leyó el libro de Lagrange no tan rápidamente como el de Legendre. Sus sentimientos aparecían mezclados. Hallaba excitante la gran obra, sí, pero experimentaba también un sentimiento de insatisfacción, hasta de decepción, que aumentaba con el número de páginas que volvía. En geometría había visto claramente la estructura, pero aquí no la veía. Y sabía que no la veía porque no estaba allí. El edificio de la geometría tenía estilo, armonía y belleza. El álgebra era una extraña colección de edificios de diferentes estilos, la mayor parte de ellos recién comenzados pero ninguno terminado. Tras la azarosa colección no se percibía la mente de un gran arquitecto.

Intentó formular la razón de su descontento. Pensó en el problema fundamental del álgebra: el de resolver ecuaciones algebraicas.

El álgebra —es decir, el álgebra elemental— surgió de ese mismo problema, y sus comienzos fueron en tiempos distantes. El álgebra moderna, el álgebra de hoy, un gran campo de la investigación contemporánea, surgió también de ese mismo problema y sus comienzos están en la obra de Galois.

Así, el resolver una ecuación puede ser una tarea fácil conocida en la antigüedad, o una tarea difícil lograda en la época

del Renacimiento, o puede ser, en cierto sentido, como lo reconocieron Abel y Galois, una tarea *imposible.*

Decir $2x-1$ es igual cero, si x es igual a ½, significa resolver una ecuación trivial que apenas merece ser dignificada con ese nombre. Desde ahí podemos subir un peldaño más, a una ecuación de segundo grado como $x^2-5x+6=0$. Aquí buscamos también un número (o números) que, sustituyendo a x, satisfaga esta ecuación o, como se dice, deseamos encontrar las raíces de esta ecuación. Y por cierto, sustitúyase en la ecuación a x por el número 2 o el número 3, y se verá que cada uno de esos números satisface la ecuación $x^2-5x+6=0$. (x^2 significa x veces x; $5x$ significa 5 veces x.)

Aun el estudio de estas ecuaciones de segundo grado comparativamente simples conduce a un descubrimiento de largo alcance: el de los números imaginarios y complejos.

Cabe fácilmente argüir: "Es ésta una fina trama de pensamientos abstractos, de problemas especulativos muy alejados de nuestra vida ordinaria". Pero lo cierto es que la ecuación de segundo grado conduce a los números complejos, y los números complejos son la herramienta matemática diaria de los ingenieros y físicos. La ciencia moderna y la técnica moderna nacieron de los sueños de los matemáticos, de la trama abstracta de sus pensamientos.

En la ecuación $2x-1=0$, los números 2 y -1 son los coeficientes. Encontramos la solución de esta ecuación muy simple dividiendo "uno" por "dos". De modo similar, en la ecuación $x^2-5x+6=0$, los números 1, -5, 6 son los coeficientes. Podemos hallar las raíces de esta ecuación haciendo algunas operaciones prescritas con estos coeficientes. Recordemos que las raíces eran 2 y 3. Podemos hallar esos números 2 y 3 mediante operaciones prescritas en estas dos simples fórmulas:

$$2=\frac{5-\sqrt{5.5-4.6}}{2} \qquad \text{y} \quad 3=\frac{5+\sqrt{5.5-4.6}}{2}$$

Tales prescripciones pueden cumplirse si conocemos los coeficientes con que debemos operar. En el caso de una ecuación de

segundo grado, estas prescripciones son aun sencillas, si bien mucho más complicadas que para una ecuación de primer grado.

Algunas ecuaciones algebraicas son *solubles mediante radicales*. Ello significa que podemos hallar sus soluciones mediante un número finito de operaciones realizadas sobre los coeficientes de las ecuaciones algebraicas. Estas son operaciones racionales (suma, resta, multiplicación, división) y extracciones de raíces. Si existe una solución lograda sólo mediante estas operaciones, decimos que la ecuación es soluble por radicales.

La solución de una ecuación de primer grado es trivial. La solución de una ecuación de segundo grado es muy fácil. Las complicaciones surgen en la solución de una ecuación de tercer grado. Pero puede lograrse, y se logró casi trescientos años antes de que naciera Galois. Podemos hallar las raíces —es decir, la solución— de una ecuación de tercer grado por métodos conocidos para todo matemático; el problema puede reducirse a un problema conocido, al de resolver una ecuación de segundo grado. Este es un método empleado una y otra vez en matemática: reducir la solución de un problema nuevo a un problema viejo cuya solución se conoce. De modo similar, una ecuación algebraica de cuarto grado es soluble por radicales, pues podemos reducir el problema de su solución al de la solución de una ecuación algebraica de tercer grado, que es conocida.

Pero aquí el método que Lagrange explica en su libro se desbarata súbita, completa e inesperadamente. Es cierto que si podemos resolver una ecuación de segundo grado podemos resolver también una ecuación de tercer grado. Si podemos resolver una ecuación de tercer grado, también podemos resolver una ecuación de cuarto grado. Parecería que esta cadena pudiera prolongarse, que si podemos resolver una ecuación de cuarto grado podremos resolver una ecuación de quinto grado. Como en una escalera de mano, podríamos ascender cada vez más alto hacia la solución de ecuaciones de grados cada vez más altos.

¿Es posible trepar de una ecuación a otra, reducir la solución de una ecuación de grado más alto a la del grado inmediatamente inferior? ¿Es posible resolver todas las ecuaciones algebraicas mediante operaciones racionales y mediante radicales?

O, en otras palabras, ¿puede la escalera prolongarse indefinidamente o se desploma?

Galois sintió que éste era el problema más esencial del álgebra, un problema del que Lagrange no conocía solución. El método desarrollado por Lagrange daba resultado hasta las ecuaciones de cuarto grado, pero para una ecuación de quinto grado llevaba a una ecuación de sexto grado. De modo que la solución de un problema se "reducía" a la de otro mucho más complicado. Era como aprender a saltar desde el techo del Louis-le-Grand practicando desde la torre de Notre Dame. Si, de nuevo, el método de Lagrange se empleaba para resolver una ecuación de sexto grado, el problema se reducía a resolver una ecuación de décimo grado. ¡Era como tratar de alcanzar la torre de Notre Dame no ya trepando a ella sino saltando sobre ella desde la cima del Monte Bianco!

Al principio Galois creyó que debía existir un método mediante el cual todas las ecuaciones algebraicas pudieran solucionarse por radicales. Y no era importante el que fuese o no fácil en la práctica. Pero encontrar una demostración de que podía hacerse, que tal solución siempre existe, le parecía el problema central del álgebra.

Sólo unas pocas semanas después de haber leído la geometría de Legendre, Galois comenzó a formular sus propios problemas. No tenía aún dieciséis años y ya había experimentado tanto el padecimiento que provoca el tantear en la oscuridad como el éxtasis de la comprensión. El mundo que lo rodeaba se le apareció envuelto en sombras. La escuela, sus profesores y los camaradas, todo perdió importancia, se volvió casi inexistente. Mediante el pensamiento abstracto erigió en torno de sí mismo un muro inexpugnable a través del cual no podían penetrar las voces y los ruidos del mundo exterior. A menudo olvidó llevar al aula los libros requeridos; a menudo miró a sus maestros sin oír sus preguntas, observaciones o quejas. A veces, para ocultar su aislamiento, rompía inesperadamente en un torrente de palabras que parecían incomprensibles o arrogantes. Lo aliviaba el que la matemática hubiera aflojado sus ataduras al Louis-le-Grand. Pero también se habían relajado los vínculos con su padre, su madre,

su hermano, su hermana, cuyas imágenes se volvían más borrosas. El mundo de sus pensamientos comenzó a destruir el mundo de carne y hueso.

Con un placer perverso, guardaba el secreto de su pasión como si hubiera sido una traición revelarlo y un sacrilegio el hablar de él. Se internó solo por este nuevo sendero, sin amigos, sin que nadie lo alentara, sin que nadie lo comprendiera. La matemática le parecía una experiencia demasiado grande, íntima y personal para compartirla con nadie. Sólo a sí mismo se repetía orgullosamente en sus pensamientos: "*Soy* un matemático".

Cuando M. Vernier examinó a Evariste por primera vez en matemática, hubo un raro silencio. Para sus compañeros de clase que habían atisbado los títulos de los libros extraños que Evariste leía, aquél era el momento en que un alumno podía confundir a un maestro fastidioso. Para otros, ofendidos por sus contestaciones bruscas o arrogantes, aquél era el momento en que Evariste podía recibir una merecida humillación. El silencio desconcertó al buen Monsieur Vernier. Evariste se sintió contrariado por tener que representar ante la clase y contestar preguntas completamente idiotas.

El modo de Monsieur Vernier era muy amistoso cuando le dio la primera indicación.

—Muestre cómo se divide un ángulo en dos partes iguales.

Galois sintió el insulto de esta pregunta infantilmente trivial. Rojo de vergüenza, trazó un ángulo y luego, con un círculo de madera, esbozó rápidamente los arcos, le puso letras al diagrama y, sin pronunciar una sola palabra, escribió:

$$ACE=BCE$$

—Muy bien hecho.

Luego Monsieur Vernier se dirigió a los estudiantes.

—Hay muchos de ustedes que han estado en esta clase medio año más que Galois y que no podrían contestar mi pregunta ni la mitad de bien.

La expresión doliente de Evariste aumentó con estas palabras.

—¿Puede explicar *por qué* esos ángulos son iguales? —preguntó Monsieur Vernier.

Subrayó las palabras "por qué" levantando hasta la nariz el índice de la mano derecha.

Galois no contestó. Paciente y bondadosamente, Monsieur Vernier explicó:

—En geometría debe siempre mostrar *por qué* algo es verdadero. Debe tener siempre un método, un buen método para probarlo todo. Trate de explicar ahora por qué esos ángulos son iguales.

La voz amistosa daba a entender que no importaría que Galois no pudiera contestar esa pregunta, que el maestro estaba satisfecho con lo que su alumno había hecho y que bastaría con que Galois comenzara a explicar para que al maestro le complaciera ayudarlo. Monsieur Vernier repitió:

—¿Por qué son iguales?

La clase esperaba en suspenso la contestación de Galois. Ésta se produjo sólo después de una larga pausa:

—¿No es obvio?

Toda la clase estalló en risas. Algunos comenzaron a aplaudir. Algunos gritaron: "La geometría es obvia para Galois." Otro gritó: "¡Galois es obviamente un genio!"

—Silencio; silencio. —Monsieur Vernier intentó calmar a la clase—. No son bondadosos con su compañero. No hay motivo de risa. En lugar de ayudarlo, se burlan de su compañero.

Galois se sintió apenado por M. Vernier. Era un maestro bondadoso que defendía a su alumno y no veía, pobre hombre, que las risas iban también dirigidas contra el mismo maestro.

Evariste se volvió hacia el pizarrón, completó el dibujo de dos triángulos, escribió que ambos eran iguales, inclusive indicó por qué y dedujo que los dos ángulos eran también iguales.

Monsieur Vernier miró el pizarrón con gran satisfacción.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Trate de trabajar con más método. Sólo un poco más de método y será uno de los mejores alumnos de la clase. Pero téngalo presente: preste atención y trabaje sistemáticamente.

El año escolar finalizó. En la competición de matemática Evariste ganó un segundo premio. Monsieur Vernier estaba encantado. Con sólo que Galois hubiera escrito más pulcramente, con sólo que hubiera explicado más extensamente, habría hasta ganado el primer premio.

"Un poco más de método", pensó Monsieur Vernier, "y dentro de un año podrá hasta tomar parte en la competición general."

Evariste ganó también un segundo premio en griego en la competencia general. Cuando se enteró de esto, Monsieur Laborie murmuró para sí mismo: "Desde luego, tenía razón. Le hizo bien repetir la segunda clase."

Durante el siguiente año escolar en la clase de retórica, sólo pocos meses después de que hubiera sabido por primera vez qué significaba la geometría, Galois experimentó el gozo y el padecimiento de la creación. Sus días estaban llenos de tensión y se pasaba las noches insomne. La noche le llevaba ideas nuevas, que giraban una y otra vez por su cabeza, y deseaba que se le permitiera encender una vela para ponerlas por escrito. Cuando así lo hacía por la mañana, a menudo veía que su razonamiento era defectuoso, que lo había mantenido despierto un espejismo de la verdad que buscaba. Trabajaba en matemática durante las horas de estudio, trabajaba en sus problemas durante otras clases trabajaba mientras comía, trabajaba durante las pocas horas destinadas al descanso, hasta se las arreglaba para trabajar mientras escribía un ensayo en francés, o mientras respondía a sus maestros. En un rincón de la mente sentía la presencia constante de sus problemas, inclusive cuando recitaba en latín o traducía el griego. Todo cuanto hacía aparte de pensar en cuestiones matemáticas lo hacía mecánicamente y sin pensar. Sus ojos aparecían sombreados por líneas oscuras y su vista parecía dirigirse hacia dentro, hacia su cerebro antes que hacia afuera, hacia el mundo exterior.

¿Qué entendían los maestros de su alumno? Estas son sus notas para el primer término de la clase de retórica.

Conducta pasablemente buena. ¡Cierta irreflexividad! Un carácter no todos de cuyos rasgos me halago de comprender, pero lo veo dominado por

la presunción. No creo que sea malvado. Su capacidad me parece mucho más alta que la media tanto en lo que respecta a los estudios literarios como a la matemática. Pero hasta ahora ha descuidado buena parte del trabajo de la clase. Ésta es la razón por la que no tuvo notas distinguidas en los exámenes. Parece haber decidido —de ahora en adelante— conceder más tiempo y atención a la tarea del aula; juntos proyectamos un nuevo horario escolar. Veremos si se atiene a sus propias decisiones. No carece de sentimientos religiosos. Su salud es buena pero delicada.

A estas bondadosas palabras Monsieur Pierrot añadió:

Trabaja poco en mi materia y habla a menudo. Su capacidad, en la que supónese que debemos creer pero de la cual no he visto todavía ninguna prueba, no lo llevará a ninguna parte. En su trabajo sólo hay huellas de rareza y negligencia.

Monsieur Desforges escribió:

Siempre ocupado con cosas impropias. Empeora día a día.

Y finalmente hay una nota del bondadoso M. Vernier:

Celo y progreso muy notables.

5: 1828

En 1823 Niels Henrik Abel, un noruego de veintiún años, adquirió fama en su ciudad natal porque se suponía que había resuelto la ecuación algebraica de quinto grado. Más tarde Abel halló que su demostración estaba equivocada y, como todo gran científico, continuó estudiando persistentemente su problema: ¿puede resolverse por radicales una ecuación de quinto grado? Esto es, ¿puede expresarse la solución por un número finito de operaciones racionales y extracciones de raíces de los coeficientes de tal ecuación? Abel halló la respuesta de su pregunta. La publicó en 1826 en la primera edición de la revista de matemá-

tica pura y aplicada que Crelle editaba en Alemania. La respuesta era que una ecuación de quinto grado en general no es soluble por radicales.

En el decimoséptimo año de su vida, Galois pensó que había hecho un gran descubrimiento matemático. Creía que había solucionado un problema importante, que tenía la demostración de que toda ecuación de quinto grado puede resolverse mediante radicales. Luego, después de examinar y volver a examinar su prueba, vio en un momento lúcido que su razonamiento era erróneo y que lo que creía que era un descubrimiento logrado durante meses de duro y persistente trabajo se desmoronaba para quedar convertido en un montón de signos sin sentido. Pero no cedió: sabía, como todos los grandes científicos siempre lo supieron, que el primer débil rayo de luz sólo aparece después de un constante y persistente pensamiento; que el problema debía perseguirse días y noches, meses y años; que uno debe pensar y pensar, esperar y esperar, hasta que después de un esfuerzo incesante la primera chispa de comprensión abra el estrecho sendero que lleva a una solución.

Después de intentos infructuosos por resolver la ecuación de quinto grado, Galois creía que tal ecuación no es soluble mediante radicales. Lentamente comenzó a cristalizar en su mente el gran problema del álgebra: hallar los criterios adecuados que, aplicados a una ecuación algebraica de grado arbitrario, obliguen a esta ecuación a revelar claramente si puede o no puede ser conquistada mediante radicales. Estaba seguro de que si esos criterios apropiados pudieran aplicarse a una ecuación general de quinto o más alto grado, esa ecuación contestaría: "no, no puede resolverme mediante radicales". Si el mismo criterio se aplicaba a una ecuación de tercero o hasta de cuarto grado, la respuesta sería: "sí, puede resolverme por radicales".

Y así Galois, un estudiante de la clase de retórica del Louis-le-Grand, formuló uno de los más difíciles problemas de la matemática, uno de los más grandes del álgebra. Empero, difícilmente podía saber cuán importante este problema revelaría ser; difícilmente podía saber que los métodos revolucionarios y po-

derosos mediante los cuales lo resolvería influirían sobre el desarrollo de la matemática un siglo después.

Regularmente los profesores registraban sus notas cada término. Al finalizar el segundo término, el maestro que supervisaba los estudios de Galois escribió:

Su conducta es muy mala, su carácter reservado. Intenta ser original. Sus dotes son excelentes pero no las emplea en la clase de retórica. No hace absolutamente nada por su clase. Lo posee una pasión por la matemática. Creo que sería mejor para él que su padres convengan en que estudie sólo matemática. Está perdiendo el tiempo aquí, atormenta a sus maestros y constantemente recibe castigos. No carece de sentimientos religiosos; su salud parece débil.

Monsieur Pierrot escribió:

Estuvo haciendo algunos trabajos; por lo demás siempre conversador.

Monsieur Desforges escribió:

Disperso, conversador. Creo que se propone fastidiarme. Sería muy perjudicial para sus compañeros que llegara a tener alguna influencia sobre ellos.

Monsieur Vernier, el profesor de matemática, escribió:

Acentuados inteligencia y progreso; pero no suficiente método.

Cuando finalizó el año de la clase de retórica, Evariste sabía bien qué haría luego: entraría en la Escuela Politécnica.

Con frecuencia, durante las largas noches Evariste dejaba de pensar con su mente cansada en permutaciones y sus productos, raíces escritas en forma de fracciones continuas, para considerar su futuro próximo en el que se veía luciendo el uniforme de estudiante de la Escuela Politécnica.

¡La Escuela Politécnica! ¡La hija de la Revolución y el orgullo de Francia! Allí se le permitiría trabajar todo el día en matemática. Aun más, estaría *obligado* a trabajar todo el día en

matemática. Conocería a hombres que lo comprenderían: los más grandes matemáticos de Francia, algunos de los más grandes matemáticos del mundo. Oiría las clases de Cauchy. Cauchy reconocería la importancia de los problemas en que él, Evariste Galois, estaba trabajando. Conocería a Ampère y a François Arago, admirados por los estudiantes y amados por el pueblo de Francia.

Conocería a nuevos camaradas y se haría de nuevos amigos. Cierto que no se había hecho de amigos en el Louis-le-Grand, pero los tendría en la Escuela Politécnica. Dentro de pocos meses comenzaría una nueva vida, su verdadera vida, en la escuela que educaba no sólo a los hombres de ciencia, los funcionarios del estado y los oficiales del ejército, sino también a los dirigentes del pueblo. Sabía que para ingresar en la Escuela Politécnica debía aprobar un examen oral. Qué lástima que fuese oral y no escrito. ¡Debía aprobarlo! Tendría que revelar sus conocimientos al examinador, quizás inclusive los problemas en que estaba trabajando y los resultados que había logrado. Este pensamiento le resultaba desagradable, hasta penoso.

Recordó la última conversación con su padre, a quien le había revelado su amor por la matemática y su proyecto de ingresar en la Escuela Politécnica. Su padre lo comprendió; nadie más volvió a hacerlo. Su profesor de matemática le había enseñado durante más de un año y no había sospechado nunca cuánto podía aprender de su propio alumno.

Pero su padre había comprendido. Sus ojos se iluminaron de orgullo cuando dijo alegremente: "Mi hijo será un gran matemático. Evariste Galois, profesor de la Escuela Politécnica, miembro de la Academia. Sí, Evariste, estas palabras suenan bien. Me agradan."

Luego estalló en una risa, pero la risa fue breve y un tanto forzada. No era como antes. Los ojos de su padre se ensombrecieron rápidamente cuando dijo: "¡Espero que en tu vida no encuentres tantos enemigos como los que yo tengo." Luego habló muy suavemente, como para sí mismo. Evariste apenas podía oírlo. "Esto no es lo peor. La indiferencia es lo peor."

Se volvió rápidamente hacia su hijo.

—Heme aquí echándote a perder el día. Monsieur Vernier me escribió que eres muy bueno en matemática. No es tan estúpido como tú decías. Su consejo es que permanezcas un año más en el Louis-le-Grand y sigas un curso especial de matemática, como lo hacen todos los que desean ingresar en la Escuela Politécnica. ¿Qué piensas?

Evaristo estaba furioso con Monsieur Vernier, que se entrometía en sus asuntos, y hasta defraudado por su padre, que estaba dispuesto a dejarlo un año más en el Louis-le-Grand.

Lo sorprendió lo fría que sonaba su voz cuando preguntó:

—¿No me crees que sé lo bastante para aprobar ese tonto examen?

—Monsieur Vernier me escribió que puede saber demasiado para aprobar el examen; que sabes las cosas importantes, pero que puedes no saber los detalles faltos de importancia que los examinadores siempre preguntan. Su consejo terminante es que permanezcas un año más en el Louis-le-Grand.

—Monsieur Varnier es viejo y estúpido. —Pero deseó no haber pronunciado esas palabras.

6: 1828

Era la hora en que los alumnos del Louis-le-Grand escribían cartas a sus padres, amigos y parientes. Todo estaba rígidamente regulado en el Louis-le-Grand, hasta el amor de los hijos por sus padres.

Evariste escribió:

Queridísimo padre:

Hace una semana te escribí una carta afligida que debe haberte perturbado. Pero tu calma y bondadosa contestación me ayudó mucho. Ahora me siento menos desdichado y más tranquilo. ¡Fue una semana difícil! Cuando fracasé en el examen de ingreso, perdí toda esperanza, sentí que mi vida había acabado. Luego repetí tus palabras. Fue bueno que dijeras que eso te alarmaba aunque no porque no creyeras en mí sino, precisamente, porque *creías* en mí.

Comprendo ahora que pensabas que esto podía ocurrir cuando me aconsejaste permanecer un año más en el Louis-le-Grand y seguir un curso especial de matemática. ¡De modo que aquí estoy, en el Louis-le-Gran, por otro año! Parece ser mi destino el pasarme la vida en este presidio que tan bien conozco y al que tanto detesto.

Nunca pensé que podría sentir tal desprecio por ninguno de los hombres a quienes admiraba hace algunos meses como el que siento por M. Lefebvre, mi examinador. Es un pobre profesor y su cara parece la de una calavera sobre la que se tendió una arrugada piel amarilla. En cuanto posé los ojos en él me pareció repulsivo e inhumano. Este examinador de la escuela de mis sueños silbaba sus tontas preguntas; vi por su tono y su mirada que un estudiante es barro bajo sus pies. Estoy seguro de que es un jesuita. Lo que esperaba esta calavera amarilla era un rápido recitado de fórmulas sin comprenderlas. Quería que todas las cosas se explicaran del mismo modo que en los tontos manuales. Considera un crimen el tener ideas y métodos de exposición originales.

Cuando llegó mi turno, me miró con sus pequeños ojos y luego los cerró de modo de ver de mí lo menos posible. Luego hizo la primera pregunta:

—¿Por qué se presentó al examen sin haber hecho el curso especial de matemática?

—Estudié solo —respondí.

—Oh.

Habría que haber oído aquel "¡Oh!" Luego me preguntó cómo podía resolver una ecuación de segundo grado. Se atrevió a hacerme, a mi que conozco más sobre ecuaciones algebraicas que todos los profesores de la Escuela Politécnica tomados en conjunto, esa pregunta afrentosa. Y además, su pregunta estaba mal formulada. Cuando dije en respuesta, que la pregunta estaba mal formulada, la calavera amarilla arrugó la piel en lo que quería ser una sonrisa irónica. Luego desechó mi observción, diciendo que no tenía tiempo para discutir y que no era él quien había de ser examinado. Luego me hizo las preguntas más infantiles. Sentí una contracción en la garganta y no pude emitir ni un sonido. La calavera me dijo entonces:

—Veo que estudió solo; pero no estudió lo suficiente. Será preferible que lo intente el año próximo.

¡Querido padre! Te escucharé y trataré de aprender los pequeños y tontos ardides para responder el año próximo en el lenguaje que ellos esperan oír. Y espero tener más éxito entonces.

Dejemos ahora este tema desagradable.

¡Querido padre! Parecías deprimido la última vez que te vi. Te agradezco el que me hayas dicho algo de lo que te preocupaba. Ello sólo confirmó algunas de las sospechas que yo antes tenía. ¡Pero los hombres que lanzaron una campaña contra ti, la más vil y detestable campaña de calumnias, no se saldrán con la suya! ¡Jamás lograrán manchar tu nombre honorable! El pueblo de Bourg-la-Reine conoce a su alcalde y no escuchará

las calumnias del cura párroco. Los jesuitas pueden ser fuertes, pero no lo bastante fuertes para apartar de tu lado al pueblo que te ama.

Galois hizo una pausa y leyó las últimas palabras. No le sonaron bien. No le llevarían el alivio necesario a su padre. Escribió:

¡Querido padre! ¡Cuánto me gustaría ayudarte con mi amor! ¡Recompensarte tu amor, tu amistad y comprensión! Pero lo único que hago es aumentar tu pena con el relato de mis infortunios. Creo, sin embargo, lo mismo que tú, que los tiempos cambiarán. Vendrá una tormenta que despejará la atmósfera de París, de Bourg-la-Reine y de toda Francia. Esperemos que no tarde en llegar.

Sonó la campana. Era ya tiempo de acabar la carta. Evariste escribió rápidamente:

Te envío muchos cariños. Por favor, explica mi fracaso a Mamá lo mejor que puedas. Cariños a todos ustedes

Evariste

Luego fue a la pequeña aula de la clase especial de matemática donde, entre otros veinte estudiantes, esperó la primera lección del nuevo profesor de matemática.

Cuando Monsieur Richard entró, lo hizo sin efecto dramático. Después de cerrar la puerta, sonrió soñadoramente y pareció vacilar. Luego subió a la cátedra, volvió su ancha y ligeramente curvada espalda a la clase, tomó un trozo de tiza, lo partió en dos y miró en torno de él. Miró con mirada ausente a sus alumnos, que examinaban al hombre alto, su pelo ralo, su cabeza cuadrada y sus ojos cordiales que parpadeaban a través de gruesos lentos. Cuando comenzó a hablar, lo hizo muy calmamente, sin oratoria. Algunos de sus oyentes se preguntaban cómo ese hombre, que hablaba tan casualmente como a amigos en una salita de recibo, podía ser conocido como el mejor profesor del Louis-le-Grand. Pero todos escuchaban.

—En este curso, mis jóvenes amigos, nuestro propósito consistirá en ampliar sus conocimientos de matemática. Trataremos no sólo de ampliar sino también de profundizar sus conocimientos.

Intentaremos lograrlo partiendo desde el comienzo una vez más. Repasaremos rápidamente el material que ya aprendieron, pero desde un punto de vista más avanzado y más moderno. Este rápido repaso nos permitirá emplear los elementos esenciales, los teoremas fundamentales sobre los que se basan otros. En matemática existe el gran peligro de ver los árboles y no el bosque, de ver pequeños teoremas y olvidar la estructura del tema en que aparecen esos teoremas y en cuya virtud están relacionados.

Evariste estaba preparado para pasar la hora de las lecciones de Monsieur Richard ocupado en su propio trabajo, pero ahora escuchó.

—Dediquemos nuestra atención a la geometría. Cuando la aprendieron por primera vez, deben de haber tenido la impresión de que la geometría, completa y terminada, surgió súbitamente del cerebro de un solo hombre, acaso hasta en forma de libro. Pero la geometría, como cualquier otra rama de la matemática, es el resultado del trabajo de generaciones de hombres. Está relacionada sobre todo con el nombre de Euclides, que vivió alrededor del año 300 a. de C. Pero la geometría se inició mucho antes de Euclides. Y quizás ustedes me pregunten: ¿Cuándo terminó? No terminó y no creo que nunca termine.

Monsieur Richard pasó a delinear la historia de la geometría: cómo los egipcios la iniciaron como una ciencia práctica de la medición y qué papel habían desempeñado en su desarrollo los griegos.

Todo esto era nuevo para Galois. No admitiría que es importante para la comprensión de la matemática el conocer su historia; pero hubo de admitir que hallaba todo cuanto decía M. Richard interesante y que le agradaba el modo en que lo decía; y —éste era el mayor cumplido que Galois podía hacer— escuchaba.

—Uno de los más graves peligros cuando se la enseña es trasmitir la impresión de que la matemática es como un libro sellado, como una estructura terminada que nos legan las edades pretéritas, a la que nada puede añadirse y en lo que nada puede ser cambiado. La matemática es un organismo vivo. Y especialmente en los tiempos modernos, en nuestro siglo XIX, vive vi-

gorosamente. Hasta la geometría elemental puede llegar a ser una fuente de nuevos y muy importantes descubrimientos.

"Pueden pensar, amigos, que la creación y la duda sólo son posibles después de que ustedes hayan dominado la materia. Pueden pensar que sólo cuando hayan absorbido todo el conocimiento de una rama de la matemática, y sólo entonces, sus propias ideas pueden entrar en juego. Puede esto ser cierto como una regla, pero no es indispensable que lo sea. La geometría es de ello un buen ejemplo. Aquí vemos que nuestras dudas y perplejidades comienzan precisamente desde el mismo comienzo. Comprenderemos esto mejor si consideramos con pocas palabras la historia de los postulados de Euclides, o, como los llamaremos ahora, axiomas."

Luego Monsieur Richard enumeró los cinco postulados euclidianos y analizó cada uno de ellos hasta que llegó al quinto axioma.

—La historia del quinto axioma nos lleva directamente a los tiempos modernos. Este axioma nunca pareció tan evidente por sí mismo como los otros cuatro. Se hicieron muchos intentos de reemplazarlo por algún otro axioma que pudiera aparecer más evidente por sí mismo. El saber si podemos probar el quinto axioma o si debemos suponerlo, este y otros problemas están aún abiertos; y el futuro puede traernos nuevos e inesperados descubrimientos.

Evariste pensó en la diferencia entre Monsieur Richard y Monsieur Vernier. Hubo de admitir —muy a pesar suyo— que bien podría aprender algo de este nuevo profesor.

"Monsieur Richard —pensó Galois— no es él mismo un gran matemático, pero le gusta la matemática y ha respirado su aire con amor y comprensión. Aun cuando no haya hecho una tarea creadora, ve su belleza y sabe cómo hacérsela ver a otros." Evariste decidió que Monsieur Richard era un hombre que valía la pena conocer, un hombre a quien él, Evariste, podía inclusive revelar sus poderes.

Monsieur Richard dictó la serie semanal de problemas. La mayor parte de los alumnos los consideraba difíciles, tales que requerirían muchas horas de trabajo, y hasta los buenos alumnos raras veces lograban solucionarlos todos.

Los alumnos copiaron en sus cuadernos: Problema I: Encontrar las dos diagonales x e y de un cuadrilátero inscripto en un círculo en términos de sus cuatro lados a, b, c, d. Luego escribieron el segundo y el tercer problema. Evariste sólo escuchaba y, cuando el dictado terminó, tenía la solución detallada de cada uno de ellos claramente ante los ojos. Monsieur Richard comenzó entonces la lección.

Evariste arrancó un trozo de papel de su cuaderno, escribió en lo alto "Galois" y luego abajo "Problemas". Formuló el primero y escribió la solución por medio de ecuaciones y explicaciones que constituían los vínculos concisos entre esas ecuaciones. Sin tachar ni corregir ni una palabra llegó al resultado de la manera más simple y escribió explícitamente los valores de xy y $\frac{x}{y}$. Luego, en la otra página escribió cuidadosamente las soluciones exactas de los otros dos problemas, ilustrándolas con claros dibujos. Todo esto le llevó quince minutos, después de los cuales sólo escuchó a medias la clase de Monsieur Richard, más atento a hacerse de valor para el fin de la hora.

Cuando Monsieur Richard salía del aula, oyó:

—Perdón, Monsieur Richard.

—¿Sí?

El profesor vio a un alumno, delgado y pequeño para su edad, con una sonrojada cara triangular, que miraba el suelo y tenía en la mano una hoja de papel.

Monsieur Richard puso el brazo sobre los hombros de Evariste y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Sin levantar la vista, Evariste le dio a Monsieur Richard la hoja de papel y dijo:

—Ahí está la solución.

Monsieur Richard miró la primera página, la leyó rápidamente y vio el problema resuelto en un estilo digno del mejor ma-

nual. Volvió la página, la miró, luego al alumno, luego otra vez miró la página, y luego otra vez a Galois. Buscó la primera página y leyó en voz alta la firma.

—Galois. ¿Cuál es su primer nombre?

—Evariste.

—Ya veo.

Miró a Evariste durante largo tiempo sin decir una palabra. Evariste se sentía avergonzado y lamentaba lo que había hecho. ¿Se había comportado como un tonto? ¿Se sonreiría irónicamente Monsieur Richard, como lo había hecho la calavera amarilla? Monsieur Richard dijo:

—¿Por qué no viene a mi cuarto después de la cena para que tengamos una larga charla? Le pediré a su celador que no lo crucifique si llega un poco tarde a su dormitorio. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Muy bien.

Galois ardía de excitación. Cuando se apartaba, oyó a uno de los alumnos que susurraba a su vecino:

—¡Imagínate! Nuestro genio procura hacerse de amigos.

Y también oyó la contestación del vecino:

—Creo que esto lo ha de matar.

Como la mayor parte de los profesores, Monsieur Richard vivía en el Louis-le-Grand. Cuando Evariste entró en su estudio, Monsieur Richard le señaló una silla, miró a su visitante un rato y, luego, mientras llenaba la pipa, dijo:

—Deseo que me cuente algo de usted. ¿En qué está trabajando?

El secreto del éxito de Monsieur Richard con los alumnos era muy sencillo y consistía en un principio rector: tratarlos como a iguales.

Evariste estaba estupefacto porque no le había sido necesario convencer a Monsieur Richard de que era un matemático. De algún modo extraño Monsieur Richard parecía saberlo. Por primera vez en el Louis-le-Grand, Evariste se sintió tímido y humilde.

—Estoy trabajando en ecuaciones algebraicas. Hace un año pensaba que una ecuación de quinto grado se puede resolver por radicales del mismo modo que las ecuaciones de tercero y cuarto grados. Ahora creo que no cabe resolver la ecuación general de quinto grado por radicales.

Galois se detuvo. Monsieur Richard miraba atónito al alumno que tenía frente a él, pero sólo dijo:

—¡Ejem! ¡Muy interesante! Muy interesante.

—El problema en que estoy trabajando es en realidad mucho más general. Estoy buscando las condiciones necesarias y suficientes para que una ecuación algebraica pueda resolverse por radicales. Quiero decir una ecuación algebraica de grado arbitrario. Creo, estoy bastante seguro de ello, que tales criterios deben existir.

Luego añadió confidencialmente:

—Creo, señor, que recientemente he hecho algún progreso hacia la solución de ese problema.

Estaba ansioso por explicar los resultados a que había llegado en detalle, pero se sintió un poco defraudado cuando Monsieur Richard lo miró en silencio un largo rato y luego dijo:

—Es un plan ambicioso.

Aspiró una bocanada de humo y repitió:

—Es un plan extremadamente ambicioso. Usted sabe, joven amigo, que si usted resuelve ese problema, tendrá un lugar entre los mejores matemáticos de nuestra generación. Le deseo suerte y éxito de todo corazón. Por lo demás, ¿cuántos años tiene usted?

—Nací el 25 de octubre de 1811.

—Hace diecisiete años. Diecisiete años de edad. Yo tengo casi exactamente el doble de su edad. Dígame algo más sobre usted. ¿Cómo se las arregló para llegar a edad tan avanzada sin haber resuelto el problema fundamental del álgebra?

Rió ruidosamente de su broma y la risa afectó a Evariste.

—¿Cuándo se despertó su interés por la matemática?

Galois habló ahora más fuerte y más libremente. Le habló a Monsieur Richard de Legendre, de Monsieur Vernier, del examen en la Escuela Politécnica, y hasta de su hogar y su padre.

Era ya tarde cuando Monsieur Richard dijo a Galois:

—Usted puede hacer mucho por mí, amigo mío. Me puede ayudar a despertar en la clase el interés por la matemática. Usted comprende, el problema es éste: en la mayor parte de mis clases usted se aburrirá. Usted ya sabe —con la excepción de algunos detalles triviales e inesenciales— todo cuanto me propongo decir y, desde luego, mucho más. En realidad, no me siento avergonzado de admitir que en algunas ramas de la matemática usted puede saber mucho más que yo. La cuestión es cómo salvarlo del aburrimiento. Y el aburrimiento es una enfermedad contagiosa. Puede usted propagar involuntariamente ésa enfermedad en el aula y eso sería inconveniente.

Evariste interrumpió:

—¡Oh! Nunca me aburriré en sus lecciones, señor.

—Desde luego, eso es lo que piensa ahora. Pero dentro de pocos meses puede sentir de modo distinto. Sin embargo, creo que hay un modo de evitarlo. Lo que usted aprendió, lo aprendió por sí mismo, no tanto en la escuela como quizás a pesar de la escuela. Trate de pensar en las lecciones no ya desde su propio punto de vista sino considerando que su propósito es crear interés por la matemática, no sólo enseñarla sino hacerla viva y excitante. Si usted sabe perfectamente el tema de mis lecciones, pregúntese entonces si mi exposición es suficientemente clara; y si tiene que hacerme observaciones críticas, le ruego que me las haga.

—¡Oh! No me atrevería.

—Pero es precisamente lo que quiero de usted. La discusión aumenta el interés; lo mismo cabe decir de la atmósfera de duda y argumentación. Lleva al esclarecimiento y a una comprensión más profunda. De ese modo las lecciones serán para todos nosotros experiencias que uno busca con anticipación y recuerda con agrado cuando han pasado. Por su actitud, usted puede ayudarme a crear la atmósfera adecuada.

—Me hará muy feliz, Monsieur Richard, hacer lo que usted me pide.

Deseaba decir: "Usted, señor, es el primer profesor del Louis-

le-Grand que se muestra bondadoso conmigo y me comprende." Pero permaneció callado.

7: 1829

Evariste Galois hizo su *debut* científico cuando aún era estudiante del Louis-le-Grand. Su primera monografía se publicó en los *Annales de mathématiques de Monsieur Gergonne* y su título fue: *Démonstration d'un théorème sur les fractions continues périodiques.*

Fue recibida en silencio. Evariste no le había dicho nada a nadie y a nadie pareció preocuparle su aparición. Cierto, no era una monografía muy importante. No fue en esta monografía donde Evariste formuló los resultados a que había llegado sobre la solubilidad de las ecuaciones algebraicas. Esto lo hizo en un manuscrito que envió a la Academia Francesa, un manuscrito que contenía algunas de las más grandes ideas matemáticas del siglo. Por primera vez en el Louis-le-Grand experimentó un sentimiento de descanso y felicidad. Sí, sabía que había formulado el problema concisamente. Pero cualquier buen matemático debía ver que el manuscrito debía leerse lentamente y estudiarse cuidadosamente. La monografía quizá fuera enviada a Monsieur Cauchy. Evariste estaba seguro de que el gran maestro reconocería la importancia de los resultados, así como de los métodos por los cuales ellos se alcanzaban; vería que esa monografía abría una senda que llevaría a descubrimientos aun mayores. Pronto todo el mundo sabría lo que hasta ahora sólo él sabía: que él, un estudiante del Louis-le-Grand, que no había aprobado el examen de ingreso a la Escuela Politécnica, era un gran matemático. Hasta Monsieur Richard, hasta su padre quedarían atónitos. Pronto sería un famoso matemático, famoso no sólo en Francia sino en todo el mundo, dondequiera que se enseñara y estudiase matemática.

Pasó mucho tiempo soñando despierto, imaginado cómo Cauchy recibiría el manuscrito. Su ensoñación favorita siempre partía de la llegada del manuscrito a la casa del matemático.

"Monsieur Cauchy primero se dirá a sí mismo: '¡Ridículo! ¡Un alumno de colegio enviando un manuscrito a la Academia Francesa!' Pero Monsieur Cauchy es un gran matemático y sabe cuál es su deber en su condición de miembro de la Academia. Comenzará a leer el manuscrito. Su interés aumentará con cada palabra; su estupor con cada página. Verá la importancia de la distinción entre una ecuación primitiva y una ecuación no primitiva. Es bueno que Monsieur Gauss esté citado en las primeras frases. Por lo menos Monsieur Cauchy sabrá que el autor conoce la literatura y no se limita a volver a descubrir resultados por todos conocidos.

"Monsieur Cauchy reconocerá que se ha abierto una nueva senda a través de lo desconocido. Se excitará más y más. Escribirá inmediatamente una carta a Monsieur Gauss. Luego escribirá a la Academia. No, no escribirá a la Academia ni a Monsieur Gauss. Eso será después. Su primer impulso será conocer a Galois, abrazarlo, felicitarlo, preguntarle por su hogar, preguntarle en qué está trabajando ahora y cuáles son sus planes. Pero también eso llegará más tarde. Primero tendrá que buscar a Galois en el Louis-le-Grand. Para hacer esto, tendrá que ir al despacho del director. Veré a Monsieur Laborie y le dirá: 'Soy Monsieur Cauchy'. Luego Monsieur Laborie le hará una profunda reverencia. Preguntará humildemente a qué debe el gran honor de que Monsieur Cauchy visite el Louis-le-Grand. Y Monsieur Cauchy preguntará: ¿Sabe que tiene un genio en su escuela? Ha resuelto un problema en el que estuve trabajando largo tiempo y no puede resolver. ¿Puedo verlo? Su nombre es Galois. Y Monsieur Laborie contestará: 'Oh... ¿Galois? Desde luego, Monsieur Cauchy. Es el orgullo del colegio. Lo amamos y admiramos. En realidad, lo amamos tanto que lo mantuvimos dos años en la segunda clase'."

Luego el soñar despierto de Galois se volvió hacia la Escuela Politécnica. El año siguiente se presentaría de nuevo y aprobaría el examen de ingreso. Quizá lo examinara la misma calavera amarilla. Pero esta vez sería diferente. Miraría con asombro a Galois y diría: "¿Es usted *el* Evariste Galois?"

"¿Qué quiere decir con eso?"

"Quiero decir *el* Galois que escribió la famosa monografía sobre la solubilidad de las ecuaciones algebraicas."

"Sí. ¡Soy el mismo hombre! Soy el mismo hombre al que usted aplazó hace un año en el examen de ingreso."

"¿Cómo es posible? ¡Oh, Monsieur Galois! Perdóneme esa estupidez. Seré el hazmerreír del país si eso se descubre. ¡Aplacé a Galois, uno de los más grandes matemáticos de nuestro tiempo! ¡Y usted sólo tiene diecisiete años! ¿Qué ocurrirá si usted llega a ser el más grande matemático de todos los tiempos? Entonces yo seré famoso como el hombre que aplazó a Galois."

"Precisamente, ésa será mi venganza."

¿Por qué pensaba en esas escenas estúpidas e infantiles en lugar de en su padre? ¿Por qué no pensaba primero en su padre? Le diría a su padre: "Papá, ¿sabes? Soy famoso. Soy un famoso matemático."

Y su padre respondería con una sonrisa: "Siempre lo creí. Y siempre creí en ti."

El académico Monsieur Cauchy abrió distraídamente un huevo duro al tiempo que echaba una mirada al manuscrito de una de las setecientas ochenta y nueve monografías que había escrito durante su vida. El día era demasiado corto para que Monsieur Cauchy pusiera por escrito todas las ideas que ardían en su cerebro, para probar todos sus teoremas, para preparar todas sus conferencias y para cumplir todos sus deberes religiosos. Uno debe trabajar y orar en la vida, sí, pero Monsieur Cauchy trabajaba demasiado duro y oraba demasiado largamente.

La esposa de Monsieur Cauchy era una mujer simple, silenciosa y piadosa como su marido. Llegó al escritorio, puso el correo sobre la mesa y desapareció. Monsieur Cauchy no tenía tiempo para alzar los ojos o sonreír a su mujer. Miró el manuscrito en busca de erratas y abrió su correo mecánicamente. ¡Otro manuscrito de la Academia! Miró la firma y las palabras escritas debajo de ella: "Alumno del Louis-le-Grand".

"Pronto me enviarán monografías escritas por niños en pañales. ¿Por qué me mandan todas las absurdas monografías sobre la trisección de un ángulo o la solución de algún gran problema por parte de hombres que nunca hicieron antes nada sólido? ¿No

saben que mi tiempo es demasiado precioso para que lo pierda en estos cerebros vacíos?"

Arrojó el manuscrito a la cesta de los papeles.

"Hice bien en ni mirar el nombre. Mañana seguramente olvidaré todo el incidente. Cuando el secretario me pregunte qué hice con la monografía de este matemático chapucero, puedo decir con toda honestidad que no tengo la menor idea y que no recuerdo ese nombre. Y no mentiré."

Pero Monsieur Cauchy se sentía perturbado. Recordó ahora que algún tiempo atrás había arrojado otro manuscrito. Era una monografía escrita por un extranjero, y a Monsieur Cauchy no le agradaban los extranjeros. Pero infortunadamente el nombre se le quedó grabado en la mente. ¿Por qué era tan estúpido que lo había leído? Un nombre curioso, un nombre bíblico, muy difícil de olvidar. Sí, era el manuscrito de Abel. ¿Por qué se lo habían enviado a Caín? Intentó reír de su broma, si bien no la encontró muy divertida. Se ocupó de su propia monografía, haciendo a un lado el pensamiento de Abel, Caín y el alumno del Louis-le-Grand.

8: 1828-1829

Luis XVIII dijo en una ocasión de su hermano, el conde de Artois: "Conspiró contra Luis XVI, conspira contra mí y conspirará contra sí mismo". ¡Y conspiró! Conspiró contra sí mismo cuando conspiró contra su primer ministro, Martignac, llamándolo "un hermoso órgano de lenguaje" y preparando su caída. No pudo perdonar a Martignac el que éste tratara de congraciarse con la oposición de los liberales moderados y no pusiera a la corona por encima de la cámara; el que viera con claridad que el poder de la burguesía aumentaba con el crecimiento real e imaginario del espectro jesuítico. De modo que el rey obligó a renunciar al primer ministro y designó en su lugar al último primer ministro del último rey Borbón: el príncipe Jules de Polignac.

Cuando miramos el retrato de Polignac, vemos un rostro que

llama la atención. La cabeza es larga y delgada; las facciones son aristocráticas y afiladas, y la nariz larga y nítida. Podemos casi sentir que para señalar cualquier objeto que estuviera en su cercanía empleaba de un modo refinado su pequeño índice. Su pelo cae sobre una frente desproporcionadamente pequeña; los ojos parecen mirar a través del mundo real los rostros de ángeles imaginarios. En las solapas de su elegante chaqueta aparecen bordadas pequeñas flores de lis. En torno de su largo cuello luce una corbata de seda blanca atada como una bufanda y enmarcada por un chaleco plateado con rayas negras longitudinales. Hay una asombrosa semejanza entre Polignac y Carlos, de quien se supone que era hijo ilegítimo.

El príncipe Jules de Polignac era la encarnación de la contrarrevolución. Sólo los extremadamente ultras y los miembros de la congregación se regocijaron por la elección del rey.

El nuevo primer ministro era hijo de la intrigante duquesa de Polignac, una favorita de la reina guillotinada, María Antonieta. Durante cuarenta y nueve años había cargado con gran orgullo el peso de la extremada impopularidad de su familia. Cuando se le preguntó ahora cómo podría gobernar Francia sin contar con mayoría en la cámara, el príncipe dijo que no sabría qué hacer si la tuviera. Se negaba a escuchar consejos que no le fuesen dados por el rey o la Virgen María, con quien pretendía conversar en sus sueños.

Francia esperaba estallidos. Pero durante unos meses nada ocurrió. Francia era como un gran teatro donde un público impaciente se apiña para ver una comedia y el telón no se alza. Quizá lo único que ocurrió fue que una nueva palabra se añadió al diccionario parisiense.

Un carretero ordenaba a su caballo que se moviese, pero el caballo era obstinado y se negaba; ni siquiera los latigazos daban resultado. El exasperado carretero vociferaba: "Vamos, Polignac." A partir de entonces, los parisienses llamaron "polignacs" a los caballos obstinados y estúpidos.

El obstinado y estúpido primer ministro conducía el carruaje del estado con el rey en él, mientras la revolución esperaba a la vuelta de la esquina.

IV. PERSECUCIÓN

1:2 DE JULIO DE 1829

Cuando Evariste abrió la puerta del despacho del director, Monsieur Laborie se levantó al punto. Puso la mano sobre el brazo de Galois y le rogó que se sentara. Sus labios se veían apretadamente cerrados, pero el rostro parecía más suave que lo habitual, como si llevara una máscara de simpatía y piedad. Sin hablar volvió al escritorio y tomó un sobre que mantuvo entre los dedos mientras se sentó frente a Evariste.

—Tengo noticias tristes para usted, muy tristes. Llegó una carta de su padre con una breve nota para mí. Debe estar preparado para enterarse de noticias tristes y afrontarlas con valor. Todos estamos en las manos de Dios y es en momentos como éste cuando debemos volvernos hacia nuestro Salvador en busca de consuelo y para implorar su bendición. Quiero que sepa, Galois, que tiene usted nuestra simpatía más profunda, la mía y la de todos los profesores. Vaya al salón de conferencias y lea tranquilo la carta.

Galois fue al salón contiguo, abrió el sobre con dedos inseguros y comenzó a leer:

Queridísimo hijo:

Esta es la última carta que recibirás de mí. Cuando leas estas palabras, no estaré ya entre los vivos. No quiero que te desesperes ni me llores. Trata de que tu vida sea normal y plena tan pronto como puedas. Sé que te será difícil olvidar a tu padre; que era también un buen amigo tuyo. Pero deseo que gastes el menor tiempo que puedas en duelo y preocupación.

Te dejo una renta que te permitirá terminar tus estudios. Dejaré al resto de mi familia modesta pero suficientemente provista.

A menudo uno piensa que el suicidio es un acto cobarde, una evasión a la que el hombre no tiene derecho. Quizás eso sea cierto. Pero el peso

de la vida se me ha vuelto insoportable. Sólo la muerte puede traer paz y fin a mis sufrimientos. Querido Evariste, cuando leas esta carta piensa que estoy más allá de todo sufrimiento, que nadie puede ahora hacerme daño, que con mi muerte te protegeré mejor que lo que podría hacerlo en vida.

Intentaré explicarte lo mejor que pueda por qué decidí dar un paso del que no hay retorno. Este quizá sea el único acto humano que no puede remediarse.

Sabes, hijo mío, que durante diecisiete años fui el alcalde de nuestra ciudad, antes, durante y después de los cien días de Napoleón. Después de Waterloo, los enemigos de la libertad intentaron alejarme del cargo, pero fracasaron. Todos conocían mis convicciones y lo que yo pensaba de los Borbones y jesuitas. Pero a pesar de mis opiniones, seguí siendo alcalde porque tenía lo que nadie tenía en Bourg-la-Reine: autoridad. Ahora, querido hijo, cuando echo una mirada a los viejos días, veo en ellos una lucha honorable con mis adversarios y también logros, felicidad y honor. Los que me combatieron lo hicieron abiertamente y yo también me defendí con franqueza.

Recordarás, hijo mío, cuántas veces los hombres y mujeres de nuestra ciudad se presentaron ante su alcalde en busca de consejo, y tú viste el respeto y la confianza que siempre me mostraron. Sólo sobre el respeto de ellos —y no su temor— podía basarse la autoridad. Hubo épocas en que algunos ciudadanos vacilaron. Estaban confundidos porque oían que el sacerdote y yo decíamos cosas distintas. Algunos de ellos no podían hacerse una idea propia y se pasaban de un lado a otro. Algunos de ellos siempre estuvieron en contra de mí, pero los mejores ciudadanos de nuestra ciudad me siguieron siendo fieles.

Habrás advertido el cambio que se produjo en mí y que comenzó hace dos años, cuando el nuevo cura párroco llegó a Bourg-la-Reine. Acaso haya sido falta mía el que nunca te hablara de ello, pero se me hacía demasiado difícil. Súbitamente sentí que aspiraba un aire ponzoñoso y temí deber respirar ese aire envenenado durante el resto de mi vida. Sentí que sólo la tumba y la tierra de mi ciudad podían protegerme cubriendo mi cuerpo muerto.

Estoy seguro, hijo mío, de que el cura párroco y los hombres que lo enviaron aquí sabían que no podían socavar mi autoridad en una lucha honorable. Cambiaron de métodos. Ya no me llamaron un republicano, ni un bonapartista, ni siquiera un liberal. Estos nombres desaparecieron de su vocabulario. En la superficie parecía que habían dejado de luchar. No constituía ya un adversario peligroso que inspira miedo. Me describieron como a un hombre ridículo, un pobre diablo, un loco, una figura patética que debía estar en un asilo de lunáticos. Algunas gentes comenzaron a ensayar sonrisas cuando me veían. Otros, que siempre habían estado en contra de mí, se reían en mi cara, entonaban coplas prefabricadas sobre

Bourg-la-Reine, una ciudad de la que todo el mundo se reía porque tenía a un pobre diablo por alcalde.

Pero quizá lo peor fuese la expresión de mis antiguos amigos. Había lástima en su ojos. ¡Lástima! Llegué a sentir miedo de hablar contigo por temor de ver lástima en tus ojos. Si, conforme a mi vieja costumbre, citaba yo una frase de Séneca o Voltaire, mis amigos bajaban los ojos y se sonrojaban. Los niños de la ciudad eran los peores. Se les enseñó a plantarse ante mi casa y a entonar estribillos acerca de un "alcalde que estuvo loco toda su vida, lo mismo que sus hijos y su mujer". Cuando yo no reaccionaba, se reían de mí. Cuando intentaba emplear la persuasión, se reían de mí. Cuando reaccionaba con estallidos de cólera, más se reían de mí.

Recordarás, querido Evariste, cómo en los buenos tiempos pasados nos divertíamos escribiendo coplas sobre la gente de nuestra ciudad y sobre los sucesos de aquellos tiempos. Estas rimas eran a veces desdeñosas, a veces ingeniosas, y a veces tontas. Algunas de ellas circularon por la ciudad y a la gente le gustaban. En los dos últimos años, circularon las coplas más indecentes y vulgares, y a mí me las atribuyeron. Hasta algunos de mis amigos creían que realmente yo había escrito esas inmundas rimas. Los que fueron lo bastante decentes para preguntarme sobre el particular, acaso se hayan convencido por mis negativas. Digo "acaso" porque no lo sé con seguridad, ni nunca lo sabré.

Estoy seguro de que te sorprende la diabólica sencillez de su plan. Así era yo. Ahora no puedo comprender la causa que les impidió haberlo concebido antes. En Bourg-la-Reine nuestra familia vivía de modo distinto que la mayor parte de las otras. Teníamos nuestros libros; teníamos nuestras convicciones. Hablábamos y vivíamos de un modo que otros bien podían respetar o escarnecer. Optaron por respetarme durante quince años, y por escarnecerme los dos últimos.

Pensé en abandonar la ciudad e ir a París. Por cierto, sabes que recientemente iba a menudo a París, donde alquilé un pequeño departamento. Y desde aquí, muy cerca de ti, escribo esta carta. Pero las risas, los gritos, las canciones me siguieron. Y abandonar el campo hubiera significado admitir la derrota. Hay un solo modo de despertar la conciencia de quienes me afligían: quitarme la vida y que sepan por qué lo hago. Al dar este último paso puedo recuperar el respeto que habían sentido por mí y mi familia. Nadie se atreverá entonces a reírse de tu madre o de ti.

Moriré por sofocación. Moriré porque no tengo para respirar aire suficientemente puro. Este aire envenenado en el que moriré aquí en París lo fabricaron los hombres de Bourg-la-Reine. Esto debe ser sabido y comprendido.

Me resulta difícil decir adiós, querido hijo. Eres mi hijo mayor y siempre he estado orgulloso de ti. Algún día serás grande y famoso. Sé que eso ocurrirá. Pero también sé que el sufrimiento, la lucha y la desilusión te aguardan en el camino.

Lo que me ocurrió no es accidental. Comprendes, hijo mío, que ni el cura párroco ni la estupidez o malignidad de algunas gentes son lo que me lleva a la tumba. Estos son —como lo sabes demasiado bien— sólo signos exteriores de algo mucho más vasto y profundo.

Serás un matemático. Pero hasta la matemática, la más noble y abstracta de las ciencias, tiene su corona en el aire pero sus raíces se hunden en la tierra en que vivimos. La matemática te permitirá evadirte de tus padecimientos y de los del prójimo. Lucha, querido hijo, más valerosa y airosamente que lo que yo lo hice; y ojalá oigas sonar durante tu vida las campanas de la libertad.

Monsieur Laborie entró en el salón. Se acercó a Galois, movió la cabeza con un gesto paternal y dijo:

—¿Querría ver a Monsieur Richard? Me dijo cuánto lo aprecia. Quizá le haga bien verlo.

Con un esfuerzo Evariste habló entre sus sollozos:

—¡No! No quiero ver a nadie. Quiero ver a mi padre.

—¡Serénese! Sé cómo se siente usted. Si lo desea, puede estar fuera de la escuela una semana. Puede irse inmediatamente, si así lo quiere. Diré a su celador que lo ayude.

Cuando Galois abandonó el salón, el director murmuró para sí mismo: "Éstos son los resultados del ateísmo. Ningún creyente católico se suicidaría. ¿Cómo puede nuestra escuela restaurar la religión si la familia la destruye? ¡Que un padre haga tan desdichado a su hijo! Esta es la maldición del ateísmo que obsesiona a nuestra época. Estoy afligido por el pobre muchacho. ¡Él es la víctima!"

Y Monsieur Laborie se sentó a su escritorio y continuó trabajando.

2: 5 de julio de 1829

El cortejo fúnebre avanzaba desde la casa del alcalde hacia la iglesia. La carroza con su cruz y ángeles esculpidos en madera negra iba flanqueada a cada lado por tres portaféretros y la conducían dos hombres que lucían uniformes negros.

Mme. Galois, su hija y Evariste marchaban detrás del ataúd. La madre de Evariste llevaba erguida su faz fría y enérgica. Detrás de ellos avanzaban la hermana de Mme. Galois y Alfred, el hermano menor de Evariste, otros miembros de la familia y los ciudadanos de Bourg-la-Reine.

Los ciudadanos murmuraban: "¡Sí! Fue el cura párroco." "Todo comenzó cuando él llegó." "Aun cuando el alcalde estuviera un poco loco, era un hombre decente y era nuestro alcalde." "¿Se atreverá a venir el sacerdote?" "¿Se atreverá a no venir el sacerdote?"

Aquellos ciudadanos que habían odiado al alcalde volvían ahora su odio contra el sacerdote. ¿Cómo no había previsto éste que al alcalde le quedaba por jugar una carta de triunfo: su propia vida? Y los ciudadanos que habían amado al alcalde ahora odiaban doblemente al cura párroco.

El cortejo se acercaba a la iglesia. Los espectadores miraban con ojos ansiosos para ver si el cura párroco figuraba en el grupo de hombres y niños vestidos de blanco y negro que estaban ante la iglesia para recibir el cadáver. No, no estaba allí. "Es un cobarde", murmuraban los que habrían murmurado "¿Cómo se arteve?" si lo hubieran visto. Algunos vieron con alivio, otros con cólera, al vicario cubierto con sobrepelliz y empuñando los atributos del ritual. El oraría por el alcalde en lugar del cura párroco, y él rociaría con agua bendita el cadáver del alcalde. Un ayudante de altar que permanecía entre el vicario y dos sacerdotes que habían acudido desde parroquias vecinas llevaban la fuente de agua bendita y un hisopo. Acólitos con cirios flanqueaban el grupo y un ayudante de altar portaba una cruz delante de él.

La carroza se detuvo y los portaféretros alzaron el ataúd. El muerto y los vivos entraron en la iglesia, encabezados por la cruz que llevaba el ayudante de altar; el vicario entonaba *Miserere mei, Deus.*

Muchos ciudadanos permanecieron afuera. Mostraron su desaprobación no entrando en la iglesia, que se había interpuesto entre ellos y el alcalde al que habían amado. Volvieron a repetir sus acusaciones. Pero entonces las palabras ya no bastaban; de-

bían demostrarle al clero quién había odiado al alcalde y cuánto ellos, los ciudadanos, lo habían amado. Avanzaron hasta la parte delantera de la carroza y allí permanecieron, mirando las puertas esculpidas de la iglesia.

Veían ahora la cruz, al clero, al ataúd y a todos aquellos que habían entrado antes en la iglesia. De mala gana, con mal oculta hostilidad, hicieron lugar al vicario, los sacerdotes y los ayudantes de altar. El vicario oró y el cortejo fúnebre avanzó hacia el cementerio.

De pronto, los hombres que precedían a la carroza se detuvieron. De este modo obligaron al ayudante de altar, que portaba la cruz, a detenerse a su vez. Cuando se detuvo, se detuvo el clero y se detuvieron la carroza con el ataúd. Toda la procesión se detuvo. Entonces algunos de los hombres que estaban delante de la carroza corrieron hacia el ataúd. Lo repentino de sus movimientos parecía estar fuera de lugar, ser indecente en un funeral. Ignorando a los portaféretros, tomaron el ataúd. Desafiantemente uno de ellos anunció: "Honraremos al alcalde transportando el ataúd."

El vicario miró hacia atrás. Esperó calmosamente, no mostrando ni cólera ni desaprobación. La manifestación que se había propuesto tanto honrar al alcalde como encolerizar al clero sólo logró honrar al alcalde. La calma del vicario afectó a los otros. Nadie protestó. Y pronto una procesión ordenada echó a avanzar; el ataúd no lo tiraban ya caballos sino que lo transportaban hombres.

Llegaron a la pequeña iglesia del cementerio. Allí se encontraba el cura párroco: calmo, orgulloso, erguido, recubierto por el sobrepelliz, con un birrete en la cabeza y empuñando los atributos rituales. Todos comprendieron que sería el cura párroco quien diría las últimas oraciones y quien bendeciría la tumba. Se oyó entonces una voz:

—No queremos al cura párroco.

Otras voces hicieron coro:

—Fuera el cura párroco. Abajo los jesuitas.

El sacerdote avanzó tranquilamente hacia el ataúd y ocupó su lugar ante él como si nada hubiera oído. Después de unas

repeticiones, los gritos se extinguieron pero la tensión creció. Los hombres que llevaban el ataúd miraron con odio la espalda tiesa del sacerdote que tenían ante ellos. Sólo el peso del cadáver del alcalde mantenía sus labios sellados. Pero pronto depositaron el ataúd junto al lugar donde yacería por siempre. Tenían ahora las manos libres. Se hicieron a un lado y dejaron a los miembros de la familia acercarse al ataúd. El cura párroco y el clero estaban a un lado; Evariste, su madre y su hermana del otro lado: entre los dos grupos yacía el cadáver del alcalde. Todos los que estaban cerca del clero se apartaron. Algunos de ellos se fueron a su casa; no querían presenciar los sucesos que sobrevendrían. Otros se pusieron junto a la familia, a fin de aumentar la distancia que los separaba del cura párroco y para mostrar que desaprobaban su presencia.

El sacerdote comenzó a orar:

—*Deus, cujus miseratione animae fidelium...* *

Una voz sonora lo interrumpió:

—Asesino.

Alguien repitió:

—Asesino.

Luego se oyeron otras voces:

—Usted asesinó a nuestro alcalde.

El cura alzó la vista del libro de oraciones y miró fijamente a quienes estaban frente a él. Luego levantó los ojos al cielo y dijo:

—Oh, Dios mío, perdónalos porque no saben lo que hacen.

Sus ojos se movieron con firmeza de un rostro a otro y habló:

—Aquí, junto al ataúd de nuestro alcalde, estamos unidos por la piedad y el perdón. Los caminos de nuestro Padre que está en los cielos nos parecen extraños e incomprensibles. Debemos aceptar su voluntad con humildad pues no podemos comprender la sabiduría de sus designios. Fui enviado ante ustedes por el representante de Dios en la tierra. ¿Quién de ustedes tiene el trágico valor de decir que la Iglesia es —o que yo soy— responsable del duelo de la esposa y los hijos del alcalde? ¿Acaso no mostramos buena voluntad, piedad y perdón viniendo ante la

* Dios, por cuya misericordia las almas de los fieles...

tumba que ahora estoy dispuesto a bendecir? ¿Acaso nuestra religión no nos prohibe ser dueños de nuestra propia vida? El desdichado alcalde se quitó la vida porque su pobre alma y su pobre mente estaban atormentadas por una infelicidad de la cual sólo la fe puede salvarnos. Pero hemos venido aquí con ustedes para sepultar al alcalde en tierra consagrada porque es deber de los humildes servidores de Cristo tener piedad y llevar consuelo a quienes Dios ordenó soportar la carga de la vida. Por eso estoy aquí orando por la paz de esta alma difunta. Y quiera Dios Todopoderoso tener misericordia de todos los que alzaron la voz en contra de mí.

"Que avancen un paso quienes osaron arrojar a mi cara esa horrible acusación; que me muestren los rostros a mí, y también a todos ustedes. Que se atrevan a repetir la acusación si eso es lo que creen."

Evariste esperaba que los hombres que habían gritado "asesino" volvieran a lanzar la palabra a la cara del sacerdote. Sentía vagamente que había experimentado antes una escena similar en el Louis-le-Grand, sólo que ahora la pena y la tensión que sentía estaban mil veces aumentadas, vueltas mil veces más penosas porque ahí estaba el cadáver de su padre encerrado en el ataúd que yacía entre él y el sacerdote.

Nadie repitió la acusación. Evariste cerró los puños, se clavó las uñas en las palmas de la mano, pero no pudo provocarse un dolor lo bastante fuerte para disminuir su llameante odio. Sintió la presión del brazo de su madre y la miró al rostro. La calma de ella había desaparecido; en su rostro se veía el suspenso y el temor en sus ojos.

El sacerdote alzó la voz una vez más. En ella Evariste oyó el triunfo y la burla.

—¿Hay alguien entre ustedes que crea que la Iglesia y yo podemos ser de algún modo responsables de la tragedia que ha ocurrido.

Evariste liberó el brazo de la mano de su madre. Avanzó un paso y sintió el ataúd que tocaba sus piernas. Miró al sacerdote a los ojos y dijo:

—Sí, yo.

Las palabras rompieron el encanto. Ahora se alzaron de todos lados gritos coléricos:

—¡Asesino! ¡Asesino!

Alguien arrojó una piedra al sacerdote. El clero retrocedió, sin pánico, aumentando constantemente la distancia que lo separaba del ataúd. Pero el cura párroco permaneció inmóvil, con los ojos levantados hacia el cielo. Las piedras arreciaron y la palabra "asesino" se oyó más fuerte. Algunas de las piedras cayeron sobre el ataúd. Luego alguien acertó en la frente del sacerdote. Este cayó y corrió sangre por su rostro. El vicario y un ayudante de altar se arrodillaron y trataron de levantarlo. Continuaban volando las piedras.

—¡Deténganse! ¡Deténganse! —Era la madre de Evariste. Su cara se distorsionó en una mueca histérica.

Evariste sintió que sus piernas no podrían ya soportar el peso de su delgado cuerpo. Cayó, abrazó el ataúd y gritó con una voz que se volvía más histérica con cada palabra que estremecía su cuerpo:

—Oh, papá; queridísimo papá. Llévame contigo. No quiero vivir. ¡No! No, no es cierto. Quiero vivir. Viviré como tú querías que viviera. Siempre estarás conmigo, esté yo vivo o muerto. Oh, querido papá. Siempre pensaré en ti, durante toda mi vida, hasta el último momento de mi vida. Te juro que nunca olvidaré lo que me dijiste y lo que me enseñaste. Pero odio, papá. Debo odiar. ¿Me escuchas? Debes perdonarme. Odio a todos los que te combatieron. ¡Debo odiar, debo odiar!

Las palabras se iban haciendo cada vez más inarticuladas, hasta que terminaron en un *crescendo* de sollozos y gritos en los que no cabía distinguir palabras. Luego esos sonidos se extinguieron y Galois permaneció inmóvil, abrazado rígidamente al ataúd en que yacía su padre.

Su madre se arrodilló e intentó levantarlo. Lo llevaron a su casa. Le ardía la cabeza y lo pusieron en cama.

Llegó el médico y le dijo a la madre de Evariste:

—Es un muchacho muy sensible. Es una desgracia ser tan sensible como él. Estará mejor dentro de unos o dos días. Pero debe llevar una vida tranquila, apacible.

3: 1829

Evariste estaba sentado en el despacho de Monsieur Richard. Su rostro aparecía delgado y pálido, sus ojos carecían de fuego y el ángulo formado por su barbilla parecía más agudo que unos pocos meses antes. Monsieur Richard fumaba su pipa y Evariste fijaba unos ojos vacíos en el espacio vacío. Monsieur Richard rompió el silencio.

—Sé cómo se siente. Lo siento mucho... el único consuelo que puedo darle es la trivialidad de que el tiempo cura todas las heridas. Como muchas trivialidades, es cierta. Y usted tiene algo que podrá ayudarlo: el trabajo. Usted es un matemático y se ocupará de la matemática aun a pesar suyo. Es algo más fuerte que usted. ¿Por qué no acepta ese destino y se decide a trabajar voluntariamente? Le puede llevar paz al ánimo; acelerará el paso del tiempo que, para repetir la trivialidad, cura todas las heridas.

Evariste no contestó. Permanecía sentado como si nada hubiera oído. Monsieur Richard preguntó:

—¿Qué pasó con la monografía que envió a la Academia?

Evariste contestó apáticamente:

—¿La monografía que envié a la Academia? ¡Sí! Tengo noticias sobre esa monografía. Es muy divertido, muy divertido. Una tarde que tenía libre no sabía qué hacer y eché a andar por las calles. En determinado momento me hallé frente al Instituto. Entré y le pregunté al oficinista qué le había ocurrido a mi monografía. No podía encontrarla. Por cierto, casi comencé a pensar que nunca la había enviado. Pero al fin halló una nota sobre ella. Monsieur Fourier, el secretario, se la había enviado a Monsieur Cauchy y éste no la había devuelto. "¿Está seguro de que no la devolvió?", pregunté. El empleado contestó: "Oh, sí, desde luego. Monsieur Cauchy envía tan pocas monografías que no sean sus propios manuscritos que sin duda la habría advertido." Luego sugirió que fuese a casa de Monsieur Cauchy y le preguntase si había recibido mi manuscrito y qué había hecho con él. El joven era muy amable. Sonrió y pensó que todo el asunto era

una linda broma. Yo no veía nada de divertido en el hecho de que Monsieur Cauchy no devolviera el manuscrito. De modo que fui a la casa de M. Cauchy. Una mujer abrió la puerta. Quizá fuese su mujer, quizá su sirvienta. Pregunté cortésmente: "¿Puedo ver al profesor Cauchy?" La respuesta fue: "Monsieur Cauchy está muy ocupado, no puede ver a nadie." Luego dije que me gustaría recobrar el manuscrito que había enviado a la Academia y que la Academia había enviado a Monsieur Cauchy. Fue a preguntar, después de cerrar la puerta en mi cara, y yo esperé. Volvió y me preguntó mi nombre. Se lo dije y ella fue de nuevo a consultar con Monsieur Cauchy, después de cerrar de nuevo la puerta en mis narices. Luego apareció con el veredicto final, que no tenía apelación. Se plantó ante mí y recitó bruscamente: "Monsieur Cauchy nada sabe de un manuscrito de Monsieur Galois, no lo tiene y no recuerda haberlo recibido." Éste, Monsieur Richard, es el fin de la historia de una monografía enviada por un joven matemático, Evariste Galois, a la Academia con la esperanza de que fuese leída, comentada e hiciera famoso a su autor.

Monsieur Richard aspiró en silencio una bocanada de humo. Luego dijo:

—Son por cierto noticias muy malas. —Luego, después de otra pausa:

—Dígame, Evariste, si francamente está seguro de sus resultados, si cree en su exactitud e importancia.

—¡Muy bien, Monsieur Richard! Le contestaré, quizá más francamente que lo que usted espera. Le contestaré de un modo en que no me hubiera atrevido a hacerlo hace dos meses. Creo que mis resultados son exactos e importantes. Después de haberlos escrito y enviarlos a la Academia, hice progresos ulteriores. Tengo nuevos resultados. Pero falta mucho por hacer. El campo es inmenso. Hay muchísimas cosas que no comprendo. Pero algún día quizás encuentre una completa claridad. Creo que estoy en la pista de los mayores descubrimientos algebraicos de este siglo. Creo que una nueva álgebra se iniciará con mi trabajo. Pero no hay mucha gente en el mundo capaz de apreciar lo que estoy haciendo. Monsieur Cauchy podía hacerlo, si se tomaba ese

trabajo. Y Monsieur Gauss, sí, se daría cuenta de cuán importante es mi obra.

Monsieur Richard pareció perplejo. Fue hasta la biblioteca, tomó un volumen y se lo alcanzó a Evariste abierto en la pagina sesenta y cinco.

—Aquí hay algo que le interesará. Este es un matemático a quien le interesaría lo que usted está haciendo. Se trata de la monografía de Niels Henrik Abel. Como ve, apareció hace cuatro años en una revista alemana. Pronunció el título pedantemente: —*Journal für die reine und angewandte Mathematik.*

Evariste tomó el volumen y tradujo las palabras alemanas lenta y desdeñadamente:

Prueba de la imposibilidad, en general, de resolver ecuaciones algebraicas de grado más elevado que el cuarto. Es sabido que generalmente pueden resolverse ecuaciones hasta de cuarto grado. Pero, si no me equivoco, no se ha dado ninguna contestación satisfactoria a esta pregunta: ¿Es posible, en general, resolver ecuaciones algebraicas de un grado más alto? Esta monografía contesta esa pregunta.

Evariste volvió rápidamente una página tras otra. Sus ojos se iluminaron, sus mejillas se encendieron. Abstraído, exclamó: "¡Ya veo! Desde luego. ¡Muy interesante! ¡Muy interesante, por cierto!"

Cuando llegó a la página ochenta y cuatro, tradujo la conclusión:

Es imposible resolver algebraicamente una ecuación de quinto grado. De este teorema se sigue que es imposible resolver una ecuación general de grado más elevado que el quinto. Por lo tanto, en el caso general sólo las ecuaciones de hasta cuarto grado pueden resolverse algebraicamente.

Cerró el libro. Su apatía había desaparecido y preguntó excitadamente:

—¿Dónde está Abel? ¿Quién es? Ahora debe estar en la buena pista. Quizá también haya encontrado las condiciones generales de la solubilidad. Quiero verlo o escribirle. Comprenderá cuán importante y cuán difícil es mi problema. ¿Dónde está ahora? ¿Cuántos años tiene? Debe de ser joven.

Monsieur Richard dijo con calma.

—Dentro de un momento le diré todo lo que sé sobre Abel. Pero antes quiero mostrarle otra de sus monografías que acaba de llegar.

Monsieur Richard le alcanzó una edición reciente del *Journal de Crelle.* Galois leyó el título: *Sobre una clase particular de ecuaciones solubles algebraicamente,* y echó rápidamente una mirada a la monografía, escrita en francés. Su excitación creció.

—Es obvio. Es la misma orientación. La monografía fue escrita en marzo de 1828. Entonces no tenía los resultados que yo tengo, pero ahora puede conocer la solución. Es un gran matemático. Debo conocer a Abel. Por favor, dígame dónde está. Quiero escribirle inmediatamente. Aquí dice Cristianía. ¿Está allí?

—Abel murió —contestó Monsieur Richard—. Sólo por casualidad conozco su trágica historia. Murió de consunción en Noruega hace pocos meses. Cuando murió en abril, en la más completa miseria, estaba en camino una carta que le ofrecía una cátedra en la universidad de Berlín. No llegó a leerla.

—¿Cuántos años tenía?

—Veintisiete años. En su historia hay algo más que le interesará. Había enviado el manuscrito de una importante monografía a la Academia y ésta lo envió a Monsieur Cauchy. Nadie sabe qué pasó con el manuscrito.

Los ojos de Evariste se dilataron de cólera y odio. Dijo:

—Abel murió en la pobreza a los veintisiete años. Su manuscrito fue perdido por Monsieur Cauchy. Estos no son incidentes aislados. Forman una pauta. ¿No ve, Monsieur Richard, que están relacionados? La muerte de mi padre, la rebelión del Louis-le-Grand, la desaparición del manuscrito de Abel y del mío, la muerte de Abel. Parecen incidentes aislados que no guardan ninguna relación entre sí. Son enteramente distintos, ocurrieron en diferentes planos, en diferentes lugares y por ellos están afectadas gentes diferentes. Van desde Noruega hasta París y Bourg-la-Reine. Pero, créame, Monsieur Richard, no son aislados. Están relacionados entre sí y con millones de otros sucesos. Forman una pauta, una clara pauta.

"Y el vínculo de unión es la malvada organización social bajo la cual vivimos. Lo mató a Abel porque desprecia al pobre y se muestra hostil con el genio."

Evariste levantó la voz y Monsieur Richard lanzó una penosa mirada a las paredes de su cuarto como para comprobar si eran lo bastante espesas para ahogar los sonidos que emitía su visitante.

—Una maligna organización social no reconoce al genio y favorece en cambio a la mediocridad servil. Sé eso muy bien. Pero conozco más. Conozco la fuerza brutal y despiadada de esa malévola organización social.

Evariste se detuvo. Monsieur Richard se sintió aliviado cuando la voz de Evariste se volvió más calma y más aplomada. Pero a cada frase comenzó a alzarse nuevamente hasta que fue un ruidoso y descontroldo torrente de palabras.

—La misma fuerza que mató a Abel envenenó la mente de Cauchy de modo tal que no dejó en él bondad hacia los otros, ningún interés por otros seres humanos. Es la misma fuerza contra la que se rebelaron los estudiantes y que arrojó a más de un centenar de ellos de la escuela. Esa fuerza mató a mi querido padre. El cura párroco fue sólo un instrumento. Una fuerza exterior lo envió a Bourg-la-Reine con expresas órdenes de socavar y destruir la autoridad de mi padre. Esta fuerza es la responsable y no los sacerdotes que constituyen sólo las pequeñas ruedas de la maquinaria de la tiranía y la supresión. Y contra esta fuerza habré de luchar. Intenté escapar a esta lucha dedicándome a la matemática. Pero esa fuerza invadió mi vida y me enseñó que no cabe escapar a ella. Los individuos no son los responsables; el sistema social corrompido es lo que los lleva a obrar de ese modo. Esto es lo que me enseñó mi padre. No lo vi antes de que mi padre muriera, pero ahora lo veo.

El asombro de Monsieur Richard crecía. Cuando otros le dijeron que Galois parecía un muchacho extraño, Monsieur Richard pensó que dirían lo mismo de cualquiera que tuviera un gran talento matemático. Pero ahora veía que su huésped era en realidad extraño y que su carácter extraño no parecía tener nada que ver con la matemática.

—¿Sabe, Galois, que está hablando como un republicano?

—Lo sé.

—Usted no piensa lo que dice. Sé que nuestro mundo no es el mejor posible. El progreso es lento y penoso y se lo alcanza con frecuencia a lo largo de un camino que parece llevar hacia atrás. ¡Pero logramos progresar! Ahora tenemos paz. Tenemos una constitución que otorga derechos razonables al pueblo. Cualquiera que realmente quiere trabajar, puede hacerlo. Cualquier perturbación, cualquier revolución sólo nos hará volver al terror, aumentará la miseria y la pobreza. Desde luego, ocurren cosas trágicas, pero a menudo sólo son accidentes. De no haber estado enfermo, Abel sería ahora profesor en Berlín. Y la consunción ataca tanto a los ricos como a los pobres. Si el nuevo cura párroco no hubiera llegado a su ciudad, su padre estaría aún vivo. Hay buenos y malos sacerdotes, del mismo modo que hay buenos y malos matemáticos. Monsieur Cauchy es un hombre raro que escribe una monografía cada cinco minutos y no tiene tiempo para ninguna otra cosa.

"De modo obvio, son todos accidentes. No debemos pensar en la destrucción sino en la construcción. Si yo enseño bien, si usted logra algo en matemática, ambos somos dos ruedas que ocupan sus lugares adecuados, que trabajan correctamente. Si todas las ruedas funcionan bien, toda la maquinaria funcionará adecuadamente. Pero si yo dejo de enseñar, si usted deja de dedicarse a la matemática, trastornamos la maquinaria. Pero lo que usted propone es mucho peor. Usted querría unirse a quienes desean hacer trizas toda la maquinaria. Sembraría el caos y el terror; liberaría fuerzas de crueldad y brutalidad; comparado con éstas, nuestro mundo actual parecería un apacible sueño de idílica belleza."

Tanto Monsieur Richard como Galois sentían que un muro se interponía entre ellos. Este se hizo más espeso cuando Evariste replicó con cólera creciente:

—Usted habla de una ordenada maquinaria y de hacerla añicos. Parece ser una buena comparación, pero no lo es. ¡No hay ninguna maquinaria! Sólo hay un montón de hierro herrumbrado. El mejor material, el pueblo que nació pobre, ¿qué papel desem-

peña en su maquinaria? Se pudre en el ocio y una horrible miseria si no encuentra trabajo. Se pudre por exceso de trabajo y explotación si tiene la bastante suerte de hallar a alguien que acepte graciosamente su sudor y trabajo por un bocado de pan. ¿Dónde ve usted, Monsieur Richard, algún sentido, algún ritmo o designio en esta maquinaria? Por Dios, dentro de unos pocos años no será necesario una revolución. La maquinaria se desintegrará por sí misma, se descompondrá y hederá hasta el cielo. Cuanto antes empecemos a destruirla, mejor será para el futuro del mundo.

Ambos sentían que esas palabras siempre se interpondrían entre ellos. Galois pensó: "Vine aquí en busca de consuelo y salgo aun más defraudado. ¿Cómo puede un hombre que es un buen profesor, a quien creí comprensivo e inteligente, comprender tan poco? ¿Cómo puede creer que éste sea un mundo digno de vivir en él? ¿Cómo no ve su horror e injusticia? ¡Y pensé que era mi amigo!"

Monsieur Richard pensó: "Es joven, pero ni su edad ni su trágica experiencia son suficiente excusa de lo que dice. Debería ser más sensato y no hablar de ese modo en mi estudio, aquí en el Louis-le-Grand. Debería reservar sus pensamientos para sí mismo. Son subversivos y peligrosos."

Monsieur Richard estaba ansioso por poner fin a la conversación. Deseaba hacerlo tan cortésmente como fuese posible.

—Creo que nunca nos pondremos de acuerdo sobre este punto y también creo que no tiene sentido prolongar nuestra discusión. Después de todo, no hay ninguna razón para que tengamos las mismas opiniones. Es preferible que evitemos este tema. Pero hay muchos otros problemas sobre los que podemos discutir. Por sobre todo, me gustaría que supiera una cosa. Creo firmemente que su gran tarea es la matemática. Sería desdichado que la descuidara.

Cuando Galois volvió al dormitorio, no se sentía sólo deprimido, sino que se sentía colérico y se despreciaba a sí mismo. Una y otra vez pasó revista a los detalles de su conversación con M. Richard y, mordiéndose los labios, se repetió: "¿Por qué le dije todo? Fui un necio, un perfecto necio."

Los profesores del Louis-le-Grand tenían la última oportunidad de hacer observaciones sobre Galois. He aquí cómo se valieron de ella:

Su conducta es muy buena por intervalos, pero a veces es muy mala. Su facilidad para aprender ciencias es conocida. Cuando trabaja, sólo se ocupa de ello y raras veces pierde tiempo. Su progreso es proporcional a la amplitud de su capacidad y de su interés en las ciencias. Su carácter es extraño y él simula ser más extraño que lo que en realidad es. Su comportamiento durante los oficios religiosos no es siempre tan bueno como sería de desear. Su salud es buena.

Por última vez Monsieur Richard escribió sus observaciones sobre Galois. Después del primer término había escrito: "Este alumno tiene una acentuada superioridad sobre todos sus colegas." Eran éstas palabras de encomio que Monsieur Richard nunca había empleado antes. Después del segundo término escribió: "Este alumno sólo trabaja en las partes más avanzadas de la matemática." Pero cuando llegó el tercer término, deseó volver rápidamente la página y olvidar a Galois. Escribió mecánicamente lo que habitualmente escribía con relación a cualquier buen estudiante: "Conducta buena, trabajo satisfactorio."

En la competición de la clase, Galois obtuvo el primer premio en matemática, como todos habían esperado. Monsieur Richard había esperado que Galois ganara también el primer premio en la competición general. Ello habría significado —entre otros honores— el ingreso en la Escuela Politécnica sin examen. No se le otorgó el primer sino el quinto. El problema del examen no era muy difícil y varios alumnos dieron soluciones perfectas. La de Galois era demasiado breve, el razonamiento estaba demasiado concisamente presentado. Otro estudiante obtuvo el primer premio; su nombre era Bravais y a su debido tiempo llegó a ser profesor de la Escuela Politécnica y miembro de la Academia.

4: 1829

Monsieur Dinet había sido examinador en la Escuela Politécnica durante los últimos veinte años. Durante las semanas de examen

trabajaba nueve horas diarias para examinar a los pocos centenares de estudiantes que esperaban lograr la admisión. Unos diez años antes había tenido un trastorno nervioso debido a la extenuante repetición de preguntas y el médico le había prescrito que abandonara París durante unos meses. Luego se recuperó, volvió a repetir las antiguas preguntas, a escuchar su propia y fastidiosa voz. Las contestaciones eran aun más fastidiosas, porque *debía* oírlas. Después de dos minutos, mejor dicho después de un minuto, Monsieur Dinet sabía si el candidato era merecedor de admisión en la Escuela Politécnica, en qué libro había estudiado y cuánto comprendía de él. Pero Monsieur Dinet se preciaba de ser decente y de prolongar el examen en beneficio del alumno, si bien anticipaba con infinito tedio cuál sería la formulación de la segunda y la tercera oraciones aun antes de que la primera estuviera terminada. El único modo de detener el flujo de palabras consistía en interrumpir la preconcebida línea de respuestas con nuevas preguntas; pero a Monsieur Dinet no lo divertía en modo alguno reemplazar la voz del alumno por la suya propia.

Era un día caluroso. Monsieur Dinet transpiraba cansado, sediento, y deseaba que acabara el día. Su zapato derecho oprimía dolorosamente un callo y ansiaba su sillón y sus pantuflas. Pero aún debían ser examinados tres candidatos. El celador acababa de borrar el pizarrón después del último estudiante cuando Monsieur Dinet, tamborileando con los dedos sobre el escritorio, trató de ahogar un bostezo y dijo:

—El próximo candidato, por favor. —Luego, sin alzar la cabeza—: ¿Nombre?

—Evariste Galois.

—Dígame lo que sepa sobre la teoría de los logaritmos.

Monsieur Dinet cerró los ojos. Sabía lo que seguiría. Oiría que $b=\log_a c$ si $a^b=c$. Euler había empleado esas letras en su libro sobre álgebra, y desde entonces todos los estudiantes las empleaban cuando hablaban de logaritmos. Luego oiría que el logaritmo de un producto es igual a la suma de los logaritmos.

"¡Qué terrible! ¡Qué espantoso! ¡Oh, infinito fastidio! Dentro de veinte minutos habré terminado el examen de éste —¿cuál

es su nombre?– y luego de los otros dos. Entonces mis pantuflas... oh, bien, escuchemos."

Pero no había nada que escuchar. Algo andaba mal. Monsieur Dinet se alegró pues ello podría significar una nueva experiencia. ¿Acaso un estudiante sordo y mudo intentaba aprobar el examen de ingreso? La cosa sería interesante. Por lo menos el estudiante podía escribir. Oyó el choque de la tiza contra el pizarrón. Debía mirar. Levantó la cabeza, que sentía soñolienta, y vio en el pizarrón:

$$1,\ a,\ a^2,\ a^3, \ldots\ldots$$
$$0,\ 1,\ 2,\ 3,\ \ldots\ldots$$

Monsieur Dinet se sintió menos soñoliento. Se interesó. ¡Aquello era algo nuevo!

—¿Tendría la bondad de explicar lo que está haciendo?

Una voz sin inflexiones recitó apáticamente:

—Éstas son dos progresiones; una progresión geométrica y otra aritmética. Los términos de la progresión aritmética son los logaritmos de los correspondientes términos de la progresión geométrica, y a es la base.

—Muy bien —dijo Monsieur Dinet. Esperó que la voz continuara. Pero el alentador "muy bien" no aceleró el flujo de las palabras del estudiante. Este se limitó a añadir: "y así sucesivamente" —borrando así gran parte de la buena impresión producida.

Monsieur Dinet preguntó impacientemente:

—¿Qué quiere decir con "y así sucesivamente"? ¿Cuál es el paso siguiente?

Esperó un rato.

—Joven, no puedo sacarle respuestas por la fuerza. ¿Quiere o no quiere responder?

Galois experimentó las mismas emociones que tantas veces había sentido antes: creciente ira, ardor de la piel, tensión del esfuerzo con que intentaba ahogar su cólera. Su cara se enrojeció, su voz se sofocó pero su respuesta fue apática y calma.

—Entre cada dos números de la progresión geométrica se pue-

den insertar (n-1) números y lo mismo entre dos números de la progresión aritmética. Entonces los números de la progresión aritmética son logaritmos de los correspondientes números de la progresión geométrica.

—Aclare. ¿Qué clase de números insertamos?

Galois miró desdeñosamente a Monsieur Dinet. El pensamiento de que hubiera alguien que pudiera juzgar si él, Galois, estaba en condiciones de ingresar en la Escuela Politécnica era insoportable. Pero el pensamiento de que esa persona era Monsieur Dinet resultaba dobleemnte insoportable.

—Todo es muy claro. Si insertamos (n-1) números de modo que las respectivas progresiones sigan siendo geométricas o aritméticas, como lo supuse claramente, todo queda determinado y no hay nada que añadir.

—Puede ser claro para usted, pero puede no serlo para mí. Le ruego que escriba esas expresiones; de lo contrario, podemos dar por terminada nuestra conversación.

Sin decir una palabra, Galois escribió en el pizarrón:

$$1,\ a^{1/n},\ a^{2/n},\ \ldots,\ a^{(n-1)/n},\ a;$$
$$0,\ 1/n,\ 2/n,\ \ldots,\ (n-1)/n,\ 1.$$

Monsieur Dinet alzó la vista y suspiró con alivio. Pensó: "¡Qué modales, qué modales tienen estos jóvenes de hoy! No me gusta. Le borraré esa expresión altanera del rostro, aunque esto sea lo último que haga hoy." Luego preguntó:

—¿Puedo insertar (n-1) números en un intervalo y (m-1) números en otro, donde n es diferente de m?

—Sin duda, señor —dijo Galois.

—Por lo tanto, ¿puede el número de términos variar de intervalo a intervalo?

—Dije que sin duda, señor.

—¿Puede explicarme por qué?

Galois sabía ya que sólo la ironía podría aplacar la ola ascendente de su ira.

—¿No le resulta obvio, señor?

Monsieur Dinet gesticuló excitadamente.

—Suponga, señor, que no lo es. Suponga que deseo que me lo explique. Y suponga también que le digo que si no logra explicarme esa pequeña y trivial cuestión no aprobará el examen. ¿Cuál, señor candidato, sería su contestación a mi pregunta?

Evariste miró los ojos de Monsieur Dinet. Con la mano derecha mecánicamente estrujó una esponja. Ahora ni la persuasión ni la ironía podrían aplacar su creciente cólera. Fue más fuerte que él. Hasta distorsionó su visión. Cambió curiosamente el rostro de Monsieur Dinet, el cual se volvió más delgado, de facciones más agudas. Monsieur Dinet se parecía ahora al cura párroco de Bourg la-Reine. Sí, era el cura párroco, sólo que de más edad; sus facciones se volvieron aun más agudas y más repulsivas. Era el rostro del cura párroco al que los que amaban al alcalde habían arrojado piedras. Sí, era el cura párroco. Una niebla opresiva se propagó por el aula. Si se despejaba, vería a hombres arrojándole piedras al cura párroco, sentado entonces al escritorio, indiferente a la ira de la gente que lo rodeaba.

Una voz chillona dispersó la niebla.

—Repito: ¿cuál sería su respuesta a mi pregunta?

Galois levantó la esponja y la arrojó a la cabeza de Monsieur Dinet. Dio precisamente adonde había apuntado Galois.

Lanzó un gozoso grito, como si se viese aliviado del mayor peso de su vida:

—Esa sería mi respuesta a su pregunta, señor.

Y sin mirar atrás, salió y cerró la puerta tras de sí. Sabía que la cerraba para siempre.

V. EN EL AÑO DE LA REVOLUCIÓN

1: 1830

En febrero de 1830 Galois ingresó oficialmente a la Escuela Preparatoria. Esta era una copia débil y humilde de la Escuela Normal que había sido fundada durante los tiempos napoleónicos y cerrada durante la Restauración. En 1826, cuatro años después de haberse cerrado la Escuela Normal, se abrió la Escuela Preparatoria para proveer de maestros y profesores a los colegios reales. La escuela estaba situada en du-Plessis, antes una parte del Louis-le-Grand. La Escuela Preparatoria y el Louis-le-Grand no estaban sólo próximos en el espacio sino también en el espíritu, pues en ambas había la misma disciplina y la misma supervisión. Sólo el nivel de enseñanza era superior y mayor la especialización.

Para que lo admitieran en la Escuela Preparatoria, Galois hubo primero de obtener el título de Bachiller en Ciencia y aprobar luego el examen de ingreso. Logró ambas cosas.

Su examinador de matemática, Monsieur Leroy, le dio ocho puntos de los diez posibles y escribió:

> Este alumno a veces expresa oscuramente sus ideas pero tiene inteligencia y muestra un notable espíritu de investigación. Me comunicó algunos nuevos resultados en análisis aplicado.

Monsieur Péclet, el profesor de física, escribió sobre Galois:

> Es el único alumno que me contestó mal; no sabe absolutamente nada. Me han dicho que este alumno tiene talento matemático; esto me deja estupefacto, por cierto. A juzgar por su examen, parece de poca inteligencia, u ocultó su inteligencia tan bien que me resultó imposible descubrirla. Si este alumno es lo que parece ser, dudo que alguna vez sea un buen profesor.

¡Pobre Monsieur Péclet! ¡Con cuánta frecuencia esta nota suya, no destinada nunca a la publicación, se citó como ejemplo evidente de la estupidez humana y como un monumento a la ceguera y necedad de un profesor!

En el mismo año, 1830, tres monografías de Galois aparecieron en el *Bulletin de Férussac.* En abril apareció una nota breve: *Analyse d'une mémoire sur la résolution algébrique des équations.* Luego, en junio, otra nota igualmente breve (dos páginas): *Sur la résolution des équations numériques,* y una monografía más extensa (ocho páginas): *Sur la théorie des nombres,* acompañada por la siguiente nota: "Esta monografía forma parte de las investigaciones de Monsieur Galois sobre la teoría de las permutaciones y ecuaciones algebraicas."

Estas notas contenían sólo fragmentos de los resultados a que había llegado Galois, algunos de los cuales aparecían meramente enunciados sin prueba. La teoría fue más cabalmente formulada en una monografía que envió en febrero a la competencia para el premio anual de la Academia. Esta vez no se hacía ilusiones; no soñaba en el triunfo o el éxito; pero sabía que si no se reconocía públicamente su valor, se sentiría, sí, desencantado, pero la humillación final recaería sobre los académicos.

No lo era fácil a Galois volver una vez más a la atmósfera del Louis-le-Grand que prevalecía en la Escuela Preparatoria; pero también lo atraía esa odiada atmósfera; los vínculos del odio pueden ser tan fuertes como los del amor y la devoción. La escuela, la Academia, eran los campos de batalla en que había sido humillado y a los que ahora tenía que volver para seguir luchando. Pero antes de que terminara el año Evariste vio un campo de batalla más amplio y una lucha más importante. El campo de batalla era París, la lucha se libraba por los derechos del pueblo de París, de Francia, y de todo el mundo.

Desde que el príncipe de Polignac se había convertido en primer ministro del rey, la burguesía de Francia había vivido temerosa, a la espera de una revolución. Aborrecía a los nobles

que la humillaban con sus modales de superioridad y su gusto impecable. Odiaba al clero porque era protegido por los nobles. Odiaba al rey, que representaba al par a la nobleza y al clero.

El rey no creía en concesiones. Ellas no habían salvado a su hermano. Luis XVI había hecho concesiones y había dado un paso atrás. Había vuelto a dar una y otra vez varios pasos atrás hasta que le cortó la retirada la hoja de la guillotina. Carlos X creía que sólo cabía gobernar al pueblo de Francia con mano fuerte. Para el pueblo, la concesión significaba debilidad y el retroceso cobardía.

El 2 de marzo de 1830 las cámaras, reunidas en la *Salle des Gardes* del Louvre, habían de oír el discurso del trono. Desde la mañana temprano todos los lugares reservados para el público estaban ocupados y ansiosas muchedumbres esperaban frente al palacio. A la una llegó Carlos. Todos se pusieron en pie cuando el gracioso rey, ataviado con uniforme de general, avanzó hacia el trono. Este perfecto actor perdió el equilibrio un instante mientras subía los peldaños torpemente cubiertos con ricas alfombras; el sombrero de dos puntas cayó de la cabeza del rey, fue rodando hasta los pies del duque de Orléans, que lo recogió prestamente y se lo alcanzó al rey. Este trivial accidente y su significación simbólica más profunda se discutieron y analizaron pronto en toda Francia.

El discurso del rey fue largo y tedioso. Todos aguardaban impacientes los esperados fuegos artificiales.

Llegaron al final.

—¡Pares y diputados! No dudo de que ustedes apoyarán mis esfuerzos para realizar la gran obra que tenemos por delante. Si una maquinación culpable levantara obstáculos en el camino de mi gobierno... —Carlos levantó la vista del papel, miró fijamente al auditorio que tenía a la izquierda y, subrayando cada palabra, continuó—, lo que me niego a creer —miró de nuevo la desenrollada hoja y leyó—, hallaré la fuerza para aplastarla en mi determinación de preservar la paz pública, en la justa confianza de los franceses, así como en el amor que siempre demostraron a su rey.

Era ésta una declaración abierta de guerra a la cámara, en la que los liberales tenían la mayoría. Pocos días después la cámara, donde los ultras estaban en minoría, descargó un rápido golpe para "no permitir que la locura e ineptitud de unos pocos hombres destruya la libertad."

La mayoría de la cámara, en el famoso manifiesto de los 221, replicó: "La constitución exige armonía entre vuestros deseos y los de vuestro pueblo. ¡Sire! Nuestra lealtad y nuestra devoción nos obligan a deciros que esa armonía no existe."

El rey oyó estas palabras en su palacio, mientras jugaba con una hoja de papel y lo invadía el tedio. Luego dijo que sus decisiones eran inalterables y despidió a los helados diputados.

Los ultras se jactaban: "Estas gentes no sabían qué es un rey; ahora lo saben; un soplo los dispersó como briznas de paja."

Pero los 221 diputados se vanagloriaban: "Nunca recibió la corona de un soberano, ni siquiera la de Luis XVI, semejante reto."

El rey disolvió la cámara. Todas las oberturas políticas habían sido ya ejecutadas. En cualquier momento el telón podía levantarse para la representación del último acto de la comedia borbónica. Sus posibles actores, contenido, final, se discutían interminablemente en las calles, vinerías, cafés, en los clubes napoleónicos y en los pequeños pero activos y siempre conspiradores clubes republicanos. Los estudiantes, y en especial los de la Escuela Politécnica, respondían al ritmo de los sucesos políticos.

Hacía tres años que había muerto Laplace; se suponía que había reorganizado la Escuela Politécnica para complacer a los Borbones y no vivió para ver la futilidad de sus esfuerzos. Los alumnos de la Politécnica conspiraban mientras jugaban al billar, mientras preparaban las lecciones, mientras tiraban esgrima o comían. Pero no había espíritu de rebelión en la Escuela Preparatoria. Allí sólo uno de los cincuenta alumnos se comportaba en forma singular; en lugar de prepararse para los exámenes, perturbaba y fastidiaba a sus compañeros con ociosas charlas sobre Carlos, los Borbones, los jesuitas, la libertad y la tiranía. Era no sólo extraño y afectado sino que parecía enorgullecerlo el ser diferente de los otros. Cuando contestaba preguntas sobre

matemática, lo hacía como si estuviera dormido o aburrido a morir. O ponía una expresión ridículamente doliente mientras obviamente se regocijaba (así lo pretendían sus compañeros) por ser el único que conocía las respuestas exactas. Fastidiaba a sus compañeros escribiendo fórmulas desprovistas de sentido en pequeños trozos de papel y pretendiendo estar muy concentrado en sus pensamientos, sordo y superior al mundo que lo rodeaba.

Durante uno de esos días turbulentos, poco después de que Carlos despidiera a la cámara, M. Leroy llegó al seminario matemático con expresión particularmente grave. Anunció a sus veinte alumnos que tenía algo interesante que decirles. Evariste pensó que quizá Monsieur Leroy fuese humano, después de todo, y que quizá deseaba hacer ahora una confesión de su fe política. Pero lo que M. Leroy dijo fue que Sturm había enunciado un teorema interesante de álgebra. Citó el teorema pero lamentó que los alumnos tuvieran que esperar la monografía de Sturm para conocer la demostración. Luego, mirando a su reducido auditorio, vio una mueca irónica en un rostro que conocía muy bien. El profesor fijó los ojos en aquel rostro y el sarcasmo de su voz fue leve, apenas discernible:

—Afortunadamente está hoy usted aquí, Monsieur Galois. Quizá pueda ayudarnos.

Evariste no contestó, pero su sonrisa irónica se desvaneció. Todos miraban su cara, tensa ahora, y los alumnos cuchicheaban:

—La hallará.

—No, no la hallará.

—Su cerebro estallará.

Súbitamente los ojos de Galois se iluminaron. Fue hasta el pizarrón y escribió la demostración. Algunos estudiantes tomaban notas diligentemente, copiaban los símbolos con los que Evariste cubría el pizarrón. Entre quienes observaban a Evariste, sólo dos lo hacían sin hostilidad ni celos. Ambos eran alumnos del segundo año. Uno de ellos Bénard, primo de Evariste, se complacía en cierto orgullo de familia por la capacidad de Galois. El otro era Auguste Chevalier, con el rosado rostro gordezuelo de un querubín, torpe, tímido y tan solitario como Evariste entre

sus compañeros. El infortunio de Auguste era tener profundas creencias religiosas y el que cuanto menos las compartían los otros, más convencido estaba de que su deber era realizar una tarea misionera entre los salvajes de la Escuela Preparatoria.

Mientras copiaba soñadoramente los signos matemáticos que Evariste escribía en el pizarrón, Auguste tuvo una súbita inspiración: "¡Es un genio! ¡Es la primera vez en mi vida que veo ante mí a un verdadero genio! Otros dieciocho lo miran con recelo y celos. Soy el único que sabe que es un gran privilegio ser testigo del trabajo de este genio. Lo sé porque me han enseñado qué significa el amor y qué significa el genio, porque mis ojos fueron abiertos por mis creencias."

Después de haber copiado los símbolos del pizarrón, Auguste escribió con nítida, cuidadosa caligrafía: "Evariste Galois es un genio. Debo ser amigo de Evariste. Intentaré convertirlo al sansimonismo."

2: DOMINGO 25 DE JULIO DE 1830

El domingo 25 de julio los ministros se reunieron en St. Cloud para firmar las leyes que suspenderían la constitución de Francia, disolverían la cámara y abolirían la libertad de prensa. En silencio ocuparon sus lugares en torno de la mesa. Carlos X tenía al príncipe de Polignac a su izquierda y al Delfín a su derecha.

El barón d'Haussez preguntó a de Polignac:

—¿Cuántos hombres tiene usted en París?

—Los suficientes para aplastar cualquier rebelión.

—¿Tiene por lo menos treinta mil?

—Más que eso. Tengo cuarenta y dos mil.

El príncipe de Polignac arrojó un papel a través de la mesa al barón d'Haussez.

—¿Qué es esto? —preguntó el barón—. Aquí sólo se da cuenta de trece mil hombres. Trece mil hombre en el papel significa

sólo siete u ocho mil soldados combatientes. ¿Dónde están los otros treinta mil hombres?

—El resto están acuartelados cerca de París. En caso de necesidad, pueden estar en diez horas en la capital.

De Polignac pidió a un ministro tras otro que firmara las leyes. Cuando el documento llegó a D'Haussez, tomó la pluma pero vaciló.

—¿Se niega usted? —preguntó Carlos X.

—¡Sire! ¿Puedo permitirme hacerle una pregunta a Su Majestad? ¿Está Su Majestad resuelta a seguir adelante si sus ministros se echan atrás?

—Sí —dijo Carlos X con firmeza.

El barón d'Haussez, ministro de Marina, firmó entonces. El príncipe miró en torno con ojos triunfantes. El rey dijo:

—Cuento con ustedes, caballeros, y ustedes pueden contar conmigo. Nuestra causa es una sola. Para nosotros, es cuestión de vida o muerte.

Se levantó y echó a andar de uno a otro lado del salón, con gestos y ademanes regios. Y ahora se sentía un rey.

El domingo 25 de julio, Auguste Chevalier y Evariste Galois estaban en el Jardín del Luxemburgo. Habían pasado juntos sus tardes libres desde que se conocieron en el seminario de matemática. Pero ésta era la primera vez que Chevalier intentaba confiar en su joven amigo.

—Ya lo ves, estoy junto a mi hermano mayor en cuestiones políticas y sociales. Siempre tuvo una gran influencia sobre mí. Es uno de los discípulos del conde de Saint-Simon. ¿Has oído hablar del conde Saint-Simon?

—No mucho. Dime algo.

—Saint-Simon y mi hermano fueron los primeros que me enseñaron a admirar la ciencia y especialmente la matemática.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver el sansimonismo con la matemática?

—El primer libro de Saint-Simon contesta a tu pregunta. Lee *Cartas de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos.* En ese libro Saint-Simon propone una suscripción general, que ha de iniciarse ante la tumba de Newton. Contribuirán todos, ri-

cos y pobres, hombres y mujeres, cada cual conforme a sus medios y a sus inclinaciones.

—¿Y qué ocurrirá entonces?

—Cada contribuyente escribirá veintiún nombres: tres matemáticos, tres físicos, tres químicos, tres fisiólogos, tres escritores, tres pintores, y tres músicos, en total veintiuno.

—Los matemáticos deben figurar primero.

—Sí, encabezan la lista. Después los veintiuno que reciban el mayor número de votos serán llamados "El Consejo de Newton". Todo el dinero obtenido por suscripción se le entregará a este consejo, y uno de los matemáticos será su presidente.

—El matemático figuraría como el primero entre los primeros.

—¡Sí! Ya ves cómo se apreciaba la matemática en las primeras ideas de Saint-Simon. Bajo la dirección de un matemático, el consejo será el gobierno espiritual del mundo y unirá a todas las naciones en una gran nación.

Galois estaba asombrado al ver que su amigo consideraba muy seriamente esa fantasía. Preguntó cautelosamente:

—Pero, ¿crees que ese plan es sensato, que puede realizarse?

—Sé que parece fantástico y quizás hasta ridículo si se lo analiza lógicamente. Intenta analizar *Hernani* lógicamente; parecerá una serie de absurdidades, pero es el drama más grande de nuestro siglo. La primera obra de Saint-Simon puede parecer falta de realidad, pero es importante y condujo al plan actual, mucho más práctico, de los sansimonianos.

—¿Y en qué cree Saint-Simon ahora?

A Chevalier lo dejó atónito la ignorancia de Galois. Explicó pacientemente:

—Saint-Simon, de una de las familias más nobles de Francia, murió en la pobreza hace cinco años. A sus discípulos —uno de ellos era mi hermano Michel— les dijo antes de morir: "El fruto está maduro; la cosecha será de ustedes."

Galois no se sintió embarazado por haber dejado traslucir su falta de conocimientos. Preguntó indiferentemente:

—Entonces, ¿en qué creen sus discípulos ahora?

Chevalier contestó con la calma y suavidad de un evangelista:

—Creemos que el amor conquistará el mundo y que el odio

dejará de existir. No habrá ya competencia, ni propiedad hereditaria, ni guerra. Triunfará el amor fraternal por toda la humanidad y se instaurará un nuevo cristianismo.

—¿Cómo lo lograrán?

—Propagando nuestras creencias, predicando el amor, dando el poder a los mejores, los más capaces, recompensando a todos de acuerdo con sus obras. Nuestro lema es: "A cada cual conforme a su capacidad; a cada capacidad conforme a sus obras."

Galois repitió la frase.

—A cada cual conforme a su capacidad; a cada capacidad conforme a sus obras. —Luego habló excitadamente: —¿No ves que hay una gran contradicción en tu filosofía? Ustedes querrían conquistar el mundo por el amor. Pero al mismo tiempo darán el poder según la capacidad. Supóngase que aceptamos ese plan. Entonces deberíamos considerar a los hombres según sus obras. ¿Dónde está tu amor por el débil, por el idiota y el enfermo, por el ser más desdichado de este mundo? ¿Acaso no necesita abrigo, cuidado, calor, aun cuando su capacidad sea pequeña? ¿Y qué dices de sus necesidades?

—Para ellos habrá la caridad que brota del amor.

Galois interrumpió violentamente:

—¡Caridad! ¡Cómo odio esa palabra! La caridad que hace al hombre pobre e infeliz dependiente de los buenos impulsos del rico y mata la voluntad del pobre de luchar contra el rico. La caridad que reemplaza el sagrado deber del estado por el capricho de individuos. Hay miles de familias aquí, en París, que comen pan que sólo puede cortarse con un hacha y que sólo puede comérselo después de haberlo bañado en agua durante dos días. Sus cuartos tienen pisos de tierra cubiertos de paja; el aire que respiran está viciado y húmedo y no los rodea más que la oscuridad aun en los días más resplandecientes. A ellos les dispensarán ustedes caridad y amor. ¡Por Dios! Ellos deben odiar. Tienen el derecho de odiar, de destruir a la gente que cree que su condición es natural. Sí, el amor suena hermoso. Pero el amor sólo podrá gobernar después de una erupción de odio que sacudirá el mundo hasta sus mismos cimientos. El amor sólo puede brotar sobre las ruinas del viejo mundo. Sólo

el odio puede destruir ese mundo. La revolución no logró hacerlo; algún día el pueblo tendrá que intentarlo de nuevo.

Chevalier estaba asultado por la pasión y el fuego con que hablaba Galois; no se atrevía a prolongar la discusión y sólo añadió evangélicamente:

—Creía que sólo te preocupaba la matemática.

—¡No! La matemática no es mi única preocupación; pero, siento decirlo, hasta ahora no he hecho otra cosa. He estado viviendo en el vacío como si tuviera miedo de tocar la tierra. Pero algún día verás que la matemática no es lo único que me interesa.

Permaneció en silencio; vacilaba en decir lo que quería decir. Luego, como si le estuviera confiando su secreto más grande, repitió las últimas palabras de su padre:

—Hasta la matemática, la más noble y abstracta de todas las ciencias, tiene su corona en el aire pero sus raíces se hunden profundamente en la tierra en que vivimos. Ni siquiera la matemática te permitirá escapar a tus padecimientos ni a los de tu prójimo.

Luego murmuró:

—Si supiera que un cadáver excitaría al pueblo a la rebelión, le daría el mío.

3: LUNES 26 DE JULIO DE 1830

Los suburbios de París estaban tranquilos. Las ordenanzas no les preocupaban a quienes trabajaban catorce horas diarias y olían a sudor y suciedad en este caluroso día de julio. No leían los diarios y poco les importaba la libertad de la prensa que ahora estaba amenazada. No tenían representación en la Cámara de Diputados y los dejaba indiferentes el que su existencia estuviera ahora en peligro.

Redactores, directores y dueños de los muchos diarios parisienses se reunían en las oficinas del diario *National*, en la calle Neuve-Saint.Marc. Monsieur Thiers, el talentoso y joven direc-

tor del brillante diario *National,* leía en voz sonora a un auditorio de unas cincuenta personas. Como tenía un perfecto sentido de la historia, tenía plena conciencia de que la estaba haciendo en aquel mismo momento; como era un excelente actor, sabía cuán lamentable era exagerar el propio papel. De modo que parecía calmo, circunspecto y digno mientras leía el documento con su acento marsellés y en el tono seco de un abogado que expone un caso en el que no está personalmente englobado.

—En nuestra situación actual, la obediencia deja de ser un deber. Los ciudadanos, a quienes antes que a nadie se les impone la obligación de obedecer, y los redactores de los diarios públicos deben ser los primeros que den el ejemplo de resistencia a esa autoridad que se ha despojado del carácter de legal.

En un tono lento, monótono pero claro, leyó el borrador del manifiesto de los periodistas hasta sus últimas frases:

"El gobierno perdió este día el carácter de legalidad que impone obediencia. En cuanto a nosotros, debemos resistir; a Francia le toca juzgar hasta dónde puede extenderse la resistencia."

Luego, haciendo a un lado el papel, añadió menos secamente:

—Lo único que podemos y debemos hacer es protestar contra el ataque a la libertad de prensa. Propongo que firmemos el manifiesto y hagamos saber a Francia nuestra protesta. Saben ustedes que al proceder así es mucho lo que arriesgamos Pero no hacer nada significa arriesgar aun más; significa arriesgar el buen nombre de la prensa.

Siguió una larga y tormentosa discusión. Avanzada la noche, cuarenta y cinco hombres firmaron el manifiesto de los periodistas. Este documento representó el papel de un guijarro que al descender por una montaña cubierta de nieve forma el núcleo de un alud.

Un postillón que se dirigía a Fontainebleau la noche del 26 de julio comunicó a uno de sus camaradas las noticias de las nuevas leyes.

—En París había anoche un lindo lío. No más Camara de Diputados, no más diarios, no más libertad de prensa.

El otro replicó:

—¿Y a mí qué me interesa mientras tenga pan a dos *sous* y vino a cuatro *sous*?

Cuando esta anécdota se le repitió en París al príncipe de Polignac, éste observó filosóficamente:

—Al pueblo sólo le interesan tres cosas: trabajo, pan barato e impuestos bajos.

En esto el príncipe se equivocaba.

4: EL GLORIOSO MARTES 27 DE JULIO DE 1830

El 27 de julio aparecieron la mayor parte de los diarios parisienses, pero no todos ellos. Algunos ejemplares del *Globe*, donde se publicó el manifiesto de los periodistas, entraron en la Escuela Preparatoria y llegaron a manos de Galois. Leyó entusiasmado las palabras que desafiaban la orden del rey. Cuando vio las firmas de aquellos cuarenta y cinco hombres valientes, Galois pensó: "Esta es la primera chispa. Se encendió de pronto... antes de lo que esperaba. Pero, ¿llegará a convertirse en fuego graneado? ¡Fuego! ¡Pólvora! ¡Barricadas!"

Este pensamiento se posesionó de él. Oyó el silbido de las balas, olió la pólvora, sintió la coz del mosquete. Creó escenas en que hablaba al pueblo, al pueblo de Francia, movido siempre por nobles palabras y nobles acciones, siempre dispuesto a morir por la causa de la libertad. Lo conducía, luchaba con él y veía cerca la victoria. De pronto una bala lo alcanzaría. Moriría en las barricadas de París.

—¡Galois! ¿Cómo le va en los estudios?

Sí, oía la voz de alguien que lo llamaba por su nombre. Sintió la mano de un gigante que lo alzaba y luego lo dejaba caer desde las alturas de la torre de Notre Dame sobre la Escuela Preparatoria. Dio algunas volteretas mientras caía pero aterrizó a salvo para oír las palabras del preceptor:

—¡Galois! ¿Cómo le va en los estudios?

—Señor, ¿leyó usted el manifiesto de los periodistas?

—¿No le parece, Galois, que sería mucho mejor para su bien ocuparse de los próximos exámenes y no del manifiesto de los periodistas?

—¡No, señor! Todo lo contrario. Creo que sería mucho mejor para mí ocuparme del manifiesto de los periodistas que de los exámenes.

—En ese caso, Galois —dijo el profesor con aire de decisión—, es preferible que discuta el asunto con Monsieur Guigniault. Hasta quizá lo convenza.

—Me encantará intentarlo, señor.

Galois se sentía fuerte. Antes su odio por la escuela había estado mezclado con miedo. Pero ahora el miedo había desaparecido y sólo quedaba el odio. Los maestros, los profesores, y hasta Monsieur Guigniault, le parecían pequeños e insignificantes. Él, Galois, tenía tras de sí la fuerza del pueblo.

Cuando Galois fue llamado ante el director, el gran rostro huesudo de éste aparecía calmo y anticipaba gozosamente la exhibición de su propia fuerza.

Pero Monsieur Guigniault no parecía ansioso por iniciar la conversación. Fijó la vista más allá de Evariste, en el vacío, mientras sus dedos jugaban con una pesada cadena de plata que colgaba de su chaleco negro.

—Monsieur Haiber me ha informado acerca de la conversación que usted tuvo con él. ¿Admite usted que lo que me dijo es cierto?

—Desde luego, señor.

—De modo que lo admite. ¿Sabe usted que su conducta puede determinar que lo expulsemos de la escuela?

—Hoy nada me gustaría más que estar fuera de esta escuela, en las calles de París, junto a todos los otros estudiantes.

—Le agradezco que sea tan franco. Pero no le permitiremos salir; ni a usted ni a los otros. Nuestro deber es proteger a los alumnos, aun cuando éstos se nieguen a apreciar o comprender nuestros actos.

Galois contestó coléricamente:

—¡Señor! He oído esa argumentación acerca de lo que les conviene a los alumnos en el Louis-le-Grand desde que tenía

trece años. Es una historia vieja y gastada. Todo lo que la escuela hizo, hace y hará es siempre por el bien de los alumnos; lo hace incesantemente, noche y día, hasta que los vuelve desdichados y les quiebra el espíritu. Deseo que la escuela me deje a mí cuidar de lo que me conviene.

Había fastidio y odio en los ojos de Monsieur Guigniault. Pero, sin embargo, pronto dominó su cólera.

—¡Galois! Esta conversación no conduce a parte alguna. Seré franco con usted. Tengo muchos enemigos que piensan que soy demasiado liberal. No creo que el clero se haya sentido feliz cuando fui designado director de estudios de la Escuela Preparatoria. Y no apruebo las ordenanzas. —Vaciló durante un rato—. Personalmente desapruebo las ordenanzas; las desapruebo en todo sentido. Pero ésta es sólo mi creencia personal. Como director de la escuela, debo evitar la política. Mi propósito es recuperar para la escuela la dignidad e importancia que tenía cuando era la Escuela Normal de Francia. —Volvió a vacilar—. Quizá usted admita que no es, ni nunca lo fue, un estudiante dócil. Lo hemos conservado porque creíamos en su capacidad matemática. Creimos más en Monsieur Richard y Monsieur Leroy que en sus examinadores de la Escuela Politécnica. Le propongo un arreglo. Si usted me ayuda, si no trata de provocar disturbios aquí en los difíciles días que pueden avecinarse, le puedo prometer, por mi parte, que olvidaré su conversación con Monsieur Haiber y conmigo. ¿Acepta mi proposición?

—Le agradezco, señor. que hable con tanta franqueza. Pero no puedo aceptar su ofrecimiento. Sé que estoy arriesgando mi futuro aquí pero, hablando con igual franqueza, no creo que eso sea importante. Estoy seguro de que los alumnos de la Escuela Politécnica, los alumnos de otras escuelas, estarán hoy o mañana en las calles de París. Mi tarea consiste en llevar a los alumnos de la Escuela Preparatoria a las calles de París.

El director adoptó una actitud paternal:

—Supongamos que tenga éxito. Imaginemos, por absurdo que parezca, que estalle la revolución y sean muertos algunos de sus camaradas. ¿Cómo se sentiría usted entonces? ¿No lo aco-

saría por el resto de su vida el pensamiento de que usted causó su muerte?

—¡No, señor! No sería yo quien habría causado su muerte sino el régimen. No habrían muerto por mí sino por Francia y la libertad del pueblo.

En los cafés y restaurantes de París se vendían, leían y discutían centenares de ejemplares del *Globe*, el *National* y el *Temps*. Por doquiera aquel martes se veían escenas breves y violentas semejantes entre sí, como si hubieran sido ensayadas y representadas por un invisible productor.

Alguien vociferaba dramáticamente el manifiesto de los periodistas a su accidental auditorio y luego exclamaba: "*Vive la charte!*"

A los pilluelos que recorrían la ciudad en busca de aventuras les agradaba el sonido de estas palabras que no entendían. Pero ponían en ellas un significado especial. Su grito prometía un espectáculo excitante. Y así gritaban más violenta y persistentemente que la burguesía: "*Vive la charte!*

Por ellos el grito llegó hasta los suburbios. A los desocupados y las familias de obreros también las gustaba el sonido de esas palabras cuyo significado no entendían. Pero ponían en ellas un significado propio. El grito significaba un día de trabajo de doce y no de catorce horas, una cama para dormir y pan para sus hijos. Y así gritaban más violenta y persistentemente que la burguesía: "*Vive la charte!*"

Y pronto el grito resonó en todo París.

Hasta las siete de la tarde no hubo disturbios ni luchas.

En el Quai de l'École, cerca del Louvre, se reunieron muchedumbres a lo largo de los muros del río. Un hombre marchaba lentamente entre la multitud portando una bandera tricolor. Nadie se movía, nadie decía una palabra, pero algunos ojos se llenaron de lágrimas. Algunos hombres se descubrieron la cabeza y otros saludaron. Todos continuaron mirando con ojos

bien abiertos para percibir una vislumbre de los tres colores en la luz del sol poniente. Hacía quince años que no veían esa bandera. El hombre silencioso que portaba la insignia tricolor les había devuelto la visión de la gloria de Francia.

En la Place de la Bourse había un galpón de madera que hacía las veces de prisión militar y al que guardaban unos doce soldados. Esa noche se reunieron pilluelos, hombres y mujeres ante el galpón y arrojaron a los soldados el grito de combate del día: "*Vive la charte!*"

Los soldados no sabían el significado de esas palabras, pero las temían. Les habían dicho que no prestaran atención a los gritos y obedecían. Los pilluelos, irritados por la calma de los soldados, arrancaron piedras del pavimento y se las arrojaron. Pero no hubo respuesta. Entonces una de las piedras golpeó el pecho de un soldado. Ciego de ira, éste disparó sin apuntar. Cayó una mujer. Un hombre se arrodilló junto a ella, le tomó el pulso y exclamó dramáticamente: "¡Está muerta! ¡Está muerta! ¡Asesinos! ¡Asesinos!"

El hombre era alto y fuerte. Tomó el cuerpo de la mujer en sus brazos y avanzó, seguido por la multitud, hacia el brillantemente iluminado Théatre des Nouveautés. La procesión entró en el teatro y luego en el patio de plateas en el momento en que un actor se inclinaba graciosamente para besar la mano de la heroína.

Resonó una voz en el patio de plateas, más dramática que las que se oían en el escenario:

—Detengan la representación.

Los espectadores, el actor inclinado y la heroína cuya mano estaba siendo besada, todos se volvieron hacia la voz.

—Detengan la representación. Aquí, en mis brazos, llevo el cadáver de una mujer. La mató la bala de un soldado porque el pueblo gritaba: "*Vive la charte!*"

El actor avanzó hasta las candilejas y, levantando el puño cerrado, repitió las palabras como si fueran parte de la comedia:

—*Vive la charte!*

El público cantó vivamente: "*Vive la charte!*".

La noche del 27 de julio un industrial del Faubourg Saint-Marceau, dijo a su amigo, un propietario del *National*: "Ten cuidado con lo que haces. Si les das armas a los trabajadores, combatirán; si no les das armas, robarán."

En esto se equivocaba el industrial del Faubourg Saint-Marceau.

5: EL GLORIOSO MIÉRCOLES 28 DE JULIO DE 1830

El estudiante Bénard dijo:

—¡Galois tiene razón! Nuestro lugar no está aquí sino en la calle. Miren por las ventanas y verán la barricada en la calle Saint-Jacques y a los alumnos de la Escuela Politécnica. No sé si salieron por la fuerza o si las autoridades de la escuela les permitieron salir. Pero ustedes ven que están en la barricada. Es tiempo de que decidamos qué hacer. La puerta que da al Louis-le-Grand ha estado cerrada desde ayer. La puerta que lleva a la rue du Cimetière Saint-Benoît está cerrada y vigilada. Aquí estamos como prisioneros y no hay ninguna oportunidad de escapar. Pero podremos salir si unimos nuestros esfuerzos. Estoy de acuerdo con Galois en que nuestra hora ha llegado y que debemos salir por cualquier medio. Ustedes temen las consecuencias, pero...

Se oyeron voces que lo interrumpían:

—¡Nada de eso! No tenemos miedo. No queremos una revolución.

Se oyó una voz, no se sabía si lo decía en broma o en serio:

—¡Viva la Revolución!

El que había hablado trató de continuar. Pero el coro de alumnos era ruidoso y persistente. Finalmente el orador logró hacerse oír:

—No seamos cobardes...

—Nos llamó cobardes.

—Retíralo.

De nuevo el orador logró hacer oír:

—Pueden convencerme de que no son cobardes decidiendo salir y luchar.

—Tú eres un cobarde.

Dos estudiantes avanzaron simultáneamente hacia la tribuna: Galois y Bach.

—No queremos a Galois.

La mayoría repitió rítmicamente:

—Queremos a Bach, queremos a Bach. .

La débil réplica de "Queremos a Galois" quedó sofocada. Bach llegó primero a la tribuna. Era el mejor alumno de su clase y parecía justamente lo que un tal estudiante debe parecer: pulcro y pedante.

Con una sonrisa, amistosa y al mismo tiempo de superioridad, esperó hasta que el ruido se apagara. Luego dijo suavemente:

—¡Compañeros estudiantes! Ya hemos discutido largamente nuestro problema. Digo "hemos", pero en realidad tuvimos que escuchar la mayor parte del tiempo a Galois. (Aplausos y risas.) Estamos discutiendo en lugar de trabajar. Por lo que puedo ver, sólo un pequeño grupo quiere que abandonemos la escuela. Hay algunos que estarían dispuestos a irse si ello no fuera contra los deseos de Monsieur Guigniault. Tenemos suficiente confianza en Monsieur Guigniault para saber que actuará prudente y decentemente y que tendrá presente nuestro bienestar. Por ello hago moción de que invitemos a nuestra reunión a nuestro director Monsieur Guigniault.

—Cédeme el lugar, por favor.

Galois fue a la tribuna. Tartamudeó: la emoción ahogaba su voz.

—Por favor, escúchenme. ¡No se rían! No bromeen cuando la sangre del pueblo está corriendo por las barricadas...

—¡La sangre del pueblo! ¿Y qué dices de la sangre de los soldados?

—Es la sangre del pueblo la que corre en defensa de la libertad. Tenemos que unirnos a la lucha del pueblo. El pueblo no

le pidió al rey que le permitiera rebelarse. Pero ustedes le quieren preguntar a Monsieur Guigniault si él nos permite rebelarnos. ¿No saben acaso qué dirá? Si lo sabemos e insistimos en preguntárselo, somos hipócritas que buscamos...

—Cállate, Galois, cállate, cállate.

El ruido apagó las palabras de Galois y sólo eran visibles sus gestos y ademanes. Súbitamente abandonó la tribuna y se hundió en la silla más cercana.

Los alumnos enviaron luego a Bach a invitar al director. Cuando Monsieur Guigniault entró, los alumnos se levantaron con deferencia y escucharon atentamente la oratoria de su profesor.

—¡Estudiantes de la Escuela Preparatoria! Quiero ante todo expresar mi sincera gratitud por la confianza que mostraron en mí al haberme invitado. —Siguió una pausa de efecto oratorio—. Estamos viviendo días graves. No temo decir que condeno las ordenanzas que traban las libertades garantizadas a Francia por Luis XVIII y que nuestro rey fue mal aconsejado para disolver la Cámara de Diputados y firmar las ordenanzas. ¡Yo estoy a favor de la ley!

Miró a su auditorio, hizo una nueva pausa y luego continuó en voz baja, suave.

—Pero si ustedes me preguntan si debemos apoyar a la Revolución, si desean que conteste esta pregunta mediante un "sí" o un "no" entonces me niego a contestar. Aquí, en la escuela, tenemos una tarea que está por encima y más allá del terreno movedizo de los sucesos políticos. Debemos estudiar, debemos aprender nuestras materias para poder trasmitir eficazmente a la generación joven el conocimiento que nos ofrece nuestro legado. Este es el deber que nos prometimos cumplir con Francia. Salir a las calles de París significa abandonar esa sagrada obligación.

Luego el tono se hizo paternal.

—Quiero convencerlos. No quiero emplear la fuerza. Pude haber recurrido a la policía para que guardara el orden y obligarlos a permanecer dentro de las paredes del colegio, pero preferí no hacerlo. Si me prometen que nadie abandonará este edificio, yo puedo prometerles que las puertas de nuestra escuela permanecerán abiertas. Confiaré en vuestra palabra. —Volvió a la

oratoria—. Recordemos en esta hora grave que el sufrimiento y la tragedia abruman a ambos lados. Es cierto que el pueblo, dispuesto a luchar, defiende las libertades amenazadas por las ordenanzas. Pero debemos recordar que los soldados son también humanos. Han prestado juramento al rey y quieren hacer honor a ese juramento.

El discurso estaba llegando a su punto culminante.

—Si tratamos de alcanzar este nivel más alto de comprensión, hemos de mirar con dolor y tristeza la lucha que está por delante. En esta grave hora nuestra tarea es clara: debemos decidir hacer todo cuanto esté en nuestra mano para restañar las heridas de Francia cuando haya terminado la lucha.

Estallaron aplausos. Monsieur Guigniault esperó pacientemente que cesaran, y luego dijo:

—Por lo tanto, les pregunto: ¿Me prometen no abandonar la escuela hasta que termine la lucha?

Un único "no" se oyó entre el sonoro coro de "síes".

—Lamento que no todos ustedes quieren hacerme esa promesa. ¿Puedo preguntar quién de ustedes se niega a hacérmela?

—Yo, señor.

Evariste entrevió el rostro de Bénard vuelto hacia el suelo y una mejilla roja de Chevalier. El director miraba a Galois con expresión de triunfo atemperada por una estudiada paciencia.

—Me gustaría llegar a un arreglo. No deseo emplear la fuerza ni invitar a la policía. Por lo tanto le pregunto al único alumno que quiebra la unidad de nuestra escuela: ¿Puede usted prometer por lo menos que no intentará abandonar la escuela hoy o mañana?

—No, señor —contestó Galois.

—Iré más lejos a fin de mostrar a todos ustedes hasta qué punto prefiero emplear la persuasión a la fuerza. ¿Me promete al menos que, si decide salir, me comunicará antes su intención?

—No, señor.

El director se dirigió hacia el resto de los alumnos.

—Ven ustedes claramente que hice todo lo posible. Siento que todos ustedes se perjudiquen por la increíble obstinación de un solo alumno. Pero hasta que ese estudiante cambie de idea, las

puertas de la escuela estarán cerradas y vigiladas. Lamento todo esto tanto como ustedes. Pero, después de lo que acaban de oír, estoy seguro de que ninguno de ustedes me censurará. Antes de dejarlos, quiero agradecerles una vez más el que me hayan invitado.

Monsieur Carrel, conocido escritor, director del *National*, uno de los que firmaron el manifiesto de los periodistas, le dijo a un amigo republicano la mañana del 28 de julio "¿Cómo puedes creer en una revolución? ¿Tienes por lo menos un batallón a disposición?" Mirando en torno, vio a un hombre que sacaba brillo a sus zapatos con el aceite de una lámpara rota. Señalando a ese hombre, dijo: "Ahí tienes un cuadro típico. Eso es lo que la gente hace: rompe las lámparas de la calle para lustrarse los zapatos sucios."

Pero la Revolución llegó. Apareció en las calles de París, sin que nadie la hubiera preparado, sin que nadie la hubiera organizado, temida por los hombres que la provocaban, hecha por el pueblo que no comprendía los gritos de combate en defensa de los cuales daba su vida. Nadie sabe cómo o de dónde surgió la primera chispa. Pero el 28 de julio el fuego de la revolución hacía estragos en las calles de París.

La bandera tricolor ondeaba en la torre de Notre Dame. Los tambores batían y las campanas de Notre Dame repicaban anunciando al mundo que la Revolución de julio de 1830 marchaba por las calles de París.

El martes por la noche los alumnos de la Escuela Politécnica irrumpieron en las salas de esgrima, se apoderaron de las hojas de las espadas, arrancaron los botones de sus puntas y las afilaron en las piedras de los pasillos.

Cuando el miércoles por la mañana doscientos cincuenta muchachos forzaron las puertas de la escuela, fueron saludados en la rue de la Montagne-Sainte-Geneviève con gritos: "Viva *l'Ecole Polytechnique!*"

Uno de los estudiantes levantó su sombrero de tres picos, arrancó de él la escarapela blanca y la pisoteó. Doscientos cincuenta estudiantes lo imitaron furiosos entre salvajes gritos de "¡Abajo los Borbones! ¡Viva la Libertad!"

Un puente une la Isla de París, sobre el Sena, con la Municipalidad. Cien hombres marchaban hacia este puente para atacar la Municipalidad, el centro nervioso de París. No se oían gritos ni estribillos sino sólo los redobles de tambor y el ruido irregular de las pisadas pronto cubierto por el sonido siempre en aumento de hombres que marchaban rítmicamente. Un destacamento militar marchaba hacia el otro lado del puente y las bayonetas reflejaban el brillante sol de julio. Luego, de pronto, cuando la guardia llegó al puente sus filas se abrieron y se detuvieron. El pueblo vio dos cañones apuntados hacia él.

El hombre que portaba la bandera exclamó:

—¡Amigos! Si caigo, recuerden que mi nombre es d'Arcole.

Del otro lado del puente se oyó la orden: "¡Fuego!"

El hombre que llevaba la bandera giró sobre sí mismo y cayó de espaldas, con la cabeza cubierta por la bandera. Otros diez yacían en el puente y la multitud huyó pisoteando al muerto y los cuerpos heridos de sus camaradas.

—Los malditos bastardos.

—Están ametrallando al pueblo.

—Fuego contra los cañoneros.

Oyóse una voz imperiosa:

—¡Deténganse! No corran.

Era la voz de Charras, un ex estudiante que había sido expulsado de la Escuela Politécnica cinco meses atrás por haber cantado la Marsellesa cinco meses antes de lo debido.

Charras trataba de avanzar cuando sintió que alguien le tiraba de la mano izquierda. Mirando hacia abajo vio a un hombre arrodillado a sus pies que jadeaba e intentaba hablar. Charras inclinó la cabeza y vio que corría sangre por el pecho del obrero.

—Me alcanzaron. Estoy muriendo. Toma mi mosquete.

Soltó la mano de Charras y cayó; su cabeza golpeó contra la barandilla.

Charras tomó el mosquete; su rostro estaba tenso y tranquilo mientras disparaba. Uno de los cañoneros cayó arañando el cañón. Desde la multitud partió otro disparo y cayó el segundo cañonero.

Un pilluelo dijo alegremente a Charras:

—Buen trabajo, ciudadano. ¿Le quedan algunos cartuchos?

Charras miró al obrero muerto. Contestó mecánicamente:

—No. No tengo cartuchos.

—Usted tiene un mosquete y no tiene cartuchos y yo tengo cartuchos y no tengo mosquete. Hagamos un trato. Le dare cartuchos si me deja disparar. ¿Qué responde, ciudadano?

Charras sonrió y le alargó el mosquete al muchacho.

Mirando al lado opuesto del puente, Charras vio que dos nuevos cañoneros habían vuelto a cargar el cañón. Dio un salto atrás cuando el cañón volvía a disparar. Una bala atravesó la cabeza del niño y lo mató antes de que hubiera sentido el olor de la pólvora del mosquete que aún tenía en la mano. Muchos otros fueron muertos o heridos, y nuevas brechas se abrieron en las filas de los asaltantes. Menos de la mitad de ellos quedaban vivos, y entre éstos sólo unos pocos tenían armas. La multitud vacilaba.

—Retirémonos, retirémonos.

—Avancemos hacia la Municipalidad.

Se sentían más seguros cuando estaban juntos. Pero ahora formaban un grupo compacto a la entrada del puente, y constituían un blanco excelente para los cañoneros que hicieron fuego por tercera vez y cubrieron el sitio de cadáveres. Los soldados estrecharon filas y corrieron con las bayonetas caladas para cargar sobre los que aún vivían. Los sobrevivientes se dispersaron presas de pánico en la red de callejuelas sepultadas en el corazón de París.

Esa noche dos generales llegaron de París a St. Cloud para ver a Carlos X. Le dijeron al rey que su corona estaba en peligro y que aún podría conservarla si revocaba las ordenanzas.

El rey escuchó graciosamente y, empuñando delicadamente un mondadientes, replicó:

—Los parisienses están en un estado de anarquía. La anarquía los pondrá necesariamente a mis pies.

En esto Carlos X se equivocaba.

6: EL GLORIOSO JUEVES 29 DE JULIO DE 1830

Temprano por la mañana Monsieur Guigniault se enteró de que durante la noche Galois había intentado trepar el alto muro que daba a la rue du Cimetière Saint-Bénoît. Pero no lo había logrado. El vigilante portero lo había sorprendido y lo había llevado por la fuerza al dormitorio.

—¿Qué hacemos con Galois? —le preguntaron a Monsieur Guigniault.

—Nada —fue su veredicto.

Monsieur Guigniault estaba cumpliendo su deber, y estaba seguro de que lo cumplía bien. En el centro de París había logrado crear una isla aislada y pacífica que permanecía neutral. La Escuela Preparatoria —y algún día sería la Escuela Normal— había desempeñado lealmente el papel que debía desempeñar una institución educacional: trabajar y estudiar en el aislamiento y la reclusión. Había alcanzado lo que quería. Su escuela no había ejercido ninguna influencia sobre la lucha que se libraba en el mundo de afuera.

Pronto, sin embargo, él, Monsieur Guigniault, debería tomar una decisión. Debería declarse a favor o en contra de la Revolución. La decisión debía tener lugar en el momento oportuno y después de una madura reflexión. De ella dependía no sólo su propio futuro sino el futuro de la Escuela Preparatoria.

Monsieur Guigniault se sentía levemente perturbado. Comprendía que la Revolución influiría sobre el destino de la Escuela

Preparatoria. Esa influencia podía obrar sólo en una dirección: desde el mundo exterior hacia el mundo interno de la escuela. ¿Tenía razón la escuela al no querer influir sobre el mundo exterior? Desde luego que la tenía. Pero de algún modo no sentía orgullo. Se sorprendió pensando en Galois. Maldijo al muchacho impertinente, raro, falto de moral, de todo respeto y gratitud por la escuela. Cerró los puños y se dijo: "Debo esperar a que todo esto termine; pero ya me conocerá, ya me conocerá."

El sol cálido brillaba en las calles que ahora hedían a pólvora y sangre. Los parisienses se miraban unos a otros con orgullo y alegría, pues la lucha se volcaba a su favor. En algunos lugares el pueblo fraternizaba con los soldados; en otros los soldados se habían visto obligados a retirarse. Pero aún mantenían una línea firme entre el Louvre y los Champs Elysées.

París estaba entrecruzado de barricadas. Los estudiantes salían a las calles en número creciente. Los alumnos de la Escuela Politécnica irrumpieron en el Faubourg St. Jacques, golpearon a las puertas de todas las casas de alojamiento gritando: "¡Estudiantes! ¡A las barricadas!" Los uniformes de los estudiantes, especialmente el de la Escuela Politécnica, se convirtieron en signos de distinción. Cuando Charras apareció cerca del Palais-Royal agitando su sombrero de dos picos, más de un centenar de personas lo rodearon y le pidieron que los dirigiera.

—¿Adonde iremos?

—A la Prisión de Montaigut.

Charras encabezó el desfile. Tras de él marchaba un tambor y un hombre que portaba la bandera tricolor. Ningún grupo de combate estaba completo sin ellos.

La Prisión de Montaiput estaba defendida por ciento cincuenta soldados bien armados. Cuando llegaron, Charras y sus hombres vieron a todos los soldados alineados frente al muro del presidio, listos para obedecer la orden del capitán que estaba frente a ellos. Charras hizo detenerse a sus hombres. Se abrieron frente a los soldados y las dos fuerzas opuestas formaron un simple cuadro geométrico: dos líneas paralelas separadas por dos puntos. Una de estas líneas paralelas estaba formada por los solda-

dos, la otra por el pueblo. Uno de los puntos representaba al capitán y el otro a Charras.

Los soldados formaban una ordenada línea recta. Su uniformidad daba la impresión de una fuerza abrumadora lista para liberarse a una sola orden de mando. La línea formada por el pueblo se agitaba, era vaga y desordenada. Algunos de los hombres vestían harapos, y a muchos se los veían flacos y débiles; menos de la mitad de ellos tenían mosquetes. Entre ellos había niños, unos pocos estudiantes y muy pocos comerciantes bien vestidos que simbolizaban con su presencia su asentimiento a la revolución del pueblo. Parecería que una orden del oficial haría dispersarse aterrorizada a la indisciplinada muchedumbre civil.

Charras estaba aún lejos del capitán. Gritó:

—Quiero hablar con usted, capitán. ¿Puedo acercarme?

—Sí, puede hacerlo.

—¿Garantiza mi seguridad?

—Sí.

Los soldados adoptaron una posición de descanso y observaron la escena. Charras se acercó al capitán.

—Usted es un hombre de honor; no ordenó a sus soldados disparar sobre nosotros. Le pido en nombre del pueblo que se una a nuestra causa. Nunca fue la causa del pueblo más honorable y noble que hoy.

Mientras Charras hablaba, el comportamiento de los soldados y los civiles comenzó a cambiar. Los soldados, en lugar de observar a sus adversarios, escuchaban a Charras que hablaba con voz fuerte en el tono de un hombre que sabe cómo excitar emoción en corazones sencillos. El pueblo, guiado por un instinto estratégico y por el deseo de oír lo que se decía, avanzó lentamente con pasos que parecían accidentales, involuntarios y apenas advertibles. Primero comenzó uno a avanzar, luego lo siguió su vecino hasta que este movimiento de avance se extendió en toda la línea de los civiles. Algunos de los hombres pudieron entonces oír la contestación del capitán:

—He jurado lealtad al rey y no traicionaré mi juramento.

Tanto los soldados como los civiles pudieron oír la bien modulada pero dramática voz de Charras:

—Usted prestó un juramento al rey. Usted se siente obligado por su juramento porque es un caballero y un hombre de honor. Pero, ¿acaso el rey se siente tan obligado por su juramento como usted, señor? ¿Acaso no juró respetar la constitución y acaso no traicionó ese sagrado juramento?

—No soy un político. Soy un soldado y tengo mis órdenes.

—Si usted se niega a unirse a la causa del pueblo, permanezca al menos neutral. No dispare sobre el pueblo.

Luego, señalando la fila de civiles, dijo:

—No cargue la conciencia con su sangre.

Cuando se volvió para mirar a sus hombres, vio que éstos estaban muy cerca de los soldados. De una sola mirada comprendió su ventaja estratégica y que podía aumentarla fácilmente no ya mediante la lucha, no por medio de balas sino por un ininterrumpido torrente de palabras.

—Luchamos por la libertad, la libertad de Francia y de todo el mundo. Queremos devolverle a Francia la gloria que fue suya después de Marengo, Iena y Austerlitz. Luchamos por una constitución, luchamos por el pueblo. Queremos devolverle al pueblo su bandera tricolor.

Charras vio los rostros de los soldados hipnotizados por la bandera que flameaba ante ellos, así como por la visión de Napoleón a quien contemplaban en esa bandera. Vio a sus propios hombres, que estaban ahora a unos pocos pasos de los soldados. Sabía que el capitán no ordenaría a sus soldados hacer fuego y que, aun cuando diera la orden, ésta no sería obedecida. El capitán pareció aliviado y sonrió. Le placía el que Charras lo hubiera llevado a una situación en que él ya no tuviera opción. Tendió su mano. El pueblo y los soldados fraternizaron entre gritos de "*Vive la charte!*" "¡Viva nuestra bandera!" Los soldados ofrecieron sus mosquetes, buenos mosquetes del ejército, al pueblo. Se había ganado otra batalla sin derramamiento de sangre.

El duque de Raguse estaba en la Place du Carroussel, listo para adoptar una última y desesperada actitud. Un oficial llevó noticias de que en la Place Vendôme los soldados habían comenzado a fraternizar con el pueblo. ¡La historia de siempre! El duque decidió retirar el regimiento rebelde de la Place Vendôme y enviar allí en su lugar a los suizos. Con sus chaquetas rojas y sus gorros de piel de oso, los suizos eran aquel día los únicos defensores del rey dignos de confianza. No hablaban francés y no tenían hermanos o hermanas entre el pueblo. Ser soldados, obedecer órdenes y disparar los fusiles era su profesión. Colocados entre quienes los odiaban, respondían con odio.

Dos batallones de suizos defendían el Louvre. Uno fue destacado en las ventanas de la galería de cuadros y en las columnatas, y su colorido uniforme era un blanco excelente para los tiradores. Pero los suizos devolvieron el fuego con habilidad y determinación, y rechazaron todos los intentos de tomar por asalto el Louvre. El segundo batallón de suizos se mantenía tranquilo en el patio, a la espera de la acción. Entretanto Monsieur de Guisele llevó al comandante francés de los suizos la orden del duque de retirar un batallón del Louvre y llevarlo a la Place de Vendôme. Un solo batallón, pensaba el duque, sería suficiente para defender el Louvre.

El comandante que debía cumplir esta orden decidió enviar el batallón que defendía el Louvre. Esos hombres estaban cansados y necesitaban un cambio. Por lo tanto los reemplazaría con el batallón de reserva que estaba en el patio. Se propuso llevar a cabo su plan en dos pasos. El primero sería hacer que el batallón de defensa se retirara de la línea de fuego, se reuniera en el patio y marchara luego a la Place de Vendôme. El segundo paso sería enviar el batallón de reserva a la línea de fuego.

La multitud reunida frente al Louvre vio súbitamente que los suizos se retiraban y que ya no eran visibles sus chaquetas rojas. Sin que nadie le diera una orden, sin un plan preconcebido, el pueblo irrumpió en el Louvre. Echaron abajo las puertas con hachas; en pocos segundos se desparramaron por los

salones abandonados e hicieron fuego a través de las ventanas sobre las chaquetas rojas que se reunían en el patio. Los tiros de mosquete seguían a los tiros de mosquete. El asombro cundió entre los suizos, el que pronto se convirtió en terror y pánico. Corrieron en desorden; en su prisa tropezaban el uno con el otro y no intentaban devolver el fuego que diezmaba sus filas. Traspusieron como enloquecidos la puerta que daba a la Place du Carrousel, sofocados y empujándose uno a otro, en medio de un gran tumulto y llevados por el miedo.

El duque de Raguse vio a sus últimos defensores en fuga. Se arrojó en medio de ellos y gritó:

—¡Deténganse! ¡Malditos sean, no corran! ¡Formen una línea!

Pero la mayor parte de ellos no entendía el francés. Sólo el miedo guiaba sus pasos y la furia que antes habían mostrado en la batalla la mostraban ahora en la huida. Cruzaron la Place du Carrousel, luego las Tulleries y se dispersaron en todas direcciones, arrojando las armas, rasgando las chaquetas rojas y arrojándolas al suelo en la infantil esperanza de que el pueblo despreciara su uniforme y no a ellos mismos. El huracán de su huida era tan rápido que arrolló a coraceros, lanceros y policías. Barrieron los restos del ejército del rey que ahora huía presa de pánico por los Champs Elysées.

¡El Louvre había sido tomado! ¡La Place Vendôme había sido tomada! ¡Las Tuileries habían sido tomadas! La bandera tricolor ondeaba sobre el palacio del rey.

El pueblo corrió por las largas galerías del museo hacia el Palacio de las Tuileries. Todo París podía entrar ahora en los suntuosos departamentos del rey y su familia.

En la antecámara había estatuas de reyes. La primera oleada de pueblo tuvo la oportunidad de verlas y hacerlas trizas; la segunda oleada sólo pudo pisotear sus fragmentos.

En la sala del trono un obrero musculoso, un individuo grande con un trapo que le rodeaba la sangrante cabeza, se sentó en el trono y vociferó: "Estoy aquí en el lugar del rey bastardo." Luego dio un salto y escupió sobre el trono. "¡Lugar! ¡Hagan lugar en el trono!"

Cuatro hombres transportaron un cadáver en posición hori-

zontal y lo balancearon violentamente. Era el cadáver de un suizo, con la chaqueta roja manchada por sangre roja.

—Defendió al rey. Démosle el trono por recompensa.

Lo sentaron en el trono y le dieron puñetazos bajo la barbilla en un intento por poner erguida su cabeza.

De la sala del trono el pueblo irrumpió en el gabinete del rey. Allí saquearon los cajones y arrojaron por la ventana los papeles del rey. Millares de ellos cayeron revoloteando en el jardín de las Tuileries.

La multitud más numerosa se había agolpado en el dormitorio del rey. El pueblo formaba densos círculos en torno del gran lecho regio al que todos querían echar un vistazo. Se regocijaban, reían sonoramente y comentaban la función representada por dos hombres que describían recatadamente los pasos consecutivos del acto del amor durante el cual el apasionado amante rasgaba el magnífico vestido de plata de la duquesa hasta mostrar los harapos de quien se lo había puesto.

Se oyeron tiros en la galería de retratos de los mariscales. El blanco preferido era el retrato del duque de Raguse. Una bala le atravesó la cabeza, dos le atravesaron el pecho, la cuarta erró y abrió un agujero en la pared que estaba detrás del cuadro. Un hombre trepó entonces en los hombros de su compañero, recortó el retrato en forma de medallón y con su bayoneta atravesó el pecho y la cabeza del duque.

En el patio bailaban un frenético can-can a los sones de un pífano y al rasgueo de un violín. Los hombres lucían sombreros emplumados y los vestidos cortesanos de la duquesa de Angoulême y de la duquesa de Berry. Uno de ellos llevaba un mantón de cachemira sobre sus harapos. El can-can terminó con un furioso final en el que quedaron hechos jirones el mantón y todos los vestidos. Su valor estaba más allá de la imaginación de la gente que los hacía trizas, pero todos ellos deseaban destruir los objetos de lujo que veían.

Cuando las tropas huían en desorden desde el Louvre, se abrió una ventana en la esquina de la rue de Rivoli y la rue Saint-Florentin. Desde la otra punta de un suntuoso departamento llegó una voz quebrada:

—¡Buen Dios! ¿Por qué abre las ventanas, Monsieur Keyser? Nos saquearán la casa.

—Nada tema —contestó Monsieur Keyser—. Las tropas están en retirada, pero el pueblo está interesado sólo en perseguirlas, no en saquear.

—Por cierto —dijo el obispo Talleyrand, que avanzó cojeando hacia el reloj. Luego, con voz solemne, añadió—: Tome nota Monsieur Keyser, que el 29 de julio de 1830, a las doce y cinco del mediodía, la rama mayor de los Borbones dejó de reinar sobre Francia.

Por la tarde, los alumnos y maestros de la Escuela Preparatoria se reunieron en el Salón de Actos. Esperaban la entrada de Monsieur Guigniault y su anuncio.

Abrióse la puerta. Rígidamente erguido, el director hizo una entrada triunfal, con el rostro radiante y una cinta tricolor en el pecho.

—¡Viva Monsieur Guigniault!

—¡Viva Francia!

El director sonrió, extendió ambas manos para aquietar las oleadas de entusiasmo que llegaban hasta la tribuna. Comenzó calmamente, para actuar conforme a las reglas de la oratoria que tan bien había aprendido y que ahora practicaba de un modo magistral.

—¡Profesores, colegas y alumnos de la Escuela Preparatoria! Este día, 29 de julio de 1830, vivirá por largo tiempo en la historia de todo el mundo civilizado. La tricolor, la bandera de Francia, ondea sobre París. Ondea sobre el palacio del rey, ondea sobre el Louvre, ondea sobre Notre Dame, sobre todos esos lugares cuyos nombres son tan caros al corazón de todo francés. Debemos no sólo lucir esos colores; debemos acariciar su

imagen en nuestras mentes y alimentar por ellos amor en nuestros corazones.

Estalló un aplauso y, cuando éste se extinguió, el director prosiguió solemnemente:

—¡Profesores, colegas y alumnos de la Escuela Preparatoria! En nombre de todos ustedes, en nombre de nuestra Escuela Preparatoria, declaro nuestra adhesión al gobierno provisional del general Lafayette, del general Gérard y del duque de Choiseul.

Hubo un cerrado aplauso. Los mismos gritos se repitieron una y otra vez:

—¡Viva el general Lafayette!

—¡Viva Monsieur Guigniault!

—¡Viva nuestra bandera!

—¡Viva Francia!

El director esperó pacientemente que se volviera a hacer el silencio.

—Intentemos volver a nuestra vida escolar normal. Esto es lo que toda Francia debe intentar y lo que nosotros intentaremos aquí. Los exámenes y el fin de nuestro año escolar se acercan. Esperemos que el gobierno devuelva a nuestra Escuela Preparatoria la jerarquía a que justamente tiene derecho como la Escuela Normal de Francia y haga revivir su prestigio e importancia pasados.

Este fue el final. Todo lo que le quedaba por hacer a Monsieur Guigniault era esperar que los aplausos se extinguieran para abandonar airosamente el salón. Mientras miraba a los alumnos, sus ojos se fijaron en el rostro triangular cuyos ojos lo miraban como si él fuera transparente, y luego parecían enfocarlo súbitamente, yendo desde la coronilla hasta la bandera tricolor y diciendo con inequívoca claridad: "Hombres como usted profanan nuestra bandera."

El pueblo había combatido y había muerto. Con su sangre y sus cuerpos habían creado un nuevo tablero de ajedrez. Sobre

este nuevo tablero viejas manos estaban ya jugando el viejo juego.

El París combatiente estaba en la calle. Pero el París de los políticos, de los muchos hombres pequeños y codiciosos y de unos pocos hombres nobles y que veían lejos, estaba reunido en el palacio de Monsieur Laffitte. Allí, en la casa de este acaudalado y bien relacionado banquero, estaba el centro de la intriga; allí los políticos concebían planes, allí se recibían las delegaciones, allí la cámara tenía sus sesiones permanentes; allí, rodeado por miles de espectadores, estaba el cerebro político y el brazo político de la Revolución. La Revolución no tenía un centro estratégico ni un cuartel militar, pero tenía su cuartel político en el palacio de Laffitte. No, no era la Revolución sino la burguesía la que tenía allí su cuartel; la misma burguesía que había incitado al pueblo a la cólera y la indignación y que ahora conspiraba en el palacio de Laffite en favor de su propio reino.

Desde la casa de Laffitte aquel jueves por la tarde Lafayette fue a la Municipalidad para hacerse cargo del gobierno de París. El general Lafayette era amado por el pueblo, admirado por los pobres y en él confiaba la gente honrada. En torno de su cabeza, símbolo de la liberación y la libertad, resplandecían dos halos de gloria de dos mundos y dos revoluciones.

La procesión fue saludada con gozosos gritos:

—Den paso al general Lafayette. El general se dirige a la Municipalidad. ¡Viva Lafayette!

¡Había oído los mismos gritos cuarenta años antes! Había sido coronado rey del pueblo libre en 1789 y era coronado de nuevo en 1830. Los ojos cansados del anciano vieron a Etienne Arago, que lucía una escarapela tricolor. Lafayette se volvió hacia uno de los hombres que lo acompañaban:

—Monsieur Poque, vaya y dígale a ese joven que se quite la escarapela.

El joven se acercó a Lafayette.

—Le ruego me excuse, general, pero creo no haber entendido.

—Joven amigo, le ruego que se quite esa escarapela.

—¿Por qué, general?

—Porque es un poco prematuro. Francia está de duelo. La

bandera debería ser negra hasta que Francia recobre la libertad. Más adelante, más adelante, ya veremos.

—¡General! He estado luciendo en la solapa una escarapela tricolor desde ayer y en el sombrero desde esta mañana. Allí están y allí permanecerán.

—¡Hombre obstinado! Hombre obstinado —murmuró el apesadumbrado y anciano general mientras se dirigía hacia la Municipalidad.

La Municipalidad volvía a ser el centro nervioso de París. El gabinete de Lafayette estaba lleno de gente. Cada cual quería referir al general la historia de sus actos heroicos.

El general repetía a todos: "Bien, muy bien, ¡excelente! Es usted un valiente." Y luego les estrechaba la mano.

El que recibía este favor corría escaleras abajo para gritar al pueblo reunido en la calle:

—¡El general Lafayette me estrechó la mano! ¡Viva el general Lafayette!

Charras, el ex estudiante de la Escuela Politécnica, llegó a la Municipalidad con sus ciento cincuenta hombres.

—Aquí estoy, general.

—¡Ah! Es usted, mi joven amigo. Me alegra verlo. Es usted bienvenido. —Y el general abrazó a Charras.

—Sí, general, estoy aquí pero no estoy solo.

—¿Quiénes están con usted?

—Mis ciento cincuenta hombres.

—¿Y qué hicieron?

—¡Se comportaron como héroes, general! Tomaron la Prisión de Montaigut, el cuartel de l'Estrapade y el que está en la rue de Babylone. Pero ahora ya no les queda nada por tomar. Todo está tomado. ¿Qué haré con ellos?

—Pues, dígales que vuelvan tranquilamente a sus casas.

Charras se echó a reír.

—¿A sus casas? No lo dice seriamente, general.

—Sí, lo digo en serio; deben de estar muy cansados después del gran trabajo que hicieron.

—Pero, general, las tres cuartas partes de estos hombres valientes no tienen casa, y la otra cuarta parte no encontrará en sus casas ni un trozo de pan ni un *sou* con que comprarlo.

El general se entristeció.

—Debí haber pensado en eso. Lo cambia todo. Que se les den cien *sous* por cabeza.

Charras se acercó a sus hombres y les dijo que el general deseaba darles cinco francos a cada uno. Era una gran suma para hombres que vestían harapos, pero hubo sólo una respuesta:

—¡No! No queremos dinero. No luchamos por dinero. Dígale al general que no aceptaremos ni un *sou*.

Charras sintió deseo de llorar. Su voz estaba tensa por la emoción cuando pronunció el último discurso de un largo día:

—¡Amigos! Ustedes son la columna vertebral y el futuro de Francia, de todo el mundo. Ustedes son el gran pueblo de Francia. Ojalá nuestra patria aprenda a conocer y amar a sus verdaderos hijos. Entonces llegará a ser realmente grande.

Los hombres miraron a su conductor con cariño y simpatía, pero poco entendían lo que decía.

—¡Amigos! ¡Celebremos nuestra victoria! Ustedes no quieren dinero. Pero permítanme ordenar pan y carne y vino, y aquí, en los peldaños de la Municipalidad que tomamos hoy, comeremos juntos.

—¡Viva Charras!

—¡Viva Lafayette!

Monsieur Laffitte dijo a los diputados que estaban en su palacio:

—Hay un solo medio por el que puede salvarse la monarquía: coronando al duque d'Orléans. El hijo de Felipe Igualdad puede ser grato al pueblo. Es cierto que el hijo no es muy conocido en Francia, pero considero que esto es una ventaja porque su fuerza no provendrá del apoyo de la multitud. Por eso se verá obligado a no traspasar los límites dentro de los cuales debe estar confinada la realeza. Lo he conocido y estimado durante quince años. Demuestra su respeto por sí mismo admirando a su mujer; sus hijos lo aman y temen. Colocándolo en el trono,

podemos salvar el principio de legitimidad en Francia y al mismo tiempo calmar el espíritu revolucionario de París. En el duque de Orléans tendremos un ciudadano-rey.

Los diputados sabían que un plan semejante sólo podía tener éxito si Lafayette lo apoyaba; él podía calmar al pueblo o volverlo a inflamar. De modo que Lafayette debía ser persuadido y ganado para la causa del ciudadano-rey.

En el palacio de Laffitte se eligió una comisión municipal de cinco miembros. Había de formar un cerco en torno de Lafayette para influir sobre el anciano general y suavizar su contacto con el pueblo. Dos banqueros figuraban entre sus miembros: Laffitte, el hombre del día, y Casimir Perier, el hombre fuerte de los próximos dos años. Aquellos cinco hombres sabían su tarea. Rodearon a Lafayette junto con partidarios del partido orleanista. Enviaron al interior del país a los más ardientes republicanos con estas órdenes: "Vayan y propaguen la Revolución por toda Francia." Entre ellos decían: "París quedará ahora libre de los elementos más peligrosos." Apostaron un centinela a la puerta del despacho de Lafayette; tenía órdenes de admitir sólo a miembros de una pequeña camarilla. El noble anciano estaba bajo los ojos de guardianes; era un prisionero en la casa que se suponía debía gobernar. Lo adularon y le pidieron que firmara documentos y proclamaciones faltos de importancia. Era la herramienta en un juego del que nada comprendía.

Pero el pueblo amaba a Lafayette. Creían que mientras el anciano general estuviera en la Municipalidad, el futuro de Francia y la libertad y dignidad del hombre común estaban seguros en sus manos y que nadie podía traicionarlas.

En esto se equivocaba el pueblo de Francia.

7: 30 DE JULIO DE 1830

Galois salió de la escuela. Andando lentamente por la rue St. Jacques hacia el Sena, miraba los edificios dañados y los pavi-

mentos de los que se habían arrancado piedras, así como los restos de una barricada.

"Aquí los hombres lucharon y murieron mientras yo componía inútiles oraciones. ¿Tendré el mismo coraje cuando se vuelva a presentar otra prueba?"

Quería evadirse de sus pensamientos y de su soledad. Vio un pequeño grupo de gentes que rodeaban a un joven con negro pelo rizado y rostro sudoroso que hablaba con vívidos ademanes y señalaba repetidamente un cartel.

El grupo estaba en un estado más o menos estacionario: disminuido por espectadores aburridos, aumentado por los transeúntes. Galois se unió al grupo y leyó el cartel:

Carlos X no puede volver nunca a París; ha derramado la sangre del pueblo.

Una República nos expondría a horribles divisiones; nos comprometería en hostilidades con Europa.

El duque de Orléans nunca combatió contra nosotros.

El duque de Orléans será un ciudadano rey.

El duque de Orléans ha portado la bandera tricolor bajo el fuego del enemigo.

Sólo el duque de Orléans puede portarla de nuevo. No tendremos otra bandera.

El duque de Orléans no se propone a sí mismo. Espera la expresión de nuestros deseos. Proclamemos esos deseos y él aceptará la constitución tal como siempre la entendimos y deseamos. Es voluntad del pueblo francés que sea coronado.

Galois escuchaba ahora la rápida y fluida voz:

—Aquí ven ustedes su mayor insulto y perfidia. Primero nos amenazan. Dicen que si ustedes instauran una república, ello significará dos guerras al mismo tiempo: una guerra civil y una guerra con Europa. Naturalmente, esto es una mentira. La República sería tan fuerte que nadie se atrevería a atacarla. Y si lo llegaran a hacer, nosotros la defenderíamos. ¿Quién está en el ejército? ¡El pueblo! El pueblo es el alma de la República. ¡Y sabrá cómo defenderla! Pero Monsieur Thiers, que escribió esa proclama, piensa que ustedes, como los orleanistas, le temen al resto de Europa. Acaba diciendo que ustedes son el pueblo

soberano, que ustedes tienen el derecho de elegir su propio gobierno. Pero no tienen el derecho de optar por una república porque habría oposición a ella, porque habrá al mismo tiempo una guerra civil y extranjera. Pero ustedes puede ser aún el pueblo soberano de Francia si caen de rodillas y ruegan al duque de Orléans que acepte la corona.

Hizo una pausa, volvió la espalda al cartel y, mirando a su pequeño auditorio, añadió excitadamente:

—¿Acaso creen que somos tan estúpidos? Ayer ganamos la Revolución, y hoy, veinticuatro horas después, leemos una proclama que nos propone un nuevo rey. ¿Combatimos a Carlos X para poner en su lugar al duque de Orléans? Luchamos para arrancar de raíz el árbol borbónico, y no para reemplazar una rama por otra.

A Galois le agradaba el hombre que hablaba y la forma en que lo hacía. Deseaba poder hablar así para que todos lo comprendieran. Pero le desagradaba la actitud del auditorio. Oían, hacían comentarios, convenían con el orador, pero mostraban poco entusiasmo. ¿Dónde estaba el fuego que debió arder ayer? ¿Dónde estaba la ira del pueblo que acababa de derribar a un rey y de derrotar a un ejército?

—Hagamos pedazos este cartel para que no engañe al pueblo. ¿Quién me ayudará?

Evariste pensó: "Vine aquí para ser uno de los muchos, para aprender cómo hablar al pueblo. Le contestaré a este joven aun cuando me ponga en ridículo." Avanzó hacia el cartel y dijo:

—Yo le ayudaré.

Ambos hicieron pedazos la proclama y, mientras lo hacían, Galois murmuró:

—Hizo usted un buen trabajo. ¿Necesita ayuda?

—¡Naturalmente! Venga conmigo.

Sintió alivio. El primer contacto se había establecido mucho más fácilmente que lo que había esperado. Fueron en busca de otro cartel y el joven de negro pelo rizado dijo a Galois:

—Mi nombre es Duchâtelet y soy estudiante de la Facultad de Derecho.

—Mi nombre es Galois y estudio en la Escuela Preparatoria.

—¡Bien! Es usted una mosca blanca. En estos tres días no vimos ni a un estudiante de su escuela. Me agrada ver uno por fin. ¿Cómo se las arregló para salir?

Galois se sonrojó y comenzó a hablar, pero Duchâtelet no esperó. Continuó con creciente velocidad.

—Perdóname que lo diga, pero tu escuela es la más hedionda de París. Tienen allí algunos buenos hijos de puta. ¡Ya sabrán de nosotros!

Con dificultad Galois hizo una pregunta.

—¿Cómo sabes tanto de ella?

—Mi negocio es saber. No pudimos establecer contacto con ninguno de tu escuela. Me agrada haberte encontrado. Puedes ser muy útil. Debemos fundar revistas en tu escuela para educar a los alumnos. Parecen necesitar mucha educación. Tú serás un vínculo magnífico para nuestro primer contacto. ¿Qué estudias?

—Matemática.

—Debes ser un tipo sesudo. ¿Por qué no estás en la Escuela Politécnica?

Ésa era la pregunta que temía. ¡Siempre la misma pregunta! Algún día la contestaría orgullosa y lealmente para vergüenza eterna de sus dos examinadores.

No sabía qué decir ahora, pero Duchâtelet continuó rápida y nerviosamente.

—Desde luego, odias el carácter de Monsieur Guigniault, tu director que ahora luce la tricolor. Leí en el diario de hoy que puso su escuela a disposición del gobierno provisional. No sabe que el gobierno provisional no existe.

Aquí Duchâtelet estalló en una carcajada, lo que le permitió a Galois decir:

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo. No existe. Durante las revoluciones los sastres hacen a los generales y los impresores a los gobiernos. Un periodista inventó este gobierno, lo anunció a París mediante proclamas, y helo ahí. Todos juran que existe. Una buena broma, ¿no es cierto?

Volvió a reír y Galois preguntó:

—¿Quién está ahora en el poder?

—Lafayette está en la Municipalidad, y también está allí una comisión de cinco miembros para impedirle que abra la boca. Cuatro orleanistas y un solo republicano *pour la galérie*. La cosa pinta mal. El pueblo está soñoliento y no le importa mucho. ¡Pero lo despertaremos! Debemos educarlo, excitarlo, hacerle ver los problemas hasta que un día vuelva a luchar. ¿Por qué pronuncio discursos? Debemos continuar nuestro trabajo.

—¿Quiénes son "nosotros"?

—Por "nosotros" entiendo la "Sociedad de Amigos del Pueblo." Es la única sociedad republicana activa. Ahora adquirirá fuerza, ya verás. Tenemos en ella a hombres excelentes; Monsieur Hubert, el abogado, es nuestro presidente. Debes incorporarte a la sociedad; necesitamos individuos sesudos como tú.

—¿Cómo sabes que soy sesudo?

—Porque me dejas hablar y sabes cómo oír y hacer preguntas.

Vieron otro cartel y Duchâtelet preguntó a Galois:

—¿Quieres encargarte de la función? Ya la he representado cinco veces.

—No podría. Pero me agradaría volverte a escuchar.

Duchâtelet repitió su discurso. Evariste sólo escuchaba a medias cuando el sonido de su nombre lo despertó:

—...mi amigo Galois, un excelente matemático, el alumno más brillante de la Escuela Preparatoria. Él puede darles un buen ejemplo de cómo se comportaron esos hombres durante la Revolución, los mismos hombres que están ahora a favor del duque de Orléans. Pregúntenle acerca del director de su famosa escuela.

Bajo la súbita compulsión de hablar, Galois recitó rápidamente, como si se tratara de una lección aprendida de memoria:

—El miércoles el director nos amenazó con la policía si salíamos y luchábamos.

—Bastardo —interrumpió alguien.

—Y el jueves por la tarde apareció con una escarapela tricolor.

—Bastardo —repitió alguien.

—Tienen razón, ciudadanos —dijo Duchâtelet—. Ese hombre

y miles de hombres piensan que combatimos para cambiar un Borbón por otro. Nos prometen la constitución. Pero podemos obtener la vieja constitución en cualquier momento de Carlos X, que ya revocó las ordenanzas y prometió ser un buen muchacho. Queremos, sí, una constitución, pero no *la* constitución. Y adviertan cuán astutamente Monsieur Thiers habla de la constitución como si sólo hubiésemos luchado por ella.

Terminaron por hacer pedazos el cartel y luego se dirigieron hacia la Municipalidad. Tampoco allí la multitud era muy numerosa ni estaba muy excitada. Duchâtelet se reunió con unos pocos republicanos, a los que presentó a Galois. Alternativamente hablaban y oían los varios discursos pronunciados desde el cercano pilar de piedra. En un momento indefinido Galois dejó de escuchar y volvió a considerar ensimismado la demostración que había dado en su monografía a la Academia.

8: 31 DE JULIO DE 1830

Galois y Duchâtelet estaban en el patio del Palais-Royal. La multitud de hombres y mujeres bien vestidos gritaba:

—¡El duque! Queremos ver al duque.

Repitiéronse los gritos hasta que el duque y Monsieur Laffitte aparecieron en el balcón.

—¡Viva el duque!

—¡Viva Laffitte!

—¡Viva el rey de Francia!

Luego, cansada por la repetición de estas frases, la multitud comenzó a cantar la Marsellesa. El duque de Orléans se sumó con una voz fuerte y desentonada.

Galois miraba la ancha mandíbula y la estrecha frente del duque, su rostro engañosamente estúpido, con espesas patillas. Sólo los pequeños y hundidos ojos tenían un destello de inteligencia.

Cuando se acabó de entonar la Marsellesa oyéronse nuevos gritos y la Marsellesa se repitió. El duque sudaba y cantaba aun más fuerte y aun más desentonadamente. Luego bajó y se

mezcló con el pueblo en el patio. Entre la burguesía que lo rodeaba, el duque parecía uno de ellos. El sombrero gris, la levita negra, los guantes amarillos se asemejaban a los de cualquier ciudadano acomodado. Desplazaba con gran vitalidad su fornida figura, su estómago levemente prominente y los cincuenta y siete años de su vida. El futuro "ciudadano-rey" estrechaba las manos que se le tendían.

Duchâtelet murmuró a Galois:

—¡Este hombre es peligroso! Sabe cómo hacerse popular. Apartémonos antes de que agarre nuestras manos.

Se dirigieron hacia la Municipalidad, hacia el pueblo que estaba pronto a gritar "¡Viva!" por Lafayette y que, pensaba Galois, nunca gritaría "¡Viva!" por el duque de Orléans.

Vieron a un joven subido a un pilar que hablaba a la multitud que lo rodeaba. Galois estaba fascinado más por la apariencia que por las palabras del orador. Su traje parecía haber sido entregado por el sastre sólo una hora antes. El chaleco era blanco con botones de plata; la levita gris pálido dibujaba una línea perfecta en la cintura y su sombrero de copa con un estrecho reborde era de seda plateada. Parecía casi un "dandy", fuera de lugar entre hombres con camisas sucias y gorros informes. Lo habrían abucheado y silbado de no ser por sus dos grandes escarapelas tricolor, una en el sombrero y otra en la chaqueta. Debido a ello, el pueblo oía orgullosamente al elegante joven. Era difícil hablar ese caluroso día de julio, bajo el centelleante sol de la tarde, pero el orador parecía más calmo que cualquiera de sus oyentes. Ni una gota de sudor cubría su ancha frente y sus ojos eran tan penetrantes como las dos hojas de afiladas tijeras. Su rostro era hermoso, varonil y frío. En sus dedos tenía una pequeña bala que de vez en cuando arrojaba al aire y luego tomaba precisamente en el punto de que había partido.

—¿Quién es? —preguntó Galois.

—Pécheux d'Herbinville —contestó Duchâtelet—. Es uno de los miembros de nuestra Sociedad. Contrariamente a la mayor parte de ellos, es rico y de familia aristocrática. Estoy seguro de que eso lo enorgullece.

Galois miró la estatua del dominio de sí mismo. Su dicción era perfecta, quizá demasiado perfecta. Cuando subrayaba palabras, desviaba levemente el labio inferior hacia la derecha con una expresión de afectación y crueldad.

El calor parecía menos insoportable cuando uno miraba aquel rostro glacial y escuchaba aquella voz bien modulada:

—¿Quién es el hombre que quieren darnos por rey? Se los diré, amigos míos, porque soy historiador y estudié la vida de Felipe Igualdad y su hijo. El duque de Orléans es un descendiente bastardo de Luis XIV. Pero es un Borbón y debe compartir el destino de los Borbones. Monsieur Thiers y otros les dicen a ustedes que es el hijo de Felipe Igualdad que votó por la muerte de Luis XVI. Los mismos caballeros les dicen que el duque combatió por la República en Jemmapes. Acosen a cualquier orleanista y, como un loro, repetirá "Jemmapes, Jemmapes".

Burlescamente hizo chirriar las dos últimas palabras dos veces, al tiempo que arrojaba la pequeña bala al aire y la cogía hábilmente. Contrariamente a otros, Evariste no parecía divertido.

—Amigos, ningún orleanista les dirá lo que yo sé y que ustedes deben saber también. Hace treinta y un años, en 1799, el joven duque de Orléans fue a Mitteau, donde por entonces vivía el impotente Luis. Allí, nuestro héroe de Jemmapes se arrojó a los pies del obeso Luis, lloró amargamente y exclamó: "Perdona, noble rey, los crímenes de mi padre y mis propios crímenes, perdóname que haya luchado en Jemmapes." —Hizo una divertida imitación del lloroso duque pero no logró arrancarle una risa a Evariste—. Y ese hombre que besó los pies enfermos de un rey Borbón desea ahora ser rey de Francia. ¡Jemmapes, por cierto! Sólo hay un hombre que puede desbaratar las intrigas de los orleanistas y es el general Lafayette.

—¡Viva el general Lafayette!

—Les diré, sobre la base de informes fidedignos, que el duque decidió ganarse al general honrándolo hoy con una visita aquí, en la Municipalidad.

—No lo queremos en la Municipalidad.

—Impídanle venir.

Un muchacho llegó corriendo y gritando:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Duchâtelet se volvió hacia Pécheux d'Herbinville, que había descendido del pilar y estaba frente a él.

—Pronunciaste un buen discurso, pero me temo que ahora tenga poca utilidad.

—Sí, yo también me lo temo.

—Te presento a Galois, un estudiante de matemática de la Escuela Preparatoria. Está con nosotros.

Se estrecharon la mano y Pécheux dijo en un tono levemente condescendiente:

—Un alumno de la Escuela Preparatoria nos viene bien.

Intentó sonreír pero no lo logró.

Llegó el cortejo. El duque de Orléans cabalgaba a la cabeza; estaba vestido con uniforme de general y lucía en el sombrero una gran escarapela tricolor. Miraba fijamente hacia adelante como si estuviera hipnotizado por los peldaños que llevaban a la Municipalidad. El banquero Laffitte era conducido en una litera por saboyardos; se había torcido el tobillo y estaba doliente. Al duque y a Laffitte los seguían ochenta diputados. Era aquel un pobre espectáculo para quienes habían presenciado el esplendor con que Carlos X aparecía en las calles de París.

El pueblo que estaba en la plaza no mostró hostilidad ni aprobación; permaneció silencioso mientras el duque se acercaba lentamente a los peldaños. Su caballo blanco dispersó a la multitud, que hizo lugar calma y fríamente. El rostro del duque veíase ahora espectralmente pálido. Cuando llegó a la Municipalidad, se apeó del caballo blanco y con firme paso comenzó a subir la escalinata. En este momento el general Lafayette salió y esperó en lo alto de la escalera por la que el duque iba subiendo, acercándose lentamente al nivel en que estaba Lafayette. Debía alcanzar aquel nivel si había de echar abajo al anciano general de modo que no pudiera volver a trepar. ¿Era Lafayette el único hombre que no comprendía aquello?

El general saludó al duque con la cortesía de un caballero que sabe cómo tratar a un visitante distinguido. Luego todo el cortejo desapareció dentro de la Municipalidad.

Todos los ojos estaban dirigidos ahora hacia el frente de la Municipalidad. Todos esperaban que ocurriera algo, y esta expectación volvía más lento el paso de los minutos.

Duchâtelet se volvió hacia Galois y le preguntó:

—¿Crees que el general le hará frente al duque?

—No.

Duchâtelet le hizo a Pécheux d'Herbinville la misma pregunta. Pécheux contestó:

—No sé. —Y luego, mirando a Evariste, dijo—: ¿Por qué estás tan seguro de que no lo hará?

—Porque sé historia.

Pécheux contestó agriamente:

—Por cierto. Para ser matemático, parece ser muy buen historiador.

—Su observación...

Duchâtelet interrumpió a Galois:

—Están llegando.

Lafayette condujo al duque de Orléans al balcón de la Municipalidad. Los dos hombres miraron en silencio a la también silenciosa multitud. Luego George Lafayette, el hijo del general, le alcanzó a su padre una bandera tricolor plegada. El anciano general comenzó a desplegarla. En ese momento, por primera vez en ese caluroso día de julio, sopló suavemente una brisa fría. Puso vida en la tricolor. La bandera revoloteó lejos de las manos temblorosas del general y cubrió el rostro del duque. El duque tomó la bandera en sus gruesos dedos mientras Lafayette hacía girar el asta. El pueblo vio que la tricolor aumentaba de tamaño, firmemente sostenida por ambos hombres. No veía ni las temblorosas manos resecas del anciano general ni los dedos del duque que se hundían codiciosamente en el gallardete.

La superficie de la bandera se agitaba hacia el pueblo y se alejaba de él. De pronto el silencio helado fue roto por sonoros gritos:

—¡Viva nuestra bandera!

—¡Viva Lafayette!

—¡Viva el duque de Orléans!

Galois se volvió hacia Duchâtelet.

—Gritemos: "¡Abajo el duque!"

—Desapruebo las demostraciones inútiles —dijo Pécheux Sus palabras quedaron ahogadas por los gritos:

—¡Viva Lafayette!

—¡Viva el duque de Orléans!

Era el grito de agonía de la Revolución. El papel del pueblo había terminado; había comenzado el reinado de la burguesía.

9: 1830

En agosto, Carlos X, rey de Francia, fue desterrado y Luis Felipe fue proclamado rey de los franceses. El rey de Francia fue reemplazado por el rey de los franceses; la rama antigua de los Borbones por la rama joven de los Borbones; el reinado de la aristocracia por el reinado de la burguesía.

¿Qué había ganado el pueblo que había luchado y muerto por la constitución y la bandera? Primero con estupor y después con cólera y odio descubrió que la Revolución había aumentado sus padecimientos. Habían alentado la esperanza de que ahora el trabajo sería más fácil, el pan más abundante, de que sus hijos estarían mejor vestidos y mejor alimentados. Habían esperado que los Días de Julio aliviarían su miseria. Pero nada habían ganado.

Antes de la Revolución, las más grandes imprentas de París empleaban a doscientos trabajadores, cada uno de los cuales percibía alrededor de cinco francos por día. Cuando estalló la Revolución, las imprentas cerraron. Después de su reapertura, sólo diez hombre lograron trabajo y, durante los seis meses siguientes, el número de obreros aumentó a veinticinco con un salario de dos francos por día.

Algunos ciudadanos sugirieron que el ministro del Interior debía fundar una gran imprenta que sería de propiedad del

estado y que reimprimiría las obras revolucionarias de Rousseau, Voltaire y los enciclopedistas. Con esto, argüían, se elevaría el nivel de educación y se disminuiría la desocupación. El ministro del Interior rechazó las proposiciones y dio sus razones: "Esos libros no se venderían. Son viejas armas, inútiles para el liberalismo ahora que la batalla está ganada."

¿Qué hizo el gobierno mientras el capital desaparecía, las quiebras se extendían por París y la depresión económica iba en aumento? El gobierno excitó la cólera del pueblo contra los republicanos repitiendo las mismas argumentaciones en su prensa y sus proclamas centenares de veces:

"Ustedes, el pueblo que ganó la Revolución, son la columna vertebral de Francia. Lucharon y alcanzaron todo lo que se proponían. No se dejen engañar por los republicanos. Quieren que ustedes luchen de nuevo bajo su dirección. ¿Qué harán ellos si ganan? ¡Los llevarán a ustedes a la miseria más completa! ¡Declararán guerras a las naciones europeas! ¡No descansarán hasta que sea invadido el suelo de Francia y la miseria de ustedes aumente mil veces!"

Con indignación se rompían los manifiestos de los republicanos y se decía que sus autores eran hombres sedientos de pillaje. En una ocasión una muchedumbre invadió las oficinas del diario republicano *Tribune*. Vestían harapos, estaban sucios; ninguno de ellos llevaba chaqueta negra ni guantes amarillos. Irrumpieron en las oficinas, destrozaron la máquina impresora, hicieron añicos los muebles y vociferaron: "Afuera los republicanos. Disparen contra los republicanos. ¡Maten a los malditos bastardos!"

Lafayette, comandante aún de la Guardia Nacional, envió un destacamento a tiempo para salvar las vidas de los directores y redactores.

El pueblo oscilaba en su ira entre los orleanistas y los republicanos. Sabía que lo engañaban, pero no sabía quién. Las simientes de una nueva revolución se sembraron el mismo día en que finalizó la Revolución de Julio.

Uno de los primeros actos del gobierno fue convertir la Escuela Preparatoria en la Escuela Normal y pasar de dos a tres años el plan de estudios.

Galois aprobó los exámenes anuales y fue promovido a la clase siguiente. Libre de la escuela, pasó las vacaciones en París y se incorporó a la Sociedad de Amigos del Pueblo, que en aquel tiempo era la más influyente organización republicana. Pertenecía en ella a una célula de estudiantes que promovían actos en las escuelas, escribían folletos, organizaban conferencias y excitaban mediante largas discusiones su propia esperanza de una nueva revolución y el odio a Luis Felipe.

Allí Galois se hizo de nuevos amigos y nuevos enemigos. Llegó a saber que los planes más secretos de la sociedad eran conocidos por la policía, que la sociedad estaba llena de espías. A menudo temía parecer demasiado radical porque sabía que ésta era una característica de los provocadores, que incitaban a la sociedad a adoptar las medidas más violentas, a suscitar tumultos que la policía conocía de antemano y contra los cuales estaba bien preparada. Descubrió que inclusive entre los republicanos había no sólo hombres dignos de amor y admiración sino también hombres a quienes se debía despreciar y combatir; halló allí heroísmo y cobardía, honradez y crimen, brillantez de mente y chata estupidez; una atmósfera a veces deprimente y a veces exaltante.

Auguste Chevalier, que acababa de egresar de la Escuela Preparatoria, era el único no republicano a quien Evariste veía a menudo. Chevalier era el único contacto de Galois con el mundo científico, el único hombre que siempre escuchaba con admiración a su amigo y que trataba, con más persistencia que éxito, de comprender la obra matemática de Evariste.

En una ocasión Auguste le preguntó a Evariste qué había ocurrido con el manuscrito que éste había enviado a la Academia hacía más de medio año, en febrero. Cuando Galois contestó que no había recibido nunca una respuesta, Chevalier convenció a su amigo de que debía ir al Instituto para averiguar

y que insistiera inclusive en ver al profesor Arago si ello era necesario. Galois lo prometió.

Dos días después, cuando Chevalier llegó al cuarto de Galois, su primera pregunta fue:

—Bien, Evariste, ¿fuiste?

—Sí.

—¿Y qué te dijeron?

—Nada.

—¿Qué quieres decir?

—Perdieron mi manuscrito.

—No estoy preguntando por tu primer manuscrito. ¿Qué ocurrió con tu segundo manuscrito?

—Perdieron mi segundo manuscrito.

Chevalier parecía más deprimido y desdichado que Galois. Dijo:

—¡Por favor, Evariste! Dime todo lo que ocurrió.

—No hay mucho que decir. Como sabes, Fourier era el secretario de la Academia y murió no hace mucho. Nadie sabe si conservó el manuscrito o se lo envió a alguien. No se lo encontró entre sus papeles. Hay la posibilidad de que el manuscrito le haya sido enviado a Monsieur Cauchy. Afortunadamente, nadie me sugirió que lo viera, porque Monsieur Cauchy está en el exilio. Es un hombre piadoso. Puede perder un manuscrito, pero no traicionará su juramento a Carlos X. Por otra parte, Carlos X es un gran rey. Sabrá cómo apreciar la devoción y ciertamente recompensará a Monsieur Cauchy.

—Por favor, deténte. Estoy a punto de llorar.

—¿Cómo crees que yo me siento?

—¿Qué más te dijeron?

—Vi a Monsieur Arago y a Monsieur Poisson. Los dos fueron muy corteses. Monsieur Poisson insistió en que volviera a escribir mi monografía y la enviara a la Academia. Esta vez, dijo, tendría especial cuidado de que no se la perdiera.

—Debes hacerlo. ¡Debes hacerlo!

—No es tan sencillo como piensas. Escribí el manuscrito hace más de medio año. Ahora me parece anticuado. Estoy todavía

trabajando pero tengo poca paciencia porque sé que escribo para necios que no quieren entender.

—¡Quizá comprendan, quizá algún día comprendan!

Galois repitió mecánicamente:

—Quizá comprendan, quizá algún día comprendan.

Los sonidos de estas palabras parecían excitarlo pues comenzó a hablar cada vez más fuerte, hasta casi gritar:

—Sin duda comprenderán. Pero, ¿cuándo? Oh, sí, algún día comprenderán. —Luego estalló en una breve risa—. No te preocupes, Auguste. La escribiré antes de morir. Y si no puedo imprimir mis monografías, te haré custodio de los manuscritos.

Aún reía. Chevalier dijo mansamente:

—No, Evariste. No es divertido. No me gusta tu clase de humor.

10: 17 DE SEPTIEMBRE DE 1830

La Sociedad de los Amigos del Pueblo celebraba todas las semanas una reunión pública en la escuela de equitación de Pellier situada en la rue de Montmartre. Los miembros de la sociedad se congregaban en el cercado del picadero, separado por una balaustrada de madera de los anchos pasillos que quedaban abiertos al público. Mucha gente hubo en la reunión del 17 de setiembre. El presidente, Monsieur Hubert, estaba sentado a una mesa, y a su derecha se hallaba Godefroy Cavaignac, uno de los más admirados, de los más queridos dirigentes republicanos. Su esbelta y alta figura con su porte militar, sus espesos bigotes, sus vivaces ojos con un matiz de tristeza, lo hacían aparecer como el cuadro de un héroe soñado por una muchacha.

A la izquierda del presidente se sentaba Raspail, rubio, pequeño, joven, escritor que sabía cómo emplear la ironía y hombre de ciencia que sabía cómo emplear la imaginación. Era uno de los pocos científicos famosos que incondicionalmente se aliaban con el pueblo y su causa.

Monsieur Hubert presentó el tema de discusión: ¿Qué debía

hacerse con los cuatro ministros de Carlos X presos? ¿Merecían la muerte? Y si la merecían, ¿cómo podían impedirse las intrigas del rey, de sus ministros y de todos los diputados deseaban salvar las vidas de esos enemigo del pueblo? Cuando finalizó sus observaciones introductorias, cedió la palabra a Godefroy Cavaignac.

El orador comenzó calmosamente, sin los efectos oratorios que, como todos sabían, llegarían a su tiempo. Su voz tenía calidez y fuego. Todos oían cada una de las palabras. Describió los crímenes de los ministros, su maldad, su estupidez, su situación actual y su prisión. Luego preguntó:

—¿Por qué el rey y los ministros predican clemencia en lugar de justicia? ¿Por qué Monsieur Victor de Tracy propone en la cámara la *abolición* de la pena de muerte? Si esos hombres pequeños que ahora gobiernan a Francia hubieran contestado honestamente esta pregunta, les habrían dicho: "Francia es una nación pequeña, débil, que teme a todos los otros países de Europa." Les habrían dicho: "La sentencia de muerte a los ministros no agradaría en Inglaterra ni Rusia, y han pasado los tiempos en que Francia no temía a Inglaterra ni Rusia." Esto es lo que les habrían dicho si no fueran cobardes e hipócritas. Quieren derogar la sentencia de muerte y preparar las mentes de ustedes a la clemencia. Una vez logrado esto, el resto será fácil. Confiarán el dictado de sentencias a los pares de Francia, muchos de ellos devotos amigos de los ministros. Son ellos quienes juzgarán a los asesinos de Julio.

Alzó la voz.

—¡De modo que esto es lo que se proponen hacer! ¡El patíbulo para oscuros reos, y para ilustres criminales... la impunidad. Si un hombre atormentado asesina llevado por la ira o por la desesperación, ¿quién se preocupará por salvar su cabeza de la guillotina? Todos sentirán vergüenza de compadecerse de su crimen, aun cuando su origen estuviera en la desesperación, la pobreza y la desdicha. Pero si hombres nobles, acaudalados, hombres que tienen en las manos el destino de imperios, sacrifican un millón de seres humanos a su orgullo, incendian una ciudad, obligan a hermanos a degollar a otros

hermanos, a sus familias a padecer por siempre, pueden hacer esto y mucho más; y, luego, cuando llega la hora de la venganza, sólo se les hablará a ustedes de clemencia, se proclamará la gloria del perdón y la ley suavizará en seguida su rigor.

"Les dicen a ustedes que quieren mantener pura la Revolución, que resplandezca de generosidad como brilló con la noble luz del valor. Pues entonces, que la tarea de juzgar a los ministros de Carlos X no se le confíe a la Cámara de los Pares, donde tienen parientes, amigos, aliados y cómplices. Que se le confíe la tarea de juzgar a los ministros a un jurado nacional especialmente idóneo para tan grave tarea. ¡Y que el jurado los condene! ¡Que los condene a muerte! Porque si no merecen la muerte, si no merecen el castigo último, no son acreedores a ningún castigo. Entonces, cuando esa sentencia, esa sentencia de muerte se pronuncie, que se apele a la clemencia del pueblo. Que el pueblo ejerza el derecho de gracia y clemencia. Se mostró suficientemente grande, Dios lo sabe, cuando, teniendo el absoluto dominio de París, supo mantenerse dentro de los límites, y las propiedades de los ricos fueron protegidas por hombres que utilizan como lechos los escalones de las iglesias o las piedras de las calles.

"¡Pero no! La generosidad del pueblo, que ellos exaltan con palabras ociosas, altisonantes, es calumniada, mirada con temor y disgusto. Temen que el pueblo pueda servirse demasiado gloriosamente de su victoria. Temen que, al conceder clemencia, el pueblo manifieste sus virtudes así como antes manifestaba tanto su fuerza como sus virtudes. Si desean perdonar a los ministros por causa de la Revolución, que no se dirijan a quienes pasivamente recibieron la Revolución y luego la traicionaron. Que se dirijan a quienes hicieron la Revolución, a quienes dieron su sangre en los gloriosos Días de Julio. ¡Que se dirijan al pueblo de Francia!"

Pasó mucho tiempo antes de que concluyeran los aplausos. Monsieur Hubert miró en torno para ver quién deseaba hablar luego. Vio la mano alzada de Galois. Éste sería el primer discurso público de Galois. Le habría gustado comprimir lo que tenía que decir en unas pocas frases, enunciar secamente sus tesis

y razonamientos. Pero por entonces ya había aprendido que las argumentaciones se escucharían y aceptarían emocionalmente sólo si estaban rodeadas de oratoria, de palabras y palabras, a menudo innecesarias, a menudo hasta faltas de sentido, pero que tenían el poder mágico de despertar la pasión. Había aprendido que un republicano debía saber cómo excitar la cólera y la piedad, el odio y el amor.

Cuando Galois se puso en pie, vio los rostros del pueblo oscurecidos y distorsionados como si una densa cortina de niebla cubriera sus propios ojos. Sus palabras, pronunciadas en voz alta, le sonaban extrañas y descubrió en ellas la vacilación... el sello inequívoco del susto.

—¡Ciudadanos! Nuestro problema es sólo una parte especial de un problema mucho más general, que es: ¿Puede el estado disponer de la vida humana?

Su frase inicial fue recibida con fría indiferencia. Galois deseaba que alguien lo apartara a él o al auditorio por la fuerza. La carga de continuar el discurso le pareció insoportable. Reunió todo su coraje para recitar las frases siguientes y para decirlas adecuadamente.

—Y ésa es la pregunta que se hacen ahora Luis Felipe y sus ministros, cuando han decidido el destino de los cuatro ministros de Carlos X, los hombres cuyas manos están tintas en sangre del pueblo.

Galois sintió el mal gusto de las últimas palabras. Sonaban baratas y triviales. Pero produjeron efecto. Hasta se oyeron algunos débiles aplausos. Ese ruido volvió menos espesa la cortina de niebla que tenía ante los ojos.

—Hay entre nosotros quienes piensan que el pueblo debe mostrar su generosidad y no pedir sangre por sangre ni vida por vida. Supongamos que no tomamos las vidas de esos ministros sino que los encarcelamos por uno dos o hasta cinco años. Durante este tiempo las pasiones se extinguirán, se apaciguarán las aflicciones públicas y privadas. Alguien lanzará un nuevo grito de clemencia, alguien volverá a apelar a la generosidad del pueblo. La historia de nuestras luchas, grabada con proyectiles de mosquete y metralla en las paredes de nues-

tra ciudad, no será ya legible. Luego una voz pedirá que los ministros sean liberados y desterrados del país.

"Dejarán Francia. Irán a tierras extranjeras e intrigarán con potencias extranjeras en contra del pueblo de Francia, al que siempre odiaron y despreciaron porque no les permitió satisfacer su codicia de poder. Y los mismos hombres para quienes hoy se pide clemencia podrán retornar a Francia como triunfadores para someter a nuestro país y aumentar la miseria de su pueblo. O acaso se les permita volver como hombres libres, y entonces intentarán una vez más lanzar su zarpazo voraz y obtener del pueblo, como recompensa de su generosidad, un pago en sangre y libertades perdidas".

Galois sentía ahora que se lo escuchaba. La cortina de niebla se había levantado. Ya no necesitaba valerse de frases aprendidas de memoria. Sentía la alegría de hablar al pueblo y de ser oído por el pueblo.

—Les pregunto: ¿es fantástica la suposición que acabo de hacer? ¿No es exactamente lo que le ocurrió antes a Francia? ¿Acaso la aristocracia expulsada no se alió siempre con los enemigos del pueblo francés? Sólo les interesa el poder, la propiedad y los títulos. No se preocupan ni se preocuparán por el pueblo. Esos hombres no aprenden nada ni nada olvidan.

Su padre le había dicho: "Los Borbones no aprendieron nada ni nada olvidaron." El pensamiento de su padre aumentó su emoción y su deseo de comunicarla al pueblo. Su voz subió de tono:

—Tomando ahora cuatro vidas, podemos salvar miles, quizá centenares de miles de vidas después. Debemos decidir si estamos por el pueblo, sea por necedad o malignidad, en contra del pueblo.

Sintió que iba perdiendo el dominio de sus emociones, que una voz más fuerte que la suya hablaba a través de él.

—Cuando el incorruptible Robespierre pidió la cabeza de Luis Capeto, dijo a la convención: "El rey no es un acusado, nosotros no somos jueces. Ustedes son, y sólo pueden ser, estadistas y representantes de la nación. No deben dar un veredicto a favor o en contra de un hombre, sino tomar una decisión por el bien-

estar público, cumplir un acto de providencia para la nación." Permítanme decirles hoy que los ministros deben morir para que el pueblo pueda vivir en paz y seguridad. Sólo tenemos una consigna: "¡Muerte a los ministros!"

El público que estaba en la balaustrada respondió con aplausos y repitió en coro: "¡Muerte a los ministros!"

No todos los miembros de la Sociedad aplaudieron. Algunos de ellos miraron a Galois con una mezcla de ira y estupor. Evariste vio el rostro de Pécheux d'Herbinville que sonreía irónicamente y le susurraba a su vecino; y sorprendió en una vislumbre a Raspail, que lo aprobaba con simpatía moviendo la cabeza. Galois no oyó a los oradores siguientes sino que hizo girar en forma interminable en su mente las frases que había pronunciado y las que debió haber dicho pero que había olvidado. Por los pocos fragmentos de discursos que penetraban en su cerebro comprendió que no todos los republicanos deseaban la muerte de los ministros. Pero el público repitió muchas veces con gritos que él oía con alegría:

—¡Muerte a los ministros!

Cuando terminó la reunión, Raspail se acercó a Galois y le dijo:

—Me gustó tu discurso, Galois.

Evariste se sonrojó y contestó:

—Me alegro que te haya gustado.

Anduvieron juntos a lo largo de la rue de Richelieu, volvieron luego hacia la izquierda, en torno del Louvre y hacia el Quai de l'École. Raspail quebró el silencio:

—Me gustó tu discurso por su lógica y precisión. Dijiste exactamente lo que yo quería decir. Pareces saber que lo más importante es hacer comprender al pueblo los problemas, hacerles cobrar conciencia de lo que acontece y fortalecer su voluntad de lucha. —Hablaba más para sí mismo que para Galois. —Nada podemos hacer sin el pueblo. ¿Cuándo estallará iracundo de nuevo y barrerá con una revolución el trono de Luis Felipe? ¿Es esta cuestión de castigar a los ministros lo bastante importante para provocar una revolución a la que corone el éxito? Nadie lo sabe.

Galois preguntó en un murmullo:

—¿Crees que el pueblo se levantará pronto?

Raspail miró soñadoramente el Sena.

—¿Quién sabe? Aún somos débiles. Estamos divididos entre nosotros mismos. Raras veces estamos de acuerdo en cuanto a la táctica y los problemas. Hay entre nosotros hombres con quienes es difícil trabajar, espías que parecen ser ardientes republicanos. Debemos combatir no sólo el régimen de Luis Felipe sino también a los bonapartistas a quienes les agradaría ver a Napoleón II en el trono de Francia, a los legitimistas que desearían ver a Enrique V en el trono de Francia. Pero nuestra hora llegará. Si no es durante mi vida, quizá lo sea durante la tuya. Creo que mediante nuestros esfuerzos estamos acercando ese día. ¿No lo crees?

Galois habló tan suavemente que sus palabras apenas se oyeron:

—Sí, lo creo.

Siguió un silencio. Luego oyeron a una ruidosa multitud que se dirigía hacia el Quai de l'Ecole. Pronto sus gritos se volvieron nítidos: "¡Muerte a los ministros!"

11: DICIEMBRE DE 1830

Cuando Evariste entró en el segundo año de la nueva Escuela Normal, sabía por qué estaba allí. No estaba para aprender sino para promover disturbios; no para trabajar durante otros dos insoportables años sino para predicar amor a la República y desconfianza hacia el director. Sin embargo, cuanto consiguió Evariste fue cambiar la inamistosa indiferencia de sus compañeros por el odio. La campaña que debía realizarse en la Escuela Normal y que habían planeado Evariste y su grupo republicano fue un fracaso. Lo único que logró fue cubrir a Galois de rídiculo y a Monsieur Guigniault de mayor prestigio. Un golpe espectacular estaba proyectado para diciembre.

Cuando Evariste comenzó a actuar, comenzaron a ocurrir co-

sas extrañas. Los maestros dejaron de mirar a Galois o hacerle preguntas. Sus compañeros lo miraban de soslayo, murmuraban entre sí y callaban cuando Evariste se acercaba a ellos. Los estudiantes eran llamados a las oficinas del director y los maestros y de allí volvían con un aire de importancia y misterio. Y entonces la atmósfera cargada de electricidad produjo una súbita tormenta.

El 9 de diciembre Monsieur Guigniault llegó a la sala de estudio donde estaban reunidos todos los alumnos de la Escuela Normal. Iba flanqueado por Monsieur Jumel, el subdirector y Monsieur Haiber, el maestro. En su mano agitaba un periódico Comenzó a hablar con una voz que vibraba de pena antes que de cólera. No había lugar aquel día para la oratoria brillante, y sólo el oyente experimentado podía descubrir con qué artificio se magnificaban los tonos de la pena y se suprimían los de la cólera.

—Debo hablarles de una cuestión muy seria. ¡Hay un Judas entre ustedes!

Hubo el consiguiente escalofrío. Debía intensificarlo hasta que llegara la oportuna explosión.

—Tengo ante mí un periodicucho titulado *Gazette des Écoles*. En él hay un artículo en que se me injuria en un lenguaje inmundo y vulgar. Estoy seguro de que ustedes me creerán si digo que la aparición de este artículo no significa nada para mí. Si se tratara sólo del artículo, hubiera arrojado lejos el inmundo periodicucho y olvidado todo.

"¡Ha ocurrido algo increíble y monstruoso! Pero debo leerles antes un trozo de esta porquería. Perdónenme que, al hacerlo, ensucie el aire de nuestra Escuela Normal."

Se caló los anteojos.

—Leeré el final del artículo porque, como verán, *debo* leérselos, y les ruego que oigan cada palabra. El llamado director escribe al final:

"No podemos continuar mejor nuestro artículo que citando la carta siguiente que hemos recibido:

"Caballeros:

"La carta que Monsieur Guigniault publicó en el *Lycée* sobre uno de los artículos aparecidos en el diario de ustedes me pareció muy inapropiada. Creí que ustedes acogerían de buena gana cualquier medio de desenmascarar a ese hombre.

"He aquí los hechos, que pueden ser confirmados por cuarenta y seis estudiantes.

"La mañana del 28 de julio, muchos estudiantes de la Escuela Normal deseaban abandonar el colegio y luchar. Monsieur Guigniault les dijo en dos ocasiones que podía llamar a la policía para restablecer el orden en el colegio. ¡Realmente, la policía, el 28 de julio!

"El mismo día, Monsieur Guigniault nos dijo con su habitual pedantería: 'Hay muchos hombres valientes luchando en ambos lados. Si yo fuera un soldado, no sabría qué decidir: si sacrificar la libertad o mi juramento al rey.'

"¡Y ése es el hombre que el día siguiente prendió una escarapela tricolor a su sombrero!

"Todo en él está a favor de las ideas más estrechas y de la más completa rutina. Espero que les alegre recibir mi información y que su admirable periódico se valga de ella en lo posible".

Dejó la hoja sobre el escritorio.

—No me habría preocupado por la carta, por las falsedades y calumnias que contiene, de no ser por la firma. La carta está firmada: "Un estudiante de la Escuela Normal". Contiene también una nota del editor que les leeré en seguida:

"Al publicar esta carta, decidimos no dar a conocer su firma, si bien no se nos pidió que lo hiciéramos. Téngase en cuenta que inmediatamente después de los tres gloriosos día, Monsieur Guigniault anunció en todos los diarios que había puesto a todos los alumnos a disposición del gobierno provisional."

Se quitó los anteojos, jugó con ellos y dijo:

—Parece increíble que entre ustedes haya alguien capaz de hacerle esto tan infame, tan cobarde, a nuestra Escuela Normal, a sus condiscípulos y a mí. Y yo debo hacer algo, averiguar, preguntarles a cada uno de ustedes por separado.

Con gesto imponente se volvió hacia el primer alumno de la primera fila.

—¿Escribió usted esta carta?

—Por cierto no, señor.

Al segundo alumno:

—¿Lo hizo usted?

—No, señor.

Ocho preguntas más, contó, y lo tendría en sus garras. Ello sólo llevaría un minuto más. Al tercero:

—¿Escribió usted la carta?

—No, señor.

—¿Escribió usted la carta?

No hubo respuesta. Algo había fallado en el plan preconcebido. Repitió severamente:

—Le pregunto por segunda vez: ¿escribió usted la carta?

Su índice señalaba el cuarto estudiante de la primera fila. Finalmente, llegó la respuesta.

—Señor, no sé cómo contestar esa pregunta.

—¿No sabe si escribió o no escribió la carta?

—Sí, señor, lo sé. Pero sé también que al contestar "no" a su pregunta estoy denunciando a uno de mis camaradas.

Monsieur Guigniault pensó: "¡El bastardo cachorrito de primer año!" Sin transición, su calma desapareció súbita y completamente. Golpeó el escritorio con el puño y vociferó violentamente:

—¡Teme denunciar a su camarada! ¡Qué nobleza! ¡Qué lealtad a Judas! Hoy, jovencito, está escudando un crimen; mañana será su cómplice. —Sus gritos estallaron en un torrente de cólera—: ¡Sé quién lo hizo, dónde está la llaga que arde en la carne de nuestra escuela, quién es el Judas que está entre nosotros! —Avanzó desde la tribuna a la segunda fila, señaló a Evariste y gritó: ¡Usted! ¡Usted lo hizo! ¡Lo desafío a que lo niegue!

—Señor.

—No se atreva a hablar. Que no vuelva a verlo. ¡Nunca! ¿Me oyó? Corra a hacer sus valijas. Quedaremos libres del más grande perturbador que haya tenido nuestra escuela. ¡Afuera!

—¡Señor! Usted no tiene el derecho...

—Cállese o por Dios que le pondré las manos encima. ¡Fuera! —Se volvió hacia los dos hombres que estaban en la tribuna—: Monsieur Haiber y Monsieur Jumel se encargarán de usted. Hoy

mismo usted se va y no deseo volver a verlo nunca ni oír su nombre.

Golpeó la puerta, fue a su oficina, donde se sentó en una silla y se secó el sudor de la frente. Maldijo a Galois y maldijo al cuarto estudiante de la primera fila. Tomó una hoja de papel y comenzó a escribir el borrador de una carta al ministro de Educación. Su letra desigual, temblorosa, se fue volviendo más clara y tranquila; cuanto más se convencía de la justicia de su causa, más invectivas le lanzaba a Galois. Escribió:

Estimado señor:

Es mi penoso deber darle cuenta de un acto del que asumo toda la responsabilidad y para el que solicito inmediata ratificación.

Acabo de expulsar al estudiante Galois de la Escuela Normal y lo he enviado a casa de su madre por las razones indicadas en la carta que tuve el honor de escribirle a usted anteayer. El acto de este estudiante suscitó la indignación de toda la escuela. Se relaciona con una carta aparecida en la edición de ese mismo día de la *Gazette des Écoles* —ya que debe llamársela por su nombre— y firmada: "Un estudiante de la Escuela Normal". A todos los que la leyeron y también me hablaron de ella esa carta parece comprometer el mismo honor de la escuela tan seriamente, por cierto, que me resultaba imposible ignorarla.

Como todos los indicios señalaban a Galois como autor de la carta, pensé que no tenía el derecho de dejar a toda la escuela bajo el peso de la culpa de un solo hombre y que, una vez reconocido el culpable, él y yo no podríamos permanecer juntos bajo el mismo techo. Por lo tanto, lo expulsé por mi propia cuenta y riesgo, y en esto hice tardíamente lo que había intentado hacer veinte veces durante el año último y también desde el comienzo de éste.

Galois es, en realidad, el único estudiante de quien los profesores y bedeles se quejaron continuamente desde su entrada en la escuela. Pero estaba prevenido por la idea de su indiscutible talento para la matemática y desconfiaba de mis propias impresiones, por cuanto ya había tenido antes razones para estar personalmente descontento de él. Por ello, toleré la irregularidad de su conducta, su pereza, su disposición díscola, no con la esperanza de cambiar su carácter sino con la de guiarlo hasta el fin de sus dos años sin apenar a una madre que, me consta, cuenta con el futuro de su hijo. Todos mis esfuerzos fueron inútiles y hube de reconocer que el mal no tenía remedio; no existe ya ningún sentimiento moral en este joven y quizá no lo haya tenido desde hace tiempo.

Miró la última frase. Murmuró para sí mismo: "No existe ya ningún sentimiento moral en este joven." Repitió mecánicamente las palabras. Aliviaron su cólera y le devolvieron el respeto de sí mismo.

El director esperó impacientemente la contestación del ministro. Les llevó casi un mes a las herrumbradas ruedas burocráticas arrojar la esperada carta en la mano de Monsieur Guigniault. La leyó con alivio.

"¡De modo que el ministro me aprueba! ¡De modo que éste es el fin de Evariste Galois en lo que a mí concierne! ¡No volveré a verlo de nuevo!"

Pero sí volvió a oír de él. Se sintió casi complacido cuando los diarios hablaron del malévolo Galois. Era bueno saber que allí decía, impreso para que toda Francia lo conociera, lo que él sabía desde hacía algún tiempo: que no existía ya ningún sentimiento moral en aquel joven. Con orgullo informó a sus colegas: "Lo conocía, era un inútil. Tuve que expulsarlo de la Escuela Normal."

Alrededor de 1850 Evariste Galois empezó a ser conocido como matemático. Monsieur Guigniault tenía entonces cincuenta y seis años de edad. Cuando se lo interrogaba acerca de su ex alumno, solía decir: "El joven Galois demostraba genio en matemática. Nosotros, en la Escuela Normal, siempre lo supimos... todo lo contrario de los necios examinadores de la Escuela Politécnica que lo aplazaron dos veces. ¿Puede imaginarse usted semejante estupidez?"

—¿Terminó la Escuela Normal?

—¡No! Por lo que recuerdo, sabía demasiado matemática y dejó nuestra escuela después del primer año.

En 1870 un famoso matemático francés, Camille Jordan, escribió un extenso libro (667 páginas) sobre la teoría de las sustituciones. Dijo en el prefacio que su obra era sólo un comentario a las monografías de Galois. Fue este libro el que hizo conocer la teoría de Galois a todo el mundo matemático y resplandecer su nombre con creciente gloria hasta que llegó a

figurar entre los más ilustres y famosos que se hayan registrado en la historia de la matemática.

En 1876 Monsieur Guigniault tenía ochenta y dos años de edad y ése fue el último año de su vida. Matemáticos y no matemáticos le habían preguntado muchas veces por su ex alumno Evariste Galois. Por entonces Monsieur Guigniault estaba cansado y se mostraba apático. Había vivido demasiado y había visto demasiadas cosas. Recordaba tres revoluciones, el reinado de tres reyes y dos emperadores. A través de una boca desdentada murmuró repetidamente la misma contestación:

—¡Galois! Lo recuerdo. Era un muchacho extraño, muy extraño.

VI. "A LUIS FELIPE"

1: MARTES 21 DE DICIEMBRE DE 1830

Después de su expulsión de la Escuela Normal, Galois se incorporó a la tercera batería de la Guardia Nacional de Artillería. Compró el colorido y costoso uniforme: una chaqueta militar azul con charreteras rojas, un quepis de cuya parte delantera pendía una bola roja de crin de caballo, y pantalones con rayas rojas. Dos veces por semana hacía ejercicios militares en el cuadrilátero del Louvre entre las seis y las diez de la mañana, y una vez por semana practiba tiro en Vincennes.

La Guardia Nacional era la espada de la burguesía. Nominalmente estaba abierta a todos, pero un sencillo recurso eliminaba a los pobres: todos los miembros debían comprar los costosos uniformes de guardias, y hombres andrajosos no tenían dinero para uniformes. Entre los miembros de la Guardia Nacional, los republicanos estaban demasiado diseminados para modificar su carácter o influir sobre sus acciones.

El nuevo *slogan* de los republicanos rezaba: "Incorpórese a la Guardia Nacional de Artillería". Cuatro baterías comprendía la artillería. La segunda y tercera baterías tenían una mayoría de republicanos. Quizá la mitad de los hombres de la cuarta eran también republicanos. Estaban en minoría sólo en la primera, de la cual era miembro el hijo de Luis Felipe.

Era el 21 de diciembre, día de esperanza para los republicanos y día de temor para el gobierno. Los republicanos estaban preparados. La Guardia de Artillería estaba preparada. Pero también estaba preparado Luis Felipe, su ejército y su Guardia Nacional.

Era el último y decisivo día del juicio a los ministros de Carlos X. La Cámara de los Pares proclamaría pronto en el Lu-

xemburgo el veredicto. Tropas y guardias nacionales bloqueaban todas las calles que rodeaban el Palacio de los Pares. Dos escuadrones de lanceros y seiscientos soldados estaban en la puerta sur que conducía del observatorio al jardín. En total, treinta mil hombres uniformados rodeaban el palacio. En torno de ellos y entre ellos estaba la densa e inquieta multitud de París. El pueblo gritaba:

—¡Muerte a los ministros!

—¡Al Luxemburgo!

—¡Muerte a los ministros!

Hacía menos de medio año que el grito: "*Vive la charte!*" había pasado de la burguesía al pueblo. Ahora el *slogan* "Muerte a los ministros", acuñado por el pueblo, confundía a la Guardia Nacional, defensora del orden público y la propiedad privada. Sus miembros recordaban la unidad de la nación en los días de julio. Algunos de ellos se habrían unido al pueblo, así como el pueblo se había unido a ellos cinco meses antes. Pero había un pensamiento que quebraba aquella unidad: "El pueblo cometerá pillajes si no mantenemos el orden."

La Guardia Nacional se mantuvo firme.

En la Plaza del Panteón, el profesor Arago encontró a un grupo de hombres armados con machetes que repetían el grito del día:

—¡Muerte a los ministros!

Les advirtió que estaban haciéndole el juego a sus enemigos, que les estaban dando una excusa para el empleo de la fuerza bruta, una fuerza que se volvería en contra de ellos. El altivo discurso del gran científico y liberal fue interrumpido.

—¡Cállese! No queremos escucharlo.

Arago se excitó.

—¿No comprenden que comparto sus opiniones?

—Hombres que llevan chaquetas de diferente tela no pueden tener las mismas opiniones.

El hombre que esto dijo tomó la chaqueta de Arago y lo

arrojó contra un farol de alumbrado. En ese momento resonó un cañonazo.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Al Louvre!

Y la multitud, dejando a Arago junto al farol, corrió en dirección al Louvre.

Al mismo tiempo, en la Place de l'Odeón, Lafayette hablaba a una muchedumbre. El anciano esperaba la misma reverencia y entusiasmo con que siempre y en todas partes se lo había acogido. Pero hoy la multitud estaba colérica. Le gritó una y otra vez:

—¡Muerte a los ministros!

Lafayette les habló como a niños que se están portando mal:

—¡Váyanse a sus casas! Les pido que se dispersen pacíficamente.

Ni uno se movió.

—No reconozco aquí a los combatientes de Julio.

Un hombre contestó:

—Es muy probable; usted no estuvo allí.

En ese momento se oyó un cañonazo.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Al Louvre!

Y la muchedumbre abandonó a Lafayette y echó a correr hacia el Louvre.

Cuando Luis Felipe oyó el cañonazo respiró con alivio. Comprendía su significación. Era la señal de que los presos habían llegado a salvo a Vincennes. Sabía que no se los condenaría a muerte, pero había temido que algo ocurriera en el traslado a la cárcel. ¿Y en cuanto al resto? ¡Estaba preparado! No perdería la batalla como Carlos X, por estupidez y debilidad.

El 21 de diciembre Galois y los otros artilleros estaban destacados en el cuadrilátero del Louvre. El plan de los miembros republicanos de la Guardia de Artillería era sencillo. Pero la verdad es que había algo que estaba en contra del plan: era demasiado sencillo. Se había olvidado que el nuevo régimen

era más hábil, más despiadado que el estúpido antiguo régimen de Carlos X.

He aquí el plan: la Guardia de Artillería estaría destacada en el Louvre durante el último día del juicio. En los días de julio el punto culminante de la Revolución había sido la derrota de los suizos y el asalto al Louvre. Ahora, empero, aun antes de que comenzara la lucha, el Louvre estaría en manos de los artilleros que, en su mayor parte, estaban identificados con la causa del pueblo. Allí esperarían al pueblo, abrirían las puertas, le entregarían el cañón y se unirían a su lucha.

En la sala de guardia del Louvre los artilleros discutían los acontecimientos del día, hablaban sobre literatura, ciencia, sexo, y jugaban a los naipes. Llegó un artillero que le murmuró algo a Bastide. El capitán de la tercera batería exclamó excitadamente:

—¡Imposible!

—Vea usted mismo —dijo el artillero.

—Hombres de la tercera batería, vengan conmigo —ordenó Bastide.

Tomaron los mosquetes y corrieron al patio. Vieron que un grupo de artilleros de la primera batería desmantelaba el cañón. Bastide saltó en medio del grupo con la espada desenvainada.

—¡Fuera de aquí! Fuera de aquí inmediatamente o juro que los atravesaré con la espada a todos ustedes.

Un oficial dijo:

—¡Capitán Bastide! Soy el comandante Barré...

—No me interesa que usted sea el mismo diablo. ¡Fuera de aquí! Mis órdenes son que nadie debe tocar el cañón sin mi permiso, de modo que usted tiene que irse.

Barré y sus hombres se retiraron. Los artilleros prepararon el cañón y Bastide dejó un centinela en el patio que debía relevarse cada hora. Galois y Duchâtelet, ambos miembros de la tercera batería, se ofrecieron para la primera guardia. Cuando quedaron solos, Galois dijo:

—Nada resultará de esto. Lucharemos aquí entre nosotros mismos en lugar de luchar al lado del pueblo. Sólo porque una

vez ganamos una revolución sorpresivamente, sólo por esperar, creen que lo mismo volverá a ocurrir. Ya verás: nada ocurrirá si no lo hacemos ocurrir.

Duchâtelet sentía frío, cansancio, hambre y permanecía en silencio. Galois advirtió con estupor que su camarada no lo interrumpía.

—Les dije, intenté convencerlos de que las batallas nunca se ganan esperando una oportunidad que puede no llegar jamás. Debemos entregar el cañón al pueblo e incitarlo a pelear. Nuestra estrategia debe ser activa y no pasiva. Debemos provocar al pueblo y no esperarlo con los brazos cruzados.

Duchâtelet seguía sin contestar. Galois interrumpía el fastidioso silencio:

—¿Qué crees? ¿Tengo razón?

—Tenemos aquí muy buenos cerebros. ¿Por qué habría yo de pensar? Que piensen Cavaignac, Bastide, Raspail. Yo cumpliré mi deber. Duchâtelet es el que debe hacer el trabajo sucio. Me satisface que piensen por mí y carguen con la responsabilidad. ¿Qué bicho te ha picado? Eres un artillero y debes escuchar a tus oficiales. Pues entonces, escúchalos. En lugar de ello, las hablaste todo el día de la conveniencia de cambiar nuestros planes. ¿Por qué habrían de escucharte? ¿Quién eres tú? Un joven que apareció vestido de uniforme hace dos semanas. ¿Qué derecho tenemos de enseñarles? No somos más que dos jóvenes y nadie está seguro de que tengamos razón. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Maldición, sé lo que quieres decir. Republicanos o no, todos piensan que la sabiduría llega con la edad y la experiencia. ¡Oh, Duchâtelet! El mundo me aflige. Nadie quiere oírme. Siempre me siento solo.

—Ahora estás a punto de llorar, ¿no es cierto? Y estás equivocado, absolutamente equivocado. Cuando puse los ojos en ti, supe que eras inteligente y por eso te estimé, si bien a veces también me afliges. Pero, ¿crees que todos deben estimar a los jóvenes inteligentes? Crees que si alguien es republicano debe ser un tipo maravilloso y que no tiene derecho a sentirse celoso. A menudo es tan malo como cualquier otro individuo. Ocurre

que sólo está en el buen lado de la cerca. Considera a Pécheux d'Herbinville. Es inteligente. Pero vi cómo te miraba. No le agradas. Le gustaría tener el monopolio de la inteligencia de los jóvenes. Me estima a mí porque no soy peligroso, porque él es mejor orador que yo, y porque él será siempre más importante que yo. Pero contigo es distinto. Puedes superarlo. ¿Comprendes? Hay algo que no conoces, y eso es la naturaleza humana.

Galois lo interrumpió:

—¡La naturaleza humana! Por lo que sé y por mis experiencias, la detesto con todo mi corazón. Vi cómo opera en el Louis-le-Grand, en la Escuela Normal, la Escuela Politécnica, la Academia, y hasta entre los republicanos. Amo al pueblo colectivamente, pero con muy pocas excepciones los odio, los detesto, los aborrezco a la mayor parte de ellos individualmente.

—No, te engañas —murmuró Duchâtelet.

—¡Oh! Tú no sabes, amigo mío, cómo sufro. Me odio a mí mismo por el odio que crece en mi corazón. Ese odio lo pusieron en mí los profesores y examinadores de la Escuela Politécnica, los académicos, los reyes. Y aquí crece, crece... Sólo puedo arrancármelo con mi mismo corazón y mi vida.

Duchâtelet miró el rostro tenso de Evariste, temeroso de que estallara en lágrimas. Dijo suavemente:

—Comprendo, Evariste. Tus amigos verdaderos te conocen y les agrada que seas así.

Ambos permanecieron en silencio. Cuando pasó el tiempo de su imaginaria, fueron al cuarto de guardia. El ambiente estaba caldeado, y en él había el olor peculiar de todos los cuartos de guardia del mundo: una mezcla de sudor, cuero, brandy, vino y mugre.

Galois se sentó en un rincón, tomó una hoja de papel y escribió. Cuando hubo terminado, fue rápidamente hasta el centro del cuarto y saltó sobre una mesa donde unos pocos artilleros estaban jugando a los naipes. Interrumpió el juego y tiró algunos de los naipes al suelo. Uno de los jugadores profirió:

—¡Sal de ahí, bastardo! ¿No ves que estamos jugando?

Galois gritó tan fuerte como pudo:

—¡Artilleros! ¡Quiero leerles una proclama! "¡A las armas! ¡A las armas!"...

—Cállate, ya nos hartaste bastante hoy. Ya nos hartaste.

Alguien se acercó a Galois, le arrebató el papel de la mano y lo rompió. Galois saltó de la mesa y arrojó al suelo al artillero que lo atacaba con el impulso de su salto. El artillero intentó atacarlo a su vez; ambos lucharon trenzados en el suelo.

Súbitamente se abrió la puerta y se oyó una voz violenta que gritaba:

—Estamos rodeados por la Guardia Nacional y tropas regulares.

Bastide ordenó:

—Salgan con los mosquetes todos ustedes. —Luego, volviéndose hacia los dos hombres que luchaban—: Basta, basta por hoy.

Ambos se pusieron rápidamente en pie, como si nada hubiera ocurrido entre ellos, tomaron sus mosquetes y se fueron al patio.

El Louvre estaba por cierto rodeado. El foco que pudo haber infectado a París con la revolución estaba ahora aislado. Se cerraron las puertas del Louvre. Sólo merced a un derramamiento de sangre podían los artilleros abandonar el Louvre y sólo merced a un derramamiento de sangre podía la Guardia Nacional entrar en el Louvre.

Entonces se oyó un cañonazo.

El grito: "¡A las armas!" resonó en todo París. Los republicanos se mezclaron al pueblo, dirigieron a la multitud hacia el Louvre. Pero cuando llegaron allí encontraron un doble círculo de guardias nacionales y soldados. Uno, el círculo interior, enfrentaba el Louvre. El otro, el exterior, enfrentaba al pueblo que intentaba irrumpir desde afuera en el Louvre. El pueblo no atacó a la Guardia Nacional: ni la Guardia Nacional atacó al pueblo. En el círculo interior la Guardia Nacionl no atacó a los artilleros que estaban en el Louvre, ni los artilleros atacaron a la Guardia Nacional. Sólo se oían acusaciones y gritos:

—¡Muerte a los ministros!

—¡Ustedes defienden a criminales!

—¡Ustedes lucharon junto a nosotros en julio y ahora están en contra de nosotros!

—¡Ustedes son rebeldes!

—¡Ustedes son bastardos republicanos!

Los artilleros esperaban que los atacaran en cualquier momento. Estaban preparados, y los que dormían lo hacían con el mosquete entre las manos.

Amaneció. Todos estaban exhaustos. El día era gris y frío; caía húmeda nieve. Los pensamientos de comer, de una cama, de Navidad, de dormir, se volvieron más fuertes que el pensamiento de la revolución. Los dos círculos de la Guardia Nacional se volvieron menos rígidos. Vendedores de vino, carniceros, panaderos se infiltraron en los círculos y vendieron sus productos a los artilleros. Se los alcanzaban a los soldados a través de las rejas de hierro, y a través de ellas se les pagaba. La tragedia se convirtió en diversión, cada vez se infiltraba más gente por los dos círculos y se oían animadas conversaciones entre los artilleros que estaban en el Louvre y sus amigos, novias y mujeres, que estaban afuera.

El 22 de diciembre, la atmósfera estaba aún tensa en París. Por entonces todos sabían por los diarios o por su vecino que los ministros habían sido condenados a prisión perpetua y no a muerte. Los tambores batían en todas las esquinas. Cualquier acontecimiento pequeño podía perturbar el equilibrio y echar a rodar la Revolución. En las calles aparecieron proclamas que exhortaban al orden. Estaban firmadas por Lafayette y su efecto fue escaso.

La mañana de ese día ocurrió algo, algo que desequilibró los platillos de la balanza. El rey y los cortesanos recordaron el papel que los estudiantes habían desempeñado durante los días de julio. Recordaron el halo de gloria con que brilló el uniforme de la Escuela Politécnica a los ojos del pueblo. Y ahora a los directores de las escuelas se les pidió que hicieran un llamamiento a los alumnos:

—¡Salgan a las calles! ¡Todos ustedes! Salgan e insten a la

moderación. Asegúrenle al pueblo, como se lo aseguramos ahora a ustedes, que sus libertades serán preservadas. Cumplan su glorioso deber; impidan el derramamiento de sangre, en interés de la humanidad, en interés del pueblo y en interés de toda Francia.

El llamamiento tuvo eco. Los alumnos de la Escuela Politécnica y los de otras escuelas salieron a la calle, esta vez con la bendición de sus maestros. Conversaron con el pueblo, lo persuadieron y le repitieron las seguridades que se les habían dado: que la libertad se preservaría. El pueblo, frío, cansado, al que se le oponía la Guardia Nacional y al que no apoyaban los estudiantes, aislado de los dirigentes republicanos que estaban en el Louvre, había perdido el ánimo de lucha y se dispersó. Luego se dispersó la Guardia Nacional. Luego se abrieron las puertas del Louvre y también se dispersaron los artilleros.

Lafayette había cumplido su deber con el rey. La Guardia Nacional, comandada por el anciano general, había defendido al rey y el régimen. El orden reinaba en París; no se había derramado sangre.

Conforme con las reglas del juego, el anciano general debía pedir ahora una recompensa por su comportamiento. Pero Lafayette, con sus poderes ahora aumentados, podía resultarle peligrosos a Luis Felipe, a quien había servido con ejemplar lealtad.

La Cámara de Diputados no podía permitirse combatir abiertamente a Lafayette. En lugar de ello, hizo una prueba de prestidigitación y abolió el título de Comandante Supremo de la Guardia Nacional. No era que se despidiera a Lafayette. No se lo desalojaba del puesto que antes ocupaba. ¡No! Sólo que se le apartaba el sillón.

El gran anciano, el héroe de dos mundos, había sido burlado. Se halagó su vanidad hasta que él se encontró sirviendo a una política que no era la suya propia. Entonces, cuando hubo cumplido su deber, cuando ya no parecía indispensable, se prescindió de él y se le quitó de las manos la Guardia Nacional, espada de la burguesía. El último día del año 1830 el rey dió

la orden de que se desintegrara el cuerpo de artillería de la Guardia Nacional. Y así se les arrebató la espada a los republicanos.

2: 13 DE ENERO DE 1831

A principios de enero apareció el siguiente anuncio en la *Gazette des Écoles*:

> Evariste Galois, ex estudiante de la Escuela Normal, dará un curso de álgebra destinado a jóvenes estudiantes que, sabedores de cuán incompleto es el estudio del álgebra en nuestros colegios, deseen examinar esta rama de la matemática más cabalmente. El curso está compuesto de teorías, algunas de las cuales son nuevas y ninguna de ellas ha sido publicada o expuesta en público. Aquí mencionaremos sólo una nueva teoría de las cantidades imaginarias, la teoría de las ecuaciones solubles por radicales, la teoría de los números y las funciones elípticas tratadas por el álgebra pura.
>
> Las clases tendrán lugar los jueves a la 1 y 15 P.M., en la librería de Caillot, rue de Sorbonnes. Comienzo del curso: jueves 13 de enero.

Unos cuarenta oyentes fueron a la primera clase de Galois. Algunos eran ex estudiantes de la Escuela Normal que deseaban volver a ver al extraño joven que había sido expulsado de la escuela. Otros eran amigos republicanos de Galois que iban para engrosar el número de asistentes. Estaba allí Chevalier, que le había dado a Galois la idea de este curso, en la esperanza de que fuesen algunos matemáticos, de que éstos entendieran la obra de Galois y difundieran su nombre. Pero no fue ningún matemático. Hubo sólo unos pocos estudiantes que esperaban oír una clase interesante de álgebra elemental. Finalmente, dos espías de la policía completaban la extraña mezcla.

El cuarto contiguo a la librería de Monsieur Caillot estaba mal ventilado y olía a viejos libros; una pálida luz que caía a través de pequeñas y altas ventanas iluminaba el polvo y los viejos bancos de madera. Las transiciones de la luz a las sombras eran allí bruscas, y desaparecían y reaparecían al ritmo de

las nubes viajeras. Allí el más grande matemático que entonces vivía en Francia decidió explicar sus teorías a todos los que quisieran escucharlo.

Cuando Evariste entró en ese cuarto, quedó sorprendido y complacido por el número de presentes, inesperadamente considerable. Pero cuando buscó algún rostro nuevo, no vio a ninguno. Sorprendió sólo la mirada alentadora de Chevalier y le contestó con una débil sonrisa. Luego comenzó a exponer su bien preparada clase:

—Sabemos que, de todo nuestro conocimiento humano, el matemático es el más abstracto, el más lógico, el único que no apela al mundo de nuestras impresiones sensoriales. Muchos llegan a la conclusión de que la matemática es, en conjunto, la rama de la ciencia más metódica, más coordinada. Pero éste es un error. Tomen cualquier libro de álgebra, sea un manual o una obra original, y verán en él una masa confusa de proposiciones cuyo rigor contrasta de modo extraño con el desorden del todo. Parecería que las ideas son tan costosas para el autor que detesta el trabajo de conectarlas entre sí, mientras que al mismo tiempo su mente está tan agotada por los conceptos que constituyen los cimientos de su trabajo que es incapaz de producir un mismo pensamiento que pueda coordinar ese conjunto.

"A veces les parecerá a ustedes hallar un método, una conexión, una coordinación. Pero todo eso es erróneo y artificial. Hallarán divisiones que no están justificadas, conexiones arbitrarias, arreglos convencionales. Estas deficiencias, peores aun que la ausencia de todo método, las hallarán ustedes principalmente en libros de texto escritos por hombres que no conocen profundamente la ciencia que enseñan.

"Todo esto debe parecer especialmente sorprendente a gente para la que la palabra 'matemática' es sinónimo de 'rigor'.

"Y uno se sorprenderá aun más si reflexiona que en esto como en otras cuestiones, la ciencia es obra del espíritu humano, destinada más a estudiar que a conocer, más a buscar que a encontrar la verdad.

"Por cierto, podemos concebir que una mente que pudiera captar de pronto toda la verdad matemática, no sólo lo que nos

es conocido sino toda la verdad posible, deduciría toda esa verdad rigurosa y mecánicamente de unos pocos principios combinados por métodos uniformes. Tal mente no tropezaría con ninguna de las dificultades que le salen al paso al científico en sus investigaciones. Pero un científico debe trabajar de modo distinto. Su tarea es más dura y, por eso, más bella.

"La marcha de la ciencia es menos regular: progresa por una serie de combinaciones en las cuales el azar no desempeña el menor papel. La vida de la ciencia se parece a la de los minerales que crecen por yuxtaposición. Esto vale no sólo para la ciencia como resultado de los trabajos de un conjunto de sabios sino también para las investigaciones particulares de cada uno de ellos. En vano los científicos querrían disimularlo: ellos no deducen; combinan, comparan. Cuando llegan a la verdad es porque tropezando de un lado y de otro terminan por caer en ella.

"En la matemática como en todas las ciencias cada época tiene en cierto modo sus problemas del momento. Hay problemas vivos que atraen a la vez a los espíritus más esclarecidos, como a pesar de ellos. Resulta a menudo que las mismas ideas se les ocurren a varios como una revelación. Si buscamos la causa es fácil encontrarla en las obras de quienes nos han precedido, en las cuales esas ideas están presentes en germen aún cuando sus autores lo ignoren.

"La ciencia no ha sacado hasta el presente gran provecho de esta coincidencia observada tan a menudo en las investigaciones de los sabios. Una competencia desagradable y una degradante rivalidad fueron los frutos principales.

"No es sin embargo difícil reconocer en ese hecho la prueba de que los sabios, al igual que los otros hombres, no están hechos para el aislamiento, que ellos también pertenecen a su época y que tarde o temprano decuplicarán sus fuerzas por la asociación. ¡Cuánto tiempo ganará la ciencia entonces!

"Muchos problemas de un carácter nuevo ocupan a los matemáticos de hoy. Dedicaremos nuestra atención a algunos de ellos.

"Presentaré aquí lo que hay de más general y filosófico en mi investigación, y que mil obstáculos me impidieron publicar

hasta ahora. No complicaré mi presentación con ejemplos o digresiones con las que los matemáticos ilustran a veces los conceptos generales. Mi presentación será siempre de buena fe e indicaré de modo preciso el modo en que obtuve los resultados, así como los obstáculos que hube de vencer. De este modo el oyente aprenderá del mismo modo en que yo lo hice. Si logro hacer esto, sentiré la conciencia en paz por haber procedido bien, si no por haber enriquecido la ciencia al menos porque habré dado un ejemplo de buena fe que es muy rara en nuestros días."

Después de esta introducción, comenzó a tratar cuestiones técnicas. Pero ni siquiera fue comprendida bien la introducción. La mayor parte de los oyentes estaban asombrados por el hecho de que aquel muchacho de diecinueve años hablara con el aire de un gran científico, tan seguro de sí mismo, tan crítico de los demás; se preguntaban si era un loco o un genio. Cuando luego no entendieron nada de lo que dijo, concluyeron —lo que era conveniente para ellos mismos— que ni siquiera el conferenciante sabía lo que estaba diciendo.

La semana siguiente sólo asistieron diez oyentes; la tercera semana, sólo cuatro. Esa fue la última conferencia de Galois.

3: 16 DE ENERO DE 1831

Por insistencia de Chevalier, Evariste siguió el consejo de Poisson y escribió una nueva monografía para la Academia Francesa. Echó otra mirada a las once largas páginas. "Me pregunto qué será de ustedes", se dijo. Este pensamiento le pareció divertido y sonrió. Luego volvió a escribir el título y la introducción copiando del borrador que tenía ante sí:

SOBRE LAS CONDICIONES DE SOLUBILIDAD DE ECUACIONES POR MEDIO DE RADICALES

Esta monografía es un sumario de una obra que he tenido el honor de presentar a la Academia hace un año. Como esa obra no fue comprendida y las proposiciones que contenía fueron indudablemente rechazadas, me contentaré con dar aquí en forma sintética los principios generales, y sólo una aplicación de mi teoría. Ruego a los árbitros que lean por lo menos estas pocas páginas con atención.

El lector encontrará aquí la *condición* general que deben *satisfacer todas las ecuaciones solubles por medio de radicales* y que, a su vez, asegura su solubilidad. Se hace sólo una aplicación a ecuaciones cuyo grado es un número primo. He aquí el teorema propuesto por nuestro análisis:

Para que una ecuación de grado primo, que no tiene divisor racional, sea soluble por radicales, es necesario y suficiente que todas sus raíces sean funciones racionales de cualesquiera dos de ellas.

Otras aplicaciones de la teoría son teorías particulares en sí mismas. Requieren, además, la aplicación de la teoría de números y de un algoritmo particular: reservaremos esto para otra ocasión. En parte, están relacionadas con las ecuaciones modulares de funciones elípticas que, como veremos, no pueden resolverse por radicales.

Luego escribió la fecha, 16 de enero de 1831, firmó y el mismo día un nuevo manuscrito de Evariste Galois fue enviado por tercera y última vez a la Academia Francesa.

4: 14 DE FEBRERO DE 1831

El cura párroco de St. Germain l'Auxerrois era un hombre muy anciano. Había acompañado a María Antonieta al cadalso y lágrimas se deslizaron por sus mejillas cuando cayó su cabeza. Ahora, el 14 de febrero de 1831, aniversario del asesinato del duque de Berry, el anciano cura párroco se disponía a celebrar una misa de réquiem por la paz del alma del duque.

El padre Paravey, de St. Germain l'Auxerrois, era un hombre joven. Bendijo las tumbas de quienes murieron durante los tres gloriosos días, y se negó a estar presente durante la misa de réquiem por la paz del alma del difunto duque.

Una fila de brillantes carruajes estaba alineada ante la iglesia de St. Germain l'Auxerrois. La aristocracia asistía a la misa de réquiem para mostrar su devoción a la memoria del duque difunto, a su exiliado padre Carlos X y al hijo del duque, el rey legítimo de Francia.

Mientras estaba entre la multitud que miraba la exhibición de riqueza y pena, Galois vio a una joven que descendía de una espléndida carroza. Lucía un vestido negro y una esclavina de seda negra que delineaba sus formas en lugar de ocultarlas. Moños negros adornaban su sencillo sombrero. Su andar tenía un aire imperioso de dignidad que obligaba a los transeúntes a hacerse a un lado y mirarla. Mientras subía los peldaños de la iglesia, la esclavina se le abrió en la garganta para revelar la blancura de su piel y la madurez de sus pechos. Contra ese telón de fondo, la cruz de diamantes que le colgaba del cuello no era un símbolo de piedad religiosa sino una fuente de chispas que iluminaban las exquisitas curvas de su cuello. Antes de entrar en la iglesia, se volvió y echó una mirada al pueblo. Su rostro era angélico, pero los ojos semicerrados eran arrogantes y desafiantes. Erraron rápidamente de un rostro a otro y luego, Galois podía jurar que era cierto, se detuvieron en él por largo tiempo.

Sintió cómo aquel ángel impertinente le encendía el rostro; cómo el fuego le descendía por el cuerpo y le hacía hervir la sangre. La tensión de su mente y su cuerpo aumentó y creó pensamientos, escenas, cuadros que, a su vez, aumentaron la tensión. Imaginó que sus propias manos llegaban a la cruz, hacían a un lado suavemente el vestido negro y luego lo rasgaban violentamente, tocaban su piel y acariciaban sus pechos.

Cuando la muchacha desapareció en el interior de la iglesia, Evariste se sintió vacío y culpable. El, que entendía los problemas del álgebra mejor que cualquier hombre entonces vivo, no podía entender cómo una muchacha que iba a la misa de réquiem por el duque de Berry pudiera trastornar el equilibrio de su mente y su cuerpo. ¿No significaba aquello que los ideales republicanos no estaban grabados bastante profundamente en su corazón?

El oficio religioso comenzó pacíficamente. Pero luego uno de los hombres exquisitamente vestidos comenzó una colecta en beneficio de los soldados del rey heridos durante los días de Julio. Luego alguien levantó un retrato litográfico del duque de Bordeaux y otro colocó una corona de hojas alrededor del retrato. El oficio religioso pasaba a ser una demostración política, la primera que hacía la aristocracia desde la Revolución.

La multitud que estaba fuera de la iglesia aumentaba y su paciencia disminuía. Algunos hombres salían de la iglesia a cortos intervalos, llevando noticias de lo que ocurría dentro, matizándolo y exagerándolo con vívidas palabras y amplios ademanes.

Pero la multitud que escuchaba ahora era distinta de la que hacía más de un mes había gritado: "¡Muerte a los ministros!" Estaba ahora densamente salpicada de hombres de chaqueta negra y guantes amarillos. Una vez más la burguesía se unía a los pobres en cuyos corazones viejos odios esperaban una nueva liberación.

Un hombre salió de la iglesia. Trepó a una barra horizontal de la verja y habló:

—¡Ciudadanos! Los aristócratas se atreven a celebrar un oficio de réquiem por el duque de Berry, por un miembro de la familia Borbón que acabamos de desalojar del poder.

—¡Vergüenza! ¡Vergüenza!

—¡Abajo los jesuitas!

—Se atreven a celebrar este oficio aquí, en esta iglesia, cerca del Louvre que tomamos y a sólo cincuenta pasos de donde las víctimas de la Revolución yacen sepultadas.

—¡Vergüenza! ¡Vergüenza!

—Hacen una colecta para los soldados que mataron al pueblo.

—¡Muerte a los carlistas!

—¡Muerte a los jesuitas!

—¿Les permitiremos burlarse de los derechos del pueblo que nosotros mismos conquistamos?

—¡No! ¡Mueran los jesuitas!

—¡Abajo la iglesia!

La multitud atacó.

La iglesia fue tomada por asalto. Algunos carlistas fueron golpeados y arrojados de la iglesia; otros huyeron presas de pánico. El altar fue derribado, el púlpito roto, las balaustradas y los confesonarios hechos añicos; las pinturas sagradas fueron rasgadas; las ricas colgaduras adornadas con flores doradas fueron pisoteadas por pies coléricos. Todo esto ocurrió en un momento. La multitud vociferaba y reía. Se desafiaban uno a otro a realizar actos cada vez más audaces. Cada cual deseaba exhibir un coraje mayor que el de su vecino cometiendo actos más violentos, más vulgares que los que veía. Se maldijo a los sacerdotes; se vociferaron gritos blasfemos. Fue tomada la sacristía y destruidos sus ricos tesoros. Uno de los alborotadores salió de la sacristía vestido de cura e hizo el remedo de un oficio ante las sonoras risas y el aplauso de la turba. Pero el pueblo se detuvo respetuosamente ante la puerta del departamento del padre Paravey. No habían olvidado que él había bendecido a las víctimas de Julio.

Cuando entró en la iglesia, Galois miró en torno triunfalmente. Lo que ahora veía era devastación, caos, destrucción sin objeto, súbitos estallidos de odio contra muebles y objetos sin vida. El triunfo se convirtió rápidamente para él en vergüenza y humillación. Los republicanos serían acusados ahora del sacrilegio cometido por la multitud, de los excesos a que se entregaba, de la devastación que causaba. Y las regias manos de Luis Felipe aparecerían limpias e inocentes. Una vez más los hombres de guantes amarillos reclamaban una causa común con el pueblo, y una vez más engañaban al pueblo.

Se despreciaba ahora más que lo que despreciaba a Luis Felipe y a los hombres que rugían salvajemente en la iglesia. Se maldijo y maldijo los impertinentes ojos azules de la muchacha que había entrado en la iglesia. Maldijo la cruz que llevaba en el pecho y la plenitud de sus senos cubiertos por el vestido negro. Sabía que había querido entrar en la iglesia para ver su vestido hecho jirones, sus arrogantes ojos asustados y clamando merced. Pero los buscó en vano.

El prefecto de policía informó al rey de lo que había acontecido en la iglesia St. Germain l'Auqerrois, y el rey lo invitó a comer. Cuando supo que la multitud se proponía el día siguiente atacar el Palacio Real y el palacio del arzobispo, dijo crípticamente al prefecto:

—Piense sólo en el Palacio Real.

Y el prefecto de policía entendió al rey. El día siguiente el palacio del arzobispo quedó reducido a ruinas.

5: MARZO DE 1831

La distancia que separaba al pueblo de Francia del rey de los franceses aumentaba cada día. Pronto el gobierno de Luis Felipe no representaría ya ni siquiera a la pequeña burguesía. Pronto representaría sólo a los ricos y poderosos de Francia. Pronto el pueblo y la burguesía se unirían una vez más en una victoriosa causa común. Y una vez más el pueblo sería engañado y traicionado.

Todo ello había de ocurrir pronto: luego de diecisiete años. Muy pronto si se juzga por la historia y la perspectiva de los muchos años pasados y los muchos años por venir. Pero no muy pronto si se juzga por el lapso de una vida humana.

Pero en el año 1831 Luis Felipe creía, como había creído Carlos X, como había creído Luis XVI, que el fin de su reinado llegaría sólo con la muerte... y que después de su muerte su hijo, y luego su nieto ascenderían al trono, y que la nueva línea de los Borbones reinaría por siempre sobre Francia.

El banquero Laffitte dejó el gobierno y el banquero Perier fue primer ministro del rey. Casimir Parier, el hombre fuerte de la monarquía de Julio, era alto e imponente. Sus modales parecían calmos y nobles a quienes no habían sido testigos de sus súbitos accesos de frenética cólera. Odiaba a la aristocracia. No odiaba al pueblo; lo despreciaba. Formaba una horda de bárbaros listos para el pillaje y dichoso cuando nadaban en sangre. Su orgullo no tenía límites. Desde las alturas de su orgullo, que

no intentaba ocultar, miraba despectivamente a sus ministros de gabinete, a quienes humillaba con estallidos de cólera e ironía. No había generosidad ni devoción en su corazón, ni elevación en su mente. Podía pisotear brutalmente a sus enemigos si ello era necesario para salvar el poder de la burguesía o del rey a quien despreciaba y servía lealmnte.

Pero para fortalecer al rey y el régimen, debía aplastarse el poder de los republicanos. Este era ya fuerte y su fuerza aumentaba. Los republicanos odiaban al rey y, lo que era aun peor, se reían de él sin misericordia. Lo llamaban papagayo, pera (por la forma de su cabeza), suscitaban insurrecciones y rebeliones, enardecían al pueblo, pedían el sufragio para todos los ciudadanos, trataban de empujar a Francia a guerras en defensa de los polacos, los belgas y los italianos; amenazaban con el terror y el pillaje. Francia no tendría autoridad, dignidad, fuerza moral, orden ni prosperidad mientras los republicanos no fuesen aplastados. Y así, el gran poder de Casimir Perier se aplicó a la tarea más importante: quebrar el poder de los republicanos.

Habían pasado dos meses y medio desde que, por tercera vez, Evariste Galois había enviado su monografía a la Academia Francesa. Cuando inquirió cerca del destino de su manuscrito, se le dijo que estaba siendo estudiado por los árbitros, Messieurs Lacroix y Poisson.

Lacroix era entonces viejo y ahora su nombre no tiene gran importancia en la historia de la matemática. Poisson era un hombrecito que siempre se comportaba con gran dignidad y que jamás arrojaría un manuscrito al cesto de los papeles. Pero era esencialmente un matemático aplicado y no se interesaba mucho por los problemas del álgebra. En esa época no había en Francia matemáticos grandes ni famosos. Cauchy había seguido a los Borbones al exilio, si bien su presencia en París habría sido de escasa utilidad para Evariste.

Sonriendo orgullosa y amargamente, Evariste murmuró para

sí mismo: "Hay sólo un gran matemático vivo en Francia. Y yo soy el único que sabe quién es."

El 31 de marzo de 1831, Galois escribió a la Academia Francesa:

Me atrevo a esperar que Messieurs Lacroix y Poisson no consideren de mal gusto el que les recuerde una monografía sobre la teoría de las ecuaciones acerca de la cual hace tres meses que están encargados de dictaminar como árbitros.

Los resultados contenidos en esa monografía son una parte de los que presenté hace un año en el certamen por el premio de matemática y en los que di, en todos los casos, las reglas para reconocer si una ecuación es o no es soluble mediante radicales. Como este problema les ha parecido hasta ahora a los matemáticos, si no imposible, al menos muy difícil, los árbitros juzgaron *a priori* que yo no podía resolverlo porque mi nombre es Galois y, además, porque era estudiante, y se me dijo que mi manuscrito se había perdido.

Esa lección debería ser suficiente para mí. Sin embargo, por consejo de un honorable miembro de la Academia, volví a escribir una parte de mi monografía y la presenté ante ustedes.

Le ruego, señor Presidente, que alivie mi preocupación y les pregunte a Messieurs Lacroix y Poisson si han perdido mi manuscrito o si se proponen dar un informe de él a la Academia.

Acepte, señor Presidente, el homenaje de su respetuoso servidor,

Evariste Galois

6: 15 de abril de 1831

Diecinueve miembros de la disuelta Guardia Nacional de Artillería fueron arrestados y acusados de conspirar contra Luis Felipe en diciembre de 1830, durante el juicio a los ministros de Carlos X. Según el *procureur,* habían intentado entregar un cañón al pueblo, provocar una revolución y derribar la monarquía.

Cavaignac, Guinard, Pécheuy d'Herbinville y dieciséis otros fueron acusados. La elección pareció hecha al azar pues no fueron molestados algunos de los artilleros más activos. El gobierno

deseaba sentar un precedente para probar que la conspiración merecía castigo, antes de perseguir a otros dirigentes republicanos.

Galois se dirigió al Palacio de Justicia. Estaba rodeado por guardias municipales, y las salas del palacio, bajo las arcadas, estaban llenas de soldados de caballería. Evariste avanzó a través de líneas de uniformes, a través de una multitud de obreros y estudiantes; tuvo que mostrar su pase una y otra vez antes de entrar en la sala del tribunal, llena de gente entre la que se veía a muchas hermosas mujeres elegantemente vestidas. Ninguna de ellas advirtió a Evariste. Todas miraban con ojos brillantes a los diecinueve héroes.

Galois escuchaba animado por sentimientos de simpatía y solidaridad con los acusados. Sí, esos sentimientos estaban en él. Su causa, la causa de los diecinueve, era también la suya. Pero al mismo tiempo se sentía perturbado por algo que moderaba su entusiasmo y le provocaba un sentimiento de culpa.

Se sorprendió pensando no sólo en los acusados, en su destino, en el resultado del juicio, sino también en sí mismo. Todos habían arrojado obstáculos en su camino. Había sido perseguido en el Louis-le-Grand y en la Escuela Normal; había sido perseguido por la Academia Francesa; había sido perseguido por la Escuela Politécnica, y había esperado ser perseguido por republicano. Pero la última persecución, la única que daba gloria y fama, sólo ella le era negada. ¿Por qué no estaba acusado con los otros? ¿Acaso no había estado en el Louvre el 21 de diciembre? ¿Acaso no estaba dispuesto a unirse al pueblo y derribar el régimen de ese hombre? ¡No! No era cierto que el gobierno no lo hubiera perseguido, lo perseguía del modo más cruel: ¡lo perseguía ignorando su existencia!

Trató de dominar estas emociones y prestó atención al juicio. Miró el tribunal. Oyó que el juez que lo presidía, Monsieur Hourdouin, le preguntaba a Pécheux d'Herbinville:

—Está usted acusado de tener armas en su poder y de distribuirlas. ¿Admite ese hecho?

El juez señaló la mesa en que estaban los cartuchos secuestrados en la casa del acusado. Estaban envueltos en papel de

seda y adornados con moños rosados. Galois esperó en tensión la respuesta de Pécheux, pero al mismo tiempo se le ocurrió un amargo pensamiento: "¿Qué contestaría yo si me dirigieran esa pregunta ante todas estas damas?"

Pécheux miró a los jueces y luego al jurado. Sus ojos estaban tan fríos y helados como el día de julio en que Galois lo había visto por primera vez, cuando habló en la plaza ante la Municipalidad. Con voz serena y penetrante, con el labio inferior ligeramente curvado, contestó:

—No sólo admito ese hecho, Vuestra Señoría, sino que estoy orgulloso de él. ¡Sí, tengo armas y en abundancia! Y me satisfará decirle cómo las obtuve. En julio tomé tres puestos, uno tras otro, a la cabeza de un puñado de hombres en medio del tiroteo. Tomé las armas de los soldados a quienes vencí. Yo luchaba por el pueblo y los soldados disparaban sobre el pueblo. ¿Soy culpable por haber tomado las armas destinadas a herir y matar a los ciudadanos?

Un cerrado aplauso acogió estas palabras. Galois aplaudió también y murmuró para sí mismo: "Ya llegará mi hora! ¡No podrán negarme esa tribuna! ¡No podrán ignorarme!"

Llegó luego el momento que el auditorio esperaba. Se le preguntó a Cavaignac si admitía su culpa. El orador y héroe del pueblo miró al jurado, luego al público y, volviéndose con un gesto magnífico hacia el fiscal, dijo:

—Ustedes me acusan de republicano. Tengo esa acusación por un honor y un legado paterno. Mi padre proclamó la República desde el seno de la Convención Nacional frente a toda Europa. Defendió la República; murió en el exilio después de doce años de destierro. Mi padre sufrió por la causa de la República que muchos otros traicionaron. Este padecimiento fue el último homenaje que su avanzada edad podía ofrecer al país que había defendido tan valientemente en su juventud. Y su causa dio color a todos mis sentimientos como hijo suyo. Los principios en los que creía y por los que luchó son ahora mi herencia. El estudio, la vida, la experiencia no han hecho más que fortalecer mis convicciones. Lo digo sin afectación, sin temor, desde el fondo de mi corazón: soy republicano.

Galois sentía que la voz perturbadora se acallaba, que la fundía el calor de los ojos y palabras de Cavaignac. Ahora se sentía unido al auditorio, sentía la unidad de emoción que arrancaba lágrimas de amor y admiración a muchos ojos.

—Usted nos acusa de conspiración. Es una acusación ociosa. Las conspiraciones nada cuentan. Las revoluciones no se hacen ni ganan mediante conspiraciones. Lo que crean las revoluciones es la cólera, la determinación del pueblo. Nosotros, los republicanos, creemos en el pueblo. Conspirar equivaldría a perder la paciencia, a perder la fe en el pueblo. De eso no son culpables los republicanos. No hemos conspirado. ¡No! No fuimos nosotros quienes conspiramos. —Alzando la voz, señaló al fiscal—: La monarquía es la que conspiró en contra del pueblo. Conspiró intencionalmente cuando aprobó las ordenanzas, conspiró en el pasado, conspirará en el futuro. Nosotros, los republicanos, no estamos apresurados. Nuestro tiempo debe llegar, y llegará. El mundo está acosado por nuevas y poderosas necesidades. ¡El pueblo del mundo está en marcha! Los que presumen gobernar están cortando la rama en que están sentados; están destruyendo la fuente de su propio poder. Sus actos —y no las conspiraciones— crean las revoluciones. Pronto hasta a un dios le resultará más difícil gobernar nuestro país que cambiarlo, reconstuirlo. Los hechos sangrientos del '93 se imputaron miles de veces a los republicanos. Pero los hombres talentosos, los hombres de corazón, los hombres que aman a Francia saben que la Convención defendía el sagrado suelo de nuestro país, saben que la Convención extendió las fronteras naturales de Francia y que de la Convención surgieron todas las grandes ideas políticas.

"¡La Revolución! ¡Ustedes atacan a la Revolución! ¡Qué locura! La Revolución incluye a toda la nación, a todo el pueblo, con la única excepción de quienes explotan a la nación y engordan a costa del pueblo. ¿La Revolución? Es nuestra patria cumpliendo su sagrado deber de liberar al pueblo que la Providencia le confió; es toda Francia cumpliendo su deber con el mundo. En cuanto a nosotros, creemos en nuestros corazones que hemos cumplido nuestro deber para con Francia y toda

vez que nos necesite, sin importarnos lo que ella, nuestra reverenciada madre, nos pida, nosotros, sus fieles hijos, la obedeceremos."

Ahora no había sólo mero entusiasmo. El auditorio estaba histérico; los hombres arrojaban los sombreros, la gente se abrazaba, se subía a los bancos, demasiado conmovida para gritar o aplaudir, demasiado conmovida para avergonzarse de sus lágrimas.

Se le hicieron cuarenta y seis preguntas al jurado. El último día del juicio, a las doce menos cuarto, el jurado se retiró a la sala de consultas. A las tres y media se dio la señal de que los jurados habían terminado su sesión. El salón estaba atestado de espectadores. Millares de personas esperaban afuera el veredicto.

El presidente del jurado dijo:

—Por mi honor y mi conciencia ante Dios y ante los hombres, la respuesta del jurado a la primera pregunta es no, los acusados no son culpables. La respuesta a la segunda pregunta es no, los acusados no son culpables...

Repitió las palabras "no son culpables" cuarenta y seis veces. Con cada repetición, la aguja que indicaba la alegría y la excitación subía un grado hasta que pasó el punto de seguridad bajo el cual el silencio podía aún prevalecer. Con el último "no son culpables" el silencio estalló en gritos, batir de manos, sombreros al aire. Podía verse al juez que presidía mover los labios, pero sus palabras no podían oírse. Todos sabían que ponía en libertad a los acusados. Algunos miembros del auditorio saltaron sobre los bancos para estrechar las manos de los diecinueve y abrazarlos. Otros salieron rápidamente para comunicar a sus amigos las buenas noticias. La alegría y el entusiasmo se extendieron desde el tribunal hasta la gente que estaba en las calles. Allí la excitación llegó a ser tan grande que las vidas de los acusados corrían ahora más peligro por el amor del pueblo que el que habían tenido por el odio del régimen. La muchedumbre amenazaba hacer pedazos a los acusados con los abrazos. Muchos de ellos lograron escapar a la ovación, cuando abandonaron el palacio por una puerta lateral sin ser advertidos.

Pécheux d'Herbinville y cuatro amigos suyos subieron a una carroza y dijeron al conductor que echara a correr a toda velocidad. Pero fueron reconocidos, la carroza fue detenida, sus puertas abiertas. Los cinco hombres fueron llevados en andas por la multitud. Se inclinaban, agitaban pañuelos y en el aire resonaban aplausos y gritos.

Galois vio esta escena. Sintió que una delgada corriente de amargura fluía en su interior mezclada con su alegría. La planta de los celos, si bien débil y pequeña, arraigó profundamente en su corazón. No podía ser arrancada por la fuerza bruta o mediante nobles resoluciones.

7: LUNES 9 DE MAYO DE 1831

Este día, a las cinco de la tarde, doscientos comensales se reunieron en un banquete ofrecido en honor de los diecinueve liberados en el largo salón del restaurante Vendanges de Bourgogne.

Se habían congregado aquéllos que más que nadie en París odiaban a Aquel Hombre. Si esos doscientos hombres hubiesen sido quemados o envenenados, el movimiento republicano habría perdido sus dirigentes y sus héroes.

El pollo era bueno, el postre era sabroso y una botella de vino estaba frente a cada comensal. Llegó el momento de los discursos. Se puso en pie Monsieur Hubert, el maestro de ceremonias. Dijo que Marrast sería el orador oficial y que propondría un brindis por los diecinueve. Marrast se levantó: "El marqués de la revolución" tenía facciones distinguidas y abundantes rizos. Habló suavemente y con ironía del régimen que con el juicio de los diecinueve había intentado mostrar fuerza y determinación y en lugar de ello había mostrado su estupidez y debilidad. Luego alzó la copa:

—¡Ciudadanos! Por los diecinueve republicanos que, del modo más noble, por sus palabras y actos, defienden el honor de Francia.

—¡Viva los diecinueve!

—¡Viva la República!

Cavaignac contestó en nombre de los diecinueve:

—No fue sino ayer, que revisando el *Moniteur*, encontré los registros de aquellos famosos días, las grandes tareas, las guerras gigantescas, toda la vasta empresa del pueblo francés por el logro de sus derechos. Seguí esa senda resplandeciente con la que el genio de la libertad marcó los últimos cuarenta años, así como los sucesos que sacudieron la Tierra de un polo al otro.

Habló de Francia, cuna de la libertad, y de su lucha actual; luego dijo:

—Recordemos, amigos y ciudadanos, que en esta hora no estamos solos. No representamos sólo la causa de Francia, que debemos defender y defenderemos. La causa de todos los hombres libres es nuestra causa. La causa del pueblo polaco que lucha valientemente con el brutal poderío del zar es también nuestra causa. ¿Acaso los ayudamos en la hora de su grave necesidad? ¿Tuvimos otra cosa que lágrimas para nuestros hermanos en armas? Hay un nuevo proverbio en Polonia: "Dios está arriba y Francia lejos". ¡Sí! La Francia actual está lejos de quienes luchan por su libertad. Está lejos de Polonia, lejos de Bélgica, lejos de Italia, y de todas las naciones aniquiladas en todo el mundo, quizá más lejos aun de su propio pueblo.

"El futuro de Francia, el futuro de todo el mundo amante de la libertad pertenece a los republicanos."

Volvió a alzar la copa:

—Por el futuro de Francia, que sea fuerte, gloriosa y libre y que pueda llevar la libertad a todos los oprimidos.

Las copas se alzaron solemnemente, y sólo en forma lenta volvió a oírse en el salón la charla y la conversación.

A medida que las botellas se vaciaban, los discursos eran más breves y menos solemnes. Ahora los brindis consistían en breves gritos de combate lanzados al aire y recibidos con un "¡viva!" o rechazados con un "abajo", mientras se vaciaban los vasos de vino.

—¡Por la Revolución del '89!

—No, no por el '89. Por el año '93.

—¡Por Robespierre!

—¡Viva la Convención!

—¡Por la Montaña! ¡Viva el recuerdo de los hombres de la Montaña!

Monsieur Hubert se sentía incómodo. Esos brindis no estaban proyectados y no se debía permitirlos. Alzó la copa y dijo:

—Por el valiente ciudadano Raspail que rechazó la Legión de Honor.

—¡Viva Raspail!

Galois dijo a Biliard, un estudiante de farmacia sentado frente a él:

—A Monsieur Hubert no le agradó el brindis por Robespierre.

—No, y no fue el único. Deberías haber visto el rostro de Monsieur Dumas cuando se mencionó el '93. Son gente respetable, no como nosotros. Me pregunto si un brindis por Luis Felipe los encolerizaría.

Galois contestó excitadamente, con voz levemente estropajosa:

—Querido Biliard, tienes razón, absoluta razón. Debemos brindar por Luis Felipe.

—Estás borracho.

—No, no lo estoy. Propondré un brindis por Luis Felipe.

—Si no estás borracho, estás loco.

—No, no estoy borracho, no estoy loco y quiero beber por Luis Felipe.

—Te acogotarán si lo haces. Y me uniré a ellos, que Dios me perdone.

—No, nadie se atreverá a retorcer mi precioso cuello, y beberé por Luis Felipe, que Dios me ayude.

Se oyó un coro pequeño pero vociferante:

—¡Dumas, Dumas, queremos que brinde Dumas!

Dumas se puso en pie. Tenía la lustrosa piel de un negro y ojos azules. Su llamativo chaleco rojo estaba manchado con vino y habló con gestos exagerados:

—¡Por el arte! En la medida en que la pluma y el pincel contribuyen tan eficazmente como el rifle y la espada a la regeneración social a la que hemos consagrado nuestras vidas y por cuya causa estamos dispuestos a morir.

—¡Viva el arte!

—¡Viva Dumas!

—¡Por la Revolución de 1830!

Raspail se puso en pie. El auditorio pareció un poco más sobrio.

—Por el sol de 1831. Ojalá sea tan cálido como el de 1830 y no nos deslumbre como éste.

(Prolongados aplausos.)

—¡Ojalá haya pronto otra nueva revolución!

—¡Pronto, pronto!

Súbitamente:

—¡A Luis Felipe!

Las mentes se pusieron sobrias; se oyeron silbidos. Todos se pusieron en pie y miraron hacia el punto de donde había partido la voz. ¿Había allí un espía al que el vino había desatado la lengua? Apretaron los puños prontos para hacer tragar aquellas palabras a quien se había atrevido a pronunciarlas. Chocando entre sí y empujándose, todos corrieron en la misma dirección. Un denso círculo rodeaba la fuente del traicionero brindis.

Luego se oyó por segunda vez:

—¡A Luis Felipe!

Vieron a Galois. En la mano izquierda tenía una copa de vino a la altura del corazón. En la derecha un puñal por sobre la copa, con la punta dirigida hacia la superficie de vino Sus dos puños estaban firmemente cerrados, uno en torno de la copa, el otro en torno del puñal. Permaneció como una estatua que hubiera vuelto a la vida sólo para pronunciar por segunda vez la sentencia de muerte del Rey de los Franceses.

La multitud sufrió un cambio. Dejó de ser una multitud. Un momento antes estaba unida por la cólera común hacia el hombre que se atrevía a proponer un brindis por Luis Felipe. Pero ahora la multitud de doscientos se escindió en doscientos individuos.

Un actor del Théatre Francais le susurró a su amigo Alexandre Dumas.

—Vayámonos. Esto se está poniendo demasiado peligroso.

Dumas desaprobó también:

—Esto está yendo demasiado lejos, demasiado lejos. Es un joven desequilibrado. No se debe amenazar la vida del rey.

Abandonaron de prisa el salón.

Pécheux d'Herbinville miró a Galois como si todo el asunto no fuera cosa de su interés y dijo, abriendo apenas los labios:

—Usted es un tonto.

Raspail sonrió a Galois y abandonó el círculo de republicanos que lo rodeaban. Muchos de los comensales se fueron rápidamente del salón, pero aún quedaban más de la mitad. Y los que permanecían se regocijaban ruidosamente. Los hacía felices el haber hallado una expresión clara a su odio, que se había pasado por alto y, hasta ahora, había sido formuldo sólo con gritos de combate oblicuos y amenazas indirectas. Aquella era una actitud tan aguda y afilada como la hoja de un puñal y tan fuerte como la mano que lo empuñaba.

Algunos de los republicanos tomaron entonces de la mesa cuchillos sucios con trozos de pollo y levantaron las copas, llenas o semillenas de vino, o vacías, e, imitando la actitud de Galois, vociferaron en coro:

—¡A Luis Felipe!

Otros, que estaban algo alejados, levantaron sólo los puños a diferentes alturas como si tomaran la copa y el puñal y gritaron:

—¡A Luis Felipe!

Después de repetir el grito muchas veces con los mismos ademanes, buscaron algo nuevo y uno dijo:

—¡A la Place Vendôme!

—¡A la Place Vendôme! —respondieron.

Más de cien republicanos marcharon desde el restaurante Vendanges de Bourgogne a la Place Vendôme. Empujaron a Galois a la primera fila. Cuando llegaron a la Place vociferaron de nuevo su grito de combate con el ademán amenazante. Se reunieron grupos que miraban perplejos el signo mágico de los dos puños levantados. Cuando se les explicó su sentido, ello les agradó y lo repitieron todos juntos. Los republicanos del banquete y la gente congregada en la Place Vendôme formaban una multitud fraterna, borracha de vino y de la anticipación de la victoria.

Entonaron la Marsellesa, luego danzaron en torno de la columna de Vendôme y repitieron con los dos puños alzados: "¡A Luis Felipe!"

Nadie molestó a la multitud. Estaban tan alegres y dichosos como si su ademán mágico hubiera aniquilado toda la tiranía del mundo.

8: 10 DE MAYO DE 1831

La policía lo supo todo: supo qué discursos se pronunciaron, qué brindis se ofrecieron; supo que la vida del rey estaba amenazada y supo el nombre del republicano que lo había hecho. Supo quién abandonó el banquete a modo de protesta y quién permaneció. Lo supo todo.

El magistrado firmó una orden de detención contra Galois. A la mañana siguiente llegaron los visitantes. Un oficial y un agente de policía registraron el cuarto y llevaron a Evariste a la Prefectura de la Place Dauphine. Los tres entraron en un cuartito del gran edificio gris. El encargado bostezó y, sin interrumpir la limpieza de sus dientes, tomó la orden de manos del oficial y le entregó un recibo. Esta formalidad entre dos hombres aburridos puso en movimiento la poderosa maquinaria de la justicia sobre Evariste Galois.

El oficial partió y el agente condujo a Galois a través del pasillo hasta una larga sala llena de guardias de uniformes verdes y gorras negras, en que algunos escribientes escuchaban las declaraciones de los detenidos. Algunos de éstos eran viejos, otros jóvenes, algunos estaban encadenados, todos ellos aparecían desdichados, mal vestidos y sucios. En una ventanilla situada en el fondo del cuarto un hombre contaba dinero y escribía números en una hoja de papel. El agente empujó suavemente a Galois hacia la ventanilla. Ahora experimentaría todos los pasos de un procedimiento del que a menudo había oído hablar a sus amigos republicanos. ¡Cómo les gustaba comparar observaciones, insistir en las similaridades y diferencias, aconsejar a los

republicanos novatos que nunca habían olido el *gogueneau!* Sí, tenían razón, la ventanilla parecía una taquilla de teatro.

El hombre que estaba detrás de ella preguntó:

—¿*Pistole* o San Martín?

Sí, era exactamente como le habían dicho. Uno podía pagar por una celda privada —la *pistole*— o podía ir con los otros a San Martín, el horror de aquel lugar.

—*Pistole.*

Pagó y tomó el recibo. Luego el agente entregó a Galois a uno de los hombres de uniforme verde. Ambos se dirigieron hacia una mesa, donde el guardia vació los bolsillos de Galois. El escribiente tomó una hoja de papel y, sin mirarlo, dijo:

—¿Nombre?

—Evariste Galois.

Escribió el nombre con una elle, y Evariste no se preocupó por corregirlo.

—¿Edad?

—Veinte años.

—¿Profesión?

Evariste pensó un rato. Luego contestó:

—Preceptor.

—¿Lugar de nacimiento?

—Bourg-la-Reine.

—¿Domicilio actual?

—Rue des Bernardins Nº 16.

—Altura.

El guardia midió a Galois, verificó el resultado y dijo:

—Un metro sesenta y siete centímetros.

El escribiente puso el número. Luego murmuró:

—Pelo.

Miró hacia arriba y escribió:

—Castaño.

Siguió escribiendo: "Cejas id. Frente, cuadrada. Ojos, castaños. Nariz, larga, Boca, pequeña. Barbilla, redonda." Una chispa de interés apareció en los ojos del escribiente cuando llegó a "Rostro". Pareció desconcertado pero escribió con determinación:

—Ovalado.

Finalizadas las formalidades, el guardia tomó a Galois por el brazo, lo condujo por corredores donde debieron subir y bajar escaleras, abrió una puerta y dijo:

—Ésta es su *pistole.*

Evariste entró en la celda. Después de un tiempo las llaves chirriaron y al fin oyó las pisadas del guardia que se alejaba.

Miró por la ventanita que estaba cerca del techo. A través de ella vio unos pocos pies cuadrados de un espléndido azul recortado por rejas negras. Un rayo de luz, nítidamente visible a través del polvo, entraba por la ventanita y en su recorrido iluminaba los muebles del lado opuesto. No, no eran sólo muebles; aquello era un trozo de leyenda. Había oído hablar de este tema, de cómo aquello torturaba al preso en las largas horas del día y de cómo lo confortaba en los breves momentos de necesidad.

El *gogueneau* era de metal y cubría un pie cuadrado del suelo, era tan alto como una silla y tenía una tapa de madera tosca. Aquel día caluroso su hedor penetraba las fosas nasales, la boca, los pulmones, aun cuando uno tratara de no respirar. Los presos juraban que el *gogueneau,* si bien lo vaciaban cada mañana, no había sido lavado desde el día de su creación, que debió haber coincidido con el día de la creación de la Tierra.

El tiempo sólo fluye si uno pone pensamientos y actos en su tejido. De lo contrario se niega a desplazarse y permanece quieto. Galois comenzó a medir su *pistole.* Lo hizo muy lentamente, metódica y cuidadosamente. ¿No había aprendido en el Louis-le-Grand y luego en la Escuela Normal que todo experimento debía hacerse tres veces para luego obtener el promedio? El resultado del promedio fue ocho pies por seis pies, o, concluyó Galois, cuarenta y ocho pies cuadrados. Un pie cuadrado para el *gogueneau* y otros cuarenta y siete. Luego comenzó un estudio escrupuloso de los cuarenta y siete.

Miró la cama. Era una pesada masa de madera; sobre ella había un colchón de paja, una sucia almohada, dos bastas sábanas. Las tocó y concluyó que eran más bastas que la paja

del colchón. Luego tocó la frazada y concluyó que era más basta que las sábanas.

Después de completar el examen de la cama, miró los otros muebles. No había mucho que investigar: una silla, una mesa tajeada por manos ociosas y gris por el polvo de años. ¡Luego las paredes! Estaban cubiertas con firmas e iniciales, algunas hechas con lápiz, otras con la uña. Las acompañaban cuadros indecentes de hombres y mujeres, siempre desnudos y con ciertas partes de los cuerpos mucho más prominentes que otras. Algunas de las figuras estaban atareadas haciendo el amor, otras sentadas en el *gogueneau.* Junto a firmas y dibujos había fechas y exclamaciones, algunas obscenas y otras revolucionarias.

Un cartel impreso colgaba de la pared gris, cerca de la puerta. Galois lo estudió muy lentamente. Era un aviso firmado por el director del establecimiento. Se enunciaba allí el precio diario de la *pistole.* Luego una minuciosa lista de todos los muebles. Galois leyó los items uno después de otro y comparó la lista con el mundo de sus impresiones sensoriales:

"Una mesa. Allí hay una mesa. Una jarra. Veamos. Sí, muy bien. Hay una jarra de lata sobre la mesa. El tiempo la ha corroído, manos la abollaron en cien lugares. El jarro es una triste cosa pero no cabe negar que el jarro existe. Una silla. Sí. Cama. Sí. Ah, aquí tenemos el asiento de tortura. ¿Por qué mencionarlo al final? ¿Por qué después de la jarra y no antes de la jarra?"

La lista de muebles cubría sólo unas pocas líneas. Debajo de ella se anunciaba claramente, sin dejar lugar ni a la sombra de una duda, que la *pistole* debía pagarse diariamente, que el que se alojaba en ella era responsable de todos los muebles y, finalmente, que si no pagaba puntualmente se lo trasladaría inmediatamente a San Martín, el horror famoso en la historia de las prisiones.

Galois leyó todo aquello. Luego comenzó a leerlo de nuevo hasta saberlo de memoria y tener un cuadro exacto de todas las manchas con que las moscas habían ornamentado el anuncio del director. No valía la pena leerlo por tercera vez. Podía muy bien sentarse en la silla y repetirlo de memoria. Se quitó la chaqueta y luego los zapatos. Con algo de alivio halló el olor menos

intolerable. Se proponía escribir su nombre en la pared pero en cambio comenzó a pensar en las funciones elípticas.

Mecánicamente se echó en la cama de madera. Sentía una irritación en el brazo izquierdo. Cuando se rascó, la irritación ascendió. Miró la cama y vio en la frazada una chinche, pequeña, rojinegra, achatada, que se arrastraba muy lentamente. La mató y su dedo se enrojeció por la presión sobre aquella masa viscosa. El olor era tan intenso que por un momento pareció ahogar hasta el del *gogueneau*. Se quitó la camisa y buscó sabandijas en ella y en su cuerpo. Encontró dos.

Galois pensó: "Esto es un modo de llenar el tiempo con acción y hacerlo fluir."

Pronto llegó su comida. Se abrió una ventanita en la puerta y por ella fueron empujados un plato de habas, un jarro de agua y una cuchara de madera. Una voz anunció a través de la abertura que podía encargar su propia comida si quería pagar por ella. El pensamiento de comer en aquella atmósfera de los olores mezclados del *gogueneau* y de las chinches muertas lo hizo sentirse mal. Bebió el agua pero no tocó las habas.

Se tumbó en la cama. Se le ocurrió una idea acerca de la conexión entre las ecuaciones algebraicas y las funciones elípticas. Pocos minutos después olvidó dónde estaba. Mecánicamente sus manos rascaban los lugares irritados y dispersaban a las moscas. Estaba ahora muy lejos de su celda; hasta los olores dejaron de perturbarlo.

9: MAYO DE 1831

El día siguiente envióse a Galois de la Prefectura de Policía a la prisión Sainte-Pélagie. Con otros once, lo pusieron frente al *panier à salade*. Éste era el nombre que daban los presos al carro que los transportaba de un alojamiento a otro.

El *panier à salade* parecía limpio y resplandeciente visto desde fuera. Un agente ayudó a los presos, no demasiado gentilmente, a trepar al alto carro y luego cerró la puerta.

Dentro estaba oscuro. Una pálida luz entraba por la reja abierta en un costado del carro. A través de ella Galois vio dos espaldas uniformadas y algunos trocitos de caballo. Las largas paredes paralelas tenían cuatro pequeños agujeros, cada uno de diez centímetros de diámetro. Los bancos que corrían a lo largo de estas paredes formaban planos inclinados con los bordes inferiores vueltos hacia el interior del carro. Como todos los que viajaban en el *panier à salade*, Galois se preguntaba por qué los bancos estaban hechos de esa forma fantástica. Ni él ni nadie podía encontrar la respuesta. ¿Era, acaso, para que los presos estuvieran ocupados en conservar el equilibrio y no pudieran hablar entre sí? Y por cierto, cada uno de ellos tomaba con las manos las rodillas del preso que iba sentado frente a él.

A través de los pequeños agujeros Evariste reconoció los muros del Louis-le-Grand cuando el carro pasó ante ellos. Por primera vez el recuerdo del Louis-le-Grand le pareció agradable; un mundo apacible que había quedado para siempre atrás; muros que lo habían albergado lejos del mundo exterior, más cruel y peligroso que todo cuanto pudieran crear o imaginar los celadores del Louis-le-Grand.

El ruido del carro en movimiento se mezclaba con el sonido agradable de las campanas colgadas del pescuezo de los caballos. Las campanas anunciaban a los ciudadanos de París que allí iban los enemigos del estado y que tenían derecho de paso sobre los carruajes de los ricos.

El carro llegó a Sainte-Pélagie. Se detuvo en la calle du Puits-de-l'Ermite, frente a la entrada de la prisión. El guardia y el postillón se apearon de sus asientos y abrieron la puerta de hierro. Otro guardia montado que había seguido al carro a lo largo de su viaje observó torvamente el descenso de los tres presos políticos destinados a aquel lugar de detención. El postillón los ayudó a saltar y luego alargó la mano pidiendo desvergonzadamente una propina por su trabajo. Las pequeñas ventanas de Sainte-Pélagie que daban a la desdichada calle du Puits-de-l'Ermite estaban ahora llenas de rostros apretados entre los cuadrados formados por sus barras de hierro.

—Bienvenidos, bienvenidos al nuevo hogar.

—¡Vivan nuestros nuevos patriotas!

Cuando los nuevos presos entraron en la prisión, sus viejos habitantes se reunieron en el patio para saludar a los recién llegados. Galois fue recibido con gritos de alegría y con el amenazante ademán de dos puños alzados. Los presos habían leído y oído acerca del banquete. Le pidieron a Evariste que repitiera una y otra vez todos los detalles, todo lo que había ocurrido en el restaurante Vendanges de Bourgogne y en la Place Vendôme.

La prisión Sainte-Pélagie estaba dividida en tres cuerpos aislados. La que tenía entrada por la calle du Puits-de-l'Ermite era sólo para presos políticos. Allí, en el gran patio los presos podían andar libremente, hablar, discutir de política y disputar entre sí. O podían ir a la cantina, un cuarto oscuro y sucio donde podían escribir, jugar a las damas, emborracharse y disputar entre ellos.

Se los vigilaba poco y podían expresar sus odios en voz alta y jactarse aun más ruidosamente de los hechos que los habían llevado allí. A menudo sus historias caían en los oídos de espías que les mostraban simpatía y que sabían cómo simular amistad y sonsacar confesiones.

Por la noche los presos volvían a las celdas, que eran cerradas con llave y vueltas a abrir temprano por la mañana. Había algunas celdas pequeñas para unos pocos presos, y celdas grandes, cada una de ellas con unas sesenta camas. Muchas de las celdas se comunicaban entre sí por puertas que se cerraban durante la noche.

Nadie tenía allí intimidad, a nadie se lo dejaba solo. Los diarios y los visitantes llevaban consigo el reflejo del mundo exterior. A los recién llegados se les hacían interminables preguntas: ¿Cómo estaba París, cómo estaban los republicanos, había esperanzas de una nueva revolución? ¿Qué los había llevado a Sainte-Pélagie? Los presos sabían de antemano todas las respuestas, pero como niños que disponen de tiempo ilimitado y no tienen nada con que llenarlo, oían ansiosamente la repetición de viejas historias, escupían cuando se pronunciaba el nombre de Luis Felipe

o el de Casimir Perier, alimentaban su odio y su esperanza de venganza.

Además de los presos políticos (y espías que simulaban ser presos políticos) había en Sainte-Pélagie doscientos cincuenta niños entre diez y doce años. Eran los niños abandonados a los que nadie reclamaba ni amaba y que habían sido recogidos en las calles de París como perros sin amo. ¿Por qué se los había puesto entre los presos políticos? Cierto que participaban de cada revolución y de cada rebelión. Cierto que su coraje había desarmado a soldados y enseñado cómo luchar a hombres adultos. Pero aquí, presos junto con mayores, jugaban a batallas en los patios, escuchaban discusiones políticas y así aprendían a luchar aun con mayor determinación y odio, aun con mayor violencia.

Un hombre y su mujer estaban encargados de atender a esos niños. El hombre era bondadoso y les enseñaba a cantar, escribir y leer. La mujer era buena y remendaba los harapos de los niños. A esta bondad respondían con devoción de perros y con todo el amor acumulado que no tenían otra ocasión de prodigar.

Los niños iban a sus celdas a hora temprana de la noche. Luego los presos celebraban su "oficio" diario. Colocábase la bandera tricolor en medio del patio, y los presos, con las cabezas descubiertas, rodeaban el símbolo de la Francia libre, republicana. Entonaban todos la Marsellesa. Los niños apretaban sus pequeños rostros entre los barrotes de los enrejados portones que cerraban sus celdas y se unían al canto de los mayores. Cuando cantaban las palabras *Amour sacré de la patrie!,* los presos se arrodillaban y los guardias se quitaban los gorros.

Nadie hablaba cuando terminaba de entonarse la Marsellesa. Luego quebraba el silencio la canción de los niños:

Cuando nuestros mayores hayan partido
Seguiremos su carrera
Y la luz por ellos irradiada
Y su polvo nos guiarán allí.
Nuestro celo es menos de sobrevivirlos
que de reunirnos con ellos en la tumba.
El nuestro será un orgullo solemnísimo:
Los vengaremos o compartiremos su destino.

El más anciano de los presos se acercaba a la bandera y besaba la tela tricolor. Otros lo seguían. La primera noche de su prisión, Galois, a su vez, besó la bandera con lágrimas en los ojos. Estaba demasiado emocionado para decir una palabra a sus camaradas cuando entró en la celda que las llaves cerraron por esa noche.

Un visitante del mundo exterior fue a ver a Galois. Era Monsieur Dupont, conocido abogado republicano, uno de los defensores en "el juicio de los Diecinueve". Le dijo a Galois que lo defendería y que lo enviaba la Sociedad de los Amigos del Pueblo.

Sus ojos mostraban simpatía y su sonrisa era protectora cuando dijo:

– El asunto no es tan serio como parece. Los diarios orleanistas tratan de hacer de usted un regicida. Al leerlos, uno podría pensar que usted ya mató al rey. Hacen un gran alboroto, dicen que usted es el primer republicano que, desde julio, amenazó la vida del rey, que usted es un fanático peligroso que hasta puede hahacerlo algún día. –Monsieur Dupont se echó a reír–: Deberían verlo a usted. Entonces sabrían que usted es incapaz de matar a una mosca.

De nada valió la mirada hostil de Galois. Monsieur Dupont continuó rápidamente:

–Quiero decirle algo importante, Galois. Trataremos de borrar cualquier impresión de que usted haya deseado asesinar al rey. Semejante impresión sería falsa, desde luego, y muy peligrosa para usted. La policía del rey intentará quitarlo a usted de en medio por recursos legales o ilegales. Aun cuando el jurado lo absuelva, sus preocupaciones pueden comenzar entonces. No se asuste, porque ni yo creo en ese peligro; estoy seguro de que convenceremos a todos de que su vida no constituye una amenaza para la vida del rey.

–¿Qué quiere decir usted con eso? –preguntó Galois.

–Usted no vio los artículos de la prensa, que informaron incorrectamente acerca de todo el episodio. Los republicanos que estaban sentados cerca de usted oyeron distintamente que usted dijo: "A Luis Felipe, si traiciona". No todos oyeron las dos últimas

palabras porque quedaron ahogadas por silbidos y ruidosas protestas. Pero tenemos suficientes testigos que estaban sentados cerca de usted y que oyeron esas palabras.

Galois miró con fastidio a su abogado y dijo:

—No recuerdo haber dicho "si traiciona".

Monsieur Dupont sonrió.

—Naturalmente, usted no tiene ninguna duda de que sus camaradas dicen la verdad. Dicen que oyeron: "si traiciona". Sería muy desleal negarlo. Ello sólo significaría que estaba usted muy borracho y que no recuerda lo que realmente ocurrió. Esta es la opinión que probablemente adopte el jurado. De lo contrario, tendrían que creerle a usted y decir que sus testigos mienten. Desde luego, eso tampoco le gustaría a usted. Significaría que sus testigos mintieron bajo juramento. ¿Comprende la situación?

—Sí. Comprendo la situación.

—Sabía que la comprendería. He oído decir que usted es muy inteligente y lógico. Intente recordar todo lo que ocurrió y cómo ocurrió. Y sin duda entonces recordará que usted dijo: "si traiciona". Sus camaradas pretenden que ningún buen republicano amenazaría hoy sin reservas la vida del rey, y que ésta es prueba suficiente de que usted dijo: "si traiciona", si bien sólo unos pocos lo oyeron. ¿Entiende, Monsieur Galois?

—Entiendo muy bien.

—Naturalmente. Sabía que lo entendería.

10: MIÉRCOLES 15 DE JUNIO DE 1831

Entre dos gendarmes Evariste entró en la sala por una pequeña puerta situada a la izquierda del juez que presidía la sesión. Todos los ojos se volvieron hacia Galois. Era la misma sala en que, dos meses atrás, había presenciado el juicio contra los Diecinueve. Dos meses atrás había mirado con fascinación y celos a los jueces, los acusados y el jurado. La luz que entraba por las largas y altas ventanas había iluminado la escena en que Cavaignac había desempeñado tan airoso papel. Era la sala en que doce

hombres habían pronunciado un veredicto justo; una isla donde reinaba la libertad en Francia.

Pero hoy el encanto había desaparecido. La sala estaba en la semipenumbra; la luz de las largas ventanas no penetraba en la sala. Con dificultad reconoció a sus amigos y a los comensales de Vendanges de Bourgogne. La toga del juez estaba gastada y sucia. El paño verde que cubría la mesa aparecía manchado y remendado. No pensaba en la justicia y no temía el veredicto. El juez que presidía el tribunal parecía amistoso e inteligente y los miembros del jurado parecían estúpidos e inofensivos. Sin embargo, sentía el gran peso de ser el principal actor que estaba en un escenario donde debía representar para la historia, y representar sin ensayos, sin ayuda. Mañana los diarios de París darían una relación de lo que él había dicho. ¡Mañana toda Francia sabría si Evariste Galois le temía a Luis Felipe!

El secretario del tribunal leyó la acusación con voz monótona hasta la conclusión:

—Galois está acusado de haber atentado, por una declaración hecha en un lugar y una reunión públicos, contra la vida y persona del rey de los franceses, sin que semejante intento haya tenido efecto.

Galois miró al juez que presidía, su barbita gris, sus bigotes grises y sus ojos grises que parecían inteligentes y humanos. El juez comenzó el examen con voz bondadosa, en la que no había ni impaciencia ni animosidad.

—¡Acusado Galois! ¿Estaba usted presente en la reunión que tuvo lugar el nueve de mayo de este año en el Vendanges de Bourgogne?

Galois pensó de nuevo en cuán diferente resultaba ver el espectáculo desde la platea y desde el escenario. Desde allí parecía un drama lleno de *pathos*, y desde aquí un asunto ínfimo de pequeñas preguntas y pequeñas respuestas. Había sido embarullado y obligado a admitir que había dicho: "A Luis Felipe, si traiciona". Pero debía mostrar al juez, al jurado y a todo el mundo que su odio era ilimitado y que tenía el valor de sostener sus convicciones. Debía dejar aclarado, y aclarado sin ni la sombra de una duda, que las dos palabras adicionales no eran una

expresión de cobardía o del deseo de que los doce hombres del jurado lo absolvieran.

El presidente esperó con paciencia una respuesta y repitió la pregunta con las mismas palabras:

—¡Acusado Galois! ¿Estaba usted presente en la reunión que tuvo lugar el nueve de mayo de este año en el Vendanges de Bourgogne?

—Sí, señor.

—¿Cuántos comensales había?

—Unos doscientos.

—¿Cómo lo invitaron?

—Los diarios anunciaron el banquete y una comisión estuvo encargada de estudiar los pedidos de los que deseaban asistir. Yo fui admitido.

—¿Cuál fue el motivo del banquete?

—La absolución de los Diecinueve y la negativa de Monsieur Raspail a aceptar la cruz de la Legión de Honor.

—Se ofrecieron varios brindis. ¿Puede decirnos algo sobre ellos?

Galois miró desafiantemente a Monsieur Naudin, el juez que presidía, y dijo:

—Por 1793, por Robespierre, y otros que no recuerdo.

—¿Quién propuso el brindis por 1793?

—No recuerdo.

—¿No se propuso un brindis por el sol de julio de 1831, al que se añadió: "Ojalá sea más cálido que el de 1830 y no nos deslumbre"?

—Sí, señor.

—¿Quién propuso ese brindis?

—No sé.

Ahora el tono de ironía de la voz de Galois comenzó a ser más nítido con cada respuesta sucesiva.

—Después de eso, ¿no gritaron algunas voces "más pronto, más pronto"?

—Sí, señor, *todos* dijeron eso.

Mientras Monsieur Naudin pensaba la próxima pregunta, Galois dijo:

—Señor, estuve en el banquete y si me permite usted decir lo que allí ocurrió se ahorrará la molestia de preguntar.

El juez lo miró asombrado y dijo con voz cordial:

—Escuchemos.

—Ésta es la verdad exacta referente al incidente al que debo el honor de presentarme ante este tribunal. Tenía un puñal que ahora está sobre esa mesa. Con él trinché mi pollo en el banquete. Después del postre levanté el puñal y dije: "Por Luis Felipe, si traiciona." Estas últimas palabras sólo fueron oídas por mis vecinos inmediatos debido a la gritería que provocó la primera parte de mi brindis y la idea de que me había propuesto ofrecer un brindis a Aquel Hombre.

Galois se detuvo bruscamente. El presidente preguntó:

—Entonces, en su opinión ¿un brindis propuesto pura y simplemente por Luis Felipe, rey de los franceses, excitó la animosidad de todos los allí reunidos?

—Obviamente, señor.

—Por lo tanto, ¿era su intención emplear el puñal sobre la persona de Luis Felipe?

Todos esperaron en silencio tenso la respuesta. Esta no tardó:

—Sí, señor, si traicionara.

El juez no pareció desconcertado. Su tono pareció volverse un poco más amistoso. El fiscal del rey miraba triunfalmente al jurado mientras que Monsieur Dupont intentaba ocultar su ira con una sonrisa irónica.

El presidente preguntó:

—¿Era la expresión de su sentimiento personal el decir que Luis Felipe era merecedor de una puñalada, o era su verdadera intención el provocar a otros a la acción?

Galois contestó con calma:

—Las dos cosas. Deseaba hacerlo yo por mí mismo e incitar a otros a ese acto si Luis Felipe traicionaba, es decir, en el caso en que se aventurara a proceder ilegalmente.

Un murmullo de asombro recorrió el auditorio. Aquello dejaba de ser coraje. Era pura locura. El pobre muchacho, el insensato joven estaba sellando su suerte. La policía del rey recordaría estas palabras.

El juez miró a Galois con simpatía y le preguntó:

—¿Supone usted que el rey puede actuar ilegalmente?

—Todos los que tienen un poco de seso saben que no pasará mucho tiempo sin que sea culpable de ese crimen, en el caso de que no lo haya cometido ya.

Monsieur Dupont se sentó resignado.

Raspail murmuró para sí mismo: "Nunca vi a nadie con un instinto tan fuerte de autodestrucción."

—Por favor, explíquese —dijo el juez.

—¿No es obvio, señor?

Por primera vez el juez pareció levemente impaciente cuando replicó:

—¡No importa! Explíquelo.

—Lo que dije es que la tendencia de las acciones del gobierno lleva a uno a la conclusión de que Luis Felipe algún día cometerá traición, si es que no la ha cometido ya. Consideremos los hechos. De ellos surge claramente que Luis Felipe es capaz de traicionar a la nación. ¡Por cierto! Recordemos su ascenso al trono. ¿Acaso no preparó desde mucho antes ese ascenso? ¿Acaso no le aseguró repetidas veces a Carlos X que él era su súbdito más fiel? Y luego...

Monsieur Dupont interrumpió:

—¡Su señoría! Le ruego que no continúe el interrogatorio. Admito que lo que Monsieur Galois está diciendo es peligroso para él, pero aun es más peligroso para el rey. Si el examen continúa a lo largo de esta línea, me veré obligado —por más que me desagrade— a añadir mis propias explicaciones. Tengo pruebas, que no dejan lugar a dudas, que el ascenso de Luis Felipe fue preparado desde mucho antes. Tendré que presentar esas pruebas al jurado.

El juez pareció irritado; dijo:

—Tengo el derecho de dirigir la investigación según mi deseo, y puedo hacerle al acusado todas las preguntas que me parezcan convenientes.

Entonces ocurrió algo inesperado.

Monsieur Miller, el fiscal del rey, se levantó y dijo:

—Comparto el criterio del abogado defensor y ruego al presidente que no continúe la investigación en ese terreno.

Cundió el asombro entre el jurado y el auditorio. Monsieur Naudin se volvió hacia los doce hombres:

—El jurado comprenderá las razones por las cuales interrumpo la investigación en este terreno. —Señalando el puñal que estaba sobre la mesa, preguntó—: ¿Por qué llevó ese puñal al banquete?

—Por pura casualidad. Desde que lo compré lo llevo siempre conmigo.

—¿Lo pidió usted de esta forma?

Galois pareció divertido. Sonrió y contestó:

—Sí, señor. ¿No es un precioso instrumento? Con estos puñales los republicanos trinchan pollos y pavos.

El presidente ya tenía suficiente. Dijo:

—Gracias, eso es todo por el momento.

Siguió el desfile de testigos. Los seis primeros eran mozos que testimoniaron acerca del carácter general del banquete.

Fue introducido Monsieur Gustave Drouineau, escritor, condecorado con la cruz de Julio. El juez dijo:

—Levante la mano.

Monsieur Drouineau no levantó la mano y dijo con dignidad:

—¡Señor! Me niego a prestar juramento. El expediente de los procedimientos le habrá mostrado, señor, que no me siento obligado, ni estoy dispuesto a hacerlo, a revelar nada de lo que ocurrió en ese banquete privado. No me propongo desafiar la ley, pero, repito, lo privado del lugar me exime de la obligación de testimoniar.

El presidente explicó con paciencia:

—Todos los que son citados ante el tribunal están obligados a decir cuanto saben, a menos que se hallen comprendidos en una de las categorías exentas por la ley de tal obligación.

Monsieur Drouineau puso la mano izquierda sobre su corazón y dijo:

—Declaro solemnemente que jamás consentiré en prestar testimonio acerca de asuntos que tuvieron lugar en privado. Existe

una ley más sagrada que las escritas en papel perecedero, y ésa es la ley del honor. Los caballeros del jurado me comprenderán.

Era ésta una cuestión importante para el fiscal. Sabía que Monsieur Drouineau era el vecino de Galois en el banquete y que había abandonado el salón indignado después del brindis a Luis Felipe. Su testimonio decidiría si había añadido las palabras "si traiciona". Por ello Monsieur Miller insistió:

—Monsieur Drouineau está obligado a declarar. De lo contrario, será culpable de acuerdo con los artículos 355 y 80 del Código Penal.

La cita de los artículos no atemorizó a Monsieur Drouineau, ni alteró su perfecta calma ni sus excelentes modales cuando dijo:

—Cuando antes me citó el magistrado sumariante fui condenado a una multa debido a que me negué a prestar testimonio. Me parece que en virtud de la máxima *non bis in idem*, no puede hacérseme objeto de un segundo castigo; la ley no puede castigarme dos veces por el mismo delito.

Pero Monsieur Drouineau se equivocaba, como lo supo cuando el presidente, después de deliberar con los otros jueces, lo sentenció a una multa de cien francos.

Después de eso prestaron testimonio otros de los que estuvieron cerca de Galois en el banquete. Sí, todos habían oído distintamente que Galois había dicho:

—A Luis Felipe, si traiciona.

Era ya de noche cuando el fiscal comenzó su discurso con voz declamatoria, con amplios y drásticos ademanes:

—Los republicanos cometieron muchos crímenes abominables. Pero nunca antes de Julio se atrevió un republicano a amenazar la vida del rey legítimo de los franceses. ¡Nunca antes, hasta el 9 de mayo! Ese día Evariste Galois levantó su puñal con el que, como él mismo lo confesó, quería derramar la sangre del rey. Confesó aquí, ante ustedes, miembros del jurado, que deseaba manchar su puñal con la sangre del rey o incitar a otros al mayor crimen que pueda concebir la mente humana. Tuvo el triste coraje de proferir sus amenazas en un lugar público.

"Pero su crimen, por insensato y peligroso que parezca, es peor aún en realidad. Cuando lo interrogó el juez sumariante, el preso

Galois admitió que había dicho 'A Luis Felipe'. Pero hoy cambió de tonada. Pretende ahora que lo que dijo fue: 'A Luis Felipe, si traiciona'. Entonces resulta obvio que mintió antes o que miente ahora. ¿Cuándo mintió? ¿Al juez sumariante o a los miembros del jurado? ¿No es razonable suponer que el acusado, a pesar de su vulgar jactancia, teme la ira del pueblo que expresarán ustedes cuando lo hallen culpable? ¿No es razonable suponer que el temor del juicio de ustedes lo llevó a cambiar su confesión? ¿Cómo podemos explicar de otro modo que después de un mes del infame banquete recuerde mejor que después de una semana? La única conclusión posible es que el acusado les mintió a ustedes, que amenazó la vida del rey con el puñal en alto y con tres palabras: 'A Luis Felipe'.

"¡Caballeros del jurado! Tenemos ante nosotros a uno de los hombres más peligrosos que hayan comparecido ante este tribunal. Entraña un peligro para la vida del rey, a la que se atrevió a amenazar, y también para todos aquellos que desean disfrutar de la paz y libertad que conquistamos en Julio. Y es doblemente peligroso porque tiene instrucción e inteligencia, es ex alumno de la Escuela Normal, de la cual lo expulsaron por su carácter malvado e inmoral.

"¡Miembros del jurado! Sólo si declaran culpable al acusado, sólo si lo sentencian a una larga prisión mostraremos que Francia se preocupa por la seguridad de su rey. El acusado no sólo se atrevió a amenazar al rey. Llegó a decir que el rey de los franceses, que juró obedecer las leyes de Francia, probablemente traicione su juramento. Sólo esto debería convencerlos de que este hombre merece un solo veredicto: ¡culpable! Si ustedes no lo condenan, si ustedes no castigan la mano que levantó el puñal, entregarán ustedes a Francia a la anarquía.

"¡Miembros del jurado! Cumplan su deber con el rey y con Francia. Las leyes de Francia protegen la vida del hombre más humilde. Pero por sobre todo deben proteger al hombre que es rey del pueblo francés. Es privilegio y deber de ustedes mostrar al mundo que la ley reina en Francia y que Francia protege a su rey."

El fiscal enjugó suavemente su frente transpirada con un pañuelo, se sentó y miró en torno indiferentemente. El juez se volvió hacia Galois:

—Acusado Galois, ¿quiere decir algo en su defensa?

—Sí.

—Puede hacerlo.

—Quería corregir algunos errores en que incurrió el fiscal. El fiscal construye una teoría complicada sobre la base de que dije cosas distintas al juez instructor y al jurado. El juez instructor me preguntó si yo había dicho: "A Luis Felipe". Respondí: "Sí". No preguntó si había dicho algo más. ¿Por qué habría de suministrar voluntariamente una información adicional? ¡Si hubiera visto usted la felicidad del juez instructor cuando admití eso! Estaba ahogado por la alegría de haber descubierto a un gran revolucionario. Nada podría haberlo hecho más feliz. Hubiera sido cruel de mi parte dar al traste con su alegría atenuando lo que había dicho y proporcionando voluntariamente una información adicional que no se me pedía. No tenía ánimo para hacerlo. ¿Puede usted censurarme el que no haya querido echarle a perder esa gran alegría?

Algunos de los jurados ahogaron risas. Otros miraban al fiscal, que se mordía los labios. Cuando éste vio que las miradas se dirigían hacia él, improvisó rápidamente un inconvincente bostezo.

—Consideremos el otro argumento del fiscal del rey. ¿Cómo es posible —pregunta— que un rey pueda errar, cómo podemos concebir que un rey pueda faltar a su juramento? Pero, después de todo, nadie es tan infantil o necio para suponer que un rey sea perfecto. Semejantes declaraciones tontas sólo cabe oírlas hoy en día en la sala de un tribunal y sólo de labios de un fiscal. Examinemos el ingenuo argumento un poco más cuidadosamente. Imagínese que hace un año yo hubiera dicho que Carlos X traicionaría. ¿Acaso este fiscal, u otro cualquiera, no hubiera pedido mi cabeza en nombre del rey, que era sabio, perfecto, leal, incapaz de error o traición? Pero si dijera ahora que Carlos X se equivocó, este mismo fiscal público no tendría para mí más que palabras de alabanza y simpatía. ¿Quién puede saber lo que

ocurrirá dentro de un año? Quizá este fiscal, u otro, alabe mi sabiduría de haber previsto la traición de Luis Felipe. El fiscal dijo que soy instruido e inteligente. Siento no poder retribuir el cumplido. ¿Cómo puede alguien instruido en historia sostener el dogma de que los reyes nunca traicionan ni nunca se equivocan? En cuanto a la inteligencia del fiscal...

Con mal disimulada furia, el fiscal se puso en pie.

—¡Su señoría! ¡Protesto!

El presidente se volvió hacia Galois. Su voz era calma y amistosa:

—No debe ofender al fiscal. No le permitiré que siga a lo largo de esa línea.

—Gracias, señor. No continuaré a lo largo de esa línea. Cambiaré mi línea completamente, y trataré de complacer al fiscal en la medida en que pueda hacerlo. Debo hacer por lo menos tanto por el fiscal como lo que hice por el juez instructor. El fiscal intentó convencer a ustedes, miembros del jurado, de que soy uno de los más peligrosos y feroces republicanos, que mi libertad entraña una amenaza constante para el rey y el gobierno. Soy republicano y me enorgullezco de que se me considere tan peligroso para el régimen. Admitiré más. Los últimos meses recorrí las calles de París, siempre armado y dispuesto a suscitar insurrecciones, siempre dispuesto a participar en rebeliones. Sólo por puro accidente ustedes, señores del jurado, me ven aquí por primera vez. Estuve en el Louvre el 21 de diciembre del año pasado. Ustedes, que me acusan, pensaron cuando tomaron el poder que no habría más rebeliones. Pero se equivocaban. Las habrá, y continuará habiéndolas, hasta que ustedes pierdan el poder.

Monsieur Dupont se puso en pie.

—Su señoría, el acusado está perjudicando su propia causa.

El presidente se volvió hacia Galois.

—Monsieur Galois, no puedo permitirle que perjudique su propia causa.

El sonido de la voz de Galois ahogó la del juez.

—Estoy terminando. Se comportan ustedes infantilmente. Han puesto nuestras cabezas en el patíbulo, pero les falta el valor de

dejar caer la cuchilla. Nosotros, los republicanos, sí tenemos fuerza, valor, futuro. La corrupción nunca alcanzará nuestras almas republicanas. Pero ustedes, hombres de la Restauración, son reaccionarios y están corruptos. Nosotros podemos explicar nuestras aspiraciones de un modo que confundiría a nuestros acusadores; nunca volverían entonces a tomar nuestro silencio por aquiescencia.

El presidente interrumpió con firmeza:

—En su propio interés, le prohibo que continúe.

Galois se volvió hacia el juez con súbita calma:

—No importa, señor. He terminado.

Luego habló Monsieur Dupont. No estaba en buena forma. El insensato comportamiento de Galois le había desbaratado su preparada línea de defensa. Discutió largamente la cuestión legal de si un restaurante era o no era un lugar público. "No", arguyó Monsieur Dupont, a lo que el fiscal replicó con un "sí" apoyado por precedentes y la jurisprudencia. De nuevo Monsieur Dupont replicó con un "no" apoyado por otros precedentes.

Luego siguió la síntesis del juez. No era un orador; hasta lo perjudicaba un leve ceceo. Pero sus ojos grises fulguraban con simpatía cuando dijo al final:

—El caso es claro, puesto que el acusado no niega que ofreció el brindis con un ademán que amenazaba la vida del rey. Los testigos confirmaron que dijo: "A Luis Felipe, si traiciona". Al juzgar el caso deben ustedes desterrar de su mente las palabras con que el acusado perjudicó su propia causa. Al juzgar al acusado deben ustedes, y creo que lo harán, tener en cuenta su juventud. Todavía no tiene veinte años. Algunos de ustedes pueden tener o haber tenido hijos de su edad y todos sabrán que el espíritu de rebelión pasa con los años si se lo trata no ya mediante castigos sino por la persuasión y la misericordia. Creo que ustedes pueden y quizá deban tener esto en consideración cuando discutan el veredicto.

El jurado se retiró.

Monsieur Dupont dijo a Galois:

—Puede tener una oportunidad, pero usted empeoró terrible-

mente su caso. Lo que usted dio no fue una prueba de valor sino de locura.

Galois no contestó. Monsieur Dupont añadió, fastidiado:

—Se lo advertí antes. Usted parece creer que el solo jurado puede castigar o liberar. Mi esperanza es que no se vea forzado usted a desengañarse.

Galois continuaba sin contestar.

—Vuelve el jurado.

Oyóse un murmullo de sorpresa. Sólo hacía diez minutos que el jurado había abandonado la sala del tribunal. ¡Se había llegado a un veredicto en diez minutos! ¡Nadie recordaba que algo semejante hubiera ocurrido nunca!

—El acusado es inocente.

Cuando el presidente anunció que el reo quedaba en libertad, Evariste se dirigió hacia la mesa, recogió su puñal, lo cerró y se lo metió en el bolsillo. Luego hizo una reverencia al juez, se volvió noventa grados, se inclinó ante el jurado y salió sin decir palabra.

11: 1831

Monsieur Gisquet, prefecto de policía bajo Casimir Perier, estaba sentado en su oficina. Miraba cohibido a la helada estatua que estaba del otro lado del escritorio y lanzaba violentamente palabras hacia ella esperando encender una chispa de vida en la inmóvil figura.

—Tiene razón, tiene toda la razón, Monsieur Lavoyer. Y usted es el hombre indicado para hacerlo. Veré mañana a Monsieur Perier y le pediré dinero para organizar su trabajo. Sí, Monsieur Lavoyer. El dinero no será ningún problema. Debemos aumentar considerablemente su división. Vuelva pasado mañana, después de que yo haya visto a Monsieur Perier, y estoy seguro de que tendrá el dinero para organizar su trabajo. Luego discutiremos los detalles de organización.

El hombre sentado frente a él bien podía estar muerto. Su delgado rostro no se movió y sus ojos un tanto sesgados no parpadearon. La falta de respuesta excitó a Monsieur Gisquet y su voz aumentó en violencia.

—No tenemos opción. El jurado absolvió a un hombre que admitió que se propone asesinar al rey. Debemos desembarazarnos de estos peligrosos elementos subversivos sin la ayuda de un jurado. Tenemos que taladrar desde dentro y desde fuera. Tiene usted razón. Hemos sido demasiado suaves. Hemos infestado a los republicanos de espías. Espías y más espías, eso es todo. Siempre supimos qué ocurría y quién era el culpable.

Luego llevamos nuestros casos ante un jurado lleno de carlistas y republicanos. Por más que se odien entre sí, trabajan muy bien juntos en un jurado. Saben cómo absolver a los enemigos del rey. Hasta los jueces están en contra de nosotros. Debemos cambiar todo eso. Esos métodos son infantiles. Son un juguete en manos de los republicanos, a quienes les dan una tribuna para que griten a todo París. Han estado engrosando sus filas, seguros de que quedarán impunes. Que esperen un poco. Ya verán."

En su excitación, Monsieur Gisquet olvidó a su visitante. Se levantó, comenzó a andar de uno a otro extremo de la oficina y su voz se alzó; sus ademanes eran tan violentos como si dirigiese la palabra a miles de personas.

—Debemos apartar a sus dirigentes. Debemos introducir el odio y la discordia entre ellos. Tienen que matarse unos a otros en duelos y luchas sangrientas. Algunas balas accidentales matarán entonces a algunos de ellos; nadie sabrá de dónde vienen esas balas ni quién las dispara. Debemos tener mujeres a nuestro servicio, mujeres hermosas, mujeres peligrosas. Plantaremos entre ellos los celos, la infidelidad, la desconfianza, el odio. Y, por Dios, daremos cuenta de nuestros hombres por nosotros mismos, ya que nada obtenemos de los tribunales. Envenenaremos su vida hasta que flaquee su valor.

"Bajo la presión desde fuera, se pudrirán en sus cuevas. Una vez que los dirigentes hayan desaparecido y perdido su autoridad, la muchedumbre se calmará. No habrá nadie que los incite.

Y entonces el poder estará en nuestras manos. Eso es lo que queremos. Eso es lo que debemos hacer y lo que haremos."

Estaba cansado por el estallido de energía. Se sentó y se volvió hacia la figura silenciosa.

—¿Está de acuerdo, Monsieur Lavoyer?

Apenas se movieron los labios de Monsieur Lavoyer cuando respondió:

—Lo que usted acaba de decir, Monsieur Gisquet, es una síntesis muy esquemática del informe que le presenté hace una semana.

Monsieur Gisquet se desinfló súbitamente. Tartamudeó:

—Sí... Desde luego. Lo sé. Tiene razón. Eso es lo que usted escribió —Sin embargo, pronto recobró la confianza en sí mismo—. Sé que es usted el hombre apropiado para hacerlo, pero debo advertirle que todo debe hacerse de modo tal que ni siquiera dentro de cien años nadie sea capaz de descubrir nada. Sin documentos, sin papeles, sin formalidades. Si la oposición llega a descubrirlo, estamos perdidos.

La figura de cera contestó:

—Nunca lo descubrirán.

—Eso es exactamente lo que quería oír de usted. Pero, Monsieur Lavoyer, debo advertirle con toda honradez que si en cualquier momento se descubre algo, me negaré a asumir ninguna responsabilidad. Usted será el responsable de todo. Tendrá usted absoluta libertad. No quiero conocer detalles. Quiero ver, lo mismo que cualquier otro francés, hechos consumados, y deseo preguntarme, como cualquier otro francés, si lo que ocurrió lo fue por premeditación o por accidente. Y como a cualquier otro francés, no debe permitírseme que descubra nada, aun cuando investigue y vuelva a investigar por cien años. No quiero saber nada de todo eso. ¿Está claro, Monsieur Lavoyer?

Monsieur Gisquet rió y miró al hombre sentado frente a él. Su sonrisa se congeló y dijo:

—Le digo todo esto porque soy un hombre honesto y sincero.

Monsieur Lavoyer habló con labios estrechamente apretados.

—Sí. Usted me dice todo eso porque es un hombre honesto y sincero.

El prefecto de policía miró los ojos fríos que estaban frente a él. Se le ocurrió un pensamiento perturbador. Aquellos ojos podían inspirarle, inclusive a él, Monsieur Gisquet, temor y hacerlo sentirse inseguro de sí mismo. Intentó cubrir su embarazo bajo un tono de voz amistoso, personal. Pero percibió en él un matiz de temor. Se preguntó si lo oiría también Monsieur Lavoyer. Este pensamiento hizo el matiz aun más fuerte y más nítido.

—Me pregunto por qué hace usted todo esto. No puede esperar reconocimiento, no puede esperar fama. La suya será la tarea más ingrata, más peligrosa que se pueda emprender en nuestro país.

Monsieur Gisquet aguardó y se preguntó si Monsieur Lavoyer le haría el desaire de no contestarle, y luego si debía insistir o si debía cambiar de tema. Con alivio vio que comenzaban a moverse los labios estrechamente apretados.

—A usted, señor, le agrada tener poder y ser conocido. A mí me agrada tener poder y ser desconocido.

—Sí, ya veo, ya veo. Pero podemos dejar este tema. Le pregunté por el expediente de Galois. ¿Lo tiene usted?

Monsieur Lavoyer señaló el abultado expediente que estaba en el suelo.

—¿Tiene una breve síntesis del caso?

Monsieur Lavoyer abrió el expediente, tomó dos hojas de papel cubiertas con caligrafía clara y se las alcanzó a Monsieur Gisquet.

—Sí, es un placer trabajar con usted. Siempre está todo en perfecto orden.

No hubo ninguna reacción en el rostro de piedra.

—¿Por qué no la lee en voz alta?

Monsieur Lavoyer tomó las dos hojas de papel en la mano. Sus dedos eran alargados, parecían delicados y al mismo tiempo eran fuertes y prensiles. Leyó con voz rápida y monótona:

—"Breve Historia: Evariste Galois. Nacido en Bourg-la-Reine el 25 de octubre de 1811. Su padre, alcalde de Bourg-la-Reine, era liberal con simpatías republicanas. Nunca estuvo comprometido en conspiraciones políticas. La madre es ambiciosa, enérgica y un tanto extraña. Una hermana, veinticuatro años, y un

hermano menor, diecisiete años, ninguno de los cuales se interesa por la política. El padre se suicidó en 1829. Su funeral incitó a los habitantes de Bourg-la-Reine a un tumulto en el que el cura párroco fue herido por una piedra. Evariste Galois fue uno de los que incitaron a los habitantes a este tumulto.

"Fracasó dos veces en el examen para la Escuela Politécnica e ingresó en la Escuela Normal. No tomó parte en la Revolución de Julio pero luchó contra el director, Monsieur Guigniault, el que no había permitido a los estudiantes abandonar el edificio. El 3 de diciembre de 1830 escribió una carta contra Monsieur Guigniault dirigida a la *Gazette des Écoles*. Fue expulsado de la Escuela Normal el 4 de enero de 1831.

"En agosto de 1830 se hizo miembro de la Sociedad de Amigos del Pueblo. Procuró incitar a los miembros y espectadores en una reunión pública de esta sociedad el 17 de setiembre de 1830, merced a un violento discurso y exclamando: ¡Muerte a los ministros! Se incorporó a la Guardia Nacional de Artillería y pasó las noches del 21 y 22 de diciembre de 1830 en el patio del Louvre, tratando de inducir a los artilleros a que entregaran el cañón a la turba. Tomó parte en casi todos los tumultos y disturbios ocurridos en París.

"El 9 de mayo de 1831, en el banquete republicano celebrado en Vendanges de Bourgogne ofreció el brindis 'A Luis Felipe' con un puñal en la mano. Estuvo hasta el 15 de junio en prisión preventiva en Sainte-Pélagie. El 15 de junio fue absuelto por el tribunal, donde atacó violentamente al gobierno. Pretendió que su brindis fue: 'A Luis Felipe, si traiciona' y deseó matar al rey por sí mismo o incitar a otros a tal acto en el caso de que el rey traicionara. Pretendió que es probable que el rey traicione si no lo ha hecho ya.

"Carácter: en sus discursos se muestra o muy calmo e irónico o muy apasionado y violento. Parece ser un genio matemático, aun cuando no esté reconocido por matemáticos profesionales. Dio clases sobre matemática en la librería de Caillot, rue de Sorbonne 5. No se valió de las clases para hacer propaganda republicana. Es uno de los más vehementes republicanos. Muy valiente y fanático. No se le conoce ninguna asociación con mujeres.

Puede ser muy peligroso debido a su audacia. Puede tener gran influencia sobre la gente debido a su fanatismo y a su talento para acuñar gritos de combate. A nuestros hombres les resultará fácil acercarse a él porque generalmente confía en la gente y no tiene experiencia en los asuntos del mundo."

Monsieur Lavoyer terminó y puso prolijamente las dos páginas en el expediente.

Monsieur Gisquet dijo suavemente, como para sí mismo:

—Muy bien hecho, muy bien hecho. —Luego, tamborileando con los dedos sobre la mesa, añadió—: Apropiado para ser uno de sus primeros clientes.

Monsieur Lavoyer contestó con voz monótona, pero con un dejo de tierna ensoñación:

—Sí. Será uno de mis primeros clientes.

VII. SAINTE-PÉLAGIE

1: 14 DE JULIO DE 1831

Hacía cuarenta y dos años que el pueblo de París había tomado por asalto la Bastilla y puesto en picas las cabezas de Delaunay y Flesselles. Era el primer aniversario de la gran Revolución que se celebraría después de la nueva Revolución. ¿Conmemoraría el pueblo su pasado glorioso renovando su lucha eterna? La policía estaba preparada e hizo arrestos preventivos antes del 14. Raspail, entre otros, había sido apresado y alojado en Sainte-Pélagie. Había escritos folletos en que incitaban al pueblo contra el rey.

Galois y Duchâtelet estaban listos para desempeñar su papel aquel día de julio. Habían de conducir a los republicanos desde los Champs Elysées hasta la Place de Grève donde, cuarenta y dos años antes, el pueblo había dado atroz muerte a los defensores de la Bastilla. Allí, en la Place de Grève, plantarían árboles de libertad en memoria de aquella libertad que siempre parecía estar lo bastante cercana para ser ganada hoy y lo bastante lejana para volverse a luchar por ella mañana.

A mediodía Galois y Duchâtelet, ambos vestidos con los uniformes de la licenciada Guardia de Artillería, cruzaron el Pont Neuf, a la cabeza de cincuenta republicanos. A ambos lados del puente había gran cantidad de agentes, oficiales de policía y espías.

Cuando la columna entró en el puente, la policía la observaba, aparentemente con indiferencia. Pero cuando el grupo llegó al medio del puente, Galois vio que un pequeño destacamento de gendarmes bloqueaba la salida de la orilla izquierda del río. El destacamento se mantenía tranquilo. No obstruía activamente el tráfico, pero por su presencia lo obligaba a aminorar la mar-

cha, a cortarlo en dos corrientes estrechas, lo que provocaba una congestión. Enfrentados con este obstáculo estático, uniformado, Galois y Duchâtelet giraron hacia su derecha. La columna de republicanos que encabezaban se extendió en longitud y se estrechó en amplitud a fin de poder pasar por el espacio libre que había entre el destacamento de gendarmes que estaba en el medio del puente y los gendarmes alineados a lo largo de la verja.

El comisario hizo una seña. Cuatro de los gendarmes que estaban junto a la verja dieron un salto para colocarse en el espacio libre que había entre Galois y Duchâtelet y sus hombres. Dos de ellos atacaron a Galois por detrás; aferraron el cuello militar de su uniforme y le inmovilizaron las manos. Luego lo empujaron diestramente hacia la verja y hacia el comisario de policía. Los otros dos gendarmes hicieron lo mismo con Duchâtelet. Simultáneamente, el destacamento uniformado, que hasta entonces había permanecido en calma, cargó contra la columna de republicanos, a la que dispersó en seguida. Todo esto se hizo rápida y hábilmente. Nadie opuso resistencia.

El comisario se volvió hacia Galois y Duchâtelet.

—Usted es Galois y usted es Duchâtelet. Tengo órdenes de arresto contra ustedes. —Luego, a los cuatro policías—: Llévenlos al *dépot.*

Galois sabía exactamente qué esperar. Sólo hacía dos meses que había visitado por primera vez aquel establecimiento. Hoy hasta el escribiente que estaba en la gran habitación se mostró interesado cuando hizo la lista de las posesiones de Galois: un mosquete cargado, una pistola cargada, un puñal.

2: 15 de julio de 1831

Conforme con la ley, todo preso debía comparecer ante el juez dentro de las veinticuatro horas de su detención. Unos veinte minutos antes de este límite, dos guardias entraron en la *pistole* de Galois. Examinaron cuidadosamente las paredes y uno de ellos le dijo al otro:

—No, nada aquí —Luego le mostró unas esposas a Galois, agitándolas de modo que produjeran un leve sonido metálico y dijo—: Si me promete que no tratará de escapar, no se las pondremos. ¿Lo promete?

Galois asintió con un movimento de cabeza. Lo hicieron salir de la celda, entraron en otro edificio, subieron por una escalera de caracol de piedra y dejaron a Galois en una habitación donde estaba sentado, ante una larga mesa y en una cómoda silla, un hombre alto cuya cara gorda aparecía marcada por la viruela. Duchâtelet estaba ante él contestando a sus preguntas mientras el secretario tomaba rápidas notas.

—Parece que no estaba usted satisfecho por la acusación de conspirar contra la seguridad del estado, y por eso cometió un nuevo delito en la celda.

Galois se preguntó qué otro delito podía cometerse en una celda que no fuese matar a las cucurachas o estropear el *gogueneau.*

—En las paredes de su *pistole* dibujó una cabeza en una guillotina y escribió debajo: "Felipe dejará su cabeza en tu altar, ¡oh Libertad!" ¿Es cierto?

—No dibujé una cabeza; dibujé una pera.

—Dibujó una pera. Entonces tendrá que agradecer a sus amigos republicanos el haber dejado suficientemente aclarado que para ellos una pera representa la cabeza del rey. ¿Por qué hizo eso?

—Quise decir lo que dije, ni más ni menos.
¿Qué quiso significar con eso?

—Muy bien, Monsieur Duchâtelet. Le diré por qué lo hizo. Usted creyó que seríamos tan estúpidos que le haríamos caso a su dibujo. —Su voz y su tono eran la misma dulzura—. Usted estudió derecho, ¿no es cierto, Monsieur Duchâtelet? Usted temía que lo acusáramos de un delito menor, de vestir el uniforme de la Guardia de Artillería. Por ese delito menor puede ser condenado por un juez, sin que intervenga el jurado. Ese juez puede sentenciarlo a seis meses. Pero ahora usted comete un gran delito, insulta al rey. Usted cree que de ese modo obtendrá un juicio

por jurados. Desde luego, usted piensa que a nadie le importará el delito menor de lucir ilegalmente un uniforme de artillería. Y un juicio por jurados es lo que usted necesita. Lo convierte en un héroe y le brinda a usted una gran oportunidad de pronunciar discursos y quizá hasta de ser absuelto. Ultimamente los jurados han sido muy suaves con los republicanos. ¿Qué dice usted, Monsieur Duchâtelet? ¿Estoy en lo cierto?

—Como usted dijo, señor, estudié derecho, de modo que sé que puedo abstenerme de contestar a su pregunta.

—Naturalmente. Pero usted incurrió en un error, Monsieur Duchâtelet. Olvidó que puede ser juzgado por lucir uniforme por un juez, y luego por su dibujo subversivo por un jurado. De manera que no evitó ningún peligro, pues ahora afronta dos en lugar de uno solo.

Miró a Duchâtelet benévolamente.

—Y entretanto esperará su juicio en La Force. Se trata, desde luego, de un arresto meramente preventivo.

Continuó sonriendo, firmó algunos papeles y despidió a Duchâtelet.

Le llegó el turno a Galois. Sobre la mesa vio su mosquete, su pistola y su puñal. El juez abrió una carpeta que contenía muchos papeles. Galois miró con orgullo su grosor.

El juez le hizo muchas preguntas: sobre sus padres, su hermano y su hermana, sobre el Louis-le-Grand y sobre la Escuela Normal. Verificó las respuestas mirando los papeles que tenía delante. Luego señaló la exhibición de armas que se veía en la mesa y preguntó:

—¿Por qué lleva todo eso?

—Para defenderme y atacar.

—¿Para defenderse de quién?

—De quienes puedan atacarme.

—¿Quién podría atacarlo?

—Los que siempre atacan al pueblo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir lo que dije.

—¿A quién defendería con esas armas?

—Al pueblo, si se lo atacase, y a mí mismo.

Galois se sentía muy cansado. No había fuego ni ironía en sus respuestas. Su forma parecía seguir automáticamente una pauta preconcebida, tan rígida como una fórmula matemática.

—¿Se habría servido con ese propósito no sólo del mosquete y la pistola sino también del puñal?

—Sí, si fuera necesario.

—¿No cree usted, que es un joven inteligente, que el uso del puñal es mucho más bárbaro y cruel que el de los mosquetes y pistolas?

—Creo que es una cobardía y una estupidez no usar cualquier arma que pueda ser eficaz en una situación de apuro.

—¿Está de acuerdo, por lo tanto, en que sus actos estaban dirigidos contra la seguridad del estado?

—No. Un estado en que tales actos son necesarios y posibles no tiene seguridad.

—Pero, ¿estaba usted dispuesto a valerse de sus armas?

—¿No es obvio?

—Sí, es muy obvio. Ahora, dígame por qué viste el uniforme de un artillero.

—Este no es ya el uniforme de un artillero.

—¿Niega usted que está vestido con el uniforme de un artillero?

—La Guardia de Artillería fue disuelta y por lo tanto el uniforme dejó de ser el uniforme de un artillero.

—Esa es una respuesta tonta, detenido Galois. La Guardia de Artillería fue disuelta y ello significa que nadie puede llevar su uniforme después del día de su disolución.

—No veo la relación.

—Usted no la ve, pero quizá el juez sí la vea. Entretanto, puede meditar sobre este punto de lógica durante su detención preventiva en Sainte-Pèlagie.

El juez sonrió suavemente.

El mismo día el *panier à salade* condujo a Galois a Sainte-Pélagie. Oyó apáticamente los ruidosos saludos.

—Aquí está Galois, nuestro gran científico. Bienvenido, bienvenido de nuevo.

—Sabía que no nos abandonarías por mucho tiempo.

—¡Nos ama! Ha vuelto a nosotros.

Se animó un tanto al ver un pelo rubio y un rostro que conocía bien. Corrió hacia Raspail. Se estrecharon la mano y luego ambos dijeron casi simultáneamente:

—Me alegra que estés aquí, viejo. —Y rieron de su propia estupidez.

3: 25 DE JULIO DE 1831

Ese día Raspail le escribió a una amiga:

Una nueva cantina acaba de abrirse en Sainte-Pélagie para la gente de calidad; un detenido la tiene a su cargo sin licencia, sin permiso y sin impedimento ninguno. Allí lo sirven a uno como en un restaurante o un café. Se puede encontrar en ella todo lo que las regulaciones no permiten en la cantina oficial; el café y el licor corren libremente; el prohibido brandy entra por la puerta de hierro en un par de botas que una mujer trae y lleva todos los días con el pretexto de cambiarles las suelas. El carcelero, que acompaña a Madame hasta la puerta de hierro, toma el olor del brandy por el olor del cuero de Hungría. Y además, ¿cómo podía alguien tener la más leve duda de la veracidad de una linda mujer que cada mañana, antes de venir a la prisión, visita a Monsieurs Parisot, Jefe de la División de Prisiones del departamento del Sena?

La cantina me desespera. Pues nuestros distinguidos bebedores acaban arrastrando allí su nobilísimas almas entre nuestros compañeros jóvenes.

—¡Ven, ven, pobre Evariste! ¡Has de hacerte uno de los nuestros! Toma esta copita como prueba. No se es un ser humano hasta que uno haya tenido una mujer y bebido buen vino.

No aceptar este desafío sería un acto de cobardía. Y nuestro pobre Evariste tiene en su frágil cuerpo tanto coraje que daría su vida por la centésima parte de la más trivial buena acción. Toma la copa valientemente, como Sócrates tomó la copa de cicuta; la bebe de un sorbo, no sin parpadear y haciendo una mueca. Una segunda copa no es más difícil de vaciar que la primera; y después la tercera. El principiante pierde el equilibrio. ¡Triunfo! ¡Victoria! Homenaje al Baco de la cárcel. Ha emborrachado a un alma cándida, que tiene horror por el vino.

Misericordia, misericordia para este hombrecito tan valiente, en cuya frente tres años de estudio grabaron profundamente sesenta años de las

más sabias meditaciones. En nombre de la ciencia y la virtud, ¡dejadlo vivir! Dentro de tres años será el gran matemático Evariste Galois.

Pero la policía no cree que existen científicos con alma pura. ¡Cuán mezquinos aparecerían los secretarios y jefes de departamentos, esos hombres que fueron o pueden ser profesores, devotos y liberales como es debido, si la simiente de este joven científico se esparciera por el suelo de nuestro infortunado país!

No tengo duda, señora, de que Galois le inspiraría a usted un venerable interés. ¡Oh, si él tuviera una hermana como usted, cómo olvidaría a su madre!

El día trece a este muchacho le dijeron que al día siguiente todos los hombres devotos de la causa se aprestarían a defender sus principios con armas en la mano. Replicó: "Allí estaremos mi camarada y yo; creceremos algunas pulgadas", y ambos lucieron un uniforme completo de artillero con armas y equipo. Se recargaron de balas, pólvora, pistolas de todas clases. Y le aseguro que, de haber vuelto de la batalla, Galois no habría llevado consigo ni una onza de sus municiones. Le aseguro que algunos de los cómplices de Galois temían su presencia el 14 de julio tanto como la misma policía; se sintieron más a sus anchas, estoy seguro, cuando se enteraron de que había sido arrestado. ¿Qué no es de temer hoy en día, de un modo u otro, de un hombre virtuoso que planea todos sus actos con precisión matemática?

Galois estaba paseándose un día por el patio de la prisión como un hombre que pertenece a esta tierra sólo a causa de su cuerpo, y que vive sólo por sus pensamientos. Los fanfarrones de la cantina le gritaron desde la ventana:

—¡Eh!, tú, viejo de veinte años. Ni siquiera tienes fuerza para beber, le tienes miedo a la bebida.

Subió las escaleras, avanzó derecho hacia el peligro y vació la botella de un sorbo. Luego la arrojó a la cabeza de su impertinente ofensor. ¡Qué divina justicia si lo hubiera dejado muerto en el sitio! ¡Era una botella de brandy!

Galois bajó las escaleras, derecho y firme sobre sus piernas; el licor no le había pasado todavía del gaznate. Pero, ¡qué infortunio cuando llegó a su estómago! ¡Nunca vi tan rápido trastorno en las costumbres de una pobre criaturita! Se irguió con todo el orgullo de su alma; uno podría haber pensado que crecía de estatura y que iba a consumir en una hora toda la abundancia de fuerza que la naturaleza podía prodigarle durante los veinte años siguientes.

Se aferró a mi brazo como una planta trepadora que busca apoyo y dijo:

—Te estimo muchísimo y en este momento más que nunca. Tú no te emborrachaste, eres serio y amigo de los pobres. Pero, ¿qué está ocurriendo en mi cuerpo? Llevo dos hombres dentro de mí, e infortunadamente puedo adivinar cuál de ellos vencerá al otro. Estoy impaciente por llegar a la meta. Todas las pasiones de mi edad están imbuidas de impaciencia.

Hasta la virtud está mezclada de ella. ¡Mira! No me gusta el licor. Y a una palabra, lo bebo cerrando la nariz y me emborracho. No me gustan las mujeres. Me parece que sólo podría amar a una Tarpeya o a una Graca.

¿Sabes, amigo, lo que me falta? Te lo confío sólo a ti. Alguien a quien pueda amar, y amar con todo mi corazón. Perdí a mi padre y nadie lo reemplazó nunca. ¿Me oyes? ¡Oh, cuán bueno eres al no reírte de mí como harían esos despreciables actores del más bajo melodrama cuyas voces me hacen temblar! ¡En qué pestilente agujero estamos metidos! ¡Si alguien me sacara de aquí!

Puedes imaginarte que por más conmovedor que fuera el lenguaje de esta alma pura, sólo buscaba yo una oportunidad favorable para poner fin a aquello. Lo empujé suavemente hacia la escalera y lo hice subir hasta su cuarto. En ese momento sonó la campana que señalaba el cierre. Mis compañeros de celda respetaron su desgracia y, sin mucho alboroto, las vueltas de llave convinieron en que sólo se cerraría la puerta que daba a la escalera y que la puerta que separaba la celda de nuestro paciente de la nuestra permanecería abierta. Lo pusimos en una de nuestras camas. Pero la fiebre de la intoxicación atormentaba a nuestro desdichado amigo. Caía insensible, sólo para reincorporarse con nueva exaltación, y vaticinaba cosas sublimes que a menudo cierta reticencia volvía ridículas.

—¡Ustedes me desprecian, ustedes que son mis amigos! Tienen razón. Pero yo, el reo, debo suicidarme.

Y lo habría hecho si no hubiéramos corrido hacia él, pues tenía un arma en la mano. Dios se apiadó al fin de sus padecimientos. Su intoxicación estalló en un acceso de vómito que inundó en torrentes el cuarto. Y el infortunado paciente cayó dormido y nosotros, sus buenos camaradas, debíamos reparar el daño. El piso estaba inundado. Nos calzamos zapatos de madera y descargamos pesados golpes sobre la puerta; el silencio respondió a nuestros gritos. Uno de nosotros, más animoso que los demás, comenzó a recoger en el hueco de sus manos las corrientes que seguían las pendientes irregulares en todas direcciones del cuarto y arrojarlas en el *goguenau*. Fregamos el resto lo mejor que pudimos con los utensilios de que disponíamos. Pusimos la inmundicia en el cuarto del paciente y a éste en el nuestro. Y la mañana siguiente la Ciencia y la Libertad habían recobrado a su más digno adepto. Nuestro joven camarada había vuelto a ganar nuestra estima y el hombre enfermo nuestro olvido. ¡Infortunado joven! Para salvarse de las acechanzas que lo aguardan en cada uno de los recodos de su sobresaliente carrera, sólo necesita un poco de desconfianza. Pero la naturaleza no concede esta cualidad. Sólo podemos lograrla, para nuestro detrimento, de nuestros tratos con hombres. ¡Oh, sociedad! He aquí el dilema que impones: ¡ser juguete del malo o perder toda creencia en la bondad! Pero hay algunos seres a quienes sus ángeles de la guarda los alejan de esta tierra en el momento en que sus ojos perciben el fin de este sofisma inexorable de nuestras falsas instituciones.

4: 2 DE AGOSTO DE 1831

Ese día Raspail escribió a su amiga:

Desde la última vez que le escribí, señora, ocurrieron importantes acontecimientos en este pequeño rincón donde nos confina la ley. Hemos celebrado el aniversario de nuestros tres días gloriosos. Por un tiempo pareció que el aniversario sería el de tres días de duelo.

El 27 de julio los presos de Sainte-Pélagie fueron invitados a una misa en memoria de los caídos en Julio. Si hubiéramos destruido el catafalco ese santo día, posiblemente habrían castigado el desmán como un sacrilegio. Y esta palabra habría sido eficaz, pues París honra aún a esos ilustres muertos como a santos. Hubiera aplaudido al fiscal público que, por medio de ese odioso epíteto, habría pretendido que desbarató un intento de profanar la memoria de sus más esforzados hijos.

Cuando salíamos de la misa, dos o tres voces de la multitud gritaron súbitamente que el lamentable catafalco debía destruirse; que era un insulto a la memoria de nuestra gloriosa Revolución. Durante los años últimos nuestro gobierno insultó tan a menudo esta memoria que apenas puede decirse una palabra sobre ella que no parezca un insulto. Y de no haber sido por dos o tres cabezas firmes esparcidas entre la multitud, aquello se habría llevado a cabo tanto más fácilmente cuanto que los carceleros, por razones que sólo ellos conocían, se preocupaban poco por vigilar. La prudencia no estriba en combatir un mal pensamiento directamente sino en sustituirlo por otro pensamiento nuevo e inofensivo. Esto fue hecho con tal habilidad que los instigadores pudieron enorgullecerse de la sabiduría con que habían consumado el hecho En lugar de destruir el catafalco, lo transportaron al patio de modo que pudiera estar allí tres días como objeto de duelo que impusiera silencio respetuoso en nombre de las más piadosas penas y de las más santas aflicciones.

Llegó el día veintinueve sin que se produjera el mínimo incidente. Oyóse la campana que anunciaba la hora del cierre, y no se producía la esperada rebelión.

¡Bang! Disparóse un tiro en el preciso momento en que se acababan de cerrar las puertas de las celdas. Oímos gritos:

—¡Socorro! ¡Asesinato!

Repetidos golpes sacudieron las puertas de varias celdas. El tintineo de llaves nos indicaba que los carceleros habían vuelto a bajar acompañados de dos o tres presos exasperados por el dolor y la indignación. Después de esto, reinó profundo silencio durante toda la noche. Usted comprende, señora, qué pensamientos se nos habrán ocurrido a todos nosotros que teníamos que esperar doce horas antes de poder comunicarnos y descubrir la fuente de ese hecho inhabitual.

Cuando se abrieron las puertas, de cada celda y cada recinto salieron presos al patio, desde donde aquel torrente humano, a pesar de los esfuerzos de los carceleros, invadió la oficina del escribiente y la del superintendente. Este funcionario, horrorizado y nervioso, habría sido sofocado entre los brazos de los presos exasperados de no ser por la oportuna intervención del inspector general y otros consejeros que aparecieron a tiempo.

—¿Quieren asesinarnos, entonces, indefensos y uno por uno?

Los presos gritaron esta pregunta con esa unanimidad de expresión que muestra una multitud cuando está excitada por la misma pasión.

Los altos funcionarios de la policía contestaron con ese tono oficial parco que cubre al verdugo cuando invita al reo a colocar la cabeza en la gillotina.

—No, ésa no es la intención de la administración. No pensamos asesinarlos.

—Y entonces, ¿dónde están los tres presos que faltan?

—¡En la mazmorra!

¿Qué hicieron para merecer la mazmorra?

—¡Vociferaron y se quejaron insolentemente!

—¡Insolentemente! ¿Cómo puede ser uno insolente con gentes como ustedes? ¿De qué se quejaban?

—Uno de ellos dijo que había recibido un tiro en la cara y el otro confirmó el hecho.

—¿Es cierto?

—Sí, claro está.

—¿Y sabe quién es el culpable?

—Lo sospechamos.

—¿Y no está en la mazmorra?

—La justicia está investigando.

—¿Por qué no prescinde de esa frase de la que hasta los patanes se ríen? ¡La justicia está investigando! ¡Por cierto! No nos hable de justicia. Arrojó sin ella a nuestros amigos a las mazmorras, porque está muy ocupada investigando. ¿Cómo no apresó ya a la persona culpable de ese crimen atroz, atroz por el contenido y por la forma?

—Aún tenemos dudas.

La voz de un hombre del pueblo rugió:

—¡Mienten, soplones! Lo vi todo y lo sé todo. Y si no pedí ir abajo anoche, fué porque sabía que, con un filisteo como este astuto superintendente, era preferible que me mantuviera tranquilo para poder ser testigo el día siguiente. ¿No lo ven cómo empalidece y se pone nervioso? Este protector de asesinos sabe que voy a decir la verdad.

El superintendente tartamudeó:

—No temo nada.

—No, pero está temblando. Usted quiere decir que no se arrepiente de nada y que obedecía órdenes. He aquí los hechos. Ocupo el cuarto que está bajo el techo del pabellón de baño. Nos disponíamos a acostarnos tranquilamente. El que ocupa la cama situada entre dos aberturas tenía el rostro frente a la ventana mientras se desvestía y tarareaba una tonada.

En ese momento fue disparado un tiro desde la buhardilla de enfrente. Creímos que nuestro camarada estaba muerto, pero sólo estaba inconsciente. Como no sabíamos de dónde venía el tiro, ni cuán grave era la herida, pedimos auxilio. Pues en un cuarto abierto a todos lados por seis ventanas, cualquier tiro bien apuntado habría abatido a su hombre. Ya saben qué auxilio nos dieron. Pero deben saber también quién es la persona culpable de este crimen.

—Tenemos nuestras dudas sobre eso.

—Lo sacaré de dudas. El hombre que disparó el tiro se aloja en la buhardilla. Aún está allí. Mande a buscarlo.

—No tenemos derecho a hacer eso.

—¿Por qué no? Es un carcelero que ayer y anteayer vigilaba nuestra puerta.

—¿Uno de nuestros carceleros?

La exasperada multitud gritó:

—Sí, uno de sus carceleros. Se aloja en la buhardilla de la rue du Puits-de l'Ermite. Usted lo sabe muy bien. Y si quiere comprobarlo, cualquiera de nosotros lo puede llevar allí inmediatamente.

—No tenemos órdenes.

—¿Qué? ¿No tiene órdenes para prender al culpable? ¿Y arroja a la mazmorra a la víctima de esta vergonzosa trampa y a los testigos de ella? Puede parecer insolente decir que la administración paga a carceleros para asesinar a presos. Pero, ¿qué si esta afirmación insolente es cierta? Y doy testimonio de que no se les puede culpar de ninguna otra insolencia a los que fueron arrojados en la mazmorra. El joven Galois no alzó la voz, usted lo sabe muy bien; mantiene su calma de matemático cuando habla con usted.

—¡Galois en la mazmorra! ¡Ah, los bastardos! Le tienen inquina a nuestro pequeño científico.

—Claro que le tienen inquina. Lo embaucan como víboras. Lo atraen a toda especie de trampas imaginables. Y también desean que se produzca una sublevación.

—La tendrán y podrán asesinarnos a todos nosotros. Es preferible morir juntos que permitir que nos abatan uno a uno como a palomas. ¡Abajo los espías de la policía! ¡Salgan de aquí, asesinos! ¡La prisión es nuestra! ¡La convertiremos en nuestra fortaleza! ¡Adelante!

Ante estos gritos, que aún resuenan en mis oídos, era de ver, señora, cómo todos aquellos representantes de la autoridad pusieron pies en polvorosa y con qué rapidez aquellas puertas, antes tan pesadas, giraron sobre sus goznes todas al mismo tiempo.

Los presos cerraron las puertas tras los carceleros. Las mesas y escritorios sirvieron para alzar barricadas en las puertas y ventanas. Cadenas de hierro se arrollaron en torno de la verja del patio para formar un vallado que sólo podía ser vulnerado con una lima. Y ahora que un levantamiento era proclamado por los presos políticos, los pilletes recobraron la libertad.

Podían haber escapado de la prisión, pero no pensaban hacerlo. Se enrolaban, decían, al servicio de la libertad. La rapidez con que estos ratoncitos comenzaron a roer los eslabones de hierro de la ratonera que a los adultos les había costado tanto sacudir está aun más allá de mi comprensión. Las rejas de hierro se retorcieron y rompieron entre sus deditos como tubos de vidrio. Los pasamanos de la escalera desaparecieron sin ruido de la planta baja al quinto piso y se fundieron ante nuestros ojos como en un enorme crisol. Y un cuarto de hora después no quedaba rastro de ellos. ¿Adónde había ido a parar todo el hierro con que quince minutos antes había estado erizada la prisión? Adivínelo usted. Registramos todos los rincones del edificio, pero no encontramos ni un trozo de él aun cuando nada había sido llevado fuera. Y estos monitos oían con la mayor indiferencia las varias preguntas que los presos se hacían entre sí relativas a esta cuestión.

Sea lo que fuere, el día transcurrió en preparativos de defensa en una atmósfera de lo más apacible. La prisión no tenía vigilancia, pero nunca estuvo más tranquila. Nunca el orden había reinado tan completamente en aquella sociedad de hombres a los que nuestra excelente ley persigue como partidarios del desorden. Es curioso ver cómo los hombres viven en paz tan pronto como no tienen amos. Los amos sostienen precisamente lo contrario, pero mienten, señora, puede usted estar segura de ello.

Desde la mañana hasta la noche continuamos siendo los dueños del edificio, de las oficinas, del registro, de los departamentos, de la cantina. Cuando levante de nuevo el inventario, le puedo asegurar que no le faltará ni una copita al cantinero. Teníamos las llaves, inclusive la gran llave de la puerta que comunica con el cuarto de detención. Los niños tomaron posesión de él y remedaron al aterrorizado carcelero cuando huía.

Sin duda la administración, reunida en consejo, no estaba esperando con los brazos cruzados el desarrollo de los sucesos. Pero por cierto no se nos hizo ninguna exhortación. Y no se ordenó a ningún batallón de la Guardia Nacional que nos sitiara.

Un espíritu de revolución reinaba entre los presos. Había gran ánimo y devoción por la causa común. El antiguo oficial que estaba entre nosotros imitaba el paso de Napoleón en el patio, con la vista fija frente a él y las manos tomadas a la espalda. No puede imaginar el placer que uno siente al liberarse del mal ni cuán libres y livianos se vuelven nuestros corazones tan pronto como tenemos motivos para creernos rodeados por amigos.

Confesaré mi puerilidad: nunca se me había presentado a una luz más atractiva la resistencia a la injusticia. Y cuando al atardecer en el pavimento de las calles vecinas comenzó a oírse el galope de la caballería que apareció formando escuadrones, y cuando sobre el ruido que producían las culatas de los infantes nos llegaron las palabras: "¡Alto y fusiles en tierra!", comprendí la sublime impaciencia de Job del trémulo atacante cuando siente el olor de la batalla con sus ardientes fosas nasales. Oh, ¿quién me dará la oportunidad de luchar por una buena causa, codo con codo con hombres de quienes esté seguro de que no son espías?

Súbitamente se abrió el gran portón y un numeroso grupo de consejeros de la Prefectura apareció para entrar en negociaciones.

Los presos les preguntaron:

—¿Está aquí el Prefecto?

—Sólo vendrá muy tarde. Está en un baile de la corte.

—¡En un baile de la corte en momentos como éstos! ¡Qué raros son en la corte, que danzan mientras tantos desdichados están padeciendo y en rebelión! Pues bien, vaya y recuérdele entonces que su lugar no está allí; dígale que los presos desean hablar con él.

—Tenemos la misma autoridad que él y lo representamos; vuelvan al orden, o de lo contrario...

—¿O de lo contrario?

A estas palabras vi que la multitud de asombreros y fajas tricolor retrocedió de un salto a la calle. La propia autoridad, muy comprometida, vociferó mientras tosía, estornudaba y soplaba por la nariz:

—¡Guardias, guardias! ¡Socorro!

Y los guardias, con bayonetas caladas, cargaron en grupos contra el portón. Los presos gritaban:

—Ese es un buen lugar para acogotarlos. Todo lo que tienen que hacer es quedarse tranquilamente donde están. No teman. No comenzaremos si ustedes no lo hacen.

Y una vez más la prisión cobró el aire de calma que había tenido todo aquel día, como si un ejército de sitiadores no estuviera esperando a la puerta la orden de comenzar el asalto. Era una de esas hermosas noches de verano, en que a uno le agrada estar a la sombra como si fuese de día. Nuestros pilletes, excitados por lo que había ocurrido, comenzaron a cantar himnos con ritmo y armonía. Su maestro de música marcaba el compas. Aquellos pequeños proscriptos de la sociedad cantaron con sus voces de cisne y saludaron la noche, que les llegaba a su cárcel en alas de una leve brisa junto con una estrella más, una estrella fugaz que brilla en el presente y se pierde en el futuro: ¡la Libertad!

Prestamos oído tan atento a las voces de aquellos encantadores niños que olvidamos las circunstancias extrañas y difíciles que nos habían reunido a hora tan tardía frente a nuestras celdas y libres de la vigilancia de nuestros carceleros. Sin embargo, aquellos de nosotros que eran menos accesibles a los encantos del lenguaje musical pudieron advertir, rondando en torno del grupo, ciertas figuras conocidas que siempre habían despertado en nosotros las más graves sospechas. Con un poco más de esa desconfianza que el hombre prudente debe mantener siempre en tiempos de revolución, habríamos visto que esas sombras dirigían sus pasos hacia las puertas de la verja para sacudir sus cadenas.

Súbitamente el grito de "¡Adelante!" interrumpió el nocturno. Las puertas de hierro que habíamos obstruido con tanta habilidad se abrieron como por arte de magia. La infantería entró en el patio con bayonetas caladas. Nuestros revoltosos huyeron hacia los pisos superiores. Hasta el sombrero

de Napoleón se dio vuelta completamente por primera vez en su gloriosa carrera. El enemigo estaba barriendo completamente el patio a paso de carrera cuando de pronto lo vimos retroceder como un viajero, sin temor hasta entonces, que acaba de pisar la cola de una serpiente.

El camino hacia la victoria estaba bloqueado por una doble fila de pilletes, la primera formada por los más chicos, la segunda por los más altos, armados con esas mismas barras de hierro que habíamos buscado en vano todo el día. Aquellos diablillos las habían conservado en los pantalones hasta el momento favorable. Y ninguno de sus movimientos, ninguna de sus provocaciones, ninguna de sus cabriolas se habían visto impedidas para nada por las duras barras de hierro que llevaban bajo sus ropas. Los vimos blandir sus armas con un vigor que no dejaba ninguna duda de que la sangre correría como en un campo de batalla de no haber el comisionado policial decidido prudentemente capitular y de no haber los presos en quienes aquellos indomables liliputienses habían depositado su confianza aceptado el ofrecimiento de capitulacaón.

La primera fila ya se había preparado para arrojar las barras de hierro al rostro de los guardias y luego para meterse entre las piernas de quienes quedaron en pie y hacerlos caer de espaldas. Entretanto, la segunda fila habría luchado valiéndose de sus armas como espadas para completar el trabajo de los más chicos.

No se ría de lo que digo. Lo que le cuento es todo lo serio que puede ser, nadie se sentía en el campo de batalla con ánimo de reír. Pero aun cuando la rebelión hubiera sido sofocada en el patio de la cárcel, todavía tenía posibilidad de triunfo en los pisos superiores. Una vez abierta la puerta del cuarto de detención con la llave que teníamos, hubiéramos encendido una hoguera con todos los colchones de la prisión que habría protegido la retirada de los insurgentes. El desorden de ello resultante habría hecho fácil nuestra fuga y el desencantado triunfador sólo habría conquistado varios muros ennegrecidos.

La capitulación era honrosa para los más jóvenes. No se les tocó ni un pelo. A los presos se les dieron garantías de que los volverían a ver cuando amaneciera. La lección le costó a la administración más que lo que nabía calculado. Ni veinte mil francos indemnizarían los estragos. Sin duda se vengará. Pero en fin de cuentas el poder quedó en manos de los justos y en contra de la fuerza bruta y el maquiavelismo de los astutos. ¡El orden reina en Sainte-Pélagie! Los presos saben cómo mantenerlo a pesar de estar en la cárcel. La prisión se ha convertido en un mundo patas arriba; la gente que la gobierna es la que fue encarcelada por la administración que llegó al poder a través de la Revolución de julio.

5: 1831

Galois se pasó el 30 de julio en una mazmorra, una oscura y pequeña celda cerrada por pesadas puertas. Echado en la dura cama, trató de recordar objetivamente los acontecimientos que lo habían llevado allí.

Cuatro presos había en su celda. Era una buena celda, cómoda, con seis ventanas, muy conveniente para práctica de tiro desde la buhardilla situada del otro lado de la rue du Puits-de-l'Ermite. Se estaban desvistiendo cuando oyó un tiro y vio que la pared enfrentada a la ventana quedaba agujereada por una bala que había pasado entre él y su compañero, que entonces se desvaneció. Galois estaba seguro de que el proyectil iba dirigido a su propia cabeza.

Los gritos de los presos atrajeron a tres carceleros y al superintendente. Este importante funcionario no se preocupó por echar una mirada al preso que se había desvanecido. Sólo miró a Galois, quien podía jurar haber visto esta serie de emociones en el rostro del superintendente: estupor, desencanto, furia, cólera salvaje.

Luego el alto funcionario alzó el puño y gritó a Galois·

—Usted disparó contra su compañero. Usted quiere asesinar a alguien, no le importa quién sea. Le haré ver... Usted...

Galois había permanecido tranquilo; estaba demasiado furioso para no mostrar calma. Se habría comportado de modo distinto si hubiera tenido sus armas. Uno de los presos yacía inconsciente en el suelo y el otro estaba sentado en silencio en la cama.

Valientemente el tercero dio un salto hacia el superintendente y exclamó:

—Usted trata de matarnos y acusa a otros.

El hombre inconsciente que estaba en el suelo dio el primer signo de vida largándole una patada a uno de los carceleros.

El superintendente señaló a Galois, luego al hombre postrado en el suelo, luego al preso que había saltado hacia él y ordenó:

—Lleven a estos tres a la mazmorra.

Habían dejado a un preso en la celda, el que estaba sentado

en silencio en la cama. Galois sonrió con satisfacción. Habían cometido un error. Sabía que aquel preso que se había comportado con tanta calma era valeroso y prudente. No era difícil adivinar la razón por la que se había mantenido tranquilo.

"¿A quién le estaba destinada la bala?"

Debía hablar de ello con Raspail. El le diría lo que sospechaba: que la bala le estaba destinada a él mismo.

Interrumpieron sus pensamiento fuertes golpes a la puerta.

—Estalló una revolución en Sainte-Pélagie. Hemos tomado posesión de la cárcel. Espera. Abriremos tu puerta y estarás libre.

Le refirieron a gritos la historia de la rebelión y luego echaron a correr en busca de mayor excitación, no sin antes prometerle que volverían para echar abajo la puerta. Pero no volvieron.

Pensó en que un año antes había quedado encerrado en la Escuela Preparatoria mientras la victoriosa Revolución se paseaba por París. Y hoy estaba en una mazmorra mientras una revolución victoriosa se paseaba por Sainte-Pélagie.

"¡Qué progreso... y todo él alcanzado en un año! De la escuela a Sainte-Pélagie. Mi papel es el mismo, siempre el mismo, permanecer preso, inactivo. Pero al menos hoy soy uno de los que provocaron la revolución. ¡Qué hazaña, qué tremenda hazaña! Los presos se rebelaron para salvarme de la mazmorra."

Pero en el calor de la lucha los presos olvidaron a aquellos por cuya liberación habían iniciado la batalla. Sólo un día después Galois y sus dos compañeros fueron liberados de sus celdas solitarias por las autoridades legales de la prisión.

A menudo recordaba la bala que había sido disparada contra su celda. Le avergonzaba comunicar a Raspail sus temores y sospechas. ¿Era él lo bastante importante para ser blanco de una bala que le estuviera especialmente destinada por obra de una intrincada conspiración? Aquello sonaba demasiado fantástico y demasiado presuntuoso. Pero entonces recordó las advertencias que le había hecho Monsieur Dupont, su abogado. Y aun cuando esas sospechas estuvieran justificadas, ¿acaso podía probar algo? ¿No era obvio acaso que el hombre que había disparado el tiro diría que lo había hecho accidentalmente mientras

limpiaba el revólver? Y además, a medida que pasaban los días se sentía más cansado y más indiferente hacia el mundo que lo rodeaba.

En octubre Galois recibió una carta que había venido esperando más de dos años, una carta que llevaba el sello del Instituto. Al fin había llegado a su destinatario, alojado ahora en Sainte-Pélagie. El sobre era grande y grueso. Lo abrió, afectando calma y desinterés. Contenía su monografía y una carta del secretario de la Academia:

Estimado Monsieur Galois:

Su monografía fue enviada a Monsieur Poisson, a fin de que dictamine sobre ella como árbitro. Nos la ha devuelto con un informe, del cual citamos: "Hemos hecho todos los esfuerzos posibles para comprender las demostraciones de Monsieur Galois. Su argumentación no es suficientemente clara ni está lo suficientemente desarrollada para permitirnos juzgar su rigor; ni siquiera nos es posible dar una idea de esta monografía.

El autor pretende que las proposiciones contenidas en su manuscrito forman parte de una teoría general que tiene fecundas aplicaciones. Con frecuencia partes diferentes de una teoría se esclarecen entre sí y pueden comprenderse más fácilmente cuando se las considera juntas que cuando se las considera aisladamente. Por lo tanto, debemos esperar, antes de emitir una opinión definitiva, que el autor publique una versión más completa de su obra".

Por esta razón le devolvemos su manuscrito con la esperanza de que halle las observaciones de Monsieur Poisson útiles en su tarea futura.

La carta estaba firmada por François Arago, secretario de la Academia.

Galois fue desde el patio a su celda. No había nadie allí. Volvió a leer la carta con la boca torcida en una mueca de desdén. Rompió la carta en cuatro pedazos, y éstos en pedazos cada vez más pequeños. Luego los estrujó en un puño abrió el *gogueneau* con la otra mano y, conteniendo la respiración, los dejó caer allí. Luego cerró el *gogueneau,* se alejó de él hacia la ventana e inspiró profundamente.

Miró su monografía rechazada. Sí, era la misma que había

enviado a la academia diez meses antes. En lo alto de la primera página alguien había escrito: "Monsieur Lacroix, Monsieur Poisson, commissaires". Miró el comentario escrito con lápiz en el margen de la tercera página: "La demostración de este lema no es suficiente. Pero el lema es válido de acuerdo con la monografía de Lagrange Nº 100, Berlín 1775."

Su cabeza era un torbellino de pensamientos desordenados que acabaron por cristalizar en desprecio y odio.

"¡No comprendieron nada! Y todo lo que les pedí era que leyesen estas pocas páginas atentamente. Sí, son difíciles. Pero si hubiera escrito todo un libro, estos tontos académicos habrían dicho que es demasiado largo y que no tienen tiempo para leerlo. Hombres pequeños. Ya sabrán de mí. Debo dar a conocer los resultados que he obtenido. Quizá alguien los lea; quizá alguien entienda.

"Y debo decirle al mundo cómo me trataron esos hombres. Que las generaciones futuras juzguen entre Poisson y Galois, entre la Academia y yo. Deben ser castigados por lo que me hicieron. Desde aquí, desde Sainte-Pélagie donde me castiga un régimen cruel y estúpido, castigaré a todos esos hombres vanos, presumidos y satisfechos por haber hecho avanzar a la matemática un pasito tan corto que todos pueden medir y comprender lo que han hecho."

Se le ocurrió una idea y se fue excitando mientras le daba forma de plan concreto. Ahí tenía una monografía rechazada por la Academia. Entre sus manuscritos tenía una segunda monografía sobre la teoría de las ecuaciones, casi terminada. Sería fácil volver a escribirla y completarla, por cuanto todos los resultados estaban claros en su mente. Haría conocer esas dos monografías que daban la solución del problema central del álgebra y contenían resultados de la naturaleza más fundamental. ¡Él sabía su importancia! ¡Él mismo las imprimiría en un opúsculo! No costaría mucho. ¡Sólo las dos monografías y la introducción! ¡La introducción! La introducción debía ser de tal naturaleza que todos, inclusive Cauchy, Poisson y los examinadores de la Escuela Politécnica se vieran obligados a leerla, si bien con escaso placer.

¿A quién le enviaría el opúsculo? Imaginaba un montón de ejemplares que yacían en su mesa; debían parecerse a los folletos de la Sociedad de los Amigos del Pueblo, pero las páginas iniciales debían ser más atractivas y las tapas debían ser rojas. Los distribuiría por todo el mundo. Haría una lista. Escribió los nombres de Gauss, Jacobi, los nombres de importantes matemáticos franceses, Lacroix, Poisson, Cauchy. Que se enteren que no desalentaron a Evariste Galois. Que lean la introducción, que se sonrojen y avergüencen de las cosas desvergonzadas que hicieron. Luego escribió los nombres de sus maestros: Vernier, Richard, Leroy. Enviaría algunos ejemplares a instituciones. ¡Naturalmente! No olvidaría la Escuela Normal. Monsieur Guigniault debía tener el opúsculo de Galois en su biblioteca. Que lea la introducción. Y desde luego enviaría un ejemplar con sus saludos a la Escuela Politécnica. ¡Y un ejemplar al Instituto! Le gustó la lista. Y ahora, la introducción. Dentro de pocos días todo estaría listo para la impresión. Le pediría a Chevalier que concertara los arreglos. A su amigo le encantaría hacerlo.

Evariste escribió el título:

DOS MONOGRAFÍAS SOBRE ANÁLISIS PURO

por

Evariste Galois

PREFACIO

Pensó: "¿Cómo comenzaré? ¿Algún otro escribió a los veinte años una monografía tan importante como la mía? Es cierto que cuando Gauss escribió sus *Disquisitiones* tenía apenas más edad que yo. Pero, ¿cómo se lo trató?... ¿y cómo se me trata a mí? Recuerdo la primera página de *Disquisitiones,* en que agradece a su protector, el duque de Brunswick, en grandes letras. Gauss tenía su benefactor. Pero, ¿quién me ayudó a mí? No quiero ayuda. Ojalá tuviera enemigos que se opongan a mi obra, la discutan, intenten refutarla. ¡No! ¡Es mucho peor! La indife-

rencia, el vacío, el silencio es lo que me espera. Nadie comprende ni nadie trata de comprender mi obra."

Evariste escribió la introducción. La ira y el escarnio dirigían su pluma. A una extraordinaria velocidad lanzó palabras y frases, tachando algunas, reemplazando otras, y no tardó en cubrir la página de letra irregular, densa y desordenada. Así escribió el prefacio:

Ante todo advertirán que la segunda página de esta obra no está atestada de apellidos, nombres de pila, títulos, honores ni elogia a algún príncipe mezquino cuya bolsa se haya abierto ante el humo del incienso para amenazar cerrarse tan pronto como el incensario quedara vacío. Tampoco verán en letras enormes que haya tributado respetuoso homenaje a alguna figura de la ciencia altamente conceptuada, o a algún sabio protector, cosas que se consideran indispensables (iba a decir inevitables) para todo el que desee escribir a los veinte años. A nadie le digo que debo algo que haya de valor en mi obra a su consejo o aliento. Y no lo digo porque sería una mentira. Juro que nada tengo que agradecer a los importantes del mundo o de la ciencia.

Les debo a los hombres importantes de la ciencia el que la primera de las dos monografías contenidas en esta obra aparezca muy tarde. Les debo a los hombres importantes del mundo el que todo esto lo escribí en la prisión, una morada difícilmente adecuada para la meditación y donde a menudo me sentí pasmado por mi propia indiferencia que me llevaba a permanecer con la boca cerrada frente a mis críticos estúpidos, ignorantes, desdeñosos. La causa de mi estada en la prisión nada tiene que ver con el tema que ahora trato. (El autor es republicano y miembro de la Sociedad de los Amigos del Pueblo. Mostró con un gesto que el regicidio puede ser deseable.) Pero debo decir cómo los manuscritos se extravían muy frecuentemente en los portafolios de los caballeros del Instituto, si bien apenas puedo concebir tal distracción en quienes ya tienen la muerte de Abel sobre su conciencia. Me bastará, ya que no debo compararme con ese celebrado matemático, decir que mi monografía sobre la teoría de las ecuaciones fue enviada a la Academia en febrero de 1830 (en forma menos completa en 1829), que nada supe luego de esos manuscritos, y que me fue imposible recobrarlos. Quizá haya dicho demasiado, pero desaba explicar al lector por qué me era absolutamente imposible embellecer o desfigurar mi obra con una dedicatoria.

En segundo lugar, los dos tratados son breves. Hay por lo menos en ellos tanta álgebra como francés. De estas acusaciones me confieso culpable. Pude haber aumentado el número de ecuaciones sustituyendo sucesivamente todas las letras del alfabeto en cada ecuación, numerándolas en orden.

Esto habría multiplicado indefinidamente el número de ecuaciones, si se reflexiona que después del alfabeto latino está también el alfabeto griego y, si éstos se agotan, nada nos impide utilizar letras arábigas y, en caso necesario, ¡chinas! Habría sido extremadamente fácil cambiar cada frase diez veces, teniendo la precaución de preceder cada cambio por una palabra solemne: *teorema;* llegar a resultados mediante *nuestro análisis* al viejo modo de Euclides; hacer preceder y seguir cada proposición por una serie formidable de ejemplos especiales. ¡Y decir que, de tantos métodos, no he sido capaz de elegir ni uno solo!

En tercer lugar, debe admitirse que el ojo de un maestro vio la primera de las dos monografías impresas aquí. Un extracto enviado a la Academia en 1831 fue sometido al examen de M. Poisson, que dijo no entender nada de él. A mis ojos presuntuosos esto prueba, simplemente, que M. Poisson o no quería o no podía comprender mi obra. Pero por cierto probaría a los ojos del público que mi libro carece de sentido.

Por ello tengo infinidad de razones para creer que el mundo científico recibirá la obra que someto ahora al público con una sonrisa de compasión; que los más indulgentes la tildarán de disparatada; y que por algún tiempo se me comparará con aquellos hombres incansables que año tras año encuentran la cuadratura del círculo. Tendré que soportar especialmente las risas salvajes de los examinadores de la Escuela Politécnica que, habiendo monopolizado la impresión de libros de texto de matemáticas, alzarán las cejas porque un joven dos veces aplazado por ellos tiene la pretensión de escribir no ya un manual sino un tratado. (De paso: me sorprende mucho que los examinadores no ocupen, todos ellos, sillones en la Academia, por cuanto su lugar no está por cierto en la posteridad.)

He dicho todo lo que antecede para probar que me expongo, consciente de lo que hago, al escarnio de los necios.

Si, a pesar de todo, publico los frutos de mis esfuerzos con tan poca esperanza de que se me comprenda, lo hago para que los amigos que hallé en el mundo antes de ser sepultado bajo llave, sepan que aún estoy vivo, y también acaso con la esperanza que mi obra caiga en manos de hombres a quienes una estúpida arrogancia no los disuadirá de leerla y que puede orientarlos por el nuevo camino que, en mi opinión, debe tomar el análisis.

Quede entendido que estoy hablando del análisis puro.

A medida que nuevas páginas quedaban cubiertas con su letra rápida, nerviosa, iba sintiendo un creciente alivio. Ésa era la respuesta al juicio de Poisson sobre su obra. Ahora la mano y la mente dirigían la pluma. Recobró la calma y el dominio de sí propio al escribir sobre matemática, sobre análisis, sobre

la importancia de la elegancia y la sencillez y sobre el futuro desarrollo del álgebra. *

Había llegado a las frases finales del prefacio. Sentíase muy por encima de los académicos, seguro de sí mismo y confiado cuando escribió:

La tesis general que enuncio sólo podrá comprenderse si se lee atentamente mi obra, que es una aplicación de esa tesis general. No es que la visión teórica preceda a las aplicaciones: pero me pregunté, después de terminar mi obra, por qué le resulta tan extraña y difícil al lector Y creo que la razón de ello está en mi tendencia a evitar los cálculos; es más, reconozco la dificultad insuperable que enfrentaría quien quisiera efectuarlos en forma general en los temas que trato.

Cabe presumir fácilmente que mientras trabajaba en temas tan nuevos, a lo largo de líneas tan inhabituales, tropecé a menudo con dificultades que no pude superar. Por eso, en estas dos memorias, y especialmente en la segunda, el lector hallará la observación: "No sé". No se me escapa que al proceder así me expongo a las risas de los necios. Infortunadamente, casi nadie comprende que los libros más preciosos e instructivos son aquellos en que el autor enuncia claramente qué es lo que ignora, porque un autor perjudica a su lector gravemente si oculta una dificultad.

Cuando la competencia —es decir, el egoísmo— no gobierne ya en la ciencia, cuando las gentes se asocien unas con otras para estudiar y no para enviar paquetes sellados a las Academias, se estará ansioso por publicar hasta las menores observaciones siempre que sean nuevos, añadiendo: "no sé el resto".

Evariste terminó de escribir, aliviado y cansado. Miró las paredes desnudas y las ventanas enrejadas y escribió: "Sainte-Pélagie, octubre de 1831. Evariste Galois."

* Los párrafos a los que hace referencia Infeld son los siguientes:

"Los cálculos algebraicos fueron primero poco necesarios al progreso de las matemáticas, los teoremas muy simples ganaban apenas al ser traducidos al lenguaje del análisis. Sólo después de Euler ese lenguaje más breve se volvió indispensable a la nueva extensión que ese gran matemático dió a la ciencia. Después de Euler los cálculos se volvieron de mas en más necesarios y también de más en más difíciles a medida que se aplicaban a objetos más avanzados de la ciencia. Desde el comienzo de este siglo los algoritmos habían alcanzado un grado de complicación tal que todo progreso por este medio se volvió imposible, sin la elegancia que los matemáticos modernos debieron imprimir a sus investigaciones y por medio de la cual el espí-

Había cubierto cuatro páginas. El desdén y la ira se desvanecieron; sólo quedaba la apatía. Su proyecto de imprimir el opúsculo le parecía ahora pueril y estúpido. ¿Qué le importaba a él Cauchy y Poisson y los examinadores de la Escuela Politécnica? ¿Acaso le importaba algo en el mundo? Pero le interesaban los momentos en que se desvanece la oscuridad y se abren nuevos panoramas. Allí, en el infecto agujero llamado Sainte-Pélagie, aquéllos eran los únicos momentos dignos de vivirse.

---

ritu aprehende rápidamente y de una sola vez un gran número de operaciones.

"Es evidente que la elegancia tan alabada, y a tan justo título, no tiene otro objeto.

"Del hecho bien corroborado de que los esfuerzos de los matemáticos más avanzados tienen por objeto la elegancia se puede concluir con certeza que se vuelve de más en más necesario abarcar varias operaciones a la vez porque el espíritu no tiene tiempo de detenerse en los detalles.

"Ahora bien, creo que las simplificaciones producidas por la elegancia de los cálculos (se entiende simplificaciones intelectuales puesto que no hay simplificaciones materiales) tienen un límite; creo que llegará el momento en que las transformaciones algebraicas previstas por las especulaciones de los analistas no encontrarán *ni* el tiempo *ni* el lugar de producirse; a tal punto que será necesario contentarse con haberlas previsto; no quiero decir que no habrá nada nuevo para el análisis sin ese recurso, pero creo que un día sin él todo estará agotado.

"Saltar por encima de los cálculos; agrupar las operaciones, clasificarlas según sus dificultades y no según sus formas; tal es, según creo, la misión de los matemáticos del futuro; tal es el camino que he iniciado en esta obra.

"No hay que confundir la opinión que aquí enuncio con la afectación que tienen ciertas gentes para evitar en apariencia los cálculos, remplazando por largas frases lo que puede expresarse muy brevemente por el álgebra, y agregando así a la longitud de las operaciones la longitud de un lenguaje que no está hecho para expresarlas. Esas gentes están atrasadas en cien años.

"Yo no hago nada de esto. Aquí hago el análisis del análisis: aquí los cálculos más elevados realizados hasta el presente son considerados como casos particulares, que ha sido útil, indispensable, tratar, pero que sería funesto no abandonar por investigaciones más amplias. Llegará el momento de efectuar los cálculos previstos por este análisis fino, clasificados según sus dificultades pero no detallados en su forma, cuando la especificidad de un problema lo reclame." (*N. del E.*)

6: 1831

La maquinaria de la justicia hacía girar lentamente sus pesadas y herrumbradas ruedas. No había salvación para quienes eran atrapados por aquella constante y uniforme rotación que los hacía girar, los quebrantaba. A veces parecía que la maquinaria se detuviera; a veces parecía haber perdido a su víctima. Pero pronto el prisionero había de ver que el sistema no era estático.

Galois esperó julio, agosto y setiembre, y a principios de octubre todavía no había juicio. ¡Más de tres meses de prisión preventiva! La última vez había estado en Sainte-Pélagie sólo un mes, pero ahora llevaba ya tres meses... tres meses meramente por haber vestido el uniforme de la Guardia de Artillería. No, hasta él había subestimado la tiranía del régimen. Aun cuando se lo absolviera, aquellos meses pasados en la desgracia y la desesperación no le serían nunca devueltos. Si lo sentenciaban a dos semanas, tendría que permanecer allí aún dos semanas, además de los tres meses del arresto preventivo. Al llamarlo "preventivo", lo hacían inexistente a los ojos de la ley. Pero era tan real y tan horrendo como cualquier detención purgada después de la sentencia.

Evariste se preguntó: "¿Cuántos días más? ¿Cuántas semanas más? Depende del juicio. Pero el resultado de mi juicio depende sólo de una constante arbitraria. Esta constante de integración debe añadirse a cualquier veredicto. Ha sido privilegio mío descubrir cuán grande puede ser esa constante.

"No me pueden acusar de mucho. Todo lo que hice fue vestir el uniforme de la Guardia de Artillería. Muchos otros hicieron lo mismo. Ese fue mi gran error. Hice algo tan insignificante para un juicio por jurados... algo trivial, insignificante. Ahora me tienen en sus garras calladas, discretamente. Ni siquiera necesitan un jurado. La justicia trabaja mejor y más eficientemente si tiene una apariencia menos majestuosa. Me absolvieron cuando incité al pueblo en contra de Luis Felipe. Pero me castigan y me castigarán por llevar el uniforme de la Guardia

de Artillería. Seré castigado porque no estoy en el poder de doce hombres sino en el poder de un solo hombre: un juez, tan insignificante como el crimen de que me acusan. Este juez puede ser fácilmente destituido y por eso sabe cómo recibir órdenes y complacer a sus amos."

Duchâtelet fue absuelto por haber dibujado la pera y haberla ofrecido a la guillotina en nombre de la libertad. Pero sólo a fines de octubre Duchâtelet y Galois fueron juzgados por lucir el uniforme de la Guardia de Artillería. Habían violado el Artículo 259 del Código Penal. El juicio fue breve, el juez resuelto y no muy conversador. Anunció el veredicto: tres meses de prisión para Duchâtelet y seis meses de prisión para Galois.

La prensa orleanista se regocijó. Se había regocijado una vez antes cuando Galois, el gran enemigo del rey, fue apresado el 14 de julio y volvió a regocijarse cuando fue condenado a seis meses después de más de tres meses de detención preventiva. ¡Más de nueve meses en total! ¿Por qué fue la sentencia de Galois el doble de severa que la de Duchâtelet? La respuesta era sencilla y la prensa orleanista decidió que el juez era sabio y justo. Galois merecía una sentencia el doble de severa de la de Duchâtelet. Era cierto, sí, que ambos habían sido apresados al mismo tiempo y en las mismas circunstancias. Era cierto, sí, que ambos llevaban el uniforme de la disuelta Guardia de Artillería. Era cierto, sí, que cada uno de ellos llevaba una pistola cargada y un mosquete cargado.

Pero había una diferencia esencial. Galois llevaba un puñal y Duchâtelet no llevaba ningún puñal. Si uno tomaba la balanza de la justicia y ponía en un platillo el uniforme, la pistola y el mosquete, y en el otro sólo el puñal, la sensible balanza de la justicia estaría en equilibrio perfecto. El puñal cobraba importancia y peso por las palabras: "A Luis Felipe" proferidas en cierta ocasión en que se alzó el mismo puñal. Era por lo tanto justo que Galois, que llevaba sobre sí el doble del peso que Duchâtelet, si se lo determinaba por la balanza de la justicia, recibiera una sentencia el doble de larga: seis meses.

Y así los hombres de la burguesía que amaban a Luis Felipe se sintieron felices al enterarse de que la vida de su rey estaba a salvo por los próximos seis meses. Sólo temían que la Cámara de Apelaciones cambiara esa sentencia. De modo que leyeron con alivio para sí mismos, o en voz alta a sus obesas mujeres, o a toda su familia, el informe sobre el juicio de apelación que apareció en la *Gazette des Tribunaux*:

Corte Real de París (apelaciones ante el magistrado)
(Presidente Monsieur Dehaussy)

Vista del 3 de diciembre

Juicio de los señores Galois y Duchâtelet por usurpación de uniforme y portación de armas prohibidas

La *Gazette des Tribunaux* dio cuenta del juicio que condenó a dos hombres jóvenes, los señores Galois y Duchátelet, el primero a seis meses y el último a tres meses de prisión por haber sido arrestados el 14 de julio con el uniforme de artilleros de la Guardia Nacional y tener en su poder un mosquete cargado y una pistola cargada, a los que el señor Galois había agregado un puñal.

Ambos presentaron una apelación de esta sentencia. Monsieur Galois es el joven que fue procesado el mes de junio por haber propuesto cierto brindis en el banquete de Vendanges de Bourgogne, pero que fue absuelto e inmediatamente liberado. El fiscal público apeló también pues pidió una sentencia más severa.

Interrogado por el juez que presidía la sesión, Monsieur Dehaussy, los acusados declararon que deseaban estar presentes cuando se plantaran los árboles de la libertad y que, temerosos de ser insultados y atacados, se armaron y pensaron que tenían el derecho de lucir una vez más sus viejos uniformes de la Guardia Nacional de Artillería.

Monsieur Chauvin, pintor, ex artillero, declaró que después de la disolución, el 1º de enero de 1831, de la Guardia Nacional de Artillería, los que a ella pertenecieron creían tener el derecho de continuar luciendo su uniforme.

Monsieur Raspail, escritor, ahora preso en Sainte-Pélagie, hizo una declaración similar.

Monsieur Bixio, estudiante de medicina, dijo: "En realidad, los artilleros consideramos ilegal la disolución de la Guardia de Artillería. No vacilo en vestir el uniforme siempre que lo creo necesario para mi seguridad y, por lo que sé, el fiscal público no inició nunca procedimientos en contra de mí".

Monsieur Benoit, superintendente de policía del distrito de Saint-Victor, declaró que la mañana del 14 de julio fue a la casa de Galois con una

orden de arresto dada a su nombre. Debido a la ausencia del acusado, la orden no se utilizó.

Messieur Ledru y Moulin, abogados de los acusados, probaron que estos jóvenes eran miembros de la Guardia Nacional de Artillería y alegaron la costumbre que permite a los soldados conservar sus uniformes por cierto lapso después de haber sido licenciados.

Monsieur Tarbe, el fiscal, refutó a la defensa. Dijo que Messieurs Galois y Duchâtelet debían ser condenados por el doble delito de lucir los uniformes y de llevar armas prohibidas.

Monsieur Moulin estaba asombrado al ver que el fiscal público mantenía su apelación para que se impusieran sentencias más graves como si la edad de los dos jóvenes, los cinco meses de prisión que ya habían padecido y su buena fe no constituyeran circunstancias atenuantes.

Los magistrados se retiraron y después de media hora de deliberaciones adoptaron la siguiente decisión:

Considerando que el vestir ilegalmente uniformes, de lo cual son culpables Duchâtelet y Galois, está agravado por la circunstancia de que ambos portaban mosquetes y pistolas cargados, y que además Galois llevaba un puñal oculto entre sus ropas:

La Cámara rechaza la apelación y dispone que se cumpla la sentencia.

Y cuando llegó al final, el burgués concluyó gozosamente que el orden, la ley y la justicia reinaban en Francia. Aceptó un beso en la mano de sus niños, inclinó benévolamente la cabeza hacia su mujer, tomó la chistera de seda negra, los guantes amarillos, el bastón con empuñadura de plata y se dirigió feliz y tranquilo hacia la Bolsa.

7: 1832

Galois se echó en su catre y volvió a vivir los detalles de la escena de familia que había tenido lugar aquel día. Su hermana mayor, Madame Chantelot, y su hermano menor, Alfred, lo habían visitado. Su hermana aparecía más melindrosa desde su reciente casamiento. Cuando Evariste le pregunto por la madre, brotaron lágrimas de sus ojos. Dijo, afectadamente:

—Me alegra que menciones a mamá. Sufre mucho. Ya que no por ti mismo, por favor, por ella trata de vivir una vida normal cuando salgas de estas cuatro paredes.

Sí. Aquéllas fueron sus exactas palabras. ¿Cuántas veces las había oído desde la muerte de su padre? Vivir una vida normal por él mismo, por su madre, por todos los Galois y todos los Demantes. ¿Cuántas veces había intentado explicar que la vida que vivía era su vida *normal*, que no podía soportar la anormalidad de la vida que *ellos* llamaban normal? Nunca lo entenderían. ¿Por qué no hablaba su hermana simple y directamente? ¿Por qué pronunciaba las palabras como una mala actriz en un escenario de provincia?

—¡Oh, Evariste! Algún día comprenderás. Pero me temo que entonces sea demasiado tarde. ¿No ves que con tus actos estás acortando la vida de mamá? Vive con nosotros cuando salgas de aquí. Serás bienvenido en nuestra casa. Con el tiempo tú y nosotros olvidaremos la pesadilla de estos momentos.

Para su hermana, la prisión (no empleaba nunca la palabra "prisión") era una desgracia y un accidente terrible, un paso a un lado del ancho y normal camino de la vida, hacia un abismo profundo, insondable. Era su deber guiarlo de nuevo hacia el sendero normal bañado por la luz resplandeciente de la atmósfera familiar.

Sí. La atmósfera familiar. ¿Cómo podía explicar a su hermana qué sentía sobre la atmósfera familiar? Dijo vagamente:

—Debo vivir mi propia vida.

Cuando dijo estas palabras, tuvo conciencia de que estaba absorbido por el estilo de su hermana. Sus palabras sonaban tan teatrales como las de ella.

Su hermano Alfred no dijo una palabra durante esta conversación. Evariste se censuró por no haber intentado nunca descubrir qué pensaba y sentía su hermano. Desde la muerte del padre se había mantenido alejado de su familia. Cuán obvios, cuán claramente transparentes eran en sus pueriles e insistentes tentativas de dominar su vida. Pero hoy había descubierto algo nuevo acerca de su familia. ¡El debió haber influido sobre su hermano sin saberlo!

Alfred lo miraba con los ojos bien abiertos. Por primera vez vio cuánta admiración y amor expresaban esos ojos. Interrum-

pió el flujo de elocuencia de su hermana para preguntar a su hermano:

—¿Estás también avergonzado de mí?

Pero una vez más fue su hermana quien contestó:

—¡Oh, Evariste! ¿Por qué dices eso? Como si alguno de nosotros estuviera avergonzado de ti. ¿No entiendes que hay sólo una emoción en nosotros, la de la piedad, y sólo un deseo: el de ayudarte?

Alfred esperó que su hermana hubiera terminado y luego dijo rápidamente:

—Estoy orgulloso de ser tu hermano. —Luego, mirando el suelo, añadió—: Cuando salgas de Sainte-Pélagie quiero verte a menudo y hablar contigo.

De no haber sido por la verja de hierro que se interponía entre ellos, habría abrazado a su hermano. La hermana se mordió los labios. Pronto se fue y le pidió que pensara sobre lo que le había dicho.

"¿Qué hace ella ahora? Le dice a mamá que no deben abandonar las esperanzas, que algún día puedo madurar y cambiar, pero que mientras tanto Alfred debe visitarme lo menos posible, que Alfred es sensible y será susceptible a la mala influencia de su hermano mayor."

Pero Galois se equivocaba. Su hermana no habló a nadie acerca de Evariste. Confió sus pensamientos a su diario.

[. . .] Nadie habría imaginado que la larga prisión preventiva no sería bastante para castigar un delito de menor cuantía. ¡Tiene que pasar aún meses sin aspirar el aire libre! Qué perspectiva triste. Y siento que su salud se quebrantará gravemente. ¡Está tan cansado! Se abandona por entero a pensamientos afligentes. Se ha puesto sombrío y viejo antes de tiempo. Sus ojos están tan hundidos como si tuviera cincuenta años.

Auguste Chevalier iba a menudo a visitar a su amigo. Pero su presencia le llevaba poco alivio. A Galois le molestaba la piedad que le llevaba a su prisión cualquiera que viniera desde fuera. Veía a través de los intentos por ocultar ese sentimiento y res-

pondía con estallidos de cólera o ironía. Con Chevalier era peor. En su caso la piedad estaba fortalecida por la amistad y cubierta por una capa de adhesión y confusión que crecía en torno de Chevalier como crecía en torno de todo el movimiento sansimoniano. Auguste le dijo a Evariste:

—Hablé de ti con nuestro Padre.

—Sabes que para nosotros es nuestro Padre.

Galois murmuró algo que sonaba como una disculpa y Chevalier continuó:

—También hablé de ti con mi hermano.

—¿Te refieres esta vez a tu hermano verdadero?

Chevalier respondió benignamente:

—No, me refiero a mi hermano en la familia sansimoniana. El que sea también mi hermano sanguíneo tiene poca importancia.

Galois preguntó con mal disimulada ironía:

—¿Por qué los fastidias con mi historia?

—Cuando salgas de este lugar, querríamos que pasaras unas semanas con nuestra familia. Te invitamos cordialmente. No es preciso que te unas a nosotros ahora o después. Pero estoy seguro de que te hará bien ir a Ménilmontant.

—Tú, Auguste, eres el mejor amigo que tuve o que tendré. Pero no puedo aceptar.

Pensó cómo expresar sus razones para no ofender a su amigo.

—No estoy hecho para la atmósfera familiar. No estoy hecho para las discusiones. No, Auguste, te lo agradezco mucho, pero no daría resultado.

Auguste trató de argüir:

—Dices que no te agrada la atmósfera familiar. Pero, ¿no ves, Evariste, que se trata de una clase distinta de familia? No se mantiene unida por el mero accidente del nacimiento, sino por el más profundo parentesco de los corazones. Estamos ligados por las mismas ideas, por las mismas creencias y emociones.

—Dices que es una familia por elección, por elección *propia*. Pero si voy allí he de aceptarle exactamente del mismo modo que tengo que aceptar a mi familia. No, no es ése mi lugar.

—Lo que dices parece lógico y frío. Siempre tienes mucho cuidado en mostrar que te gobiernas sólo por la lógica, no por la emoción. Pero cualquiera puede ver a través de ti muy fácilmente. Estás gobernado por la emoción más que cualquiera de nosotros. Tus intentos por mostrar la hoja afilada de la lógica no engañan a nadie. Y es esa vida emocional lo que te acerca a nosotros, a la familia de los sansimonianos, más de lo que piensas.

Galois trató de contestar calmamente pero se excitó por sus propias palabras:

—Sí, tienes razón, Auguste. Estoy gobernado por la emoción. Pero no por la emoción que a ti y a tu familia les agrada cultivar. La mía es la emoción del odio. Sí, querido Auguste, odio, aborrezco, desprecio. Sí, sé que me dirás que también soy capaz de amor. Lo sé. No hay amor sin odio. Quien no tiene el poder de odiar no tiene el poder de amar.

Miró la cara doliente de Auguste y dijo:

—Puedo estar equivocado, o tú puedes ser una rara excepción. Pero la idea del amor puro me resulta odiosa. Lleva al confuso misticismo que aparece en todos los escritos de tu familia.

Algunos presos estaban de un lado de la verja de hierro y hablaban con los que estaban del otro lado, les decían que necesitaban café, que les agradaría ver a los niños, o pedían ropa interior de abrigo. En medio de estas charlas sobre los más importantes problemas de su vida cotidiana, Galois pronunciaba su discurso en contra del sansimonismo.

—El mundo arde y los sansimonianos discuten el matrimonio y el adulterio. Pero desde luego no dicen eso. Visten su problema trivial de lenguaje místico y hablan de la familia, del amor, del sacerdocio, de la religión, de la maternidad, valiéndose de palabras que suenan a nobles. Pero si tratamos de expresar lo que dicen en lenguaje simple, el problema se reduce a saber si un hombre debe acostarse con una o muchas mujeres.

Auguste se sonrojó pero no alzó su voz evangélica.

—Eres injusto con nosotros, Evariste, y lo sabes. El problema consiste en destruir la familia de la sangre y fundar una familia de ideas comunes de amor y justicia. La familia sanguínea sólo

puede destruirse si no sabemos quiénes son nuestros hijos. No es un problema de monogamia contra poligamia, sino que es el más importante problema de una familia vinculada por relaciones sanguíneas contra una familia unida por lazos de ideas comunes y amor.

—Ustedes viven en un mundo irreal —replicó Galois—. Están aislados del mundo que no conocen ni entienden y que, ustedes lo creen, un día aceptará su liderazgo. El Papa, Luis Felipe, el zar ruso inclinarán la cabeza ante vuestro Padre que será el dirigente del nuevo mundo.

Sintió que había dicho demasiado. ¿Hasta dónde había ofendido a su amigo? Auguste dijo:

—No merecemos esa ironía. Puedes combatirnos tanto como quieras, pero no merecemos ser tratados como necios o lunáticos. Lo que acabas de decir pudieron haberlo dicho, y por cierto lo dijeron, muchos de Cristo cuando éste vivía. Sé que a ti y a muchos otros les parecemos soñadores. Pero aun cuando seamos soñadores, hemos hecho mucho bien por el pueblo al haber despertado la conciencia del mundo ante su miseria. Y creo que el futuro es nuestro.

Galois se sintió agotado. Deseaba poner fin a la conversación, tenderse en alguna parte aun cuando la cama estuviera infestada de sabandijas. Dijo débilmente:

—Lo siento, Auguste. No sabes en qué estado me hallo aquí, en este lugar apestoso. Lo siento. Creo que perdí el sentido del equilibrio.

Los ojos de Auguste estaban húmedos. Dijo con voz tensa:

—Pronto estarás libre. Ven a nosotros. Inténtalo. No seas demasiado orgulloso. Acepta nuestra invitación. Ven a nosotros. Te sentirás mejor. Te ayudará. Estoy seguro de que te ayudará.

Galois aferró la verja de hierro con los dedos hasta que sintió un dolor que pareció llevar alivio a su cabeza ardiente. Sus ojos eran ahora dos agujeros negros inflamados.

Murmuró: "¡Ayuda! ¡Ayuda! Nadie puede ayudar. Sólo la muerte."

VIII. LIBERTAD RECOBRADA

1: MARZO DE 1832

"¡El 29 de abril estaré libre! ¡El fin de mi sentencia de seis meses!"

Mediante la repetición de estas palabras Galois intentaba evocar el anhelo y destruir la apatía. Cerraba los ojos, esperando ver los respandecientes colores de París en la primavera, los *quais* del Sena y las flores de Bourg-la-Reine. Pero los cuadros se le aparecían en dos dimensiones y grises.

"¡La libertad recobrada! ¿La libertad? No hay libertad en Francia, sólo tiranía. París y toda Francia no son más que una gran Sainte-Pélagie. Pero al menos lucharé y no me pudriré en la ociosidad."

Intentó pensar en la gente, en la Sociedad de los Amigos del Pueblo, en la República de Francia una e indivisible, en la libertad, la fraternidad, la igualdad, o la muerte. Pero sus pensamientos eran ociosos, apáticos, una repetición sin brillo de antiguos pensamientos vívidos cubiertos ahora por un velo de opacidad.

Deseaba evocar emociones, alguna emoción. Pensó en Luis Felipe, esperando que lo poseyera el odio. Pero en lugar de ello sólo frases de vulgar injuria rozaban su mente, palabras y frases que había oído centenares de veces en el patio de Sainte-Pélagie hasta quedar gastadas y faltas de significación.

Todos y todo parecían fastidiarlo. ¿Sus compañeros de prisión, los republicanos? Olían a brandy, disputaban, mezclaban el patriotismo y el sexo en frases hediondas, se burlaban de su virginidad, empleaban palabras que él nunca había oído antes y explicaban su sentido con gestos y ademanes obscenos. ¡Si sólo pudiera echar a correr y no oírlos! Pero sus palabras y ademanes evocaban cuadros que lo mantenían fascinado. Oía con

mejillas ardientes y acababa por odiarse más que lo que despreciaba a sus compañeros de prisión que habían logrado confundir sus pensamientos matemáticos interpolando mujeres desnudas entre símbolos algebraicos.

"Desde luego, no todos ellos son malos. ¡Raspail! Es un gran científico y un gran republicano."

No, no podía admirar cabalmente ni siquiera a Raspail. ¿Por qué estaba siempre escribiendo cartas como si pretendiera que había algo que informar desde aquel infecto agujero llamado Sainte-Pélagie?

"¡Sólo la matemática! ¿Cómo podría yo soportar la disipación e indiferencia de Sainte-Pélagie si no fuera por la matemática? Allí al menos voy avanzando. Pero cuanto más sé, más descubro, más inmenso e inexplorado me parece el terreno que se abre ante mí. Pero siempre ocurre así. Newton expresó los mismos pensamientos mucho mejor que yo."

Habían pasado ocho meses en la prisión por haber vestido el uniforme de la disuelta Guardia de Artillería. Durante ese tiempo las autoridades lo habían acosado más que a ningún otro. Poco faltó para que una bala lo matara. Porque no había ocurrido así, debió pasarse un día y dos noches en la mazmorra. En enero lo trasladaron a La Force por una semana y luego fue enviado de vuelta a Sainte-Pélagie. ¿Por qué había sido trasladado allá y vuelto a traer aquí? ¿Por qué el ultraje se había transformado súbitamente en piedad? Cuando Evariste, tiritando de frío, entró en La Force, hasta el escribiente lo miró con simpatía mientras escribía la lista de sus prendas: "Sombrero, corbata, levita, chaleco, pantalones negros, zapatos de madera; todo a medias gastado."

Cuando volvió a Sainte-Pélagie, los guardias ya no lo molestaron y hasta el superintendente se mostró amistoso con él. Galois estaba demasiado cansado, demasiado deprimido y apático para maravillarse por el súbito cambio y preguntarse su causa oculta.

Evariste fue llamado al consultorio del médico de la prisión, que auscultó su corazón, le dio golpecitos en el pecho y escribió algo en una hoja de papel. Al día siguiente vio al superintendente, y este alto funcionario fue a la vez comprensivo y paternal. Se preocupaba, dijo, por el bienestar y felicidad de todos los presos, pero especialmente por Galois, a quien querría ayudar. Estaba muy agradecido, dijo, por el que la encantadora hermana de Galois hubiera atraído su atención hacia la mala salud de su hermano. Sí, ella tenía razón, porque eso había quedado demostrado por el informe del médico. Miró a Evariste con sus ojitos parpadeantes.

—De modo, Monsieur Galois, que hemos decidido hacer algo por su bien —Sacó la lengua y humedeció sus labios mientras sus manos descansaban apaciblemente sobre su vasto estómago—. Pasará el resto de su sentencia de prisión en el sanatorio de Monsieur Faultrier, en la rue de l'Oursine Nº 86 —Volvió a humedecer sus labios—. Se sentirá allí muy cómodo, y la nueva atmósfera hará de usted un hombre nuevo. Se le permitirá hacer lo que quiera, pero no podrá abandonar el sanatorio hasta que termine su sentencia. Naturalmente, nos tendrá que dar su palabra de honor —Cerró los ojos y añadió con una sonrisa soñadora—: Ya están tomadas todas las disposiciones, Monsieur Galois. Dejará Sainte-Pélagie mañana.

Galois miró más con disgusto que con odio la mirada suave, viscosa del superintendente. Evariste se preguntó: "¿Lo habrán sobornado? ¿O estoy tan enfermo que teme el escándalo de que yo muera aquí?" Estaba demasiado agotado para contestar estas preguntas. Se sentía aliviado por el hecho de que ya no vería Sainte-Pélagie, pero también demasiado indiferente para experimentar una gran alegría o una profunda pena.

El 16 de marzo Galois fue trasladado al sanatorio de rue de l'Oursine, no lejos de Sainte-Pélagie. Fue conducido a un cuartito, donde estaba Antoine Farère, el joven con quien debía compartirlo. Después de las celdas de Sainte-Pélagie, aquel cuarto con sus dos camas y una mesa entre ellas parecía alegre, limpio y

lleno de luz. Su compañero de cuarto parecía muy diferente de los presos políticos de Sainte-Pélagie. Su levita azul estaba cortada por un sastre excelente y la llevaba con descuidada elegancia. El nuevo vecino saludó a Evariste con una sonrisa cordial, apenas irónica, y a Galois le agradó su rostro largo, apuesto, tan diferente de los rostros enérgicos, duros, de Sainte-Pélagie. Su sonrisa era fascinante y su elegancia no molestaba En verdad, Galois había visto a muchos de su tipo, aunque quizá a pocos tan bien parecidos y encantadores como Antoine. Los había visto en palcos de teatro, a caballo, o en carruajes, en compañía de hermosas mujeres, riendo, diciendo observaciones presuntamente agudas, revelando excelentes modales y buena crianza, que para ellos era la esencia de la vida y el camino hacia el éxito.

Galois los había odiado a todos ellos. Pero ahora, en que por primera vez encontraba a uno de esos individuos, halló con estupor que no se sentía repelido por Antoine. Por el contrario, allí en el sanatorio se sentía menos apático, más vivo y en paz consigo mismo que en Sainte-Pélagie. A Evariste le agradó Antoine, que no era jactancioso ni arrogante; que era cínico pero inteligente, reservado pero cordial, nunca pendenciero, y que siempre trataba de ocultar la superioridad de sus modales.

Cuando Galois abrió su valija y puso sus muchos manuscritos sobre la mesa, Antoine recogió todas las cosas que estaban sobre ella y dijo:

—Pareces necesitar la mesa. Es tuya.

—Gracias. Cuando quieras escribir, quitaré mis cosas.

—No te molestes. Raras veces escribo. Mis amigos me han olvidado y, en cuanto a mi familia, soy una oveja negra; no me escriben.

Lo miró con insinuante sonrisa y le dijo a Evariste:

—Pareces ser escritor.

—No soy escritor. Soy matemático —Luego añadió—: Estuve en Sainte-Pélagie ocho meses.

—Yo estuve en La Force una semanas. Ambos parecemos tener un sombrío pasado.

Luego comenzó a charla con la encantadora irresponsabilidad de alguien que sabe que está hablando demasiado, pero que sólo lo hace para divertir y agradar a su oyente.

—Eres un matemático —Silbó— ¡Vaya! Un verdadero matemático —Volvió a silbar— Es la primera vez que veo a un matemático. Nunca supe que hoy en día ponían en la cárcel a matemáticos. Pensaba todo lo contrario: que a uno sólo pueden meterlo en la cárcel por la falta de conocimientos matemáticos, o por la no abundancia de ellos. Ése es exactamente mi caso. Cuando sumé mis cuentas, llegué a cero, pero el hombre que me puso aquí pretende que son ocho mil francos. Estoy aquí porque soy un mal matemático. Parece que nadie debe ser demasiado bueno ni demasiado malo. Cada uno de nosotros representa un extremo y por eso tú y yo somos peligrosos para el mundo. Debemos tratar de ser matemáticos del común, mancomunar nuestros conocimientos y llegar a un feliz medio. Eso será nuestra salvación. Debe ser la providencia la que nos puso uno junto a otro.

Continuó charlando acerca de bueyes perdidos; sabía exactamente qué debía decir para resultar divertido y cuándo callar para no ser tedioso.

Galois halló distracción en la actitud superficial pero cordial de Antoine. Sus dichos cínicos y vacuos contrastaban agradablemente con la atmósfera opresiva de Sainte-Pélagie, donde todos deseaban destruir o salvar el mundo en que él vivía. Cuando algunos días después Evariste confesó su republicanismo a Antoine en una sola tensa frase, su compañero de cuatro se lanzó a un largo discurso:

—Yo soy lo que ustedes, los republicanos, llaman un parásito. Me importa poco que tengamos a Carlos X, Enrique V —o cualquiera que sea el nombre que tenga el mocito—, o Luis Felipe o una República. No, no es del todo cierto. No me gustaría una República, porque ella se tomaría demasiado en serio, no me dejaría en paz. Empezarían a hablar de fraternidad, igualdad v virtud, virtud: la virtud republicana. ¡Puah! Odiaría ser un hombre virtuoso. Prefiero siempre una coqueta a un virtuoso republicano.

Espero, querido amigo, que no tomes esta observación demasiado personalmente. Un virtuoso republicano no le haría el amor a la mujer de su amigo republicano. ¡Qué triste filosofía! Francia perfeccionó el arte de hacer el amor hasta llegar a ser un resplandeciente ejemplo para toda Europa. Debemos conservar esta tradición por todos los medios.

Evariste anticipaba una conferencia sobre el arte de hacer el amor. Pero Antoine cambió el tema de su monólogo.

—Naturalmente, el hacer el amor no es una ocupación *full-time.* No es un remedio suficiente para el tedio, la terrible enfermedad de nuestra época. Para ello necesitamos los naipes o la ruleta en aposentos en semipenumbra. Pero a tus amigos debes pagarles las deudas de juego rápidamente, pues de lo contrario no eres un hombre de honor. Ésa fue precisamente mi dificultad. Preparé un hermoso discurso para mi rica tía. Casi lloré cuando pronuncié mi sermón... era tan conmovedor. Pero, insensato de mí, no sabía que un piadoso sacerdote se había hecho muy amigo de ella y la había convencido de que debía salvarme del infierno de abajo enviándome al infierno de aquí arriba.

—Entonces, ¿no les pagaste a tus amigos?

—Ten la seguridad, querido Galois, que estás compartiendo este magnífico departamento con un hombre de honor. No debo dinero a mis amigos; se lo debo a un ávido prestamista a quien le firmé muchos pagarés, renovados y vueltos a renovar, y cuyo monto crecía a una velocidad aterradora. Ya ves que soy un mal matemático, pero soy un hombre de honor.

—¿Y de qué vale eso? —preguntó Galois mecánicamente.

Lamentó haber dicho esa frase moralista y temió que Antoine la encontrara falta de tacto. Pero el simpático deudor continuó con perfecta calma:

—No fue tan malo como puedes creerlo. Durante un corto tiempo estuve en La Force, donde conocí a un gran número de individuos interesantes. Luego me enfermé y me enviaron a un hospital, después aquí, donde conocí una combinación extremadamente interesante de matemático y republicano. Y ahora hay

algunos indicios de que el corazón de mi tía se ablandará y su cartera se abrirá. Entonces, con gran pesar, sentiré tener que dejarte.

—¿Y qué harás entonces?

—Odio las resoluciones y planes. En el peor de los casos, puedo casarme, tener una familia y parecer respetable.

Galois vaciló y luego dijo:

—Pensaba antes de conocerte que a los hombres como tú debía colgárselos del primer farol, que las balas son demasiado buenas para ellos. Creo aún en el principio, pero no me agradaría que la receta se aplicara a ti.

—Lo malo de ustedes, los republicanos, es que creen que la vida es un asunto terriblemente serio. No, no lo es. Pensaba que los republicanos son fastidiosos, revoltosos, sanguinarios, que debían ser fusilados. Presta atención: no colgados sino fusilados porque tienen altos ideales. Creo aún en el principio, pero no me gustaría ver la receta aplicada a ti.

Ambos rieron.

A Antoine lo visitaban dos muchachas. A Evariste le gustaba estar solo, andar por el jardín y mirar al trío al paso que ocultaba su propia curiosidad. Esperaba y temía que se lo invitara a unirse a ellos y pensaba gravemente en el modo en que debía actuar y en qué debía decir. Luego se sentaba en el banco, simulando leer, pero sus ojos vagaban por el jardín de modo de ver incidentalmente los rostros de las dos muchachas. Conocía a la rubia, la había visto antes y había oído su risa. Pero la cara de la otra lo tenía perplejo y lo fascinaba más. Tenía radiantes ojos negros que saltaban incansables de lugar en lugar como si trataran de absorber y derretir los objetos en que se posaban. Su pelo negro, partido en el medio, le caía en trenzas sobre cada mejilla. Parecía azul cuando reflejaba el sol. Le restaban belleza a su rostro los labios un poco demasiado gruesos y la boca un poco demasiado grande. Con los labios entreabiertos, que mostraban dientes agudos, parejos, blancos, su rostro expresaba

el hambre primitiva como si ella considerara el mundo y sus placeres como una presa que le era debida.

Los tres hablaban animadamente mientras andaban por el jardín, se detenían, gesticulaban y volvían a andar. Evariste miraba a la muchacha de pelo negro con una intensidad que no intentaba ya ocultar. Lo que más lo fascinaba era el modo en que sus trenzas se balanceaban cuando volvía la cabeza; el modo en que jugaba con su pequeño parasol amarillo limón haciendo correr sus largos dedos sobre el delgado mango negro; el modo en que levantaba levemente la falda verde de fular; el modo en que el apenas visible movimiento de sus labios formaba pequeñas olas que se deslizaban por su vestido hacia el cinturón de terciopelo verde. Todas estas maravillas se le aparecían a Evariste como la encarnación de la gracia y la elegancia, y no como el conocido arte, instintivamente absorbido, de despertar deseo. Súbitamente los ojos negros se encontraron con los suyos. El rostro pareció iluminarse con una sonrisa cordial, atractiva, tan promisoria como amenazadora. Luego los ojos de ella se volvieron. Pero en aquella fracción de segundo incendiaron la mente y el cuerpo de Galois.

Cuando Antoine y Evariste estuvieron de vuelta en el cuarto, Galois esperó impacientemente que Antoine le hablara de mujeres, del amor, acerca de la muchacha de ojos negros, esperó oír unas cuantas palabras en torno de las cuales su imaginación pudiera tejer un cuento de amor. Hubo un largo silencio antes de que hablara Antoine.

—Hay cólera en Londres. —Miró a Galois con ojos entrecerrados—. Sólo tiene que cruzar el canal para invadir Francia. París le está preparando una gran recepción. En la ciudad no se habla más que del cólera.

—¿Quién te dijo eso?

Galois sabía que la suya era una pregunta estúpida, de respuesta obvia.

—Mis visitantes —contestó Antoine.

Rió y sus ojos guiñaron irónicamente. Galois esperaba, pero Antoine volvió a hablar del cólera.

—Nadie parece saber cómo se propaga. ¿Es o no es infeccioso?

Grandes médicos sostienen opiniones diferentes. Tú eres un científico, y debes tener una opinión propia. ¿Qué piensas?

—No sé nada de eso —dijo Galois bruscamente. Esperó que Antoine comenzara de nuevo, pero su compañero de cuarto miraba soñadora y silenciosamente el techo. Cuanto más pensaba Galois en cómo continuar la conversación, más torpes le parecían sus proyectos. Intentó parecer indiferente, pero había demasiado vacilación en sus palabras:

—Tuviste hoy dos hermosas visitantes.

Antoine miró a Galois y prolongó el suspenso haciéndole esperar la respuesta:

—No, querido amigo. En realidad tuve una sola visitante.

—Vi claramente a dos. —Pretendió hallarse cómodo e imitó torpemente el estilo de charla de Antoine—. Una de ellas era rubia. La otra tenía pelo negro y ojos negros, indagadores. Aun cuando sea un matemático puedo distinguir una muchacha linda de otra.

—Te repito que tuve sólo una visitante. Jeanne, la rubia, es mi amiga. Sí, vino a verme hoy, ya vino antes y probablemente continúe visitándome mientras esté aquí que, lo espero, no será por mucho tiempo.

Miró a Galois, que se bebía sus palabras, sonrió y añadió:

—Pero la otra, como dices, la otra de ojos negros, indagadores, era más tu visitante que la mía, si bien puedes no saberlo.

Evariste se puso en pie, se acercó a la mesa, volvió la espalda hacia Antoine y pretendió mirar papeles cubiertos con símbolos matemáticos. Aún no había decidido cómo reaccionar cuando se volvió a medias hacia Antoine y dijo:

—Te estás burlando de mí.

—Querido amigo, desde luego que no me burlo de ti por la sencilla razón de que dos hombres que comparten un cuarto deben llevarse lo mejor posible. Y burlarse uno de otro sería tonto. Además, no es divertido. El placer de zaherir requiere una víctima y espectadores. No tiene sentido hacer bromas si no hay auditorio. Espero, querido Galois, que te hayas convencido.

—Si no te burlaste de mí, explícame, por favor, lo que quisiste decir:

—La explicación es extremadamente simple. Jeanne tiene una compañera de cuarto. Su nombre es Eve; su apellido, si no me equivoco, es Sorel. Nunca la vi antes y no sé nada de ella. Hace algunos días le dije a Jeanne algo de ti. Debe de haber repetido tu nombre y las muy halagadoras observaciones sobre mi compañero a su amiga que, contrariamente a Jeanne, parece ser republicana, virtud dudosa, que me desagrada, especialmente en las mujeres. Espero no ofenderte si te digo que no podría tocar a una mujer republicana. Temería que en los momentos más íntimos hablara de los realistas, la guillotina, los derechos del pueblo y otras absurdidades semejantes. Es desde luego posible que hasta una muchacha republicana olvide la guillotina en ciertos momentos. Pero el temor de que no fuese así bastaría para volverme impotente.

Interrumpió su propia risa cuando Galois preguntó:

—No veo cómo todo esto explique tu anterior observación.

—Perdóname, me salí del tema. Desde luego, te debo una explicación. Eve parece saber mucho acerca de ti y está muy interesada en Monsieur Evariste Galois. Me habló mucho de un juicio en que te vio. No sabía, querido amigo, que tenía el honor de compartir un cuarto con un hombre de tu distinción. Estoy más aterrado que lo que puedo expresar. ¡Un hombre que propuso un brindis por Luis Felipe con un puñal en la mano! ¡Hermoso! ¡Maravilloso! ¡Muy valiente! Hablando brevemente, Eve vino aquí a ver a su héroe. Como dije, por lo tanto, era tu visitante.

Antoine miró a Galois, que estaba aún medio vuelto hacia él y que con dedos temblorosos jugaba con las páginas de su manuscrito.

—Eve está muy ansiosa de conocerte. Quiere ver a su héroe cara a cara. Prometí valerme de mi influencia contigo. Pero, naturalmente, la idea te resulta especialmente odiosa. Y debido a mis altos principios morales me veo en la obligación de advertirte que nada sé de ella. No me censures si te metes en dificultades, o si descubres que su republicanismo no es de la misma índole que el tuyo.

Galois advirtió cuán torpe se sentía cuando intentó ocultar sus

pensamientos y emociones. No podía esperar batir a Antoine en aquel juego de palabras.

—Me gustaría mucho conocerla —dijo simplemente.

En agosto de 1817 el cólera había iniciado su marcha desde el delta del Ganges hacia Europa. Quince años después llegaba a las alegres calles de París. Durante aquellos quince años se propagó desde su fuente hacia Pakín y las fronteras de Siberia. Desde allí atravesó las planicies nevadas, cruzó los Urales y entró en Moscú y San Petersburgo. Fue con los soldados rusos a los campos de batalla de Polonia, más devastador, más temido que las balas y los cañones. No hizo distinciones entre los uniformes rusos y polacos. Infestó Polonia, Hungría, Austria y los puertos bálticos de Alemania. Saltó sobre grandes zonas dejándolas intactas, aunque sólo para destruir luego las esperanzas de sus habitantes, al volver sobre sus pasos. En febrero de 1832 el cólera cruzó desde los puertos de Alemania septentrional hasta Inglaterra.

En París el cielo estaba claro y azul, la primavera había llegado temprano y un viento seco soplaba desde el noreste. Los parisienses reían, algunos hombres iban a los bailes de disfraz vestidos desafiantemente como el mismo cólera. Uno de los que bailaban y bebían alegremente sintió un súbito escalofrío y se quitó la máscara. Su cara azul era más aterradora que la calavera que antes la había cubierto. Cayó al suelo.

Los que no habían huido sino que miraron curiosamente aquel rostro cambiante describieron luego el espectáculo:

"Su piel era azul y uno podía haber contado los músculos que se veían debajo de ella. Sus ojos aparecían huecos, oscuros y contraídos a la mitad de su tamaño natural; parecía un cadáver aun antes de que la vida lo hubiera abandonado. Los ojos se hundían en las cuencas como si hubieran sido arrastrados por un hilo hacia la nuca: su aliento era frío, su boca se veía blanca y húmeda, su pulso era débil, apenas advertible, y su voz era un murmullo."

El 29 de marzo de 1832 en París sólo había un tema de conversación: "El cólera está en París".

2: ABRIL DE 1832

"El 29 estaré libre".

Evariste miró el césped, y luego lentamente se atrevió a desviar los ojos hacia los bien formados tobillos de Eve. Una de las piernas de ella se mecía a ritmo lento, descubriendo y ocultando el encaje de sus pantaletas. Con desesperado coraje Evariste alzó los ojos para mirar el corpiño cuadrado donde un bullón de tul rosado ocultaba y revelaba al par el borde de un valle entre dos montículos suavemente ascendentes. Se sintió avergonzado de sí mismo por haber cometido aquel sacrilegio. Cuando sus ojos llegaron a los de ella, descansaron allí, ardiendo con humilde devoción e implorando solaz.

Sabía que debía decir algo, pero no se le ocurría ningún pensamiento. El creciente deseo de confesar sus secretos y emociones ahogaba las palabras que deseaba decir.

Dijo desesperadamente:

—El 29 estaré libre.

Ambos se sentaron en un banco del jardín del sanatorio. Ella lo miró serenamente, medio sonriente: sus ojos le ofrecían la seguridad de que cualquier cosa que él dijera sonaría maravillosa.

—Parece extraño que pronto podré andar a lo largo de los *quais*, ir al Jardín del Luxemburgo o a la Place Vendôme y al glorioso Faubourg Saint-Antoine. Podré ir donde quiera y veré de nuevo París.

Lo que Galois acababa de decir le pareció a él muy estúpido. Podía haber mencionado muchas otras calles y lugares de París y prolongar así la frase indefinidamente. La pausa fue larga, y se sintió aliviado cuando oyó la voz de Eve.

—No reconocerá París. La ciudad está de duelo. La gente muere a millares de cólera.

Evariste no quería hablar del cólera pero sería cruel hablar de sí mismo. Después de haber aludido al cólera, Eve no deseaba abandonar el tema.

—Algunos dicen que no hay cólera en París, que el gobierno y los realistas envenenan los pozos, la comida, el vino, y que la gente muere emponzoñada.

Si cualquier hombre hubiera hecho esa observación, Evariste no se habría preocupado por prolongar aquella tonta charla. Pero ahora se sentía encantado y agradecido por la oportunidad de expresar sus opiniones.

—No, por mucho que me desagrada, debo admitir que ésta es quizá la única calamidad de la que no puedo culpar al gobierno.

—¿Creería usted, Monsieur Galois, que no había suficientes ataúdes ni carrozas en París? Hace algunos días comenzaron a recoger cadáveres en ataúdes y sacos, y los transportaron en carros de artillería. Yo misma vi uno de esos carros zarandeándose de tal forma que las sogas se rompieron; los ataúdes cayeron al pavimento y algunos mostraron los cadáveres. Estaban todos azules. Fue terrible.

Se enjugó los ojos graciosamente con un pañuelo. Evariste sintió el deseo de arrodillarse y poner la cabeza en su regazo. Inhalaría el olor de las violetas, lloraría y ella le acariciaría la cabeza.

—Ahora recogen los ataúdes y sacos en grandes carros de muebles. Están pintados de negro y van de casa en casa. Un hombre murió ayer en la casa donde vivo. —Sonrió y dijo: —No debería hablar de estas cosas tristes. Usted tiene bastante tristeza en su vida, ya lo sé. Pensé que si lo veía, Monsieur Galois, quizá pudiera hacerlo un poco más feliz.

Evariste la miró y en voz baja ahogada por la emoción murmuró:

—No recuerdo haberme sentido nunca más feliz que en este momento.

Ella abrió aún más los ojos y se dilató su sonrisa.

—Lo que acaba de decir es muy hermoso.

Antes estas palabras una corriente de coraje inundó el corazón de Evariste. Le habló de Sainte-Pélagie, de su soledad y sobre la crueldad del régimen una de cuyas muchas víctimas era él. Luego dijo lo que había planeado durante días y noches, dudando siempre de si se atrevería a decirlo.

—Quiero preguntarle algo. Quiero pedirle un favor. Cuando quede en libertad quiero verla; quiero verla a menudo. ¿Podré?

Esperó tensamente, temeroso de oír una excusa o, peor aún, un frío consentimiento. La respuesta no se hizo esperar y con ella llegó el alivio a su insoportable tensión.

—Desde luego nos veremos con frecuencia. Debemos celebrar juntos su libertad.

Evariste desbordaba de emoción. Le dijo a Eve que hasta entonces sólo se había interesado por libros, estudios y sucesos políticos. Pero ahora sentía el deseo de vivir su propia vida, de comenzarla el día de su libertad. Quería decir más, mucho más, pero su valor lo abandonó, aun cuando los ojos de Eve brillaban de simpatía y comprensión. Cuando se acercaba la hora del fin de la visita, sintió el temor de haber dicho demasiado, de haber abrumado a Eve con su confesión. Quizá ella cambiara de idea; quizá la perspectiva de verlo la contrariara.

Pensó que lo apostaba todo cuando preguntó, llamándola por primera vez por su nombre:

—Eve, somos amigos, ¿no es cierto?

Los ojos de ella parpadearon excitadamente cuando contestó:

—Desde luego que lo somos, Evariste.

Entró en su cuarto soñadoramente. Ni vio ni oyó a Antoine, que yacía en la cama leyendo un diario y haciendo ocasionales comentarios en voz alta.

—Buenas noticias para ti y tus amigos republicanos. Casimir Perier está enfermo. ¡Cólera! Debes alegrarte.

Evariste no reaccionó.

—¡Hay muchos idiotas en París! Me pregunto cuántos no lo serán. Creen que el cólera es una invención orleanista. Oye esto: "En las esquinas de las calles, cerca de las vinerías pintadas de rojo, grupos de gente discutían y buscaban a hombres que parecían sospechosos. Estaban sentenciados si algo fuera de lo común les encontraban en los bolsillos. La multitud caía sobre ellos como una manada de animales salvajes. En la rue Vaugirard dos hombres fueron asesinados porque tenían algo de pólvora blanca en los bolsillos. Vi a uno de ellos cuando jadeaba. Las viejas se quitaron los zapatos de madera y le golpearon la cabeza hasta que murió. Estaba desnudo y aplastado. Las orejas, la nariz, los labios le fueron arrancados del rostro. Un hombre salvaje colocó una soga en torno de las piernas del cadáver y le arrastró a lo

largo de las calles vociferando repetidamente: "*Voilà la cholera morbus*". Una hermosa muchacha, llena de furia, con los pechos al aire y las manos cubiertas de sangre, estaba en la calle y, cuando el cadáver pasó frente a ella, le dio una patada y rió. Me pidió unos francos para comprar ropa de luto porque su madre había sido envenenada algunas horas antes."

Cerró el diario y lo dejó a un lado.

—Es una excelente descripción. Debería terminar con "Viva el Pueblo de Francia" o "*Vive la charte*", o algo por el estilo.

Se aburrió con sus propias palabras y la falta de respuesta.

Evariste fue hasta la mesa y miró una hoja de papel. Era una de las páginas de su manuscrito inacabado. Se sentó, mojó una lapicera en tinta y dibujó un complicado monograma, E. S., en el margen de la página. Luego lo repitió. Después escribió "Eve", luego "Eva", luego "Evar" y finalmente con grandes letras escribió alegremente "Evariste". Luego sonrió, dichoso.

3: MAYO DE 1832

—Me gusta la forma de esas copas de vino. Esta línea —Evariste recorrió con el dedo el borde de la copa— es una parábola, y por rotación en torno de su eje se obtiene una paraboloide, que es la forma de esta copa.

Eve rió.

—¿Así se la hizo?

—¡Sí! Luego vertieron oro fluido en la paraboloide y se convirtió en vino. Me gustan los espejos y me gusta la felpa roja y todas las cosas lujosas.

(Pensó: "Dispongo de dos mil francos por año. Fue inmoral el que haya venido aquí y el que pretenda que soy rico.")

—Detestaría estar solo aquí —dijo—. Me deprimiría. Pero hoy me gusta este lugar.

("¿Comprenderá por qué dije que hoy me gusta? Podría ayudarme con una observación o con alguna pregunta.")

Bebió el vino y dijo:

—La pata de cordero era excelente. Comí trescientas cenas en Sainte-Pélagie, todas horribles.

—Debe olvidar Sainte-Pélagie —dijo Eve suavemente.

El mozo sirvió *chocolat parfait* y café.

—No puedo olvidar Sainte-Pélagie. Es la maldición de mi vida el que no pueda olvidar nada. Todo lo que vi y todo lo que leí, todas mis experiencias, todo se me queda grabado en la mente. Por eso si odio o amo, no puedo dejar de odiar o amar, porque las personas y los sucesos aparecen siempre vívidos ante mí.

("¿Me ayudará ahora? Si sólo preguntara: '¿Alguna vez amó?' ¿No comprende, Eve, que necesito la ayuda y el aliento de sus ojos hermosos, comprensivos?")

Vio con alivio que el hombre y la mujer sentados a una mesa vecina abandonaban el salón. Eve dijo:

—Yo soy muy distinta. Lo olvido todo fácilmente. Ello debe signficar que no puedo odiar ni amar.

—¡No! No le creo. Estoy seguro de que nadie puede amar tan tierna y profundamente como usted.

("Ahora debo decir algo más. Son tantas las cosas que quiero decir...")

Eve interrumpió el silencio:

—¿Vio a sus amigos republicanos?

—A algunos de ellos.

(Estoy avergonzado de admitir ante Eve cuán poco me interesa ahora el trabajo republicano. Pero ella comprendería.)

—Veré mañana a mi amigo Lebon. Es ahora el jefe del grupo a que pertenezco. Necesito descanso, me siento muy cansado. No creo que haga ningún trabajo para la Sociedad en las próximas dos o tres semanas. Tendré mucho tiempo libre.

("Si tuviera valor, le diría, Eve, ¡que quiero conservar todo mi tiempo libre para usted!")

El mozo llevó la adición, Evariste sacó del bolsillo dos monedas de oro y Eve preguntó indiferentemente:

—Entonces, ¿qué hará durante todo el día?

("Le diría que pensaría en ella si su pregunta hubiera demostrado interés y si no tuviera que decidir cuánto le dejo de propina al mozo.")

—Trabajaré en mis problemas matemáticos.

—¿Problemas matemáticos?

Evariste vio en los ojos de ella una chispa de interés.

("Debo decirle cuán importante es mi obra. Me creerá.")

—Antes de entrar en Sainte-Pélagie escribí una monografía sobre matemática que envié a la Academia. Monsieur Poisson, miembro de la Academia, tenía que juzgarla. Me la enviaron de vuelta; dijo que no la entendía. Debería haberla entendido si fuera un gran matemático. Tengo resultados nuevos, muy importantes, que no he escrito aún. Están todos aquí. —Señaló su frente—. Pero debo ponerlos por escrito. Quizá logre hacerles ver a esos necios académicos la importancia de mi obra antes de ser viejo o antes de morir.

(Eve pensó: "El pobre muchacho está loco. Es digno de piedad. ¿Qué quieren de él? Ahora se cree un gran científico. Los académicos y los profesores no son más que unos tontos comparados con él. Pero si es loco, puede ser peligroso. ¿No se comportó acaso como un loco cuando alzó el puñal? ¿Quién sabe lo que hará luego?")

—¿No hay nadie que lo comprenda?

—Nadie. Sé que es difícil creerlo; pero usted, Eve, me creerá. No hay ningún ser humano que comprenda lo que hice. Hay en todo el mundo unos pocos hombres que pueden comprender mi obra, pero no la conocen o no quieren conocerla. Y hay uno o dos que creen en mí aunque no comprenden mi obra.

"Está loco, pobre muchacho, y sufre. Me aflige verlo así.")

Los ojos de ella se encendieron de piedad, que Evariste tomó por confianza en él.

—¿Quién cree en usted?

—Muy pocos saben que soy matemático. No me gusta hablar de eso. Pero con usted es distinto.

"(Ella me mira con simpatía. Soy demasiado impaciente. Quizá algún día me ame.")

—Tengo un gran amigo, Auguste Chevalier, que cree en mí. Quizá sea el único hombre que cree en mí tan firmemente como yo mismo.

—¿Quién es Auguste Chevalier?

—Es un hombre maravilloso. Es sansimoniano. Quizá parezca un tanto raro por la forma en que concibe la salvación del mundo, pero por lo demás es el hombre más noble que usted pueda imaginar.

("El único hombre que cree en él es raro, según él mismo admite. Está loco. Pero tiene ojos hermosos, profundos y ardientes.")

—¿Y él es el único?

—Mi padre creía en mí. Se suicidó hace casi tres años.

("¿Era el padre loco como el hijo? El pobre muchacho casi tiene lágrimas en los ojos.")

Preguntó cordialmente:

—Pero usted tenía profesores que lo conocían. ¿No creyeron en usted?

—Sólo uno creyó en mí: Monsieur Richard del Louis-le-Grand. Cuando descubrió que yo era republicano intentó convencerme de que debía ocuparme sólo de matemática. Pensaba que yo era un necio al creer en la Revolución y en los derechos del pueblo. Desde entonces no he vuelto a verlo.

("Ahora me dice que otro piensa que está loco. El pobre muchacho confía en mí. Puedo hacer lo que se me antoje con él. Resulta tan sencillo ser entretenida.")

Sonrió. Evariste se sentió feliz al ver aquella sonrisa amistosa.

—¿No la aburro con toda esta charla sobre matemática? No le hubiera dicho nada de esto a ningún otro. —Vaciló y añadió desesperadamente—: Cualquier otro hubiera pensado que estoy loco de presunción. Pero usted me cree.

—Sí, Evariste, le creo.

Evariste fue desde su cuarto situado en la rue des Bernardins hacia la rue de l'École de Médecine, donde vivía su amigo Nicolas Lebon. Sentía aún el placer de errar a voluntad por las calles. En un año París había envejecido, se había vuelto más reservado, más agobiado. Muchas mujeres estaban de duelo, y ocasionalmente carros de mudanza recogían aún ataúdes. Pero

la epidemia estaba cediendo y París estaba harto del cólera, que había dejado de ser un tema de conversación elegante.

Evariste dobló hacia la rue des Noyers y anduvo lentamente, mirando con avidez las paredes y los rostros. Se detuvo cuando vio dos proclamas ya antiguas, una junto a otra, que milagrosamente habían sobrevivido en aquel lugar por más de una semana. Evariste leyó una de ellas, firmada crípticamente "Republicanos":

> Durante dos años el pueblo ha sido víctima de padecimientos y de las más crueles miserias; fue atacado, aprisionado, asesinado. Y esto no es todo; pues con el pretexto de una pretendida epidemia, la gente es envenenada en los hospitales y asesinada en las cárceles. ¿Qué remedio hay para nuestros males? No la paciencia, pues la paciencia se ha acabado. ¡No! Sólo por las armas el pueblo puede lograr y mantener su libertad y su pan.

Tenía suficiente. Se sentía disgustado y avergonzado y esperaba que esa proclama estúpida, provocativa, no hubiera sido escrita por republicanos. Se volvió hacia la otra proclama, firmada por la policía:

> A fin de convencer al pueblo de su atroz acusación, algunos miserables están visitando los pozos públicos, las vinerías, las carnicerías y echan veneno en las fuentes, el vino y la carne; y hasta lo hacen públicamente. Esto determina que los arresten sus cómplices que, después de haberse identificado como policías, les permiten escapar y así intentan demostrar la verdad de la odiosa acusación lanzada contra las autoridades.

Evariste leyó la proclama dos veces para enterarse bien de su increíble perfidia y para excitar su propia cólera por la acusación y la contraacusación. Pero el fuego de la indignación y el odio fue breve; había perdido el poder que tenía un año antes. Pensó en Eve.

El estudiante de medicina saludó a su amigo con un entusiasta torrente de palabras:

—Fui dos veces a tu casa y no te encontré. ¿Qué haces ahora? Recibiste mi carta, naturalmente. ¿Cómo la pasaste desde la últi-

ma vez que te vi? Cuéntamelo todo. ¿Cómo te sentiste en el sanatorio? ¿Te sientes bien ahora?

Hablaba con voz sonora y ademanes vivaces que contrastaban con su cuerpo obeso.

—Me siento muy dichoso al verte libre de nuevo. Dentro de dos días tendremos aquí una reunión. Esto es lo que quería decirte. Todos estábamos muy ansiosos por tenerte de nuevo con nosotros.

Se calmó y escuchó a Evariste:

—En cuanto a mis últimas semanas, no hay mucho que decir. No vi a ningún republicano en el sanatorio, y en la cárcel sólo hay un fastidio deprimente, ocurren cosas importantes sólo para los que están allí.

—No, no estoy de acuerdo contigo. Sainte-Pélagie es importante para nosotros porque es nuestra fortaleza. Hace tres semanas, como sabes, una pandilla de espías y *provocateurs* atacó esa fortaleza y mató a uno de nuestros patriotas. Querían librarse de nosotros sin arrastrarnos ante el tribunal. Ya ves que son hábiles. Mataron a un patriota y pretenden que lo hizo una turba republicana mientras atacaba la cárcel. Son diabólicamente hábiles ahora. El bastardo Gisquet debe ser colgado del primer farol. Pero dime cómo te sientes. En el año último cambiaste mucho. Estás muy delgado. Odio decirlo, pero pareces muy cansado y hasta más viejo que yo. ¿Qué te ocurrió?

—No puedo ocultar a tu penetrante mirada clínica que me siento agotado.

—Había proyectado pedirte que comenzaras a trabajar con nosotros inmediatamente. Ahora tenemos grandes esperanzas. En junio o julio habitualmente ocurre algo en Francia. Y este año llegará, si el tiempo es bueno. No puedes hacer una revolución en un día lluvioso. —Rió ruidosamente—. Hay mucho material inflamable. Mucho más que hace un año. Todo lo que necesitamos es un buen fósforo para encender la pólvora y la explosión subirá hasta el cielo. —Alzó las manos para indicar violentamente la tremenda explosión.

—Querido Nicolas, recuerdo que hace un año dijiste algo muy semejante.

—Sí, lo sé, soy el optimista oficial. Pude haberlo dicho hace un año, pero esta vez no me equivocaré. Necesitamos una buena chispa para que se produzca la explosión. Hemos trabajado mucho educando al pueblo.

—Me alegro que lo creas.

—Querido Evariste, muchas cosas cambiaron durante el año que estuviste preso. Mes a mes se volvieron más despiadados y resueltos. Pero también creció nuestra fuerza. Por otro lado, el cólera. Y luego quizá lo más importante y afortunado: Casimir Perier está moribundo. En cualquier momento puede transformarse en cadáver. Ahora bien, al rey no le resultará fácil reemplazarlo. Ese maldito hijo de mala madre era fuerte, no hay duda sobre ello. Mantuvo la cohesión de toda aquella podredumbre. Lo que ahora necesitamos es un comienzo, un suceso; como dije, el fósforo y la gran hoguera de la revolución se encenderá por sí misma.

Volvió a mirar a Evariste y dijo:

—Pero estoy preocupado por ti. Has cambiado. Creía que te te unirías a nosotros inmediatamente, pero ahora me pregunto si no será mejor que descanses dos o tres semanas antes de emprender nada.

—Me alegra que lo hayas dicho. No me siento lo bastante fuerte para comenzar a trabajar. Vine para decírtelo pero me satisface que lo hayas mencionado primero.

—¡Qué delicado eres! Ultimamente debes haber conocido a gente muy bien educada. De cualquier modo, te doy mi consejo como amigo y como médico. Necesitas un descanso. No lo tendrás en París. Ve al campo. Cuando vuelvas, nos serás doblemente útil. Pero vete inmediatamente. Podemos necesitarte muy pronto. Prométeme que abandonarás París.

—Quizá dentro de poco tiempo. No puedo partir ahora.

Lebon lo miró en silencio y luego le preguntó:

—¿Alguna mujer?

Evariste asintió con la cabeza y luego miró el suelo, cohibido.

Lebon dijo, más para sí mismo que a Evariste:

—Estoy sorprendido, aunque no sé por qué. Por cierto, es la

cosa más natural del mundo. Pero no veo por qué tratas la cosa con tan delicadeza.

Hacía casi un mes que había conocido a Eve. Podía ahora acariciar su rostro y su suave pelo negro mientras no lo desarreglara demasiado. Podía tocar y besar sus mejillas, su boca, su cuello hasta la línea aguda de su vestido y sorprender una vislumbre excitante de sus pechos. Una o dos veces hasta los tocó ligeramente a través del vestido de seda. (Pero esta vez no hubo ni sombra de aliento.) Le acarició las piernas por debajo de la rodilla para confirmar lo que ya sabía, que una de ellas estaba tan bien formada como la otra. Una tierra virgen e inexplorada estaba ante él. Su visión y la esperanza de su posesión a través del amor y sólo del amor lo mantenía despierto de noche, perezoso y cansado de día, lo llenaba de soñadoras anticipaciones, planes de conquista y miedo al fracaso.

("¿Sabe Eve que la amo? ¿Me ama ella? De lo contrario, ¿cómo me permitiría tocar sus manos y besarlas? ¿Por qué, entonces, me hace callar cuando intento hablarle de mi amor? La última vez reuní todo mi valor y le pregunté: '¿No sabe lo que siento por usted?' ¿Por qué me cubrió la boca con la palma de la mano, que yo besé humildemente? No me atreví a repetir mi pregunta. No, esto no puede seguir así. Debo tener claridad. ¡Claridad!")

—Hace un mes que nos conocimos. Esta es nuestra celebración en el mismo lugar donde por primera vez comimos juntos.

Evariste alzó la copa.

(En este mes gasté cuatro veces mis recursos. Restaurantes de moda, cafés, buenos sastres, sombrereros, todo cuesta dinero. ¿Habrá reparado en mi nueva levita?)

—Hay otro motivo de celebración —dijo Eve—. Es el día del funeral de Perier.

—No me agrada celebrar la muerte aun cuando sea la de Pe-

rier. Su funeral fue un triste espectáculo. Nadie estaba conmovido.

—¿Qué ocurrirá ahora?

Evariste miró obstinadamente la mesa, y sin levantar los ojos, dijo:

—Quiero hablar de nosotros.

(Ella pensó: "Pareces loco cuando me dices que eres un gran matemático, eres un cargoso cuando me dices cuán virtuoso era Robespierre, pero eres el hombre más torpe del mundo cuando tratas de hablar de amor. Me gustan tus ojos y estoy apenada por ti. Pero sobre todo te odio porque me tratas como una santa o una virgen. Tu propia estupidez es tu mayor enemigo.")

—Quiero que me escuche, Eve. ("Debo atenerme a mi resolución. Anoche no pude dormir. Decidí decírselo y debo hacerlo. Debo tener valor. Hablaré aunque ella no me ayude.") ¿Me escucha, Eve?

("Está decidido y nada puedo hacer. Como un títere obediente, se mueve cuando tiran de las cuerdas. Debo obedecer al otro bastardo. Pero pude haber dicho que el plan no da resultado. Es demasiado asquerosamente fácil. ¿Por qué es tan estúpido... el pobre muchacho?)

—Naturalmente que lo oiré, Evariste.

Él levantó los ojos de la mesa, la miró agradecidamente y dijo:

—Gracias, Eve.

("Es demasiado tarde para retroceder. Ahora tendré que decírselo.")

—No pude dormir anoche. Toda mi vida he procurado ver con claridad. Puedo pensar días y noches en mis problemas matemáticos, tratando de ver claramente las soluciones cuando hablo con mis amigos, cuando como, cuando oigo los discursos de mis amigos republicanos. Hasta cuando duermo, mi mente trabaja por mí; y a veces me despierto y súbitamente tengo ante mis ojos la solución que había estado buscando durante semanas. Siempre he buscado la claridad. —Hizo una pausa, mientras dibujaba con mirada ausente elipses sobre la mesa con el dedo mayor—. He trabajado muy poco el mes pasado. También me retiré del trabajo republicano. Cuando no la veo a usted, pierdo las horas

del día en meditaciones soñadoras. Esto no puede continuar. Ya no lo soporto.

("Está tan emocionado que apenas puede hablar. Está esperando ayuda. No, lo siento por él. Es estúpido.")

—Me aflige mucho oírle decir eso, Evariste. Nunca imaginé que yo pudiera apartarlo de su importante tarea, sea republicana o matemática. Cuando usted me habló por primera vez de su pasión por la matemática, me dije: "Me hace feliz ayudar a un gran científico a procurarle descanso. Trabajará más duro y mejor."

("¿No comprende lo que quiero decirle? Quizá no sea cierto lo que le diré.")

—¡Eve, usted no comprende! Usted parece creer que la censuro. Lo que quiero decir es que siempre traté de ver claro en mi vida, como le dije. Pero la relación entre nosotros es la antítesis de la claridad. Y esto perturba mis días y noches a tal punto que la felicidad de nuestras primeras horas se ha convertido en desdichada cavilación y melancolía. Debo tener claridad. Debe saber qué siento por usted. La amo, Eve.

("¿Será cierto que la amo? Nunca pensé en mi amor sin pensar en el suyo. Imaginé todas las respuestas posibles. Pero siempre había amor o al menos esperanza de amor en su respuesta. Pero ahora es distinto, lo siento, estoy seguro de ello. No, no me ama. Pero, ¿por qué? Algo anduvo mal. ¿Cuándo y dónde? ¿Por qué? Siempre todo anda atravesado en mi vida.")

Miró los cuadros, los espejos, las sillas; sus formas se volvían fantásticas. Y Eve decía:

—Hace sólo un mes que nos conocemos. Es cierto que nos vimos a menudo, que pasamos buenos momentos juntos y siempre me agradó usted. Pero de todos modos debe usted admitir que es muy poco lo que nos conocemos.

Quería decir algo más, pero Evariste la interrumpió excitadamente:

—Sé qué quiere decirme usted. Que seremos amigos, pero que usted nunca me amará. —Había beligerancia e injuria en sus palabras—: Usted me amará como a un hermano. Apenas hay una novela barata en que la heroína no ofrezca su amor fraternal en

un momento u otro. Es muy bondadoso de su parte endulzar la verdad humillante. Pero no necesito piedad.

("Es capaz de cualquier cosa. No le permitiré que haga una escena aquí. No aquí.")

–No, Evariste. No es eso lo que quería decirle.

–¿Qué, entonces? ¿De qué se trata? Por favor, Eve, dígamelo. Acaso no haya yo debido decir lo que dije. Pero si usted supiera lo que sufrí, me perdonaría. Por favor, Eve, dígamelo.

–Quería decirle que nunca pensé en usted del modo en que usted piensa en mí. Lo que usted dijo fue repentino e inesperado. Realmente, no sé qué decir. Tendré que volver a pensar en todo lo que usted dijo. Quizá mañana pueda decirle algo más.

("Aún hay esperanza. Quizá procedí demasiado apresuradamente. Hace sólo un mes que nos conocemos. Quizá haya una chispa de amor en Eve. Quizá ni ella misma lo sepa, pero puede aumentar. Quizá haya algún otro. ¿Por qué no pensé en eso antes? Puede haber otro hombre.")

–¿Acaso hay algún otro? Si así es, dígamelo, por favor, Eve.

Ahora la de ella era una cara doliente cuando dijo:

–Por favor, Evariste, no me pregunte nada. Mañana por la tarde iré a verlo y se lo diré todo. No hablemos hoy más de eso. Por favor, prométamelo.

La pequeña esperanza que había alentado quedaba ahogada en la desesperación. Dijo apáticamente:

–Como usted quiera, Eve. Se lo prometo.

Evariste fue a su cuarto, encendió una vela, se arrojó exhausto sobre el ajado sillón de felpa roja. Había hecho lo que había decidido hacer; le había dicho a Eve que la amaba. Nunca antes había sentido tan poco amor como ahora. Sentía más odio que amor. Y sin embargo sabía que el amor podía volver en un poderoso torrente si oía una sola palabra tierna de Eve.

"Si me humilla, la odiaré, lo sé. No puedo soportar mi amor sin el de ella. No quiero sólo amar, quiero también ser amado. ¿Qué me dirá mañana? Quizá me diga que debo ser paciente y que quizá dentro de uno o dos años todo puede arreglarse. O

quizá me diga que hay algún otro, algún hombre vacuo, estúpido, que tiene dinero y viste bien."

Por primera vez, la Eve que veía era diferente de la que él había creado. Se desvistió mecánicamente.

"¿Por qué no he de ir por la vida sin una mujer? ¡La matemática! Hay pureza y belleza en la matemática. Nunca me defraudará. Quizá no sepa nada de Eve. ¿Por qué siempre hago un lío de todo? ¿Por qué todo anda mal en mi vida? Otra vez, compasión de mí mismo. Es desesperante."

Apagó la bujía y se echó en la cama.

"Aún hay esperanza. Mañana no está tan lejos. Veremos. De lo contrario, está la matemática y la lucha del pueblo. ¿Acaso importa que Eve me ame o no me ame? ¿Por qué pensé que Eve me comprendía, que es diferente de las otras? ¿Acaso no es porque yo deseaba que fuese diferente? Tal vez ninguna mujer llegue nunca a comprenderme. Debo aprender a vivir solitario. Ninguna mujer —para estar solo—, como Newton. Los grandes hombres fueron solitarios. No por inclinación, pero la vida les enseñó a vivir solitarios. Y también la vida me lo está enseñando a mí. Debo aceptar esta lección con humildad. Pero me quedan dos cosas: la lucha del pueblo y la matemática.

Cuando Eve entró en el cuarto de Evariste, permaneció rígidamente en la puerta; sus ojos aparecían duros. Galois empujó hacia ella el único sillón que había en el cuarto: el ajado sillón de felpa roja en el que se veían manchas blancas de la lana que lo rellenaba.

Evariste miró la boca cerrada de ella y su espalda tiesa y vaciló entre el deseo de arrojarle palabras de injuria y el de implorarle un tierno abrazo con palabras de amor. Dijo:

—¿Durmió bien?

—Muy bien, muchas gracias.

("Nunca vi antes esta cara de ella pétrea, fría. ¿Qué dice? No amor, no indiferencia, ni siquiera odio. No lo sé. Sólo sé que todo será diferente de todas las posibilidades que imaginé. Hace dos días le toqué las manos, le acaricié el pelo y le besé la boca.

Sé que nunca volveré a hacerlo. Pero sí deseo arrojarla en mi cama, emplear la fuerza, ver sus ojos asustados, humillarla, si ella me humilla a mí.")

—Le prometí ayer que hoy vendría. Vine para decirle que ésta es la última vez que nos vemos.

Evariste se aterró. Mecánicamente ahora, habló con humildad, asombrado de que sus palabras contradijeran el estado de ánimo en que se hallaba un momento antes:

—Pero Eve, ¿por qué? Algo ha ocurrido entre nosotros que no comprendo. Debo haberme comportado incorrectamente. Quizá procedí con demasiada prisa y no debí haber dicho lo que dije ayer. No comprendo. ¿Por qué está usted tan cambiada? Si hice algo, si la culpa es mía, dígamelo, por favor. Quizá pueda ponerle remedio.

Eve se sentó con toda calma y luego habló muy lentamente, abriendo apenas los labios; su rostro se endurecía cada vez más.

—Usted me dijo que quería claridad. Muy bien, la tendrá. Soy la querida de un hombre a quien estimo mucho. Es un patriota. Mi amante está fuera de París desde hace seis semanas. Entonces me gustó tener a alguien que me llevara a buenos restaurantes y cafés y me enseñara la historia de nuestras revoluciones. No me molestaron sus besos y le habría dado más besos si usted hubiera sabido cómo pedirlos. En general, usted me agradó, aun cuando su técnica es torpe aun para un principiante. Pero después de todo, usted es un matemático, y nadie espera que un matemático sea un gran amante. Dentro de pocos días mi amigo volverá a París, y no puedo ni deseo verlo a usted de nuevo. Siento tener que aclararle tanto las cosas, pero usted pidió claridad y espero que esté satisfecho ahora.

—¡Miente! ¡Miente! ¡No es cierto! ¡No puede ser cierto!

Ella miró el rostro de él, del que desaparecía la sangre, con ojos duros, impertinentes.

—¿Parezco *ahora* una mujer que miente?

Evariste se puso en pie. Eve estaba sentada frente a él, con su ajustada pelliza abotonada hasta el cuello. Sus brazos descansaban indolentemente en los del sillón. Evariste no sabía por qué razón se había levantado: si deseaba pegarle, o estrangularla,

o emplear el puñal. Sintió una mezcla de todos esos deseos. Pero todos ellos se desplomaron súbitamente. No había temor en el rostro de Eve. Su boca, que había besado, parecía ahora grande, voraz; los brillantes ojos negros pétreos, implacables. Su rostro era feo, desdeñoso, cruel, un símbolo del pecado y la licencia.

Evariste gritó:

—Entonces eres una vulgar perra, una prostituta que cualquiera puede tener. Jugaste conmigo como jugaste con otros cientos de hombres. Yo fui el único lo bastante estúpido para creerte inocente y capaz de amor. Sí, es muy divertido. Me trencé con una vulgar e infame *cocotte*, una prostituta. Quizá acepte usted dinero también. En ese caso, dígame cuánto le debo. Las putas cobran por sus servicios, ¿no es cierto?

Profirió palabras injuriosas; palabras vulgares, repelentes que había aprendido en Sainte-Pélagie.

Eve se puso en pie. Dos manchas rojas brillaban en sus mejillas, y en su rostro había furia, desdén y odio. Su voz fuerte cubrió el estallido de Evariste:

—Usted se siente muy superior, Monsieur Galois, ¿no es cierto? Yo soy mezquina, pero usted es el hombre grande y noble, el inocente, el amigo del pueblo. Pero permítame decirle algo. Usted habla de cosas que no comprende ni nunca comprenderá. Yo no he sido bien educada, soy viciosa, vil; y usted es educado, noble, un gran matemático, el hijo de un alcalde que lo alimentó a usted con pollos y pan blanco. Y usted se atrevió a lanzarme las palabras más abyectas que he oído.

Evariste apretó los puños y gritó:

—La mataré si habla usted de mi padre.

—"La mataré". —Desdeñosamente imitó la voz de él—. Ni siquiera puede usted matar. Sobre el matar también aprendió en los libros. Puede hablar y hablar. Nunca le tuve miedo, ni nunca se lo tendré. Le diré más. Le conviene temerme a mí. Porque le juro que lamentará las palabras que me ha dicho. Sí, Monsieur Galois, las lamentará. Estas son las últimas palabras que le dirijo.

Evariste oyó un portazo y pasos que bajaban rápidamente

las escaleras. Estaba solo. Miró el sillón rojo en que había estado sentada Eve. Se arrojó hacia él, se arrodilló en el suelo y rasgó la felpa que lo cubría; arrojó entonces grandes trozos de tela y algodón por todo el cuarto. Intentó hacer trizas la armadura de madera, pero sólo logró romperle una pata, y tiró el resto a un rincón del aposento. Agotado, se echó en la cama.

De sus ojos caían lágrimas; gruesas lágrimas que lo aliviaban de una pequeña parte de la carga de su vida.

4: 25 DE MAYO DE 1832

Cuarenta discípulos de Saint-Simon siguieron al padre Enfantin a Ménilmontant en abril de 1832. Entre ellos estaban los hermanos Michel y Auguste Chevalier. Poetas, músicos, artistas, científicos reparaban la casa, barrían los cuartos y patios, cultivaban los huertos y cubrían los senderos de grava. Cuando, a las cinco de la tarde, la corneta anunciaba la comida, los miembros de la familia Saint-Simon abandonaban las herramientas ocupaban su lugar en las mesas y saludaban al padre Enfantin con las palabras: "Salve, Padre, salve. Salud y gloria a Dios."

Allí, en Ménimontant, Auguste Chevalier recibió una carta de Evariste con palabras acibaradas por el sufrimiento y confundidas por el desencanto. Comprendió poco de su contenido y sólo vio un remedio para Evariste: que se uniera a la familia Saint-Simon, que estuviera entre quienes lo amaban. El 25 de mayo Evariste volvió a escribirle a Auguste:

Querido amigo:

Hay un placer en sentirse triste, siempre que uno pueda esperar consuelo. Uno se siente dichoso de sufrir si tiene amigos. Tu carta, llena de gracia apostólica, me dio un poco de calma. Pero, ¿cómo puedo borrar la huella de emociones tan violentas como las que experimenté? ¿Cómo puedo consolarme cuando agoté en un mes la mayor fuente de felicidad que un hombre puede tener? ¿Cuando la agote sin felicidad, sin esperanza, cuando estoy seguro de que la he vaciado para toda la vida?

¡Oh, no puedes predicar la paz después de eso. ¿Cómo puedes pedirles a los hombres que sufren que tengan piedad? Piedad, ¡jamás! Odio, eso

es todo. El que no siente odio por el día de hoy no puede sentir amor por el futuro.

Apruebo la violencia, si no con mi mente, sí con mi corazón. Quiero vengarme de todos mis padecimientos.

Aparte de eso, estoy de vuestro lado. Pero dejemos esto; nos contamos quizá entre quienes están destinados a hacer el bien pero nunca a experimentarlo. Creo que soy uno de ellos.

Me dices que quienes me aman desean ayudarme y contribuir a apartar los obstáculos que la vida puso ante mí. Sabes lo raro que son los que aman. Esto significa que sientes que tu deber es no ahorrar esfuerzos para convertirme. Pero mi deber es decirte una vez más, como lo hice cientos de veces antes, que tus esfuerzos son inútiles.

Deseo dudar de tu cruel profecía de que abandonaré la investigación científica. Pero debo admitir que puede haber algo de cierto en ella; para ser un hombre de ciencia, uno debe ser sólo un hombre de ciencia. Mi corazón se rebela contra mi cabeza. No añado, como tú: "Qué lástima".

Perdóname, querido Auguste, si he escandalizado tus sentimientos filiales al referirme inadecuadamente al hombre de quien eres devoto. Mis observaciones no fueron desdeñosas ni mi risa fue amarga. Esta es toda una admisión de mi parte, considerando mi actual estado de irritación.

Te veré el 1º de junio. Espero que nos veamos a menudo durante la primera quincena de junio. Partiré alrededor del quince para el Delfinado.

Tuyo *E. Galois*

P. S. Al volver a leer tu carta reparo en una frase en que me acusas de estar contaminado por la putrefacta inmundicia de un mundo descompuesto que me ensucia el corazón, la cabeza y las manos.

No hay reproches más fuertes en el vocabulario de los hombres de acción violenta.

¡Contaminación! Estoy desencantado de todo, inclusive del amor a la gloria. ¿Cómo puede un mundo que detesto ensuciarme? ¡Piensa en ello!

5: MARTES 29 DE MAYO DE 1832

El lunes Evariste volvió a su casa a una hora avanzada de la noche. En el piso vio dos tarjetas de visita y una carta, deslizadas en su cuarto bajo la puerta cerrada. Encendió una vela, tomó las dos tarjetas de visita y las miró durante largo tiempo. Las dos contenían un mensaje idéntico; sólo los nombres y letras eran distintos:

Pécheux d'Herbinville
estará en casa de Monsieur Galois mañana,
29, a las nueve de la mañana.

Maurice Lauvergnat
estará en la casa de Monsieur Galois mañana,
29, a las nueve de la mañana

Volvió entre sus manos las tarjetas y las acabó por dejar en distintas posiciones. Vio el perfil de un rostro que aparecía en las tarjetas. Cerró los ojos para no ver, pero el rostro se deslizó entre sus párpados y su cerebro.

Abrió la carta. Volvió a aparecer un rostro semitransparente entre sus ojos y el papel; le dificultaba la lectura. Su amigo Antoine le escribía a su modo cínico y divertido para decirle que su tía se había ablandado y pagado sus deudas, que estaba libre y que visitaría el día siguiente a su compañero del sanatorio.

Eran las siete de la mañana cuando Evariste se despertó. Se vistió y, cuando bajaba, le pidió a la mujer del portero que le limpiara el cuarto pues esperaba visitantes. Fue hasta un café cercano, que estaba casi vacío. Apáticamente miró en torno mientras se desayunaba. Miró su reloj, un buen reloj de oro que le había dejado su padre. Eran las ocho. Pagó y echó a andar hacia su casa. En el camino vio una proclama en la que antes no había reparado. Estaba firmada por treinticuatro nombres: Lafayette, Odilon Barrot, Laffitte, Charles Comte, y otros. Aquellos hombres apelaban ahora a la nación, reconocían a Luis Felipe pero le pedían que modificara su política. Evariste decidió que la proclama era débil, anodina y acuosa más allá de toda descripción. Cuántas veces había oído aquellas tediosas frases sobre Bélgica, la martirizada Polonia, la política exterior e interna que debía cambiarse si el gobierno deseaba sobrevivir y ser amado por el pueblo de Francia.

"Un obvio, demasiado obvio ofrecimiento a Luis Felipe, aho-

ra que Casimir Perier está muerto y enterrado." Repitió en sus pensamientos: "Muerto y enterrado."

Leyó la oración final: "La Francia de 1830, como la de 1779, cree que una monarquía hereditaria rodeada de instituciones populares no es incongruente con los principios de libertad."

"Un ofrecimiento de hombres que desean ser lacayos." Pero no había amargura en sus pensamientos; sólo desilusión y apatía.

Volvió a su cuarto. La cama estaba tendida y el piso barrido. Su mesa estaba llena de papeles. Le había pedido a la mujer del portero que nunca los tocara. Ahora yacían en desorden. Los apiló, miró una vez más las tarjetas de visita y luego las dejó caer sobre la clara superficie de la mesa. Fue hasta las ventanas y vio, a través de las cortinas semitransparentes, a dos hombres que permanecían inmóviles frente a su casa. En uno de ellos reconoció a Pécheux d'Herbinville. El otro, alto, cuidadosamente vestido, tenía un rostro grande, cuadrado, que le era conocido a Evariste. Recordó que lo había visto en una reunión pública de la Sociedad de los Amigos del Pueblo y en el banquete de Vendanges de Bourgogne, las dos veces junto a Pécheux d'Herbinville.

"Son aristócratas que, de puro aburrimiento, se hicieron republicanos y están tan orgullosos de sus modales, y hasta de sus antepasados, como la burguesía de sus bienes. El cruzar la calle les llevará ocho segundos, subir las escaleras veinte segundos, luego esperarán ante mi puerta y, exactamente a las nueve, golpearán con sus aristocráticos dedos."

—Adelante, por favor.

Entraron. Galois se levantó de su silla. Se inclinaron rígidamente y Monsieur d'Herbinville dijo:

—Mi amigo Maurice Lauvergnat y yo hemos venido por un asunto de honor.

Habló muy precisa y lentamente, como si se tratara de una lección aprendida de memoria y ensayada varias veces. Aún curvaba el labio inferior cuando subrayaba alguna palabra, exactamente lo mismo que cuando Galois lo vio hablar ante la Municipalidad y en el juicio de los Diecinueve.

Galois se inclinó ligeramente y no contestó. Se le antojaba

ser ridículo cuando imitaba a aquellos aristocráticos republicanos.

—Durante mi ausencia de París a usted se lo vio a menudo en compañía de Mlle. Eve Sorel. Ella me dijo que lo vio a usted ante su insistencia, llevada por la piedad y hasta quizá por la simpatía. Usted abusó de la simpatía que ella le mostró. Sabedor de la relación que me unía con ella, usted intentó influir sobre ella para que me abandonara calumniando mi nombre, diciendo atroces mentiras acerca de mí. Después de haber descubierto usted la futilidad de esos métodos, cuando fracasaron sus intentos de seducirla, lanzó vulgares e indecentes injurias a mi amiga. ¡Monsieur Galois! Deseo decirle en mi nombre y en el de mi amigo Monsieur Maurice Lauvergnat, que usted no se comportó honorablemente. Vine ayer y vuelvo hoy para desafiarlo a duelo. —Displicentemente arrojó un trozo de papel sobre la mesa y añadió—: Aquí están los nombres y direcciones de mis padrinos. Esperarán los de usted.

Luego Maurice Lauvergnat dijo con voz ronca:

—Como republicano, patriota y amigo de Monsieur Pécheux d'Herbinville, y en mi condición de primo materno de Mlle. Eve Sorel, lo desafío a usted a un duelo que estoy pronto a librar con usted en cualquier momento después que haya terminado el que tiene usted pendiente con Monsieur Pécheux d'Herbinville.

Galois contestó con calma. Su voz aparecía casi tan compuesta como las de sus adversarios, sus palabras casi tan medidas como las de ellos.

—Caballeros: por mi honor como republicano y patriota les juro que sabrán la verdad. Lo hago porque quiero evitar un duelo en que la muerte de por lo menos un republicano parece segura. No deseo morir, y menos aún quiero matar por una causa indigna. En cuanto a su acusación, admito que he tenido relaciones con Mlle. Eve Sorel. La vi durante este mes. Pero les aseguro, caballeros, que nada sabía de la relación entre ella y Monsieur Pécheux d'Herbinville hasta anoche, en que vi las tarjetas de visita de ustedes dos, caballeros, y vislumbré una conexión entre Mlle. Eve Sorel y el asunto de honor que se me

indicaba en las tarjetas. Sin embargo, es cierto que empleé un lenguaje injurioso con Mlle. Eve Sorel.

Sintió cuán débiles sonaban sus palabras. ¿Qué más podía decir? Si culpaba a Eve por lo que él había dicho, quedaría doblemente deshonrado. Aquellos dos aristócratas republicanos —el del labio curvado y el de la voz áspera—, aquellos maniquíes de sastre consideraban el injuriar a las mujeres, y en especial a sus mujeres, un crimen mucho más grave que la traición a la patria.

Evariste decidió añadir sólo una frase:

—Eso es lo que lamento, y estoy pronto a pedir excusas.

Maurice Lauvergnat contestó rápidamente:

—Hay sólo un modo en que usted puede disculparse de esa conducta: por la espada o la pistola.

Galois replicó con calma inconmovible:

—Deseo evitar el derramamiento de sangre. Si ustedes conocieran toda la historia, deberían también saber que fui provocado a emplear ese lenguaje. Repito que estoy dispuesto a pedir excusas. ¿Qué más puedo decir?

La ronca voz de Lauvergnat fue incisiva:

—Usted es un cobarde, quiere evitar el duelo cubriéndose con una toga republicana. Pero al mismo tiempo actúa usted aun más deshonrosamente insinuando que Mlle. Sorel provocó su injuria.

Pécheux d'Herbinville pareció levemente cohibido ante el estallido de ira de su amigo.

Evariste perdió la calma, no gradualmente sino súbitamente en una brusca transición. Su contenido desprecio y amargura estallaron en palabras que, como tiros de pistola, arrojó a sus adversarios.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! Qué fácil acusación. Según el código de honor, se espera que reaccione violentamente para que sean ustedes la parte ofendida. Se espera que me indigne por su acusación y pruebe, con la evidencia de mi propio cadáver, con la evidencia del cadáver de ustedes, que no soy un cobarde. Debo demostrar que no soy un cobarde a ustedes, caballeros, cuya opinión nada me importa. De lo contrario proclamarán ustedes

a todos los republicanos, a todos los patriotas, que soy un cobarde que se negó a aceptar un desafío.

"No les dirán ustedes a mis amigos que todo cuanto hice fue valerme de palabras violentas y, digámoslo, injuriosas, con una mujer de dudosa virtud, que arruinó cínicamente mi vida Ustedes me obligan a morir por una causa detestable. Ustedes quieren asesinarme porque una muchacha malvada les mintió. Pongo al cielo por testigo de que les dije la verdad. Si aún insisten, estoy a sus órdenes."

Pécheux d'Herbinville dijo con tono glacial:

–Lo que acaba de decir sería razón suficiente para desafiarlo si no lo hubiera hecho antes. Puesto que ya lo hice, nada me queda por decir. Espero los arreglos de mis padrinos.

Ambos se inclinaron y salieron del cuarto.

Evariste fue hasta la ventana, la abrió y miró la calle. Vio a una mujer obesa, la mujer del zapatero, que estaba frente al taller de su marido. Una niñita delgada, de suave pelo negro, estaba junto a ella y la mujer gorda acariciaba tiernamente la cabeza de la niña.

"Esa mujer gorda, desaliñada, ama a su hijita. Quizá mañana le vuelva a acariciar la cabeza a su hijita, o quizá la regañe. No sé qué hará mañana. Nunca lo sabré, no estaré aquí para verlo. Estaré muerto."

Vio que sus dos visitantes ascendían a una carroza.

Miró la gente, que andaba en todas direcciones, gesticulaba, hablaba, discutía. En un puesto situado frente a su ventana, vio a una mujer que tomaba un pepino tras otro. "Está discutiendo ahora con el vendedor el precio y la calidad de los pepinos. ¡Están vivos! Estarán vivos mañana. Dentro de cincuenta años casi todos ellos estarán muertos. Pero la tierra, las casas, las piedras de la calle, todo el escenario exterior puede permanecer tal cual. Nuevos hombres representarán una nueva comedia contra el mismo telón de fondo. El sol volverá a brillar, la tierra verde volverá a ser verde. El cuerpo de la mujer que acaricia el pelo de su hija, el cuerpo de la mujer que toca los pepinos, el cuerpo del viejo que discute con ella, estarán todos putrefactos; todos ellos estarán muertos. Su hora llegará más tarde; la mía sonará

mañana. Mis pensamientos son melodramátcos y estúpidos, como un mal drama. Monsieur Hugo lo haría mucho mejor."

Sonrió débilmente.

"Dos hombres quieren matarme a causa de una mujer a la que he ofendido. No hay cólera ni amargura en mi corazón. Intenté decirles la verdad. Desde luego, no dio resultado. ¿Por qué había de darlo? ¿Por qué pronuncié un sermón ante esos hombres? Porque me gusta hacer discursos. Hice mi último discurso. ¿Dónde está el odio que crecía en mi corazón? El aliento de la muerte derritió mi odio. Estoy en paz. He anhelado y esperado la paz. Todavía no tengo veintiún años, pero la paz ha venido hacia mí abrazada con la muerte.

Miró por la ventana. Los colores del mundo que lo rodeaba parecían más vívidos que nunca lo fueron. El pueblo de todo el mundo sonreía y saludaba a Galois.

Alguien golpeó a la puerta. Le era difícil a Evariste apartar los ojos de la calle. Entró Antoine. Comenzó alegremente:

—De modo que aquí estamos; aquí estás, aquí vives. Ahora los dos estamos libres. Un patriota y un parásito vuelven a encontrarse. Pareces tranquilo y triste. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me alegra que hayas venido. Llegaste justo en el momento preciso. Hoy fui desafiado a duelo por dos patriotas, un duelo de carácter puramente personal. Querría mantener a mis amigos republicanos apartados de este miserable asunto. Te pido que seas mi testigo.

El rostro de Antoine era inexpresivo.

—¿No puedes decirme algo más sobre el particular?

—Dos hombres, cuyas tarjetas de visita están sobre la mesa, me desafiaron en defensa del honor de Eve.

Antoine lanzó un largo silbido. Parecía embarazado cuando dijo:

—Parezco ser responsable de todo esto. Pero, querido amigo, como te dije, sólo la vi una vez en la vida y nada sé sobre ella. A juzgar por su compañera de cuarto —recordarás a Jeanne, la rubia— no debe ser muy honorable ni muy digna de que uno se bata por ella. Afortunadamente, yo me libré de mi muchacha sin ningún duelo... por lo menos hasta ahora.

Evariste miró la ventana abierta y lanzó sus palabras hacia la calle sin mirar a Antoine.

—Si pudieras convencer a mis adversarios de que, como dices, el honor de Eve no es digno de mi sangre o de la de ellos, me haría muy feliz retirarme de este inútil y tonto duelo.

Se volvió hacia Antoine y habló impacientemente:

—Haz lo que puedas, todo lo posible, por reconciliarme con mis adversarios. Estoy dispuesto a pedir disculpas por lo que le dije a Eve. Mi actitud puede parecerte chocante, pero mis ideas del honor son diferentes y no me importa que esos caballeros me tengan por cobarde. Quiero evitar esta lucha. ¿Comprendes?

—Creo que sí, y te prometo que haré todo cuanto esté en mi mano.

—Aquí están los nombres y direcciones de los testigos.

—Me temo que, por lo que me dices, tus adversarios no quieran un duelo en lo que todo esté cuidadosamente estipulado, hasta las palabras y gestos de reconciliación.

—No; hablan muy en serio.

Antoine silbó y luego dijo:

—Puedo asegurarte que haré todo lo posible para representarte adecuadamente y conforme a tus deseos. ¿Quién es la parte ofendida?

—No lo sé, porque nos ofendimos los dos. Tendrás que arreglar eso con los testigos. No me importan los detalles. Mi conocimiento teórico y práctico de los duelos es nulo.

—Si la elección de las armas nos corresponde a nosotros, ¿qué elegirías? ¿Espadas o pistolas?

—Pistolas.

—En tal caso necesitas dos testigos. Permítame que te alivie de todos esos fastidios. Me alegrará pedir a uno de mis amigos que me ayude y nosotros lo arreglaremos todo.

—Gracias. Es muy bondadoso de tu parte.

Una sombra de una extraña sonrisa apareció y desapareció ráp damente en el rostro de Antoine.

—Me temo que deba apresurarme. De acuerdo con las reglas del juego, se debe atender a estos asuntos inmediatamente. Tan

pronto como todo quede arreglado, volveré. ¿Estarás aquí todo el día?

Galois asintió con un movimiento de cabeza.

Por la tarde Antoine volvió para decirle a Evariste que todo estaba arreglado, pues infortunadamente no había logrado solucionar el asunto pacíficamente, si bien había hecho todo cuanto pudo. El duelo tendría lugar el día siguiente a las seis de la mañana. Él, Antoine, pasaría a recoger a Evariste exactamente a las cinco. Prometió ordenar un coche y llevar dos pistolas idénticas. Nada, absolutamente nada le quedaba por hacer a Evariste, como no fuese quizá practicar tiro. Los testigos habían convenido en un tipo clásico de duelo: a *volonté*. Algo más: también convinieron, por su honor, en que todo el asunto sería mantenido en secreto; sólo conocerían los nombres de los adversarios aquellos que estuvieran presentes el día siguiente. Decidieron no llevar a ningún médico con ellos, pero el amigo de Antoine, el otro testigo, era estudiante de medicina y podía ayudar en caso de necesidad.

Evariste escuchó en silencio y, cuando Antoine le preguntó cuáles eran sus deseos, dijo que le agradaría estar solo hasta el día siguiente a las cinco de la mañana.

"Ahora son las cuatro. ¡Debo pasar trece horas conmigo mismo! Trece horas en que soy libre y puedo hacer lo que se me antoje. Después de eso, la detestable ordalía de aborrecibles movimientos, el empuñar las pistolas, el ponerse firme, el afrontar valientemente la muerte, el poner una cara vacía de expresión, el desempeñar un papel estúpido antes de que caiga el telón de la vida. Luego viviré algún tiempo en la memoria de los hombres. ¡Me recordarán! Algunos con bondad, otros con rabia. Y luego llegará el tiempo en que no sólo Evariste Galois estará muerto sino también hasta el último pensamiento acerca de Evariste Galois. Alguien, algún día, pensará en mí y ésa será la última vez que el pensamiento de mi nombre llegue a la mente de un

hombre. Viviré en la memoria de mis amigos aun cuando esté muerto. Pero sus impresiones se volverán más y más vagas; la esponja del tiempo borrará lentamente mi memoria, hasta que sólo quede un símbolo, un nombre, el débil vestigio de un retrato... y hasta eso acabará por olvidarse.

"¡La inmortalidad! Sólo mediante la fama los hombres pueden combatir su destino de morir y desvanecerse en el olvido. Sólo unos pocos pueden crear, antes de morir, un nuevo símbolo, que cambia con el tiempo, para vivir en la memoria de los hombres. ¿Hay alguna diferencia para el hombre que muere el que sea inmortal? ¿Que las huellas que deje en la vida sean fecundas y durables? ¿Hay alguna diferencia para el hombre que muere el que sea inmortal? ¡Sí, la hay!

"¿Qué huellas dejaré de mi vida? Muero por una causa pequeña, estúpida. Me alegra que todos estemos obligados a guardar el secreto. Es una muerte estúpida, mísera, y cuantas menos huellas queden de ella será mejor. Pero, ¿qué decir de mi vida? ¿Qué huellas dejaré en la memoria de los hombres?

"¡Sí! La causa del pueblo era mi causa. Deseaba combatir a la tiranía toda mi vida. Sé que esto suena grandilocuente. Pero vivimos en una época grandilocuente. Mi padre me enseñó a combatir la tiranía. Papá. Es bueno que no supiera, cuando murió, que lo seguiría en menos de tres años. ¿Mamá? Llorará. Dirá que toda su vida temió que ocurriera algo como esto, que algo había hecho cambiar para mal súbitamente a su hijo, que era plácido, alegre, obediente cuando niño. Auguste y Alfred. Su pena será profunda y verdadera. De ellos será el último pensamiento por Evariste Galois.

"¡La inmortalidad! ¿Qué derecho tengo yo a la inmortalidad? ¿Qué hice por el pueblo cuya causa abracé? No luché en los días de Julio. La lucha se ganó sin mí y se perdió sin mí. ¿Qué hice, entonces? Pronuncié algunos discursos; proyecté, planeé, alcé el puñal. Quisé mostrar con un gesto que el regicidio puede justificarse. Fui sometido a juicio; me enviaron a la cárcel. ¡Sainte-Pélagie! ¡Hace un mes que me liberaron! ¿Qué significa esto? Nada. ¿Cuáles fueron los resultados? Ninguno. ¿Acaso gané el derecho de inmortalidad en los corazones del pueblo? No, en

modo alguno. No merezco la inmortalidad. Sí, es cierto, soy joven. Quizá habría vivido en el corazón del pueblo si me hubiera sido dado vivir más tiempo.

"¡La inmortalidad! A veces puede comprarse con la vida por un momento de heroísmo. La pueden comprar los jóvenes o los viejos en el momento adecuado, cuando la historia está dispuesta a venderla. Con qué alegría la hubiera pagado con mi vida. Cuando la inmortalidad estaba en venta, yo estaba preso en la escuela. En tiempos de Luis Felipe la inmortalidad no está en venta.

"Existe otra inmortalidad. No la conquistada por el sacrificio del corazón sino por los logros de la mente. Por esos logros he ganado el derecho al recuerdo de los hombres de ciencia y los matemáticos de Francia y de todas aquellas partes del mundo en que se enseña y comprende la matemática. Pero no hay suficientes huellas de mi obra. Las pocas monografías que escribí y que se imprimieron son breves, fragmentarias; no contienen importantes resultados. Pasaron inadvertidas y se las olvidará. Nunca se publicaron las monografías que envié a la Academia. Tengo en la cabeza los más importantes resultados. Y lo que llevo en la cabeza dejará de existir cuando mi mente deje de funcionar y mi corazón deje de latir. Las huellas de mi obra sólo pueden vivir si añado a la tarea de mi mente el esfuerzo puramente mecánico de escribir esos resultados con tinta perdurable en hojas de papel perdurable. Entonces las huellas permanecerán. Si bien tengo todos los resultados claros en la mente, si muero nadie sabrá que fui yo, Evariste Galois, el que solucionó los problemas que acaso algún otro vuelva a solucionar en años venideros. Sí, quiero que su solución quede relacionada para siempre con mi nombre; ¡quiero que se los conozca en matemática como los teoremas de Galois, como los métodos de Galois!

"¡La inmortalidad! Me quedan trece horas para conquistarla. Puedo aún hacerlo. Trece horas es mucho. Son mis últimas trece horas. Escribiré los resultados más importantes, el plan general de mis métodos con tinta perdurable en hojas de papel perdurable. Escribirlo todo requeriría semanas. No tengo tiempo Debo apresurarme. No me queda tiempo para trazar un plan. Debo

comenzar ahora... inmediatamente. Sí, tengo velas; tengo tinta y papel; pero, por sobre todo, tengo aún mi cabeza y en ella mi cerebro que funcionará mientras yo viva. Sólo que tengo muy poco tiempo, debo apresurarme."

Se sintió hambriento. Buscó a la mujer del portero y le pidió que comprara comida. ¿Qué debía comprar ella? Lo que se le ocurriera. Lo mismo le daba. Luego corrió de regreso a su cuarto.

"Primero debo escribir cartas. Luego dedicaré todo el resto de mi tiempo a la matemática. Debo apresurarme. Quiero dejar un recuerdo límpido en el espíritu de los republicanos. Deben saber que pensé en ellos y en nuestra causa antes de morir. Luego haré mi testamento científico. Todo puede hacerse antes de las cinco de la mañana. Se lo confiaré a Auguste, que dedicará su vida a darlo a conocer. Auguste Chevalier tendrá el testamento científico de Evariste Galois. Pero esto vendrá después. Ante todo, las cartas. No puedo perder tiempo."

Escribió:

29 de mayo de 1832

Carta a todos los republicanos:

Ruego a los patriotas y a mis amigos que me perdonen el que, al morir, no muera por mi patria.

Muero víctima de una infame coqueta. Mi vida se extingue envuelta en una maraña de calumnias.

Oh, ¿por qué debo morir por una causa tan insignificante, por algo tan menospreciable?

Pongo al cielo por testigo de que sólo bajo la compulsión y la fuerza he cedido a una provocación que intenté prevenir por todos los medios.

Me arrepiento de haber dicho una verdad funesta a hombres tan poco capaces de oírla fríamente. Pero, de todos modos, dije la verdad. Llevo conmigo a la tumba una conciencia libre de mentiras, libre de la sangre de patriotas.

¡Adiós! Mi deseo fue dar la vida por el bien público.

Perdón a los que me matan. Son de buena fe.

E. Galois

Luego, decidió Evariste, una carta personal a Lebon y Duchâtelet. Escribió:

Queridos amigos:

Fui provocado por dos patriotas y me es imposible negarme.

Les pido perdón por no hacerlos partícipe de esto, pues mis adversarios me pidieron, bajo palabra de honor, no informar a ningún patriota.

La tarea de ustedes es sencilla: quiero que se sepa que me bato en contra de mi voluntad después de haber agotado todos los medios de reconciliación; y quiero que ustedes juzguen si soy capaz de mentir aun en asuntos triviales y faltos de importancia.

Les ruego que me recuerden, ya que el destino no me concedió una vida que volviera mi nombre digno de que lo recordara mi país.

Muero amigo vuestro,
E. Galois

Luego puso un post-scriptum:

Nitens lux, horrenda procella, tenebris aeternis involuta.

La mujer del portero llevó paquetes de comida, los dejó en la silla, puso el cambio sobre la mesa, hizo algunas observaciones sobre el tiempo, los elevados precios, la calidad de la comida y abandonó el cuarto de Evariste. Rápida y hambrientamente comió pan con queso y manteca, carne fría, bebió dos vasos de leche, se frotó las manos en los pantalones y volvió a trabajar.

Sus manuscritos matemáticos estaban mezclados con cartas y folletos republicanos. Separó las notas matemáticas.

"Debo leer todo, destruir los papeles sin valor, explicar otros que contienen resultados. Pero tengo muy poco tiempo. Debo dejar los papeles tal como están.

"Ahora le escribiré la carta a Auguste. Tiene que ser una carta larga. En ella enunciaré los resultados esenciales que he obtenido y que aún no publiqué; todos los resultados de los que estoy seguro que son exactos e importantes. La carta a Auguste será sólo un sumario y se referirá a las monografías con teoremas y demostraciones más detallados. Creo que podré preparar y adjuntar tres memorias: dos sobre la teoría de las ecuaciones y una sobre las funciones integrales. Una de las tres memorias que adjuntaré está lista: el manuscrito que rechazó Poisson. La volveré a leer cuidadosamente y haré modificaciones. La segunda memoria sobre la teoría de las ecuaciones está también parcialmente escrita, aunque falta darle la forma final."

Recordó que había proyectado publicar esas dos memorias en un librito.

"Si leen con atención mis manuscritos, hasta hallarán en ellos una adecuada introducción de estas dos memorias." Sonrió. "Aun cuando no termine todo lo que me propongo, por lo menos la carta a Auguste será un sumario de cuanto quiero decir. La carta debe escribirse de tal modo que muchos años después, si los matemáticos llegan a redescubrir mis resultados, deberán reconocer que Evariste Galois fue el primero que los encontró. Sí, me interesa el destino de mi nombre y su inmortalidad. Ésta es mi última lucha, la lucha por la inmortalidad; tal vez la única lucha que gane. Ganaré mi última batalla, pero no veré nunca los dulces frutos de la victoria."

Escribió:

29 de mayo de 1832

Querido amigo:

He hecho algunos nuevos descubrimientos en análisis.

Se sumergió luego en la matemática. Escribió cuidadosamente, con el pensamiento de que el manuscrito podía publicarse, que sería leído por matemáticos, discutido, comentado, analizado. Cubrió siete páginas con palabras y fórmulas, y al fin de la parte matemática escribió:

Deseo que sepas, querido Auguste, que estos temas no son los únicos sobre los que he trabajado.

Mencionó luego brevemente los problemas sobre los que había pensado mucho últimamente y explicó por qué no informaba acerca de ellos detalladamente:

No tengo tiempo y mis ideas no están lo suficientemente desarrolladas en ese terreno... que es inmenso.

Luego escribió las frases finales:

Te ruego que publiques esta carta en la *Revue Encyclopédique*. A menudo aventuré en mi vida proposiciones de las que no estaba seguro. Pero todo lo que escribí aquí ha estado claro en mi mente desde hace un año y me interesa sobremanera no quedar expuesto a la sospecha de que enuncio resultados de los que no tengo una demostración completa.

Pide públicamente a Jacobi o Gauss que den su opinión, no en cuanto a la verdad de estos teoremas sino en cuanto a su importancia.

Después de lo cual espero que habrá gente que hallará provechoso descifrar este lío.

Je t'embrasse avec effusion.

E. Galois

Aún no era medianoche cuando terminó la más importante tarea de su vida. Volvió a escribir la fecha: "*Le* 29 *mai*, 1832."

Miró el manuscrito que la Academia había rechazado. Miró la cubierta y los nombres de los árbitros: Lacroix, Poisson. Sintió fastidio y, al mismo tiempo, el estupor de que el fastidio prevaleciera aun en el momento en que afrontaba la muerte.

Decidió volver a leer las once largas páginas. Sólo la mitad de cada página estaba cubierta con su letra; la otra mitad formaba un amplio margen para notas, correcciones y observaciones suplementarias. Quería volver a examinar todas las demostraciones. Sentía que su mente era más clara y más penetrante que nunca lo había sido. Si había algo equivocado en sus demostraciones, hoy lo descubriría. Hoy podía echar luz sobre los problemas que lo habían atormentado durante meses. ¡Si sólo tuviera tiempo!

Leyó el Lema II, un teorema que se había encontrado en los papeles póstumos de Abel sin prueba. Volvió a mirar con fastidio la nota de Poisson, garrapateada con lápiz. Hasta en la letra vio algo femenino y repulsivo. Aunque sabía la nota de memoria, la leyó una vez más:

La demostración de este Lema no es suficiente Pero es verdadera conforme a la monografía de Lagrange, N° 100, Berlín, 1775.

"Libraré un duelito incruento con Monsieur Poisson. Demasiados duelos para un solo día." Sonrió y escribió debajo de la observación:

La demostración es una transcripción textual de la que nosotros dimos en una monografía en 1830. Dejamos aquí como un documento histórico la nota que M. Poisson creyó que era su deber insertar.
Que juzgue el lector.

Leyó. Leyó la Proposición II y su demostración. Vio que ésta no era completa. Vio claramente cómo debía ser modificada Escribió unas pocas líneas en el margen pero no le agradó la formulación, las tachó, y escribió debajo: "Algunas cosas deben completarse en esta demostración."

Tocó un reloj, anunciando que una hora más había transcurrido. Contó. Eran las doce.

Escribió en el margen: "No tengo tiempo."

6: MIÉRCOLES, 30 DE MAYO DE 1832

Evariste oyó un fuerte golpe en la puerta. Interrumpido en medio de una oración, dejó a un lado la lapicera, reunió todos los manuscritos y cartas que había escrito durante la noche y fue a abrir la puerta.

—Son exactamente las cinco —dijo Antoine.

—Estoy listo.

Un minuto antes, cuando aún tenía el manuscrito ante él, había pensado que podría seguir trabajando por siempre. Ahora se sentía agotado. El golpe en la puerta lo había privado súbitamente de toda energía; sintió cansancio y deseo de dormir.

"¡Si mis adversarios me hicieran el favor de venir aquí y meterme una bala en la cabeza! Sería mucho más fácil. ¿Por qué no lo hacen? Necesito descanso, un largo sueño. Lo necesito ahora."

Bajó las escaleras con paso bamboleante, aferrándose a la barandilla. Antoine miró el rostro pálido de Evariste y se preguntó si era la cobardía o el agotamiento lo que había hecho desaparecer todo color de su rostro.

Un coche esperaba. Evariste atinó a estrechar la mano al amigo de Antoine, que estaba en él. Ni siquiera vio el rostro

del hombre. Se arrojó a un rincón del carruaje y cerró los ojos, temeroso de que pudiera desvanecerse. El aire fresco lo hizo revivir. Se las arregló para abrir los ojos y para ver la cara del amigo de Antoine y la caja de estaño que éste tenía sobre las rodillas. Pensó que aquel rostro parecía demasiado tosco para ser el de un estudiante de medicina y amigo de Antoine.

Evariste balbuceó:

—¿Lleva pistolas en la caja?

—Sí. ¿Quiere verlas?

Evariste sonrió débilmente y sacudió la cabeza.

No temía ya que pudiera desvanecerse. Lo que quería era estar sentado tranquilamente, sin hablar ni escuchar. Sus compañeros parecieron comprender el deseo no declarado de Evariste; ninguno de ellos dijo una palabra.

El coche pasó frente a hombres que se dirigían al trabajo, a calaveras que iban a dormir, a prostitutas baratas, incansables, que buscaban clientes. Los cascos de los caballos resonaban a través de las calles semivacías.

"París está dormido. El olor de los caballos se mezcla deliciosamente con el olor de París en una mañana primaveral. París está medio muerta. Pero dentro de pocas horas París estará llena de vida... como lo estuvo ayer, anteayer, y como lo estará mañana.

"Estoy cansado. No puedo formular claramente mis pensamientos. Me satisface haber trabajado esta noche. Es bueno saber que mis manuscritos están reunidos en mi cuarto. Pero no hice todo lo que me proponía. Desde luego, era imposible. Pero escribí la carta a Auguste. Y están las dos monografías sobre la solubilidad de las ecuaciones. La segunda monografía no está del todo acabada. Ni siquiera comencé la monografía sobre las funciones integrales. De cualquier modo, hice lo que pude.

"¡La matemática! Me dio un gran consuelo final. Me puso en un estado en que sólo siento un deseo: dormir, aun cuando el sueño llegue a través de la muerte. No estoy asustado.

"¡La matemática! Me ha dado mis únicos momentos de gran felicidad. A muy pocos se les concede tal felicidad. Debo pa-

garía. Ese fue mi verdadero amor. No pensé en toda la noche en Eve. He vivido mucho, muchísimo; y ahora estoy agotado, cansado. Mis testigos son comprensivos porque no charlan entre ellos y me dejan solo. Pero no me agrada el rostro del amigo de Antoine."

El carruaje avanzaba por la rue Mouffetard hacia su extremo sur, donde las casas eran más pobres y estaban más separadas entre sí, luego hacia Gentilly a través de un camino de campo flanqueado por árboles, cubierto por sombras movedizas y cortado por sembradíos.

"El mundo me muestra toda su belleza. La belleza no es cruel, pero tampoco tiene piedad. No es triste, pero tampoco se regocija porque yo muera a los veintiún años. Veinte años y siete meses, para ser exacto. Dentro de cinco meses tendría veintiuno. ¡Cuánto puede hacerse en cinco meses! Pero hasta la hora que me separa de la muerte es un largo tiempo. No deseo esta hora. Estoy demasiado cansado. Me gustaría dormir, agregar la hora de sueño a la infinitud de horas de sueño que tengo ante mí. Debe de ser mucho peor morir cuando uno cree en la inmortalidad del alma. Entonces está uno doblemente atemorizado debido a la perspectiva de un examen importante —mucho más importante que el de admisión en la Escuela Politécnica— y en el que no se permite ningún desatino."

Sonrió para sí mismo. Antoine le dijo al conductor que se detuviera. Unos cincuenta metros delante de ellos se detuvo otro coche. Antoine le dijo a Evariste:

—Quédate aquí; nosotros lo arreglaremos todo.

Los testigos partieron, llevándose consigo la caja de estaño. Evariste cerró los ojos, pero estaba demasiado cansado para dormir.

"¿Cuál será mi último pensamiento? ¿Por qué estoy tan seguro de que he de morir aquí? Hay muchas otras posibilidades. Quizá nada me suceda. Entonces, tendré que volver a empezar y combatir con el hombre de voz ronca.

"¡Muy bien! Veamos qué ocurre primero. Puedo quedar herido leve o gravemente. Todas las posibilidades deben considerarse en conjunción con las posibilidades del segundo duelo. El pro-

blema es trivial, falto de interés y tedioso. No vale la pena continuar.

"Es preferible pensar en el montón de manuscritos que dejé sobre la mesa. ¡Fue un trabajo intensivo! ¡Cuántas veces comencé a escribir una memoria que nunca acabé! Me pregunto si habría puesto por escrito mis resultados de no haber sido por este duelo... Una pregunta típicamente sin sentido. Es lástima que no haya escrito la tercera memoria que mencioné a Auguste. Pobre Auguste, la buscará y no la encontrará. Debí haber escrito alguna nota para que no se preocupe. Lo afligirá el pensar que se perdió la tercera memoria. Quizá lo vea a Auguste.

"Después de todo, no es cierto que estaré muerto dentro de una hora. Hay otras posibilidades. Mis pensamientos corren en torno de círculos de diferentes radios, pero todos ellos llevan al mismo punto tangencial. Cabe representar ese punto por un punto material, y el punto material por una bala."

Volvieron Antoine y el amigo de éste. Antoine dijo:

—Todo está arreglado.

Antoine llevaba una pistola en la mano derecha. Su amigo llevaba la caja de estaño, la que colocó en el asiento de la carroza. Evariste abandonó el coche, y los tres se dirigieron hacia los bosques. Después de andar unos doscientos pasos, llegaron a un claro, junto a un lago, ocultado del camino por árboles. Evariste vio la escena preparada para el desempeño de los actores. Consistía en dos bastones clavados en la tierra negra a unos treinta y cinco pasos entre sí y en dos pañuelos colocados entre ellos. Los cuatro objetos estaban en línea recta.

Los testigos colocaron a Evariste junto a uno de los bastones, y vio a Pécheux d'Herbinville junto al otro; estaba éste impecablemente vestido de negro, y tenía el cuello de la chaqueta recogido hacia arriba de modo que no eran visibles ni la camisa ni la corbata.

"Debe de tener un uniforme especial para estas ocasiones. Debe de sentirse muy superior cuando mira mi chaqueta parda."

Los cuatro testigos se reunieron entonces en determinado lugar, de modo que los dos adversarios y todos los testigos formaban los tres vértices de un triángulo equilátero.

Antoine dijo en voz alta:

—¡Caballeros! La elección de lugares y la elección de pistolas se determinaron por sorteo. También por sorteo se me confió a mí el privilegio de explicar las reglas del duelo. Conforme con el acuerdo a que llegaron los testigos, un duelo *a volonté* se verificará entre dos caballeros, Monsieur Evariste Galois y Monsieur Pécheux d'Herbinville.

"La distancia entre los bastones es de treinta y cinco pasos. La distancia entre los pañuelos es de quince pasos, pues cada pañuelo está a diez pasos del bastón. A cada combatiente, después de oír la señal 'Adelante', le está permitido avanzar diez pasos, es decir desde el bastón hasta el pañuelo. Si los combatientes lo desean, pueden avanzar cada uno hacia el otro manteniendo verticales las pistolas mientras avanzan. El combatiente que llegue primero al pañuelo debe detenerse y hacer fuego. Pero si bien una de las partes puede avanzar así hasta el límite, su antagonista no está obligado a moverse, haya recibido el disparo de su antagonista o haya reservado el suyo propio.

"En el momento en que un combatiente ha disparado, debe detenerse en el lugar y esperar erguido el fuego de su adversario, al que no le está permitido, empero, esperar más de un minuto para avanzar y disparar, o disparar desde el sitio en que está.

"La parte herida tiene un minuto para disparar sobre su antagonista a contar desde el momento en que recibe la herida. Pero si ha caído al suelo, se le darán dos minutos para recobrarse.

"Monsieur Pécheux d'Herbinville, ¿están claras para usted las reglas de este duelo?

—Sí, están claras.

La figura negra se inclinó en dirección a los testigos y luego más rígidamente, hacia Galois.

—Monsieur Evariste Galois, ¿están claras para usted las reglas de este duelo?

Evariste Galois repitió las palabras de su adversario.

—Recibirán ahora las pistolas de sus respectivos testigos y esperarán mi señal.

Dos hombres se desplazaron desde un punto del triángulo a

los otros dos puntos, entregaron las pistolas a los combatientes y volvieron al lugar de donde habían partido.

—Caballeros, ¿están prontos?

—Sí.

—Sí.

—Avancen.

Pécheux d'Herbinville echó a andar serenamente hacia los pañuelos con pasos lentos, medidos, llevando verticalmente la pistola. Evariste estaba cerca del bastón, inmóvil, pálido, mirando el espacio, fascinado por la figura negra que se acercaba. Contra aquel negro telón de fondo vio una pauta fantásticamente entretejida de resplandecientes símbolos matemáticos.

Súbitamente, todos aquellos símbolos se desvanecieron, borrados por un simple pensamiento:

"Olvidé escribir a Alfred. Éste será un golpe duro para el pobre muchacho. Debería haberle escrito una carta a Alfred. De qué modo me miró cuando fue a Sainte-Pélagie..."

Pécheux d'Herbinville llegó hasta el pañuelo, tendió el arma hizo puntería indolentemente y disparó. Galois se inclinó hacia atrás, luego se recuperó, se mantuvo erguido por un momento, se inclinó ligeramente hacia delante, luego se balanceó de derecha a izquierda como una marioneta. Todos esperaban nerviosamente para ver si lograba mantener su cuerpo en equilibrio cuando de pronto cayó rígidamente sobre su rostro.

Antoine miró su reloj.

—¡Caballeros! Contaré dos minutos durante los que al combatiente herido le está permitido devolver el disparo. Les pido a todos que no se muevan de sus lugares.

Todos permanecieron tiesos y miraban la figura parda que yacía en tierra para ver si podía levantarse y devolver el fuego. Pero la figura permaneció inmóvil.

—¡Caballeros! Han pasado dos minutos. El duelo finalizó.

Todos avanzaron hacia Galois. Antoine se arrodilló e intentó volverlo ligeramente. Dijo a Pécheux d'Herbinville:

—Está gravemente herido en el abdomen. Le aconsejo a usted y a sus testigos que abandonen este lugar inmediatamente. Nosotros nos quedaremos aquí y cumpliremos nuestro deber.

Pécheux d'Herbinville y sus testigos se inclinaron y se dirigieron hacia el camino. El amigo de Antoine lanzó una carcajada cuando oyó el ruido de cascos que se alejaban y, luego, con el pie derecho pateó el cuerpo de Galois.

Antoine dijo severamente:

—No me gustan tus maneras vulgares. Déjalo solo.

El amigo de Antoine dijo humildemente:

—¿Nos llevamos la pistola?

—Eres un tonto. Debemos dejarlo todo tal cual está. Iremos ahora, naturalmente, a buscar un médico. No será culpa nuestra el que nos lleve mucho tiempo encontrar alguno.

Antoine miró a Evariste y dijo:

—No, no durará mucho. Más bien lo estimaba.

Luego filosofó:

—La diferencia entre tú y yo es que a ti te agrada esta clase de trabajo, mientras que lo más que puedo decir de esto es que no me importa. Sí, es verdad que gozo con los preparativos. Requieren pensamiento, habilidad artística, sesos, tacto. ¿Pero esto? Es pura carnicería. No me gusta la sangre.

—"Evariste Galois, un intrépido republicano, murió en un duelo con su amigo republicano." Estoy seguro de que Monsieur Gisquet escribirá algo parecido en sus memorias. Desde luego, a ti para nada te interesa Monsieur Gisquet. Sólo te interesan tus cien francos. Naturalmente, los tendrás. Pero nunca llegarás a ser artista. Tienes el alma de un almacenero; no sabes lo que significa tener la satisfacción de haber hecho bien un trabajo.

Se dirigieron hacia el camino.

Dos corrientes fluían simultáneamente en la conciencia de Evariste, y ambas crecían a la misma velocidad. Una era el dolor cruel, apenas soportable. La otra era el conocimiento de dónde estaba y de los sucesos que lo habían llevado allí.

Levantó apenas la cabeza de la tierra húmeda y llamó:

—¡Antoine! ¡Antoine!

La única respuesta fue el gozoso gorjeo de los pájaros y el

murmullo de las hojas. Llamó más fuerte, temeroso de que los pájaros y las hojas ahogaran su voz:

—¡Antoine! ¡Antoine!

No le contestó ninguna voz humana. La creciente oleada de dolor fue acompañada por la súbita comprensión de que lo habían traicionado, de que lo que había ocurrido era muy distinto de lo que había pensado. Esta comprensión era brumosa, como la primera idea de un problema matemático complicado cuya solución está remota. Ni siquiera podía vislumbrar la solución, pues el dolor cubría su campo de visión con una oscura y pesada cortina a través de la cual la luz no podía penetrar.

Gritó, amarga y violentamente. Gritaba porque no podía soportar el dolor, porque estaba solo; gritaba porque lo avergonzaban hombres capaces de hacer lo que habían hecho Antoine y su amigo. Gritaba porque se compadecía de sí mismo; gritaba porque el mundo le había mostrado, en los últimos momentos de su vida, su fondo descompuesto.

El grito aumentó el dolor y, a su vez, el dolor aumentaba la violencia del grito. Las dos corrientes de conciencia comenzaron a atenuarse. A través del ruido de sus sollozos y gritos oía pesados, lentos, los cascos de los caballos. La tierra con la que estaba en contacto le llevaba sonidos cada vez más fuertes. Mantenían viva la débil y cada vez más tenue chispa de conciencia. Esperó que el sonido le llegara claramente y, cuando había alcanzado el máximo, levantó la pistola, aún cargada como cuando se le había puesto en la mano, y disparó al aire. Cesó el ruido de los cascos. Gritó tan fuerte como pudo:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Con la última chispa de conciencia vio el arrugado rostro de un campesino que se inclinaba sobre él. Sonrió, aferrándose a un pensamiento que huía hacia la oscuridad: "El mundo no me muestra su fondo descompuesto en los últimos momentos de mi vida."

A mediodía Evariste despertó en el Hospital Cochin. Su cama estaba en un rincón. Una pantalla formaba las dos otras paredes

móviles, aislando su cama de los muchos pacientes que estaban en la larga y estrecha sala del hospital.

La hermana Thérèse estaba cerca de él y dijo en un murmullo:

—Está en el Hospital Cochin. Se encuentra en buenas manos. Iré a buscar al médico.

Evariste le sonrió. Le resultaba difícil hablar debido a los golpes que sentía en los oídos y a las manchas oscuras que tenía ante los ojos.

Llegó un hombre de cabeza calva en forma de huevo y con anteojos.

—Mi nombre es Paul Sylvester. Soy el médico interno.

Tomó la mano de Calois y le tanteó el pulso.

—¿Cómo vine aquí?

Luego pensó: "¿Por qué pregunto? No es importante. Apenas puedo oír mi voz. La oscuridad absorbe las palabras."

—Un campesino, un sencillo hombre del pueblo lo trajo aquí. Estaba muy preocupado por usted.

Galois sonrió para sí mismo: "El médico es un hombre del pueblo. Emplea el lenguaje correcto, las palabras justas. Hay más luz ahora. Debo decir algo agradable para hacerle ver que aprecio lo que dijo y el modo en que lo dijo:"

Dijo con dificultad:

—Soy republicano.

Miró el rostro del médico para ver si expresaba simpatía. Pero era difícil ver claramente; algo bailaba ante sus ojos.

—Conteste mis preguntas, pero sólo si puede, sólo si no le cuesta mucho esfuerzo.

Evariste aprobó con la cabeza.

—¿Cuál es su nombre?

Llegó la respuesta después de una pausa. El médico lo escribió.

—¿Estuvo en un duelo?

Evariste aprobó con la cabeza.

—Tenemos un sacerdote que es joven, comprensivo y profesa simpatía a los republicanos. ¿Querría verlo?

Evariste sacudió la cabeza.

—¿Hay alguien a quien querría ver?

Evariste aprobó con la cabeza.

—Hoy no se siente usted muy bien. —El médico vaciló—. Nada más natural después de su experiencia. Mañana se sentirá mejor.

Evariste sonrió. Quería mostrar al médico que comprendía.

El médico pareció cohibido. Dijo lentamente:

—Si quiere ver a alguno de sus amigos o a alguien de su familia, hágamelo saber y lo enviaré a buscar. Pero debe ser una sola persona y para una visita breve. ¿Sabe a quién desea ver?

Evariste aprobó con la cabeza.

—Déme su nombre y dirección.

—Alfred, hermano, Bourg-la-Reine.

El médico escribió: "Alfred Galois, Bourg-la-Reine" y dijo:

—No se preocupe. Haré todo lo posible, le despacharé inmediatamente una carta por un mensajero especial. Trate de mantenerse en calma. Ahora nada podemos hacer. La hermana Thérèse se ocupará de todo. Dentro de pocas horas su hermano estará aquí.

Galois le sonrió al médico y dijo:

—Gracias. —Luego añadió, para mostrarle su gratitud—: Muchas gracias.

Alfred y la hermana Thérèse estaban junto al lecho de Evariste. Ella le indicó una silla y dijo:

—El médico le permite estar sólo cinco minutos. Los dos deben mantener calma.

Alfred se enjugó nerviosamente los ojos con un pañuelo. Evariste parecía sereno y le sonreía a su hermano, cuyo rostro estaba lleno de dolor y temor. Una súbita corriente de lágrimas relajó su tenso rostro y exclamó:

—¿Quién te hizo esto, Evariste? ¿Quién fue?

Evariste habló muy lentamente, haciendo una pausa entre cada frase, a veces entre cada palabra, que eran apenas audibles.

—No puedo hablar mucho. No tengo tiempo. La policía del rey. No disparé. Está todo brumoso. Mis testigos me abandonaron. Está todo brumoso. ¿Quién es culpable? ¿Quién no lo es? No lo sé. Está demasiado oscuro para saberlo; *tenebris involuta.*

—¿Quién fue? ¿Quién fue? Dímelo y te vengaré, lo juro.

Evariste sacudió le cabeza.

—No, Alfred, nada de venganza.

Llegaron a su mente palabras que había oído hacía mucho, hacía mucho tiempo. Hasta el sonido de la voz que las decía volvió ahora claramente. Intentó repetir aquellas palabras a Alfred, tal como antes las había oído:

—No odies a gente. Es el sistema, no el individuo. Nada de venganza. Nada de venganza, Alfred.

"Debo decirte algo importante. En mi cuarto hay manuscritos matemáticos. Sobre la mesa. Una carta a Chevalier. Es para ti también. Para Alfred y Auguste. Encárgate de mi obra. Hazla conocer. Es importante."

Se sintió aliviado y escuchó las violentas palabras de Alfred:

—Te juro que lo haré. Lo haré todo. Te juro que serán publicados y se les dará el debido reconocimiento. Te juro que, si es necesario, consagraré a ello toda mi vida.

Estalló en un nuevo y más violento torrente de lágrimas. Evariste lo miró con piedad y dijo muy lentamente, arrancando las palabras de su cuerpo con creciente dolor:

—No llores, Alfred. Necesito todo mi valor... para morir a los veinte años.

Alfred intentó calmar sus sollozos mordiendo el pañuelo y estrujándolo en la boca.

Llegó el médico. Acarició la cabeza de Alfred, luego le tomó el brazo y dijo:

—Debe irse ahora.

Alfred no opuso resistencia. Ambos salieron y el médico le dijo a Alfred:

—Soy el médico de su hermano. Yo le escribí la carta.

Ahora Alfred lloró sin contenerse.

—No sabe usted cuán terrible es esto. Mi hermano es un gran matemático, un gran hombre y un gran patriota. Debe salvarlo; debe salvarlo. La policía del rey lo mató. La policía del rey. El me lo dijo. No disparó. Me lo dijo con su último aliento. Debe salvarlo. Mi hermano es un gran matemático.

El médico no contestó, pero acarició suavemente el brazo de Alfred.

—Dígame... ¿hay alguna esperanza? ¿Hay alguna esperanza? Debe haberla. Sería demasiado cruel, demasiado cruel que... —No tuvo el suficiente valor para terminar la frase. Repitió—: Dígame, doctor, ¿hay alguna esperanza?

¡Cuántas veces había oído la misma pregunta, hecha de distintos modos pero siempre la misma! Y cuántas veces había contestado esa misma pregunta con las mismas palabras, que ahora repitió:

—Mientras hay vida siempre hay esperanza.

—Pero, dígame la verdad. Dígame la verdad, doctor. ¿Hay muchas esperanzas?

—No muchas —suspiró el médico.

7: JUEVES 31 DE MAYO DE 1832

A las diez de la mañana entró el médico. Le tomó el pulso a Evariste y dijo a la hermana Thérèse, que estaba del otro lado del lecho:

—El pulso es muy débil. Está moribundo.

Evariste sintió que alguien que siempre lo había amado le tenía la mano y le hablaba. Una corriente de felicidad y paz parecía afluir a su cuerpo de la mano que lo tocaba. ¿De quién era la mano? ¿De quién era la voz? La voz era melodiosa, acariciadora. Cuando era niño pensaba que sólo los ángeles tienen tales voces. ¿De quién era esa mano? ¿De quién era esa voz? ¿Por qué lo preguntaba? ¿Por qué no reconocía al punto la mano y la voz? Era tan sencillo, tan asombrosamente sencillo, tan completamente obvio. Desde luego, era su padre. ¡Cuán claramente oía cada palabra! "Hijo, querido hijo, estás cansado." "Sí, papá, estoy cansado; estoy muy cansado. Pero ahora me siento mejor. Tu mano me hace bien. Ten mi mano y acaríciame la cabeza. Sí. Me siento ahora mejor. Me siento casi feliz."

El médico soltó suavemente la mano de Evariste.

—Está muerto.

La hermana Thérèse se persignó y cubrió con una sábana el cuerpo de Evariste Galois.

8: 13 DE JUNIO DE 1909

El 2 de junio de 1832 los amigos de Galois transportaron su ataúd a un cementerio común, hoy desconocido. Tres mil republicanos oyeron las oraciones que encomiaban las virtudes republicanas de Galois. Setenta y siete años después, matemáticos, académicos y funcionarios franceses tributaron homenaje al genio de Galois. Durante esos años Francia libró guerras y conoció revoluciones, derribó su reino, su Segunda República, su segundo Imperio y la Comuna de París para erigir finalmente una y otra vez su Tercera República. Durante esos años, los hallazgos matemáticos de Galois fueron impresos, discutidos y enseñados; influyeron sobre el desarrollo de la matemática moderna. El tiempo borró muchos nombres entonces famosos y poderosos. Pero la memoria de Galois creció en la historia de la matemática con el paso de los años. Y allí vivirá por siempre.

El 13 de junio de 1909 hubo un acto solemne en Bourg-la-Reine El alcalde, el secretario de la Academia, funcionarios civiles, matemáticos, niños, ciudadanos, transeúntes se reunieron ante una semiderruida casa de dos pisos. Debía descubrirse una placa en que, con palabras sencillas, se declaraba que aquella era la casa en que había nacido Galois. Jules Tannery, profesor de la Escuela Normal, leyó un discurso. Desde las ventanas de las casas vecinas mujeres y niños miraban el interesante espectáculo. El profesor leía, pero lo hacía elocuentemente y con vivos ademanes, y la gente escuchaba.

—Nació en esta casa hace casi un siglo. Su padre, Gabriel Galois, fue uno de sus predecesores, señor Alcalde.

El profesor le hizo una reverencia al alcalde y éste le devolvió el cumplido.

—En tiempos difíciles el alcalde Galois dio ejemplo de devoción a las ideas liberales. Murió víctima de la intriga y las calumnia. Su esposa, nacida Demante, era una mujer refinada e inteligente y llevaba un nombre bien conocido en la Facultad de Derecho.

Luego mencionó la juventud de Galois en el Louis-le-Grand, y su creciente pasión por la matemática.

—Su otra pasión fue un místico y violento amor por la República, una República quizá más ideal que su matemática y demasiado apartada de la realidad, una República por la que estaba pronto a sacrificar su vida y, en caso necesario, la de otros. Las creaciones de Víctor Hugo no son ficciones. Marius y Enjolras son hermanos de Evariste Galois.

Monsieur Tannery pasó a referir la historia de la vida de Galois. Empero, no dijo que la breve vida de Galois no estuvo moldeada por el amor a una República mística, sino por el odio hacia la tiranía, una tiranía tan odiosa como el hedor de una celda de prisión, tan pérfida como la traición de una muchacha al servicio de la policía y tan mortal como una bala bien apuntada.

Al finalizar su discurso, Jules Tannery se dirigió hacia el alcalde de Bourg-la-Reine:

—En vista de la posición que ocupo en la Escuela Normal, tengo el privilegio de decir: gracias, señor alcalde, por proporcionarme la oportunidad de hacer una honorable reparación al
tengo el privilegio de decir: gracias, señor alcalde, por propor-
pesar, donde no fue comprendido, de la que fue expulsado y de la que es una de sus más resplandecientes glorias.

POSFACIO

Mucha verdad y algo de ficción están mezclados en lo que acabo de escribir. Me gustaría, sí, decir dónde acaba la verdad y comienza la ficción. Pero ésa no es tarea fácil, porque ni yo mismo lo sé. Sería más fácil decir qué elementos son definitivamente de ficción antes que decir exactamente qué es cierto.

En el registro oficial hay un certificado de nacimiento que contiene el nombre de Evariste Galois. Por eso podemos suponer con seguridad que Evariste Galois nació. Si uno ve cartas con la firma de Evariste Galois, si las cartas muestran la misma letra, si, además, muestran una congruencia interior en el estilo y el contenido, podemos suponer con seguridad que esas cartas fueron escritas por Evariste Galois. Si uno descubre en registros escolares, o en archivos policiales, documentos relativos a la vida escolar o de preso de Galois, tiene uno poca razón para dudar de que sean auténticos. De modo que podemos confiar con seguridad en los pocos documentos conocidos relativos a la vida de Galois. Pero todos los documentos, todas las cartas que datan de la época en que vivió Galois y que se refieren a su destino nos dan sólo una descripción fragmentaria e incompleta que debe llenarse mediante la utilización de fuentes menos dignas de confianza y mediante la imaginación. Allí donde me he valido de fuentes, mi historia es tan verdadera y digna de crédito como las fuentes sobre las que se basa. Siempre que hube de hacer deducciones de hechos conocidos, intenté ser tan cuidadoso y escrupuloso como pude. En la cuestión más importante —la muerte de Galois— mi interpretación y conclusiones son muy distintas de las de Dupuy, el más célebre de los biógrafos de Galois. Tendré que tratar luego esto con más extensión. La verdad es consecuente consigo misma. Y en última instancia, allí donde faltan documentos, allí donde deben sustituirlos la deducción y la imaginación, esta autoconsistencia es el único criterio de verdad.

La fuente más importante, citada y utilizada por todos los que escribieron sobre Galois, es el estudio de setenta páginas de Dupuy. Es un trabajo erudito, bien documentado, basado sobre la investigación de las fuentes, escrito con calor y simpatía. Pero hasta Dupuy, que nunca se propuso incluir ningún elemento de ficción en su breve estudio, tuvo que sacar conclusiones, aceptar o rechazar el testimonio de algunos parientes de Galois, hubo de ir más allá de las fuentes documentadas que estaban a su disposición, de inventar, de formular sus propios pensamientos y de relacionar sucesos mediante vínculos añadidos.

Esto no es sorprendente. La biografía más seca, más erudita, debe ser también interpretativa. De lo contrario sería meramente una colección de documentos. El biógrafo debe tratar con los juicios y opiniones de los contemporáneos, con alegaciones contradictorias, con evaluaciones demasiado favorables o demasiado severas, con prejuicios y simpatías. Nadie puede narrar hechos sin interpretarlos. La turbamulta es sanguinaria, estúpida y salvaje para de la Hodde, pero noble y valiente para Louis Blanc; nuestras interpretaciones y teorías reflejan nuestras actitudes sociales. Uno puede intentar disculpar el espíritu revolucionario de Galois o sentir gran admiración por él.

La actitud subjetiva, personal, debe ser especialmente prominente cuando existen tan pocas fuentes como en el caso de Galois. Hombres que murieron en el pináculo de su fama tuvieron sus Boswells. Y aunque no los tuvieran, dejaron de cualquier modo amplias huellas de sus vidas. Habitualmente tuvieron esposas, amantes, hijos, amigos, enemigos, todos los cuales conservaron celosamente sus cartas, trozos de papeles y recuerdos relativos a los grandes hombres. Pero ni siquiera en ese caso la verdad es fácil de establecer.

Para dar un ejemplo: los que estudiaron la vida de Victor Hugo y escribieron sobre ella pueden dividirse en dos grupos. Uno alega que la mujer de Hugo tuvo una aventura amorosa; el otro alega que no fue así. Si la verdad es tan difícil de establecer en el caso de un hombre que murió anciano y famoso hace menos de cien años, cuánto más difícil es en el caso de

Galois, que murió joven y desconocido. Habitualmente las biografías comienzan realmente cuando el héroe alcanza la edad en que la vida de Galois concluyó.

En vida, Galois fue desconocido como matemático. Era sólo conocido como ardiente revolucionario. Pero como tal, conspiraba y trabajaba en la sombra; habrá hecho todo lo posible para no dejar huellas de sus actividades revolucionarias.

Los papeles de Galois que se hallaron y conservaron eran de carácter matemático. Todo cuanto sabemos de sus actividades revolucionarias son las huellas que dejó en los diarios parisienses, en especial en la *Gazette des Tribunaux,* y en las memorias de sus contemporáneos (Raspail, Gisquet, Dumas). Es posible que hubiera algunos papeles relativos a sus actividades políticas y que fueran destruidos por su familia o aun por Chevalier.

Por cierto Chevalier cita, en su *Nécrologie,* los siguientes versos que, según dice, encontró entre las notas de Galois:

L'éternel cyprès m'environne:
Plus pâle que le pâle automne,
Je m'incline vers le tombeau.

(El eterno ciprís me rodea:
Más pálido que el pálido otoño,
Me inclino hacia la tumba.)

Busqué en vano estos versos entre los papeles de Galois.

Me propongo ahora discutir brevemente cada capítulo y decir de qué fuentes me he valido y dónde la historia se vuelve ficción. Pero, desde luego, aun la parte (de lejos la más larga) de la historia basada sobre fuentes o documentos contiene el elemento de dramatización, que casi siempre es inventivo.

I. REYES Y MATEMÁTICOS

El telón de fondo general de este capítulo se basa sobre fuentes históricas.

II. LA REBELIÓN EN EL LOUIS-LE-GRAND

Un sumario de este capítulo incluiría la historia de la rebelión en el Louis-le-Grand con nombres, sucesos, fechas y descripciones del todo consecuente con la historia descrita por Dupont-Ferrier en los dos volúmenes de su libro erudito y ampliamente documentado. Las partes de ficción de este capítulo son sólo la dramatización, el papel de Galois en la rebelión y el personaje de Lavoyer.

III. "SOY UN MATEMÁTICO"

El *curriculum* formal que aquí se describe se basa sobre documentos recogidos y publicados por Dupuy. Todas las observaciones de los profesores de Galois citadas aquí y más adelante son auténticas. El primer contacto de Evariste con la matemática, la impresión que le produjo el libro de Legendre, la celeridad con que lo leyó, su creencia de que había resuelto la ecuación de quinto grado, el comienzo de su tarea científica, todo ello es congruente con la historia que cuenta Chevalier y lo publicado por el *Magasin pittoresque*.

¿Arrojó Cauchy al cesto de los papeles la monografía de Galois o la perdió? Me parece improbable que Cauchy haya perdido la monografía de Galois y también la de Abel.

Galois no aprobó el examen de ingreso a la Escuela Politécnica. Pero la carta aquí citada, en la que Galois informa sobre esto a su padre, es de ficción.

IV. PERSECUCIÓN

Las razones que motivaron el suicidio del padre de Galois y los disturbios que se produjeron en su funeral están descritos por Dupuy, que supo de ellos por miembros de la familia de Galois. Mi descripción es congruente con la historia de Dupuy. La carta del padre de Galois revela su verdadero motivo para suicidarse, pero la carta misma es ficción.

La información sobre que se basa la escena del examen está tomada de Bertrand. ¿Le arrojó Galois una esponja a la cabeza del examinador? La tradición dice que sí lo hizo; Bertrand cree que la tradición está equivocada. Me he atenido a la tradición, que me pareció congruente con la pauta de la historia y el carácter de Galois.

La discusión entre Galois y Monsieur Richard es de ficción. Pero explica la súbita transición del entusiasmo a la frialdad en los comentarios que conocemos de Monsieur Richard. Quizás explique también el hecho de que Monsieur Richard no pareció desempeñar ningún papel en la vida de Galois después que éste abandonó el Louis-le-Grand.

V. EN EL AÑO DE LA REVOLUCIÓN

La historia de la expulsión de Galois de la Escuela Normal es verdadera, y todos los documentos citados aquí y más adelante son auténticos. El telón de fondo político e histórico se basa sobre fuentes. La más importante de ellas es el libro de Louis Blanc. Todos los sucesos aquí descritos son sucesos históricos, pero el papel que en ellos desempeñó Galois es ficticio. Lo mismo es la escena en la escuela de equitación de Pellier, donde realmente tuvieron lugar reuniones semanales de la Sociedad de los Amigos del Pueblo. Quedaron interrumpidas después del 25 de setiembre de 1831, día en que la Guardia Nacional intervino y disolvió la reunión.

La escena en que Galois da la prueba del teorema de Sturm se basa sobre una información contenida en el ensayo de Bertrand.

VI. "A LUIS FELIPE"

Hasta la escena del banquete, el telón de fondo histórico se basa también sobre fuentes, y el papel de Galois en los sucesos es en parte ficticio. (Sabemos, verbigracia, que el 21 de diciembre de 1830 estuvo en el Louvre.) La introducción a la monografía de Galois *Sobre las condiciones de solubilidad de ecuaciones por radicales* es auténtica, lo mismo que la carta a la Academia en la que insta a los árbitros a declarar si han perdido el manuscrito o se proponen publicarlo. La carta está citada por Bertrand. La conferencia pronunciada en la librería de Caillot es auténtica; se basa sobre notas de Galois contenidas en sus papeles póstumos.

Galois entra en el escenario histórico en el banquete de Vendanges de Bourgogne. El banquete y el juicio están descritos en las *Mémoires* de Dumas, en la *Gazette des Tribunaux* y en la *Gazette de France.* Mi descripción del juicio está casi enteramente tomada de esas fuentes.

La escena entre Gisquet y Lavoyer es, desde luego, ficticia. Véase más adelante su relación con la historia de Galois.

VII. SAINTE-PÉLAGIE

La principal fuente de este capítulo, así como de la descripción del *dépot* y de Sainte-Pélagie, fue los dos volúmenes de las cartas de Raspail. Las citadas en este capítulo son auténticas. Sin embargo, están muy abreviadas en la traducción. Su estilo original es tan romántico que algunos pasajes parecerían hoy ridículos si se los tradujera literalmente.

El juicio de Poisson sobre la monografía de Galois es auténtico (citado por Bertrand), lo mismo que la introducción de Galois a sus dos monografías tomada de sus notas póstumas y publicada aquí por primera vez. El extracto de la *Gazette des Tribunaux* que contiene el informe del segundo juicio es también auténtico.

VIII. LIBERTAD RECOBRADA

Este capítulo debe discutirse mucho más cuidadosamente que los otros. Contiene nuevas deducciones que deseo justificar. Anotemos primero los hechos sobre los que se basan mis deducciones:

1. Una bala entró en la celda de Galois. Este hecho, narrado extensamente por Raspail, no puede ponerse en duda. Una de las cartas de Raspail declara también que todos los presos sabían que el disparo no fue accidental sino premeditado y que se indignaron cuando Galois fue arrojado a la mazmorra.
2. La misma carta dice que Galois fue objeto en la prisión de malos tratos especiales, que fue molestado y zaherido.
3. El registro de la prisión muestra que Galois fue trasladado al sanatorio el 16 de marzo de 1832.
4. El 25 de mayo Galois escribió una carta a Chevalier, llena de desesperación y con claras alusiones a un desdichado asunto amoroso. La carta (citada en este capítulo) fue publicada por Chevalier en su *Nécrologie.*
5. El 29 de mayo Galois escribió una carta a sus dos amigos republicanos, una carta a todos los republicanos, y su testamento científico. La carta a los dos republicanos y la carta a sus dos amigos se publicaron en la *Nécrologie* de Chevalier. Allí la carta a los dos republicanos tiene el siguiente encabezamiento: "Carta a N.L. y a V.D."

Creo que es posible adivinar a quiénes fue escrita la carta. En una de las páginas del manuscrito que Poisson había rechazado y en que Galois había garabateado las famosas palabras: "No tengo tiempo", en la víspera de su duelo, hallamos los cua-

tro nombres siguientes: V. Delaunay, N. Lebon, F. Gervais, A. Chevalier.

No es preciso ser un gran detective para concluir que ésos eran los nombres de aquellos a quienes Galois se proponía escribir cartas esa fatídica noche. Las iniciales N. L. y V. D. corresponden obviamente a los nombres N. Lebon y V. Delaunay. Parece razonable suponer que F. Gervais fue el hombre a quien Galois escribió la carta destinada a todos los republicanos. Y por cierto hallé los nombres de Delaunay y Lebon en la *Gazette des Tribunaux* como miembros de la Sociedad de Amigos del Pueblo implicados en juicios republicanos. F. Gervais aparece mencionado en el *Grand dictionnaire universal du XIXe siècle* de Larousse como importante republicano, médico, siete años mayor que Galois.

(En mi descripción, Galois escribe esta carta a Duchâtelet y Lebon. Procedí así para evitar la introducción de demasiados personajes acerca de los cuales no sabemos casi nada.)

6. Evariste fue muerto en un duelo por Pécheux d'Herbinville.

En sus *Mémoires,* Dumas menciona en una frase que Galois fue muerto por Pécheux d'Herbinville, "ese joven encantador". No se conoce ninguna otra información ni ningún hecho que la contradiga. No hay ninguna razón para creer que Pécheux d'Herbinville fuese espía de la policía. Si bien Dumas no es muy merecedor de confianza, debemos aceptar su testimonio, puesto que es todo lo que tenemos.

7. Galois fue encontrado solo en el camino, después del duelo, sin sus testigos. Esto se desprende de las noticias de los diarios y del artículo del *Magasin pittoresque.*

8. Alfred Galois, hermano menor de Evariste, que entonces tenía dieciocho años, vio a Evariste en el hospital antes de su muerte. Alfred dijo, durante toda su vida, que Evariste Galois fue matado por la policía del rey. Esta información, dada por Dupuy, parece creíble. Alfred vivió en los años en que su hermano llegó a ser famoso. Debe de haber conocido a muchos matemáticos cuando intentaba atraer su atención sobre las monografías de Galois, y sus opiniones acerca de la muerte de su hermano debieron de ser ampliamente conocidas.

Eso es todo cuanto sabemos. Toda teoría acerca de la muerte de Galois debe quedar encuadrada dentro de estos hechos. Ellos imponen una gran restricción. Recordemos que del contenido de las cartas de Galois escritas la víspera del duelo se desprende de modo claro que Galois prometió, bajo palabra de honor, mantener el asunto secreto. Sabía que moriría, pero no sospechaba que había una provocación policial. Vio que un desagradable asunto amoroso era la causa de su muerte.

No es fácil concebir una teoría que adecue, unos con otros, todos estos hechos. No pretendo que mi historia sea la única solución posible. Pero llegué a ella, me gustaría decirlo, después de tres años de familiaridad con este problema, durante los cuales traté de concebir un cuadro simple, pero psicológicamente convincente, que diera cuenta de todos los hechos conocidos.

Sé que los detalles son inventados, y que son intencionalmente vagos. Pero creo que hay suficientes evidencias circunstanciales para probar que la intervención de la policía secreta selló la suerte de Galois. No creo que sea posible adecuar todos los hechos conocidos sin suponer que Galois fue asesinado. Por las fuentes relativas a este período sabemos que la policía sabía cómo utilizar a espías y *provocateurs*. ¿No iba a emplear su vasta maquinaria para poner de lado a quien, en su opinión, era un joven peligroso, irresponsable, violento, subversivo, que constituía una amenaza para la vida del rey y al que el jurado había absuelto? ¿Acaso es posible evitar la conclusión obvia de que el régimen de Luis Felipe fue responsable de la temprana muerte de uno de los más grandes científicos que hayan vivido?

Además, hay otros argumentos en apoyo de mi teoría:

En primer término, sabemos que Monsieur Gisquet, el prefecto de Policía, sabía todo lo relativo a la muerte de Galois: que la policía temía disturbios; que impidió la reunión durante la cual, según se suponía, se planearía una manifestación a realizarse en el funeral de Galois. ¿Cómo podría saber todo eso si no estuvieran envueltos en ello espías de la policía? ¿Cómo supo Monsieur Gisquet que a Galois lo había matado un amigo, según escribe en sus *Mémoires*?

En segundo lugar, *no* soy el primero que estampa en letras de imprenta que Galois fue asesinado. Sábese que después de la Revolución de 1848 y durante el gobierno provisional, fueron desenmascarados muchos espías de la policía y reveladas viejas intrigas. Por ello es significativo que en 1849 una breve nota sobre Evariste Galois publicada en *Nouvelles annales de mathématiques* comience con la siguiente frase:

Galois fue asesinado el 31 de mayo de 1832, en un así llamado duelo de honor...

Aquí concluyen mis evidencias circunstanciales. Es desde luego posible que pruebas ulteriores arrojen nueva luz sobre la muerte de Galois. Pero eso me parece muy dudoso.

Contestemos ahora la siguiente pregunta: *¿Qué ocurrió después de la muerte de Galois?*

Quizá más interesantes que la respuesta sean las fuentes que la proporcionan. Son dos: primero, el testimonio de Monsieur Gisquet, el prefecto de Policía en los tiempos de Casimir Perier, es decir el testimonio de uno de los hombres más odiados por los republicanos. Queda consignado en sus *Mémoires,* que aparecieron en 1840, cuando nadie consideraba aún a Galois como un famoso matemático. Segundo, el testimonio de de la Hodde dado en su libro que trata de la historia de las sociedades secretas de Francia en aquella época. Era una figura de dudosa moralidad que pretendió ser republicano hasta que la Revolución de 1848 lo desenmascaró como espía de la policía. Estas dos fuentes tienen un contenido idéntico.

Según ellas, se proyectaba una revolución para junio de 1832. Los republicanos sólo esperaban el momento adecuado para iniciarla. Pensaron que el momento apropiado había llegado cuando murió Galois y decidieron hacer de su funeral la ocasión para levantarse en armas.

Monsieur Gisquet comienza su informe con estas notables palabras:

"Monsieur Galois, vehemente republicano, fue muerto en un duelo por uno de sus amigos."

¿No implicaba esto que los republicanos decidieron sacrificar a uno de los suyos para tener un cadáver con el que enardecer al pueblo? Pero la policía, cuyas manos estaban limpias en este como en todos los otros asuntos, según sabemos por Messieurs Gisquet y de la Hodde, estaba preparada para impedir el estallido de una revolución, según también nos enteramos por las mismas fuentes. La reunión para proyectar la manifestación en el funeral de Galois debía celebrarse el 1º de junio, en la rue Saint-André-des-Arts, en el departamento de Monsieur Denuand, que había sido sellado por la policía. Pero los republicanos rompieron los sellos e hicieron la reunión. Ante lo cual la policía irrumpió en el departamento y arrestó a treinta republicanos.

Pero el 2 de junio se dejaron de lado los planes de una manifestación armada en el funeral de Galois; esto lo sabemos también por Gisquet y de la Hodde. ¿Por qué? Aquel día murió el general Lamarque, el héroe a quien Napoleón, en su lecho de muerte, había nombrado mariscal de Francia. He ahí una ocasión mucho mejor para incitar al pueblo de Francia. De modo que fue el cadáver de Lamarque, y no el de Galois, el que excitó al pueblo. Y por cierto, tres días después, cuando tuvo lugar el funeral de Lamarque, París se levantó en armas, se alzaron barricadas y el pueblo luchó y murió por la libertad. Pero Galois no figuró entre los que dieron la vida en la barricada de St. Merry y cuyas hazañas fueron descritas después en palabras inmortales por Hugo. De este modo Galois no estuvo presente en el gran día en que podría haber dado su vida por el pueblo.

Los diarios, dedicados casi exclusivamente a la muerte del general Lamarque, mencionaron sólo brevemente "las exequias de Monsieur Evariste Galois, artillero de la Guardia Nacional Parisiense y miembro de la Sociedad de los Amigos del Pueblo" que tuvieron lugar el sábado 2 de junio.

Estuvieron presentes de dos a tres mil republicanos, entre ellos delegaciones de distintas escuelas. El ataúd fue llevado a la tumba por sus compañeros; pronunciaron discursos Plagniol y Charles Pinel, éste último en nombre de la Sociedad de los Amigos del

Pueblo. El cadáver de Galois fue depositado en la fosa común y hoy no quedan huellas de su tumba.

¿Qué ocurrió con las obras y escritos científicos de Galois?

Chevalier recibió esos papeles de la familia Galois. La carta que Galois escribió a Chevalier la noche antes de su duelo se publicó en 1832 en la *Revue encyclopédique*. No hay pruebas de que nadie haya leído ni comprendido entonces el testamento científico de Galois. Ignoramos qué hicieron Chevalier y Alfred Galois para lograr que la obra de Evariste se publicara, leyera y conociera. Una de las huellas que quedaron de sus esfuerzos es la copia de una carta escrita por Alfred a Jacobi; otra, las laboriosas copias hechas por Auguste de los papeles de Galois. No se sabe cómo estos manuscritos cayeron en manos de Liouville, pero será para eterno honor de este famoso matemático el que haya hecho un honesto y serio esfuerzo por comprender los papeles de Galois y publicado los más importantes de ellos en el *Journal de mathématiques pures et appliquées*. Citamos de la introducción de Liouville:

> Los principales objetos de la obra de Evariste Galois son las condiciones de solubilidad de ecuaciones por radicales El autor establece los fundamentos de una teoría general que aplica en detalle a cualquier ecuación cuyo grado sea un número primo. A los dieciséis años y cuando aún estaba en los bancos del Louis-le-Grand... Galois trabajó en este difícil tema. Presentó sucesivamente a la Academia algunas memorias que contenían los resultados de sus meditaciones... Los árbitros consideraron oscuras las formulaciones del joven matemático... y debemos admitir que este reproche era justificado. Un exagerado deseo de concisión fue la causa de este defecto, que uno debe esforzarse por sobre todo de evitar cuando trata de problemas abstractos y misteriosos del álgebra pura. La claridad es por cierto sumamente necesaria si uno se propone llevar al lector hacia un territorio inexplorado. Como dijo Descartes: "Cuando uno trata problemas trascendentes debe ser trascendentemente claro". Muy a menudo Galois descuidó este precepto; y podemos comprender que famosos matemáticos hayan considerado conveniente por su consejo áspero, llevar a un principiante, lleno de genio pero inexperimentado, al camino recto. El autor al que censuraron era activo, ardiente; debía beneficiarse con ese consejo.

> Pero ahora todo es distinto. ¡Galois ya no existe! Abstengámonos de toda crítica inútil; ignoremos los defectos y consideremos los méritos [...]

Vemos en estas palabras un intento de excusar y justificar a quienes no reconocieron a Galois cuando éste vivía. La defensa es ociosa; las acusaciones son igualmente ociosas. La grandeza de la tragedia de Galois eclipsa el problema de la culpa o mérito de los pocos hombres que leyeron o no leyeron sus monografías.

Oigamos ahora algunos chismes sobre la publicación de Liouville, referidos por el matemático Bertrand en su ensayo sobre Galois:

> Al publicar la monografía que Poisson halló oscura, Liouville anunció un comentario que nunca ofreció. Le oí decir que las demostraciones son muy fáciles de comprender. Y cuando vio mi estupor, añadió: "Basta dedicarse exclusivamente a ello durante uno o dos meses, sin pensar en ninguna otra cosa". Esto explica y justifica el embarazo declarado lealmente por Poisson e indudablemente experimentado por Fourier y Cauchy. Antes de escribir su memoria, Galois había revisado durante más de un año el ejército innumerable de permutaciones, sustituciones y grupos. Debía ordenar y hacer trabajar todas las divisiones, brigadas, regimientos, batallones y distinguir las unidades simples. Para comprender su exposición, el lector debe entrar en conocimiento con esa multitud y encontrar su camino a través de ella, debe aprender a ver a la luz adecuada durante largas horas de activa atención. La naturaleza del tema lo exige. Las ideas y el lenguaje son nuevos y no cabe aprenderlos en un solo día.
>
> Como Liouville deseaba comprender bien la obra que quería comentar, invitó a varios amigos a oír una serie de conferencias sobre la teoría de Galois. Serret estuvo presente durante esas conferencias y discusiones. La primera edición de su *Traité d'algèbre supérieure,* publicado varios años después, nada decía de los descubrimientos de Galois. Decía en el prefacio de su libro que no deseaba usurpar los derechos del maestro que le había enseñado. Transcurrieron quince años antes de la segunda edición del libro de Serret. El proyecto de Liouville de escribir un comentario a la obra de Galois pareció abandonado. Serret transcribió la teoría de Galois en la segunda edición de su libro. Le dedicó, lo recuerdo, sesenta y una páginas que se publicaron y de las que corregí las pruebas.
>
> Me sorprendió que Liouville no fuese citado en esas páginas y cuando le pregunté la causa a Serret, éste replicó: "Es cierto que participé en esas discusiones, pero no comprendí absolutamente nada". Sin embargo, después, cuando vio que resultaría difícil aceptar esta explicación, cedió

al deseo de Liouville y suprimió las sesenta y una páginas. A fin de satisfacer al tipógrafo, pues las páginas siguientes ya estaban preparadas, escribió un número igual de paginas sobre un tema enteramente distinto.

En 1870, casi cuarenta años después de la muerte de Galois, Camille Jordan escribió un libro sobre la teoría de las sustituciones. Dijo en el prefacio, quizá con demasiada modestia, que su libro era un comentario a las memorias de Galois. Este fue el libro que atrajo la atención del mundo matemático sobre la obra de Galois. He aquí algunos extractos del prefacio del libro de Jordan:

Le estuvo reservado a Galois colocar la teoría de las ecuaciones sobre una base definitiva... El problema de resolución, que antes parecía ser el único objeto de la teoría de las ecuaciones, aparece ahora como el primer paso de una larga cadena de problemas relativos a la transformación de irracionales y sus clasificaciones. Al aplicar sus métodos generales a este problema particular, Galois halló sin dificultad la propiedad característica de grupos de ecuaciones solubles por radicales. Pero en la prisa de la formulación dejó sin demostraciones suficientes varias proposiciones fundamentales... Hay tres nociones fundamentales: la de la primitividad, ya indicada en las obras de Gauss y Abel; la de la transitividad, que aparece en Cauchy; finalmente, la distinción entre grupos simples y compuestos. La última noción, la más importante de las tres, se debe a Galois.

A fines del siglo XIX las ideas de Galois se conocieron ampliamente entre los matemáticos y su influencia no cesó de aumentar. En su ensayo *La influencia de Galois sobre el desarrollo de la matemática*, escrito en 1894, el distinguido y famoso matemático Sophus Lie nombra a los cuatro más grandes matemáticos del siglo XIX: Gauss, Cauchy, Abel y Galois. Después de mostrar cómo las ideas de Galois penetraron en todas las ramas de la matemática, termina con estas palabras:

Después de ver cómo las ideas de Galois resultaron fructíferas en tantas ramas del análisis, la geometría, y hasta la mecánica, cabe muy bien esperar que influirán igualmente sobre la física matemática. ¿Acaso los fenómenos de la naturaleza no nos presentan sólo una sucesión de transformaciones infinitesimales bajo las cuales las leyes del universo permanecen invariables?

En 1906 y 1907 Jules Tannery publicó la mayor parte de los restantes papeles póstumos de Galois. Desde el punto de vista científico, tenían éstos escasa importancia, comparados con los publicados antes, en 1846, por Liouville. En el prefacio de esta edición Tannery escribe:

> Auguste Chevalier entregó a Joseph Liouville los manuscritos de Galois. Liouville dejó la biblioteca y sus papeles a uno de sus yernos, M. de Bligniéres. Mme. de Blignières se ocupó devotamente de la clasificación de los innumerables papeles de su marido y de su ilustre suegro. Recuperó (no sin dificultad) los manuscritos de Galois. Estos fueron entregados, junto con otros importantes documentos, a la Academia Francesa de Ciencias.
>
> Las líneas que siguen, algunos fragmentos y notas que aquí publico, nada añaden a la gloria de Galois. Son sólo un homenaje tributado a su fama, que resplandece cada vez más brillantemente después de la publicación de Liouville.

Pero, de modo significativo, Tannery omitió en su publicación una parte de un manuscrito. Sabemos que, cuando estaba en Sainte-Pélagie, Galois escribió una introducción a las dos memorias sobre análisis puro, llena de quejas, amargura, acusaciones e ironía, en que Poisson, los examinadores de la Escuela Politécnica, los hombres poderosos del mundo y de la ciencia, eran atacados y ridiculizados. La parte aquí citada (Capítulo VII) en traducción libre (y ligeramente abreviada) ... ¡se publica ahora por primera vez! Es ésta una severa acusación a una jerarquía científica que coloca la fatuidad antes de la humildad y la arrogancia antes de la bondad.

¿Por qué omitió Tannery este documento humano tan singular? Porque, dice Tannery, ¡Galois debió de haber estado borracho o afiebrado cuando lo escribió! Y así a Galois, setenta y cuatro años después de su muerte, no se le permite aún ser humano, maldecir, ser desgarrado por las emociones del desdén y el odio. Setenta y cuatro años después de su muerte es canonizado por los matemáticos oficiales y, por lo tanto, debe comportarse como un académico; y cuando se comporta como un hombre, debió de estar borracho o afiebrado.

Cuando murió, Galois sólo era conocido como un ardiente republicano que amaba a Francia, que amaba la libertad, que odió la tiranía y luchó contra ella. Para el matemático de hoy, familiarizado con las expresiones "grupo de Galois", "cuerpo de Galois", "teoría de Galois", es conocido como uno de los más grandes matemáticos de todas las épocas, que murió en su juventud en un duelo. Pero durante su vida fue las dos cosas. Su historia merece ser conocida y recordada no sólo por los matemáticos sino por todos los hombres libres.

BIBLIOGRAFÍA *

Esta bibliografía no da una lista completa de las fuentes y libros consultados, pero enumera y discute todos los mencionados en este libro y todos los que contienen alguna nueva información sobre Galois. De los muchos libros contemporáneos escritos en inglés que exponen la teoría de Galois, sólo se indican dos: uno de caracter científico y otro de divulgación.

Abel, N. H., *Ouvres complètes,* Christianía, 1839.

Abrantes, Laure Saint-Martin Junot, Duchesse d', *Souvenirs historiques sur Napoleon, la Révolution, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration,* Ed. Garnier frères, París, 1923. Entre los muchos libros que tratan de la vida de Napoleón, menciono sólo éste, porque contiene la interesante información (citada en el Capítulo I) acerca de la influencia de la muerte de Lagrange sobre el Emperador.

Artin, Emil, *Galois theory,* Notre Dame, Conferencias matemáticas, 1942. Segunda edición revisada y aumentada, 1959. Este librito (70 pp.) contiene probablemente la exposición más moderna de la teoría de Galois.

Artin, Emil, *Remarques concernant la théorie de Galois* (CNRS, París, 1960), en *Collected Papers of E.A.,* edit. S. Lang y J. Tate, Addison-Wesley, 1966.

Bell, E. T., *Men of mathematics,* Nueva York, 1937. Existe traducción al español.

Bertrand, Joseph, *La vie d'Evariste Galois par P. Dupuy.* Publicado en *Éloges Académiques,* pp. 329-345, París, 1902. Este artículo poco conocido contiene alguna información so-

* Hemos agregado a la bibliografía ofrecida por Infeld algunas otras obras posteriores a la edición inglesa en las que se expone la teoría de Galois en forma elemental. (*N. del E.*)

bre la vida de Galois, además de la ofrecida por Dupuy. (La carta de Galois al Instituto, detalles de su examen en la Escuela Politécnica, la historia de cómo se conoció la teoría de Galois.)

Birkhoff, Garret, *Galois and Group Theory*. Osiris, Vol. III, pp. 260-268, 1937.

Blanc, Louis, *L'histoire de dix ans* (1830-1840), París 1841-1844, 5 vols.
El estudio más importante y exhaustivo sobre el telón de fondo histórico. Casi la mitad de esta gran obra cubre los años 1830-1832, es decir hasta la muerte de Galois.

Chevalier, Auguste, *Nĕcrologie. Revue encyclopédique,* pp. 744-754, París, 1832.
El primer ensayo sobre la vida de Galois contiene las cartas que Galois escribió a todos los republicanos y a sus amigos la víspera del duelo.

Crelle, *Journal für die reine und angewandte Mathematik.* Vol. I, pp. 65-84, 1826; Vol. 4, pp. 131-156, 1829.
Estos volúmenes contienen las dos memorias de Abel a que me refiero en el Capítulo IV.

Dumas, Alexandre, *Mes Mémoires*, París, 1863-1865. Vol. 10.
Esta obra contiene la descripción del banquete en el que Galois brindó "A Luis Felipe" y también la descripción del juicio en que Galois fue absuelto. Esta es la única fuente conocida que nombra el antagonista de Galois. En una frase, de paso, Pécheux d'Herbinville es mencionado como el hombre que mató a Galois en un duelo.

Dupont-Ferrier, Gustave, *Du College de Clermont au Lycée Louis-le-Grand,* París, 1921-1922, vol. 2.
El segundo volumen sobre la historia del Louis-le-Grand en el período 1800-1920. Todas mis descripciones rélativas a esa escuela (la rebelión de 1824, la rutina diaria, los nombres, la carta de M. Laborie) están tomadas de esta obra.

Dupuy, Paul, *La vie d'Evariste Galois. Annales de l'École Normale,* Vol. 13, pp. 197-266, 1896. Reimpreso en los *Cahiers de la Quinzaine,* 1903, con una introducción de Jules Tannery. Este estudio de 70 pp. es la fuente más importante para la

historia de Evariste Galois. Es una obra erudita que contiene reimpresiones de muchos documentos originales y facsímiles, así como reminiscencias de quienes aún recordaban a Galois. Empero, cuando el autor extrae conclusiones parece ignorar los mismos hechos que él recogió. Contiene también algunos errores sobre hechos.

Euler, Leonard, *Eléments d'algèbre,* París, 1807.

Galois, Evariste, *Oeuvres mathématiques,* editadas por Joseph Liouville, *Journal de mathématiques pures et appliquées.* Vol. XI, pp. 381-444, 1846.

Incluye:

1. *Introducción* por J. Liouville.
2. *Démonstration d'un théorème sur les fractions continues périodiques.* Publicado originalmente en los *Annales de mathématiques de M. Gergonne.* Vol. XIX, pp. 294, 1828-1829.
3. *Notes sur quelues points d'analyse.* Publicado originalmente en los *Annales de mathématiques de M. Gergonne.* Vol. XXI, pp. 182, 1830-1831.
4. *Analyse d'un mémoire sur la résolution algébrique des équations.* Publicado originalmente en el *Bulletin des Sciences mathématiques de M. Férussac.* Vol. XIII, p. 271, 1830.
5. *Note sur la résolution des équations numériques.* Publicado originalmente en el *Bulletin des Sciences mathématiques de M. Férussac.* Vol. XIII, p. 413, 1830.
6. *Sur la théorie des nombres.* Publicado originalmente en el *Bulletin des Sciences mathematiques de M. Férussac.* Vol. XIII, p. 428, 1830.
7. *Lettre de Galois a M. Auguste Chevalier.* Publicada originalmente en la *Revue encyclopédique,* pp. 568-576, 1832.
8. *Mémoire sur les conditions de resolubilité des équations par radicaux.* Este es el manuscrito rechazado por Poisson.
9. *Des équations primitives qui sont solubles par radicaux.* Esta es una monografía inconclusa.

En 1897 los artículos de Galois volvieron a imprimirse en forma de libro con una introducción de Émile Picard.

Muchos de los manuscritos restantes fueron publicados con ilustraciones y comentarios, por Jules Tannery en el *Bulletin*

des Sciences mathématiques, vol. 30, pp. 226-248 y pp. 255-263, 1906, y pp. 275-308, 1907. Se volvieron a imprimir también en forma de libro en 1908. Los originales de todos los manuscritos conocidos de Galois están en la Bibliothèque de l'Institut de France. Sus reimpresiones fotográficas están en posesión de Mr. William Marshall Bullitt, de Louisville, Kentucky, y en las bibliotecas de las universidades de Harvard y Princeton. Además de los manuscritos impresos por Liouville y Tannery, la colección contiene la introducción completa a dos memorias sobre análisis (reproducida sólo en parte por Tannery), las notas matemáticas de Galois, algunos de los problemas escolares que le señalara M. Richard, las notas de Liouville y un borrador de la carta escrita por Alfred Galois a Jacobi.

Las notas matemáticas de Galois están a menudo interrumpidas por dibujos: una casa, rostros, figuras extrañas, una silla, muchas veces por una complicada forma del autor, una vez por el nombre "Gervais", cuidadosamente escrito, y por las frases siguientes: "*République indivisible. Unité indivisibilité de la république. Liberté, égalité, fraternité ou la mort. Lyon. Lyon grande ville*".

Gazette de France, 1831.

El número del 17 de junio de 1831 contiene algunos detalles del juicio de Galois no publicados en ninguna otra parte.

Gazette des Tribunaux, 1831.

Los números del 16 de junio de 1831 y del 4 de diciembre de 1831 contienen una detallada descripción de los dos juicios de Galois.

Gisquet, H. J., *Mémoires de M. Gisquet, ancien préfet de police*. París, 1840, Vol. 4.

El segundo volumen (p. 170) contiene la historia de la presunta conspiración de los republicanos en relación con el funeral de Galois.

Hall, John R., *The Bourbon Restoration*. Londres, 1909.

Heine, Heinrich, *Das Bürgerkönigtum im Jahre* 1832.

Una colección de artículos. El fechado 19 de abril de 1832 contiene la descripción del cólera en París.

Hodde, Lucien de la, *L'histoire de societés secretes de parti républicain de* 1830 a 1848, París, 1850.
Este libro, escrito por un espía de la policía, contiene esencialmente la misma historia que las *Mémoires* de Gisquet.

Hugo, Victor, *Actes et Paroles* (*Mémoires*), Ed. Hepzel-Quantin, París, s/f.

Jordan, Camille, *Traité des substitutions et des équations algébriques,* París, 1870.
El autor declara en la introducción que este libro (667 pp.) es sólo un comentario de la obra de Galois.

Klein, Felix, *Vorlesungen über die Entwicklung der Mathematik im* 19. *Jahrhundert,* Berlín, 1926.

Kowalewiski, Gerhard, *Grosse Mathematiker,* Berlín, 1938.

Lagrange, J. L., *Traité de la résolution des équations numériques,* París, 1808. También, *Oeuvres de Lagrange,* París, 1867-1892.

Lang, Serge, *Algebra,* Addison-Wesley, 1965.
En este libro de texto se puede encontrar una excelente exposición elemental de la teoría de Galois según el enfoque propuesto por E. Artin. Existe traducción al español.

Laplace, Pierre Simon, Marquis de, *Oeuvres complètes,* París, 1878-1892, Vol. 14.

Larousse, Pierre, *Grand dictionnaire universel du XIXe siècle.*

Legendre, Adrian Marie, *Éléments de géometrie,* París, 1823.

Lie, Sophus, *Influence de Galois sur le dévelopment des mathématiques.*
Este estudio apareció en *La centenaire de l'Ecole Normale 1795-1895,* un extenso volumen sobre la historia de esta escuela. En el mismo, hay también un esbozo biográfico de M. Guigniault.

Lieber, Lillian R., *Galois and the Theory of Groups,* 1932.
Este libro de divulgación contiene una exposición elemental de la teoría de Galois con dibujos de Hugh Grey Lieber.

Lucas-Dubreton, Jean, *La Restauration et la monarchie de Juillet,* París, 1926.
Este libro, en verdad muy legible, cubre el período 1815-1848 y menciona a Galois, el banquete y su absolución.

Magasin Pittoresque, vol. 16, pp. 227-228, París, 1848.

Este volumen contiene un artículo breve y anónimo sobre Evariste Galois con un dibujo de Evariste hecho de memoria por Alfred Galois, después de la muerte de su hermano.

Millingen, J. G., *The History of Dueling*, 2 vols., Londres, 1841.

Nouvelles annale de mathématiques, vol. III, pp. 448-452. París 1849.

Este volumen contiene una breve biografía de Richard y una nota sobre Galois que comenza con estas palabras características: "*Galois a été assassiné le 31 mai, 1832 dans une rencontre dite d'honneur, par antiphrase*".

Perreux, Gabriel, *Au temps des sociétés sécretes* (1830-1835). París, 1931.

Este libro contiene una extensa bibliografía referente a la historia de este período y de las sociedades secretas.

Pierpont, James, *Early History of Galois' Theory of Equations. Bulletin of the American Mathematical Society*, vol. 4, pp. 332-340, 1898.

Pinet, Gaston, *Histoire de l'École Polytechnique*, París, 1887.

Raspail, F. V., *Lettres sur les prisons de París*, París, 1839, vol. 2.

Estos volúmenes contienen las cartas reimpresas aquí en una traducción libre y abreviada, y también muchos detalles sobre Sainte-Pélagie.

Sarton, George, *Evariste Galois, Osiris*, vol. III, pp. 241-259, 1937.

Source Book in Mathematic, editado por David Eugene Smith, Nueva York, 1929.

Este libro contiene una traducción inglesa por L. Weisner de la carta escrita por Galois a Chevalier en la víspera del duelo.

Stenger, Gilbert, *The return of Louis XVIII*. Traducido del francés por R. Stawell, Londres, 1909.

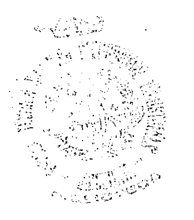
Tannery, Jules, *Discours prononcé a Bourg-la-Reine, Bulletin des Sciences mathématiques*, pp. 158-164, 1909.

Este volumen contiene el discurso de Tannery pronunciado el 13 de junio de 1909, cuando se descubrió la placa en la casa de Galois.

Thureau-Dangin, Paul, *Histoire de la monarchie de Juillet*, cuarta edición, París, 1904-1911, vol. 7.

Este libro menciona la absolución de Galois después del banquete de Vendanges de Bourgogne.

Verriest, G., *Evariste Galois et la théorie des équations algébriques.* París, 1934.
Este folleto de 58 pp. contiene un breve esbozo de la vida de Galois y una exposición elemental de su teoría.



impreso en offset cemont, s. a.
ajusco 96 - méxico 13, d. f.
dos mil ejemplares
23 de febrero de 1978

Evariste Galois, uno de los más grandes genios de la humanidad y el matemático más precoz de la historia, fue un revolucionario que murió en un duelo a los veinte años, el último de los cuales lo pasó en la cárcel, detenido por razones políticas.
Creador de la teoria que lleva su nombre, uno de los fundadores del álgebra moderna, revolucionó la matemática valorizando el uso de la noción de estructura. Su militancia política que lo condujo a la cárcel primero y luego a la muerte temprana estaba cimentada en profundas convicciones filosóficas, excepcionalmente avanzadas para su época. [En ellas basó su enfoque de la ciencia como actividad humana y colectiva cuyo desarrollo pleno se lograría sustituyendo el individualismo competitivo por la cooperación solidaria.]
El libro de Leopold Infeld, colaborador de Einstein, que contiene documentos no publicados anteriormente, ha sido extrañamente poco difundido en el mundo entero. Esta edición en español de Siglo XXI constituye un homenaje a la figura maravillosa de Galois y una contribución al esclarecimiento de cuestiones esenciales para valorar la historia de la ciencia.



ISBN 968-23-0045-2

